ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LaE.GT
BG35Tkx
.Sm

LECCIONES

SOBRE

LA RETORICA Y LAS BELLAS LETRAS,

POR HUGO BLAIR:

LAS TRADUJO DEL INGLES

DON JOSEF LUIS MUNARRIZ.

SEGUNDA EDICION.

TOMO III.

Casanovas

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1804.

457985
2.

PE
1402
B618
1804
t.3

LECCIONES

SOBRE

LA RETORICA Y LAS BELLAS LETRAS.

LECCION XXV.

Elocuencia del Foro. Análisis de la Oracion de Ciceron por Cluencio.

En la última leccion he tratado de lo que es peculiar á la elocuencia de las juntas populares. Mucha parte de lo dicho en ella es aplicable á la elocuencia del foro, de que voy á tratar: y por tanto seré mas breve en mis observaciones; que se reducirán á mostrar la diferencia entre una y otra.

En primer lugar, los fines de la elocucion en el foro y en las juntas populares son por lo comun diversos. En las juntas populares el fin principal es persuadir; el orador aspira á determinar á los oyentes á que tomen cierta resolucion, despues de convencerles de que es buena, conveniente, ó útil. Para conseguir este fin tiene que valerse de todos los resortes que pueden poner en accion nuestra naturaleza, y dirigirse á las pasiones y al corazon no ménos que al entendimiento. Pe-

LEC. XXV. ro el fin principal en el foro es convencer. Aqui no es negocio del orador persuadir á los juezes lo bueno, ó útil; sino mostrarles lo justo y lo verdadero: y de consiguiente su elocuencia debe dirigirse principal ó únicamente al entendimiento. Esta diferencia característica se debe tener siempre presente.

Ademas, los oradores en el foro hablan á uno ó pocos juezes: y aun estos son por lo comun personas de edad, gravedad y carácter. En él carecen de las ventajas que ofrece una junta numerosa para emplear todas las artes de la locucion, aun suponiendo que las admitiese el asunto: porque las pasiones no se excitan alli tan fácilmente: todos escuchan con frialdad al orador: le observan con mas severidad: y se veria expuesto á que lo tuviesen por ridículo si se empeñara en tomar un tono muy vehemente; el cual solo corresponde quando se habla á una multitud.

Finalmente la naturaleza y el manejo de las materias pertenecientes al foro piden un género de oratoria muy diverso del de las juntas populares. En estas tiene el orador mucho mas campo: y raras vezes se ve atado con regla alguna precisa; pudiendo tomar sus topicos de infinitos parages, y emplear las ilustraciones que le sugiera su fan-

tasia: cuando en el foro el campo del orador está reducido en rigor á leyes y estatutos, sin que tenga lugar alguno la imaginacion; porque el abogado está viendo siempre la regla, la escuadra, y el compas; y su principal oficio es hacer contínua aplicacion de ellas al asunto de que trata. LEC. XXV.

Por estas razones es evidente, que la elocuencia del foro es por su género mucho mas limitada, modesta y templada que la de las juntas populares; y por las mismas debemos guardarnos de considerar aun las oraciones judiciales de Ciceron, ó Demóstenes, como dechados de la manera de orar que conviene en el estado presente del foro. Es menester advertir esto á los abogados jóvenes: pues aunque algunas oraciones de aquellos sean sobre causas civiles ó criminales; la naturaleza no ostante del foro permitia antiguamente, tanto en Grecia como en Roma, que se acercasen mas que ahora á la elocuencia popular. Esto dependia principalmente de dos causas.

La primera es, que en las oraciones judiciales antiguas se atendia mucho ménos que entre nosotros al rigor de las leyes. En tiempos de Demóstenes y de Ciceron, los estatutos municipales eran pocos, sencillos y generales; y la decision de las causas se dejaba en gran parte á la equidad y prudencia

LEC. XXV. de los juezes. La elocuencia, mas bien que la jurisprudencia, era el estudio de los que se aplicaban á orar. Ciceron ha de decir en alguna parte que bastan tres meses de estudio para hacer un jurisperíto completo: aun mas, se pensaba que podia uno ser buen abogado sin haber estudiado nunca las leyes. Y asi entre los romanos habia ciertos hombres, llamados *pragmáticos*; cuyo oficio era suministrar al orador todos los conocimientos legales, que requeria la causa; los cuales componia él despues en forma popular, y vestia con aquellos colores de la elocuencia que eran mas á propósito para influir sobre los juezes.

Lo segundo, podemos observar que los juezes civiles y criminales, ya en Grecia ya en Roma, fuéron ordinariamente muchos mas en número que entre nosotros; y formaban una especie de junta popular. El célebre tribunal del Areópago en Atenas se componia de cincuenta juezes por lo ménos. Algunos le hacen constar de muchos mas. Cuando Sócrates fué condenado, aunque no sabemos por qué tribunal, sabemos á lo ménos que votáron contra él no ménos que 280. En Roma el pretor, que era juez tanto en las causas civiles como en las criminales, nombraba para las causas de importancia *juezes escogidos*; los cuales fuéron siempre muchos;

y tenian el oficio y poder ya de juezes ya de jurados. En la celebrada causa de Milon habló Ciceron ante cincuenta y un *juezes escogidos*; y tambien tuvo la ventaja de dirigir su oracion, no á un corto número de juezes instruidos en las leyes, como sucede entre nosotros, sino á una junta de ciudadanos romanos. De aqui provenian todas aquellas artes de la elocuencia popular, que empleó el orador romano, y probablemente con feliz suceso. De aqui es que se hizo tanto uso de las lágrimas y de la conmiseracion, como de instrumentos para ganar una causa: y que ciertas prácticas, que entre nosotros se tendrian por teatrales, fuéron comunes en el foro romano; como no solamente el introducir el reo vestido de luto, sino tambien el presentar á los juezes su familia, y sus tiernos hijos procurando moverlos con sus gritos y llantos. LEC. XXV.

Por estas razones, y por la gran diferencia del estado del foro antiguo y moderno, á que tambien se debe agregar la diversidad de rumbo de la elocuencia antigua y moderna, de que hablé poco ha, seria ahora muy disparatada una imitacion rigurosa de la manera de orar de Ciceron. Siempre lo podrán estudiar con mucho provecho todos los oradores en el foro. Puede y debe ser siempre imitado. No podemos proponernos un mode-

LEC. XXV. lo mas excelente por la destreza con que abre la materia; por la facilidad con que se insinua para grangearse el favor de los jueces; por la buena coordinacion de los hechos; por lo gracioso de su narracion; y por el plan y exposicion de las pruebas. Pero seria ahora ridículo imitarle tambien en sus exâgeraciones y amplificaciones, en su difusa y pomposa declamacion, y en su empeño de excitar las pasiones.

Antes de descender á reglas mas particulares sobre la elocuencia del foro, permítaseme observar que el abogado debe asentar siempre su reputacion y acierto en el conocimiento profundo de su profesion. Ninguna otra cosa es de tanta importancia para él; ni merece tanto un estudio serio y fundamental: pues por sobresaliente que sea en la oratoria, si pasa por superficial en el conocimiento de las leyes, habrá pocos que quieran encomendarle sus causas. Ademas de este estudio prévio, y del caudal correspondiente de conocimientos, otra cosa muy esencial para el acierto de un orador es poner una diligente y penosa atencion á todas las causas de que se encarga; hasta que posea enteramente los hechos y circustancias de cada una de ellas. En esto insistian con mucho empeño los retóricos antiguos: y con razon lo contempláron necesario para abogar elocuente-

mente. Ciceron nos dice (bajo la persona de Antonio, en el segundo libro del Orador) que conversaba largo tiempo con el cliente; que iba á consultarle; que cuidaba de que en la conversacion no hubiese testigo alguno para que este pudiese explicarse sin rezelo; que estaba acostumbrado á manifestarle todas las objeciones, como si fuese la parte contraria, para enterarse mejor del hecho, é imponerse bien en todos los puntos del negocio; y que despues que se iba su cliente, solia pesar todos los hechos bajo tres caractéres diferentes, el suyo, el del juez, y el del abogado contrario. Censura severamente á los de su profesion, que huian de tomarse tanta molestia, tachándolos no solo de un vergonzoso descuido, sino de falta de honradez y verazidad. Al mismo intento Quintiliano, en el cap. 8 de su último libro, da muchas reglas excelentes en órden al método que debe seguir un abogado para alcanzar un conocimiento cabal de la causa, que ha tomado á su cargo: recomienda una y otra vez la paciencia y atencion en la conversacion con sus clientes; y observa con mucho juicio: *Non tam obest audire supervacua, quam ignorare necessaria. Frequenter enim et vulnus et remedium in iis orator inveniet, quæ litigatori in neutram partem habere momentum videbantur.* „No daña LEC. XXV.

LEC. XXV. „tanto oir lo superfluo, como ignorar lo ne-
„cesario: pues muchas vezes en aquellas co-
„sas que al litigante le parece que nada im-
„portan ni en pró ni en contra, hallará el
„orador la dolencia y el remedio."

Suponiendo que de este modo haya conseguido un abogado todo el conocimiento que pueden darle el estudio de las leyes en general, y el de la causa en particular; es preciso luego observar, que la elocuencia es de la mayor importancia en el foro para dar apoyo á una causa. De que es poco á propósito en el dia la antigua, popular y vehemente manera de orar, no se ha de inferir que la elocuencia no tenga ya lugar en el foro; y que sea por demas su estudio. Aunque se ha mudado la manera de hablar; con todo, siempre hay una propia y conveniente, que se debe estudiar cuanto se pueda. Acaso no hay escena pública, donde sea mas necesaria la elocuencia. Pues en otras ocasiones la materia sobre que hablan en público los hombres es por lo comun suficiente para interesar por sí sola á los oyentes. Pero la aridez y tenuidad de las que generalmente se ventilan en el foro piden mas que otras algunas cierto género de elocuencia para grangearse la atencion, para dar el peso competente á las pruebas, y para impedir que se oiga con indiferencia ó aun desprecio al abo-

gado. El efecto de una buena elocucion es siempre muy grande. Hay tanta diferencia entre la impresion que hace un orador frio, árido y confuso á la que hace otro que defienda la misma causa con fuerza, órden y elegancia; como la hay en la idea que formamos de un objeto cuando se nos presenta bajo una luz oscura, á cuando lo miramos en otra clara y de lleno. LEC. XXV.

No poco alienta en la elocuencia del foro saber que ninguna profesion liberal ofrece campo mas hermoso al ingenio y sus dotes, que la de abogado. Este está ménos expuesto que otro alguno á sufrir los artificios de la emulacion, las preocupaciones populares, ó las maniobras secretas. Está seguro de ir adelantando á proporcion de su mérito: porque se presenta todos los dias; entra con denuedo en la palestra con sus competidores; y cada vez que se deja ver, es una apelacion al público; cuya decision raras veces deja de ser justa, porque es imparcial. El interes y la parcialidad podrán dar al principio á un abogado jóven algunas ventajas sobre otros: pero no pueden hacer mas que abrirle el campo. Una reputacion que estribe únicamente en tan débiles apoyos, no puede ser duradera. Los oyentes notan: los juezes deciden: las partes observan: y la mayor parte de los litigantes nunca dexará de recurrir al que ten-

LEC. XXV. ga dadas pruebas auténticas de sus conocimientos, elocuencia y habilidad.

Se debe sentar como primer principio que la elocuencia correspondiente al foro, tanto de palabra, como por escrito, es del género templado y calmado; y que debe ir acompañada de razonamientos precisos. Se podrá dar alguna vez á la imaginacion un poco de soltura para animar un asunto árido, y aliviar algo la atencion fatigada. Pero esta libertad ha de tomarse siempre con mano avara: porque un estilo brillante, y una manera florida harán siempre que un orador sea escuchado con disgusto por los juezes, y con sospecha de que no haya solidez y fuerza en sus pruebas. Se deben procurar con especialidad la pureza y limpieza de expresion, y un estilo propio y claro, que no esté inútilmente cargado de la pedantería de términos legales; y en el cual tampoco se eche de ver la afectacion de evitarlos, siempre que valgan, y sean necesarios.

El vicio que generalmente se nota en los de esta profesion es la verbosidad; á la cual los arrastra casi inevitablemente el hábito de hablar y escribir de priesa, y con poca preparacion. Por eso nunca se podrá encargar bastantemente á los principiantes, que pongan todo su conato en precaverse de este vicio, cuando todavía tienen tiempo para pre-

pararse. Habitúense, especialmente en sus es- LEC. XXV.
critos, á un estilo correcto y fuerte; el cual en pocas palabras exprime mejor una misma cosa, que la acumulacion de muchos períodos intrincados. Adquirido una vez este hábito, les será ya natural cuando la multitud de negocios les precise á escribir con precipitacion. En lugar de que si llega á hacérseles familiar el ejercicio de un estilo flojo y negligente, no estará ya en su mano el producirse con gracia y energía, aun cuando quieran hacer un esfuerzo desusado.

Una propiedad esencial en la locucion del foro, es la distincion; la cual se ha de mostrar principalmente en dos cosas. Lo primero, se nota en establecer la cuestion; mostrando claramente cuál es el punto contencioso; qué se admite; qué se niega; y dónde comienza la línea de separacion entre nosotros y la parte contraria. Lo segundo se debe ver en el órden y la disposicion de todas las partes del informe. En todas las oraciones es de la mayor importancia un método claro; pero este es casi el todo en los casos embrollados y dificultosos del foro. Por eso nunca se podrá poner demasiado cuidado en estudiar de antemano el plan y el método. Donde hay confusion y desórden, no puede haber acierto en convencer: porque toda la causa queda en tinieblas.

LEC. XXV. Acerca de la conducta de la narracion y de las pruebas tendré ocasion de hacèr varias reflexiones, cuando trate de las partes componentes de una oracion regular. Observaré únicamente ahora que la relacion de los hechos en el foro ha de ser siempre la mas concisa que permita su naturaleza. Los hechos son siempre de la mayor importancia para recordarlos durante el discurso del alegato. Pero si el orador es fastidioso y prolijo en el modo de contarlos, recargará demasiado la memoria: en lugar de que cercenando en la relacion toda circustancia superflua añade fuerza á los hechos principales: da idea mas clara de lo que relata: y hace una impresion mas duradera. Tambien en el foro mejor que en otra parte me inclinaria yo á conceder á la argumentacion una manera algo difusa: porque en las juntas populares, en donde la cuestion es á vezes sencilla, la prueba tomada de los tópicos conocidos gana fuerza por su concision. Pero la oscuridad de los puntos legales frecuentemente pide que se extiendan las pruebas, y se presenten en diferentes puntos de vista para que sean bien comprendidas.

Al refutar el orador las pruebas de la parte contraria debe guardarse de hacerles injusticia alguna, desfigurándolas ó presentándolas bajo de otro aspecto del que deben

tener. Es muy de temer que se descubriria pronto el engaño: y los oyentes y el juez entrarian en desconfianza del orador, que ó no tuvo discernimiento para percibir la fuerza de los razonamientos del contrario, ó ingenuidad para confesarla; siendo asi que cuando ven en ellos que con exactitud y candor expone los argumentos puestos contra él, se preocupan fuertemente en su favor, aun antes de que pase á rebatirlos. Naturalmente se inclinan á pensar que tiene un conocimiento claro y completo de cuanto se puede alegar por una y otra parte, que confia enteramente en la justicia de la causa; y que no intenta sostenerla con disimulos ni artificios. De esta suerte se halla el juez dispuesto á recibir las impresiones que intente hacerle un orador, que se muestra tan ingenuo y tan entendido. En ninguna parte del discurso tiene el orador tanta oportunidad para mostrar su maestria, como cuando va á reproducir los razonamientos de su antagonista para refutarlos. LEC. XXV.

La agudeza suele á vezes ser útil en el foro; especialmente en una réplica pronta con que ridiculizamos alguna cosa de las que alegó el contrario. Pero aunque sea tan lisonjera para un orador jóven la reputacion de agudo; no le aconsejaria yo que pusiese su esmero en manifestar este talento: pues

LC. XXV. no debe tratar de hacer reir al auditorio, sino de convencer al juez: y raras vezes, ó por mejor decir nunca, llegó un abogado á ser eminente en su profesion por ser chistoso.

Siempre es conveniente algun grado de calor al defender una causa. Aunque sea mas natural la vehemencia al hablar á un pueblo; con todo, aun cuando hablamos con un hombre solo, el calor que nace de la seriedad y fervor es uno de los medios mas poderosos para persuadirle. Un abogado representa á su cliente: toma á su cargo sus intereses: y se pone en su lugar. Por eso es impropio y dañaria á la causa el mostrarse indiferente y tranquilo: y pocos clientes irian á poner sus intereses en manos de un orador frio.

Pero al mismo tiempo debe guardarse de prostituir su pasion y sensibilidad, de tal manera que con igual ardor abraze todas las causas que se le encomienden; sea que exciten realmente su zelo, ó no. Hay una dignidad de carácter que importa mucho á todos los de esta profesion el sostenerla. Por tanto nunca deben echar en olvido que para persuadir no hay instrumento mas poderoso que la reputacion de probidad y honradez; porque asi aparece no un abogado asalariado, sino un testigo de mayor excepcion. *Plurimum*

ad omnia momenti est in hoc positum, si vir bonus creditur. Sic enim contingit, ut non studium advocati videatur afferre, sed pene testis fidem. Quint. lib. IV c. I. Apenas pueden los oyentes prescindir enteramente del caracter del que habla al oir las cosas que dice. Aunque secreta é imperceptiblemente, siempre dará peso al uno ú otro lado aumentando ó disminuyendo la autoridad y el influjo de su discurso. Por eso se debe procurar con el mayor cuidado esta reputacion de honradez y probidad, mostrándola ya por la delicadeza en la eleccion de las causas, ya por el modo de manejarlas. Y aunque acaso la naturaleza de esta profesion hace que sea en extremo dificultoso ser muy delicado en este punto; con todo, los buenos por amor de la virtud, y los prudentes por amor de la fama necesitan observar ciertas precauciones. Huirá siempre de empeñarse en causas, que sean odiosas, ó manifiestamente injustas: y si se encargare de una causa dudosa, pondrá su principal empeño en aquellas pruebas que á su juicio sean valederas; reservando su zelo y su indignacion para los casos en que son notorias la injusticia y la iniquidad. Pero de las calidades personales y prendas necesarias en los oradores públicos, se me ofrecerá ocasion de hablar en adelante. LEC. XXV.

Estas son las reglas principales tocante

LEC. XXV. á la manera peculiar de hablar en el foro. Para ilustrar mas esta materia daré una breve análisis de uno de los alegatos de Ciceron, ó de una de sus oraciones judiciales. He escogido la oracion *por Cluencio*. La celebrada *por Milon* está mas trabajada; pero es demasiadamente brillante y declamatoria. La *por Cluencio* se conforma mas con el estilo moderno: y aunque tiene la desventaja de ser muy larga y muy complicada; no ostante, en la materia es una de las mas correctas y vigorosas entre todas las oraciones judiciales de Ciceron; y merece toda nuestra atencion por su desempeño.

Avito Cluencio, caballero romano, de ilustre nacimiento y fortuna, habia acusado á su padrastro Opianico de haber intentado envenenarle. Salió vencedor en esta acusacion: y Opianico fué condenado á destierro. Pero se levantáron ciertos rumores de que los juezes habian sido sobornados con dinero: rumores que diéron ocasion á muchos clamores populares; é hiciéron muy odioso á Cluencio. Ocho años despues murió Opianico. Entablóse contra Cluencio una acusacion de haberle envenenado, á una con el cargo tambien de haber corrompido á los juezes en la primera sentencia. Ciceron le defiende de esta acusacion. Los acusadores fuéron Sasia, madre de Cluencio, y viuda de Opianico, y

el jóven Opianico su hijo. El pretor Q. Na- LEC. XXV.
son era juez con un considerable número de *juezes escogidos*.

La introduccion de la oracion es sencilla y propia; tomada no de los lugares comunes, sino de la naturaleza de la causa. Comienza observando que toda la oracion del acusador estaba dividida en dos partes. *Animadvertite, judices, omnem accusatoris orationem in duas divisam esse partes; quarum altera mihi niti et magnopere confidere videbatur, invidia jam inveterata judicii Juniani; altera tantummodo consuetudinis causa, timide et diffidenter attingere rationem veneficii criminum; qua de re lege est hæc quæstio constituta. Itaque mihi certum est hanc eamdem distributionem invidiæ et criminum sic in defensione servare, ut omnes intelligant, nihil me subterfugere voluisse reticendo, nec obscurare dicendo.* Estas dos partes eran el cargo de haber emponzoñado á Opianico; en lo cual el acusador hallándose sin pruebas no puso la fuerza de su causa; sino que principalmente insistió en el otro cargo del cohecho antecedente de los juezes, que era capital en algunos casos por las leyes romanas. Ciceron se propone seguirle en este plan, y aplicarse principalmente á vindicar á su cliente del último cargo. Hace varias reflexiones muy

LEC. XXV. propias sobre el peligro de dejarse gobernar los juezes por los rumores populares; los cuales las mas vezes son nacidos de las parcialidades, y se dirigen contra el inocente. Reconoce que Cluencio ha padecido mucha infamia por lo acaecido en el primer juicio: pero solamente pide á los juezes paciencia y atencion; y les asegura que expondrá todo lo relativo á la materia con tanta claridad y candor, que queden enteramente satisfechos. En toda la introduccion reyna una apariencia grande de ingenuidad.

Los crímenes de que acusaban á Cluencio eran todos odiosos. Acusar una madre á su hijo, y acusarle de tales hechos como haber corrompido primero á los juezes para condenar á su marido, y haberle despues envenenado, eran unas circustancias que naturalmente debian causar fuertes preocupaciones contra el cliente de Ciceron. Por eso el primer paso, que debió dar el orador, era desvanecer estas preocupaciones, haciendo ver qué especie de personas eran la madre de Cluencio y su marido Opianico, volviendo de este modo contra ellos el filo de la indignacion pública. La naturaleza de la causa estaba dictando este plan, que en igual situacion debe ser imitado. Ciceron lo desempeña con mucho vigor y elocuencia: y al mismo tiempo descubre escenas de infamia y

de crímenes complicados, que presentan una pintura odiosa de las costumbres de aquella edad: pintura, que seria increible, si Ciceron no se refiriese á la prueba en el primer juicio de los hechos que alega. LEC. XXV.

Sasia la madre parece que fué de un caracter enteramente abandonado. Poco despues de la muerte de su primer marido, padre de Cluencio, se enamoró de Aurio Melino, joven de ilustre nacimiento y muchos bienes de fortuna; el cual estaba casado con su hija; y pudo bastante con él para que divorciándose de esta se casase con ella. *Lectum illum genialem quem biennio ante filiæ suæ nubenti straverat, in eadem domo sibi ornari, et sterni, expulsa atque exturbata filia, jubet. Nubit genero socrus, nullis auspicibus, funestis omnibus omnium. O mulieris scelus incredibile, et præter hanc unam in omni vita inauditum! O audaciam singularem! non timuisse, si minus vim deorum, hominumque famam, at illam ipsam noctem, facesque illas nuptiales? non limen cubiculi? non cubile filiæ? non parietes denique ipsos superiorum testes nuptiarum? perfregit ac postravit omnia cupiditate et furore; vicit pudorem libido; timorem audacia; rationem amentia.* „Aquel mismo lecho nupcial, que dos años antes habia preparado para su hija novia, en la misma casa

LEC. XXV. manda se le adereze y prepare, echando de ella con confusion á su hija. Cásase con el yerno la suegra, sin auspicios algunos, y con los mas funestos agüeros. ¡O maldad increible de muger, y no oida jamas sino de sola esta! ¡O audacia singular! no haber temido, cuando no el poder de los dioses, y la opinion de los hombres, á lo menos aquella misma noche, aquellas antorchas nupciales; no el umbral de la alcoba? no el aposento de su hija? no las paredes mismas testigos de las bodas anteriores? todo lo quebrantó y echó por tierra con su furiosa pasion: venció al pudor la liviandad, al temor la osadia, á la razon la locura." El asunto justifica el calor de la elocuencia de Ciceron, que tan bella aparece en este pasage. Envuelto despues este Melino por artificios de Opianico en la proscripcion de Sila, y condenado á muerte; y de consiguiente quedando otra vez Sasia viuda y muy rica; el mismo Opianico llegó á pretenderla. Ella sin llevar á mal esta descarada proposicion, ni el pensamiento de casarse con un hombre, cuyas manos se habian manchado con la sangre de su anterior marido, únicamente oponia á Opianico, como dice Ciceron, el que tenia dos hijos de su muger actual. Opianico removió este estorbo deshaciéndose secretamente de sus dos hijos; y luego habiéndose divorciado de su muger

se efectuó el infame casamiento entre él y Sasia. Estos hechos notorios estan pintados, como se puede muy bien creer, con los colores mas vivos de la elocuencia de Ciceron; que encontró aqui el campo mas propio. Cluencio, como hombre de honor, no vivió mucho tiempo en buena inteligencia con una muger, madre solamente en el nombre; que tanta infamia habia acarreado á sí y á toda su familia: y de aqui provino el odio irreconciliable que le tuvo desde entonces; y que ocasionó á su desdichado hijo tantos contratiempos y persecuciones. Por lo que hace á Opianico, Ciceron da una breve historia de su vida, y una relacion circustanciada de sus crímenes: y parece, por lo que refiere, haber sido Opianico un hombre temerario, feroz, y cruel, de una avaricia y ambicion insaciables; sumergido y endurecido en todos los delitos que produjeron aquellos tiempos tan turbulentos de las proscripciones de Mario y Sila. „ Hombre, dice nuestro orador, que en lugar de maravillarnos de que haya sido condenado, debemos extrañar de que hubiese escapado antes de serlo." LEC. XXV.

Abierto el camino con esta narracion clara y elegante, entra en la historia de aquel famoso juicio; en el cual acusaban á su cliente de haber sobornado á los juezes. Cluencio y Opianico eran ambos de la ciudad de La-

LEC. XXV. rino. En una contestacion pública sobre los derechos de los hombres libres de aquella ciudad fueron de diferente dictamen; lo cual acabó de exasperar la mala inteligencia que habia ya entre ellos. Sasia, ya muger de Opianico, le instigaba á la perdicion de su hijo; al cual aborrecia habia mucho tiempo, porque era sabidor de sus delitos: y como se sabia que Cluencio no habia hecho testamento, esperaban ellos por muerte de este sucederle en sus bienes. Formaron pues el designio de deshacerse de él con veneno: lo cual, si consideramos en la historia su conducta anterior, no se hace increible. Hallábase entonces indispuesto Cluencio: trataron de sobornar al criado de su médico para que le diese veneno; y un tal Fabricio, íntimo amigo de Opianico, se encargó de esta maniobra. Habiéndolos descubierto el criado, Cluencio persiguió primero á Escamandro, liberto de Fabricio, en cuyo poder se halló el veneno; y despues al mismo Fabricio por haber atentado á su vida. Salió bien en los dos casos: y ambos fueron condenados por los votos casi unánimes de los juezes.

De todos estos *Præjudicia*, como los llama nuestro autor, ó previos juicios, da una cuenta muy exacta: y sobre ellos apoya la mayor parte de sus pruebas; como que en ninguno de ellos hubo el menor cargo ni

sospecha de haber querido sobornar á los jueces. Pero en ambas causas quedaba indiciado Opianico claramente; y en ambas persiguieron á Fabricio y Escamandro únicamente como instrumentos y ministros de sus crueles designios. Como consecuencia natural entabló Cluencio poco despues otra tercera acusacion contra el mismo Opianico, autor y motor de todo. En los trámites de esta acusacion es cuando se decia que los jueces habian sido sobornados: estos rumores corrian por toda Roma; y todos temblaban por su libertad y su vida, no creyéndolas seguras, si no se tenian á raya tan dañosos procedimientos. Ciceron defiende á su cliente del grave cargo de crimen de soborno *corrupti judicii*, con estas razones. LEC. XXV.

En primer lugar asienta que no hay el menor motivo para sospecharlo, viendo que la condenacion de Opianico era una secuela directa y necesaria de las sentencias dadas contra Escamandro y Fabricio en los dos juicios antecedentes: juicios, que fueron legales é incorruptos, y á satisfaccion de todo el mundo; y que abrieron el camino para descubrir las maldades de Opianico. Condenados ya sus instrumentos y ministros, y condenados por los mismos jueces ¿puede haber mayor absurdo que levantar el grito contra una persona inocente acusándola de soborno;

LEC. XXV. cuando por el contrario es evidente que se llamaba á juicio á un criminal en circustancias tales que si los juezes no se contradecian le seria imposible ser absuelto?

Alega despues que si en este juicio sobornaron con dinero á los juezes, era infinitamente mas probable que Opianico fuese el sobornador, que no Cluencio: porque dejando aparte la diferencia de carácter de estos dos hombres, bellísimo el del uno, y perverso el del otro ¿qué motivo tenia Cluencio para tentar un medio tan odioso y expuesto, como el de corromper á los juezes? ¿No es mucho mas probable que hubiese recurrido á este arbitrio el que conocia y veia á sí y á su causa en el mayor peligro, que no quien tenia una causa evidentemente justa, y tan poderosas razones para confiar de su buen éxito en las dos sentencias anteriores dadas por los mismos juezes? ¿No es mucho mas probable que sobornase el que todo tenia que temer; cuya vida, libertad y fortuna estaban en el mayor riesgo; que no otro, que ya habia salido bien en lo principal de su empeño; y que no tenia mas interes en el éxito de esta causa que el interes de la justicia?

En tercer lugar asegura, como hecho positivo, que Opianico intentó corromper á los juezes; y que en este juicio el soborno,

que tanto se clamoreaba, se cometió no por Cluencio sino contra él. Provoca á Tito Ascio, abogado de la parte contraria; y le desafia á que niegue, si puede ó se atreve, que Estaleno, uno de los treinta y dos jueces escogidos, no recibió dinero de Opianico: señala la suma que le dieron, y nombra las personas que se hallaron presentes cuando despues de concluida la causa se vió obligado Estaleno á restituirla. Este es un hecho poderoso, que hubiera sido enteramente decisivo. Pero por desgracia se presenta aqui una circustancia encontrada: porque este mismo Estaleno dió su voto para la condenacion de Opianico. Este raro incidente explica Ciceron de esta manera: Estaleno, dice, conocido por hombre vil, y acostumbrado antes á semejantes tratos, convino con Opianico en que le libertaria: y le pidió cierta cantidad para distribuirla entre algunos de los demas juezes. Cuando estuvo en posesion de este dinero, cuando en su pobre, yerma y mezquina habitacion vió depositado un caudal mayor que el que habia tenido en toda su vida, sintió tener que partirlo con sus compañeros: y anduvo trazando medios para guardarlo todo para sí. El medio, que descubrió para lograr este intento, fué promover la condenacion de Opianico, en lugar de su absolucion; como que por parte de LEC. XXV.

LEC. XXV. una persona condenada no veia mucho peligro, ni de ser llamado á dar cuenta ni obligado á la restitucion. En lugar pues de procurar ganar algunos compañeros, irritó contra Opianico á todos aquellos con quienes tenia influjo, habiéndoles primero prometido dinero en su nombre, y diciéndoles despues que Opianico le habia engañado. *Cum esset egens, sumptuosus, audax, callidus, perfidiosus, et cum domi suæ, miserrimis in locis, et inanissimis, tantum nummorum positum videret, ad omnem malitiam, et fraudem versare mentem suam cœpit. Demne judicibus, mihi igitur ipsi, præter periculum et infamiam quid quæretur? Siquis eum forte casus ex periculo eripuerit, nonne reddendum est? præcipitantem igitur impellamus, inquit, et perditum prosternamus. Capit hoc consilium, ut pecuniam quibusdam judicibus levissimis polliceatur, deinde eam postea supprimat, ut quoniam graves homines sua sponte severe judicaturos putabat, hos qui leviores erant, destitutione iratos Oppianico redderet.* Procuró estar ausente cuando se habia de pronunciar la sentencia: pero llamado de otro tribunal por los oradores de Opianico, y viéndose obligado á dar su voto, le fué preciso mostrar el camino, condenando á aquel de quien habia recibido dinero, sin cumplir el trato hecho con él.

Por estos datos y razonamientos plausibles se descubre muy bien el carácter de Cluencio; y lo que principalmente intenta Ciceron es inspirar odio contra la parte contraria. Pero aun faltaba otra parte dificultosa de la incumbencia del orador. En esta causa hubo contra los jueces varias decisiones subsiguientes del pretor, del censor y del senado; que todas procedian al parecer de la suposicion de soborno y corrupcion: porque era claramente de sospechar que si Opianico dió dinero á Estaleno, Cluencio le hubiese dado mas. A todas estas decisiones responde sin embargo Ciceron con mucha distincion y agudeza; aunque seria prolijo seguirle en todos sus razonamientos sobre estos capítulos. Hace ver que entonces no se conocian bastante bien los hechos; que las decisiones á que apelaban fueron dadas con precipitacion; que ninguna de ellas concluye directamente contra su cliente; y que se debiéron enteramente á las arengas incendiarias y facciosas de Quincio, tribuno de la plebe, que habia sido agente y abogado de Opianico; y que irritado del desayre, que habia sufrido, se valió de todo su poder tribunicio para levantar esta tempestad contra los jueces, que condenaron á su cliente. LEC. XXV.

En fin Ciceron convierte sus razonamientos al punto de la ley. El crimen *corrupti*

LEC. XXV. *judicii*, ó de sobornar á los juezes, era capital. En la famosa *ley cornelia de sicariis* se contiene esta cláusula (la cual todavia existe Pandect. lib. XLVIII tit. 10 §. 1). *Qui judicem corruperit, vel corrumpendum curaverit, hac lege teneatur.* „El que sobornare ó procurare sobornar al juez, incurra en esta ley." Esta cláusula no ostante nos dice Ciceron que se restringia á los magistrados y senadores: y como Cluencio era solamente del orden ecuestre, no estaba comprendido, aun suponiéndole culpado, en esta ley. De esto se vale Ciceron para dos fines: y como aqui es donde muestra mayor maestria, daré un compendio de su alegato en esta parte de la causa: „Vos, dice al abogado contrario, vos T. Accio, yo lo sé, habeis vociferado que yo defenderia á mi cliente no por los hechos, no sentando su inocencia, sino aprovechando en su favor las ventajas que le da la ley. ¿Lo he hecho asi? Apelo á vos mismo ¿he tratado de cubrirlo solamente con la ley? Por el contrario ¿no he defendido su causa como si hubiese sido senador y sujeto por la ley cornelia á ser convencido de crímen capital; y mostrado que contra su inocencia no hay pruebas ni presuncion probable? Haciéndolo asi os confieso que he satisfecho los deseos de Cluencio mismo: porque cuando me consultó la primera

vez sobre esta causa, informándole yo que por la ley cornelia no se podia intentar accion alguna contra él, al instante me testificó y pidió que no apoyase en esto su defensa; diciendo con las lágrimas en los ojos, que su reputacion le era tan querida como la misma vida, y que lo que pretendia como inocente era no solo ser absuelto de toda pena, sino quedar con honor en la opinion de todos sus conciudadanos." LEC. XXV.

„Hasta aqui he defendido su causa por el plan que él me dictó. Pero perdóneme mi cliente si le defiendo ahora por el mio: porque yo dejaria de ser quien soy, y faltaria al respeto que por mi caráter y funciones tengo á las leyes del estado, si permitiese que nadie fuese juzgado por una ley que no le compete. Vos, Accio, nos habeis dicho á la verdad, que era un escándalo vergonzoso que un caballero romano estuviese exento de las penas á que está sujeto un senador, que soborna á los juezes: pero yo os digo que seria mas vergonzoso separarse de la ley en un estado gobernado por las leyes. ¿Qué seguridad tendremos de nuestras personas, qué seguridad de nuestros derechos si se abandonan las leyes? ¿Por qué título vos Q. Nason ocupais esa silla, y presidis en este juicio? ¿Con qué derecho vos T. Accio acusais ó defendeis? ¿De dónde proviene toda esta so-

LEC. XXV. lemnidad y pompa de juezes, escribanos y oficiales que componen este tribunal? ¿No proviene todo de la ley, que ha arreglado todas las partes del gobierno; que con un lazo comun tiene atados á todos sus miembros; y que semejante al alma en el cuerpo, ejerce y dirige todas las funciones públicas? ¿Con qué fundamento osais hablar ligeramente de la ley, y asegurar que en un juicio criminal los juezes deben dar un paso mas que los que les permite la ley? La sabiduria de nuestros antepasados reconoció que asi como los senadores y magistrados gozan de mas altas dignidades, y mayores ventajas que los demas miembros del estado, la ley debe ser tambien mas rigurosa con ellos: y que se debe conservar al abrigo de los mas severos estatutos la incorruptible pureza de sus costumbres. Pero si es vuestra voluntad que se altere esta institucion; si deseais que la ley cornelia acerca de los sobornos se extienda á todas las clases; juntémonos, no para violar la ley, sino para proponer que se haga esta alteracion por una ley nueva. Mi cliente Cluencio será el primero que adopte esta providencia; aquel que mientras subsistia la antigua ley, desechó su defensa, y pidió que se le defendiese como si estuviese ligado por ella. Pero aunque él no quiera aprovecharse de la ley, vos estais obligados

en justicia á no extenderla fuera de sus límites." LEC. XXV.

Tal es el raciocinio de Ciceron, elocuente, enérgico, y varonil. Como su manera es difusa, me he visto precisado á compendiar el original: pero he procurado conservarle toda su energia. En la última parte de la oracion, Ciceron trata de la otra acusacion intentada contra Cluencio, de haber emponzoñado á Opianico. Ciceron insiste muy poco sobre esto: porque parece que sus mismos acusadores no fiaban mucho en esta parte; y que fundaban su principal esperanza en haber hecho odioso á Cluencio por el soborno que le imputaron en el proceso anterior. Muestra la inverosimilitud de todo lo que contaban acerca del pretendido emponzoñamiento: y hacé ver que está enteramente destituido de pruebas; y no tiene sombra de verdad.

No resta pues mas que la peroracion, ó conclusion del alegato. En esta parte, como en el resto de su oracion, Ciceron en medio de tanto calor está exento de toda hinchazon. La peroracion gira sobre dos puntos; la indignacion que deben excitar el caracter y la conducta de Sasia, y la compasion que merece un hijo perseguido toda su vida por su misma madre. Aqui recapitula los crímenes de Sasia, sus liviandades, sus indecen-

LEC. XXV. cias, sus matrimonios incestuosos, sus violencias, y su crueldad. Pone en el punto de vista mas odioso el ardor y furia que ha mostrado en el proceso, que seguia contra su hijo; describe su viage de Larino á Roma con tantos acompañantes y dinero para valerse de todos los medios para vencerlo y oprimirlo en esta causa: al paso que fué tan detestada en todo el viage, que bastaba que ella se alojara en alguna parte para que se convirtiese en una soledad; que todos huian de ella: que su compañia y aun una mirada suya parecian contagiosas; y que se creia contaminada la casa donde entrase una muger tan abandonada. A este cuadro opone el bello del caracter de Cluencio, y su reputacion intacta. Produce en su favor los testimonios de los magistrados de Larino, dados en la manera mas amplia y honrosa por un decreto público, y autorizados con las firmas de los habitantes mas distinguidos que se hallaron presentes, y prontos á certificar cuanto pudiese decir Ciceron en favor de Cluencio.

„Por tanto, ó juezes, *concluye*, si abominais el crimen, no permitais que triunfe esta muger impia: impedid que esta madre, la mas inhumana, se recree con la sangre de su hijo. Si amais la virtud y el mérito, aliviad á este desventurado, que por tantos

años se ha visto expuesto á la mas injusta imputacion por las calumnias de Sasia, de Opianico, y de todos sus parciales. Mejor le hubiera sido haber acabado sus dias de una vez por la ponzoña que preparó para él Opianico, que haber escapado de aquel peligro para verse abrumado de un crimen infame, de que ha mostrado que está inocente. Pero confia en vos, en vuestra clemencia y vuestra equidad, que habiendo ya oido toda su causa, lo restablecereis en su honor; y lo restituireis á sus amigos y conciudadanos; de cuyo zelo y distinguido aprecio habeis visto tantas pruebas en su favor: y que hareis ver por vuestra sentencia, que aunque la parcialidad y la calumnia pueden reynar algun tiempo en las juntas y las arengas populares; en los procesos y en los juicios solo se rinde homenage á la verdad." LEC. XXV.

No he dado mas que el esqueleto de esta oracion de Ciceron. Lo que principalmente he intentado ha sido hacer ver su método y disposicion, la coordinacion de los hechos, y la fuerza con que maneja algunas de las pruebas principales. Pero para formar una idea cabal del asunto y del arte con que lo maneja el orador, es necesario recurrir al original. Pocas oraciones de Ciceron contienen mayor variedad de hechos y de pruebas que esta; lo que hace dificil analizarla completa-

LEC. XXV. mente: pero por la misma razon la he escogido como un dechado excelente del modo de manejar en el foro con orden, elegancia y fuerza una causa compleja é intrincada.

LECCION XXVI.

Elocuencia del Púlpito.

Antes de tratar de la estructura y las partes de una oracion regular me propuse hacer algunas observaciones sobre el tono particular, y los caracteres distintivos de cada una de las tres especies principales de elocuencia pública. Traté ya de la elocuencia de las juntas populares y de la elocuencia del foro. Resta ahora tratar en esta leccion de la manera y del espíritu de la elocuencia acomodada al púlpito.

Comenzaré por considerar las ventajas y desventajas de esta clase de elocucion pública. El púlpito tiene claramente varias y particulares ventajas. Es preciso reconocer que la dignidad é importancia de sus asuntos son superiores á las de todos los demas: pues son tales que deben interesar á cada uno, y penetrar su corazon; y tales que admiten al mismo tiempo los mayores adornos en describirlos, y la mayor vehemencia y calor para esforzarlos. El predicador tiene tambien

grandes ventajas en el modo de tratar los asuntos. No habla á uno ó pocos jueces, sino á un concurso numeroso. Está seguro de que nadie le interrumpa. No se ve de repente obligado á hacer réplicas ó esfuerzos imprevistos. Escoge con tiempo los asuntos: y cuando se presenta al público, es ya con todos los auxilios que puede darle la premeditacion mas prolija. LEC. XXVI.

Pero en medio de estas ventajas la elocuencia del púlpito tiene tambien sus dificultades. Es verdad que el predicador no tiene quien le turbe, ni adversario con quien contender: pero no estando expuesto á los debates y altercaciones se ve privado de estos resortes, que al paso que avivan el ingenio del orador llaman mas la atencion de los oyentes. Tal vez el predicador está en posesion demasiado quieta del campo. Las materias de sus discursos son en sí mismas nobles é importantes, pero trilladas y familiares. Siglos enteros han sido ocupacion de tantos oradores y tantas plumas; y el público está tan acostumbrado á oirlas, que el predicador necesita hacer un esfuerzo extraordinario para cautivar su atencion. No hay cosa mas dificil que dar á lo comun la gracia de la novedad. Ninguna composicion prueba tanta destreza como la que afianza todo su mérito en la ejecucion: porque no está la

LEC. XXVI. gracia en enseñar una cosa nueva, ni en convencer á los hombres de lo que no creen; sino en dar á verdades conocidas, y de que antes estaban penetrados, colores tales que irremediablemente conmuevan su imaginacion y su corazon. Esto coincide con las observaciones del famoso La Bruyere en los Caracteres ó *Costumbres de este siglo*, cuando á la pag. 601 compara la elocuencia del púlpito con la del foro. „La elocuencia del púlpito, dice, por lo que tiene de humano y debe al talento del orador, es oculta, conocida de pocos, y dificil en su ejecucion. Es preciso marchar por caminos trillados, decir lo que se ha dicho, y lo que se prevee que se va á decir: las materias son grandes, pero comunes y triviales: los principios seguros, pero de consecuencias que los oyentes penetran de una sola ojeada: hay asuntos sublimes; pero ¿quién puede tratar el sublime?..... El predicador no está sostenido como el abogado por hechos siempre nuevos, por acontecimientos diferentes, por aventuras inauditas: no se ejercita en cuestiones dudosas: no hace valer las conjeturas violentas y las presunciones; cosas todas sin embargo que elevan el ingenio, le dan vigor y extension; y fijan y dirigen la elocuencia en lugar de violentarla. El debe por el contrario sacar su discurso de una fuente de donde bebe todo

el mundo: y si se aparta de estos lugares co- LEC. XXVI.
munes no es ya popular, sino metafísico ó declamador." La consecuencia que infiere de estas reflexiones es muy exacta. ,,Mas facil es predicar que abogar; pero mas dificil predicar bien que abogar bien." Es preciso no perder de vista que el asunto ciñe generalmente al predicador á tratar de calidades astractas, de vicios y virtudes; mientras que otros oradores populares suelen tratar de las personas; las cuales comunmente son materia de mayor interes para los oyentes, y que se apodera mas prontamente de la imaginacion. El oficio del predicador es solamente hacernos detestar el crimen; el del abogado hacernos detestar el criminal. Este describe una persona viviente; y excita con mas facilidad nuestra indignacion. De aqui proviene que aunque tenemos muchos predicadores medianos, tengamos tan pocos sobresalientes. Estamos aun muy distantes de la perfeccion en el arte de predicar: y tal vez hay pocas cosas en que mas dificil sea aventajarse. Esto se entiende con referencia á la perspectiva ideal de la perfeccion de este arte; á la cual desde el tiempo de los Apóstoles no ha llegado ni llegará tal vez alguno. Pero con respecto á aquel grado de elocuencia, que tanto contribuye para el grande objeto de la edificacion comun, y da justo título á la

LEC. XXVI. reputacion y estimacion, hay muchos que ocupan un lugar muy distinguido. Yo soy enteramente de la opinion de un juez imparcial (el doctor Campbell sobre la Retórica lib. 1, cap. 10); el cual observa, que considerando cuan raro es entre los hombres el talento de la elocuencia, y las muchas desventajas que tienen los predicadores, y en particular la frecuencia de este ejercicio junto con las otras obligaciones de su ministerio, es mas de admirar que oigamos tantos sermones instructivos y aun elocuentes que el que oigamos tan pocos. Pero aunque sea tan dificil el predicar con perfeccion, el empeño como quiera es noble, y digno por muchos títulos de que se tome con ahinco.

Creerán acaso algunos que el predicar no es asunto propio del arte de la elocuencia: porque este, dirán, pertenece solo á los estudios é invenciones humanas. Pero las verdades de la religion harán probablemente mas fruto, cuando se expongan con mayor sencillez y menos artificio. Esta objecion seria de peso si, como juzgan comunmente los que la hacen, fuese la elocuencia un arte ostentoso y engañoso, y un estudio solamente de palabras y de grangear el comun aplauso lisonjeando el oido. Pero bien á la larga he combatido esta idea, que algunos tienen de la elocuencia. La verdadera elocuencia es el

arte de colocar la verdad en la luz mas ventajosa para convencer y persuadir. De esto debe estar bien penetrado todo hombre de bien, que predique el Evangelio: de lo mismo depende el fruto de su predicacion: y si fuese necesaria, como seguramente no lo es, alguna nueva razon en esta parte, nos refeririamos á los discursos de los Profetas y de los Apóstoles; modelos de la elocuencia mas sublime y persuasiva, y acomodados á la imaginacion y á las pasiones de los hombres. LEC. XXVI.

Un requisito esencial para predicar bien es tener una idea exacta, y al mismo tiempo fija y constante, del fin de la predicacion: pues ningun arte puede ejecutar bien el que no tiene idea exacta de su fin y objeto. Y asi todo sermon debe ser una oracion persuasiva. No basta que el predicador instruya y enseñe, raciocine y arguya. Toda persuasion, como hemos dicho arriba, se debe fundar en la conviccion. Primero se ha de dirigir al entendimiento para hacer en el corazon una impresion duradera: y el que quisiere influir en las pasiones y conducta de los hombres, sin darles primero principios sanos y alumbrar antes sus entendimientos, será un mero declamador. Podrá moverlos por un momento, ó encender en ellos fervores pasageros; pero no hará efecto sólido y permanente. Al mismo tiempo se debe tener presente que

LEC. XXVI. deben referirse y contraerse á la práctica todas las instrucciones de un predicador, y que ha de tener por primer objeto la persuasion. No sube él al púlpito á discurrir de puntos intrincados y astrusos, ni á ilustrar verdades metafísicas, ni tampoco á enseñar á los hombres cosas que antes no hayan oido; sino á hacerlos mejores dandoles ideas claras de las verdades de la religion, y persuadiendolos al mismo tiempo de su importancia. La elocuencia, pues, del púlpito es una elocuencia popular; no en el sentido de acomodarse á los caprichos y preocupaciones del pueblo (lo cual haria seguramente despreciable al orador), sino en el verdadero sentido de esta palabra; esto es, dirigida á hacer impresion sobre el pueblo; y á tocar sus corazones, y enseñorearse de ellos. Por tanto no tengo reparo en asegurar que la manera astracta y filosófica de predicar, por alabada que sea á vezes, es muy defectuosa; y se desvia en extremo del verdadero plan de la elocuencia del púlpito. El predicador, es verdad, debe ser siempre racional: debe dar al auditorio ideas claras de cada asunto, y ocuparlo con cosas y no con sonidos; pero cederá poco en su elogio que se le tenga por exacto en sus razonamientos, si no es al mismo tiempo un orador persuasivo.

Siendo pues la idea propia de un sermon

una oracion persuasiva; se sigue, como consecuencia muy esencial, que el predicador para lograr el acierto ha de ser hombre de bien. En una leccion anterior procuré mostrar que en ninguna materia puede ser uno elocuente sin que pronuncie: *Veræ voces ab immo pectore*, „lo que siente en su interior;" y sin que hable lo mismo de que está convencido, y exprese sus mismos sentimientos. Si este es un requisito, como en mi opinion lo es, en otras especies de elocucion pública; ciertamente lo es mucho mas en la predicacion: porque aqui es de la mayor importancia que el orador crea firmemente la verdad y la importancia de aquellos principios, que quiere inculcar á los demas; y que no solamente los crea, sino que tenga de ellos un sentimiento vivo y profundo. Esto dará siempre á sus exortaciones una fuerza y piedad fervorosas, superiores en sus efectos á todas las artes de una elocuencia estudiada: y sin ellas los auxilios del arte pocas vezes le sacarán de la clase de declamador. Una piedad sólida serviria de escudo contra aquellos yerros en que suelen incurrir los predicadores: daria á sus discursos solidez, fuerza y utilidad: y preservaria á aquellos de ocuparse en arengas frívolas y ostentosas; en que no llevan otro fin que hacer alarde de palabras pomposas, ó divertir al auditorio: y la

LEC. XXVI. dificultad tal vez de llegar al punto de piedad y bondad habitual que se requiere para la perfeccion de la elocuencia del púlpito, y de acompañarlas del conocimiento cabal del mundo y de otras dotes, es una de las principales causas de que sean tan raros los que llegan á sobresalir en ella.

Los principales caracteres de la elocuencia del púlpito, y que la distinguen de las otras especies de elocuencia, creo que son dos; gravedad, y calor. La naturaleza de las materias pertenecientes al púlpito pide gravedad; su importancia exige calor. No es facil ni comun unir estos dos caracteres. Si prepondera la gravedad, viene á parar en una magestad uniforme y fastidiosa. El calor, cuando le falta la gravedad, raya en teatral y ligero. Los predicadores deben poner su principal conato en unir ambas cosas, tanto en la composicion de sus discursos, como en la manera de recitarlos. La union de la gravedad y el calor forma lo que los franceses llaman *uncion*: es decir, aquella manera de predicar afectuosa, penetrante é interesante, que nace de una fuerte sensibilidad de su corazon á la importancia de aquellas verdades que tiene en la boca, y de un ardiente deseo de que hagan una impresion profunda en los corazones de los oyentes.

Otro punto de la mayor importancia pa-

ra un predicador, despues de tener idea exacta de la naturaleza y del objeto de la elocuencia del púlpito, es la eleccion conveniente de los asuntos sobre que ha de predicar. El dar reglas sobre la eleccion de asuntos para los sermones es mas de teólogos que de retóricos: solamente diré en general que el predicador deberá elegir los que le parezcan mas provechosos y acomodados á las circustancias del auditorio. No se puede llamar elocuente al que habla á un concurso sobre asuntos, ó en un tono que ninguno ó pocos comprehenden. El sentido comun y la bondad de corazon deben bastar para que cualquiera desprecie los aplausos insensatos, que los ignorantes dan á lo que no entienden por su corta capacidad. La elocuencia util y la verdadera andan siempre juntas: y nadie puede grangearse la reputacion de buen predicador sin que sea reconocido tambien por util. LEC. XXVI.

Cuando trate de la conducta de un discurso en general, daré las reglas sobre la conducta de las diversas partes de un sermon, la introduccion, division, y partes argumentativa y patética: y por esto me ciño ahora á hacer algunas observaciones privativas de esta especie de composicion.

La primera es guardar la unidad. Esta es de gran importancia en todas las composicio-

LEC. XXVI. nes: pero en los discursos, en donde el orador no tiene á su arbitrio la eleccion y direccion de la materia, no está en su mano el guardarla: y por el contrario será siempre falta del predicador que el sermon carezca de ella. Lo que entiendo por unidad del sermon es que haya un punto principal á que se refiera todo él: que no sea un tejido de diversas materias hacinadas; sino que predomine en él un solo objeto. Fúndase esta regla en la experiencia que tenemos de que el ánimo no puede á un tiempo atender bien á mas que á un objeto principal. Si la atencion se divide, se debilita siempre la impresion. Esta unidad, sin la cual no podrá tener un sermon mucha fuerza ni hermosura, no excluye las divisiones, ó la separacion de capítulos en el discurso; ni pide que el mismo pensamiento se presente siempre á los oyentes en aspectos diferentes. Esto seria entender muy materialmente la regla, y coartar mucho los límites de un sermon. Por el contrario admite alguna variedad, y partes subordinadas unas á otras; pero cuidando siempre de guardar la union y conexion, de manera que todo concurra á hacer una misma impresion en el ánimo. Yo puedo usar, por ejemplo, de diferentes pruebas para exhortar al amor de Dios: y aun tal vez vendrá bien examinar las causas de la frialdad en esta vir-

tud; pues siempre se presenta al ánimo un objeto grande: pero si porque dice el texto „el que ama á Dios, debe amar tambien á sus hermanos," mezclo yo en un mismo discurso pruebas del amor de Dios y del amor del prójimo; quebrantaré sin excusa alguna la unidad, y haré en los oyentes una impresion debil y confusa. LEC. XXVI.

En segundo lugar, los sermones son siempre mas eficazes y provechosos, cuanto la materia sea mas peculiar y precisa. Esto en parte está indicado en lo que acabo de explicar. Aunque se puede dar á una materia general la unidad competente, nunca podrá ser esta tan perfecta como la que puede haber en una particular. La impresion que hace aquella es mas vaga; y la instruccion, que resulta, menos directa y convincente. Los predicadores jóvenes escogen á vezes asuntos generales, como por ejemplo las excelencias y bienes de la religion; porque son mas magníficos y fáciles de manejar: y ciertamente que no deben echarse en olvido las nociones generales de la religion; pues vienen muy bien en ocasiones. Pero no son la materia mas favorable para causar los portentosos efectos de la predicacion. Se siguen en ellos casi inevitablemente las huellas ya trilladas de pensamientos comunes: y la atencion se excita mucho mas tomando algun

LEC. XXVI. punto particular de un asunto interesante, y dirigiendo á él toda la fuerza de las pruebas y de la elocuencia. Exhortar á alguna virtud, ó reprender algun vicio particular es asunto que no carece de unidad y precision: pero si nos ceñimos á aquella virtud ó vicio que toma un caracter particular, y si lo consideramos segun se dexa ver en ciertos caracteres, y segun domina en ciertas situaciones de la vida; entonces el asunto se hace mas interesante. La ejecucion es mas dificultosa: pero es mucho mayor el mérito y el efecto.

En tercer lugar no hay mayor error que empeñarse en apurar todo lo que hay que decir en el asunto. Lo acertado es escoger lo mas util, los lugares comunes mas eficazes y persuasivos que presenta el texto; y cimentar en ellos el discurso. Si las doctrinas que predican los ministros del Evangelio fuesen enteramente nuevas para los oyentes, deberian ellos extenderse sobre cada particular hasta darles una instruccion completa. Pero los sermones antes son para la persuasion que para la instruccion: y nada se opone tanto á aquella como una prolijidad superflua y fastidiosa. Hay muchas cosas que el predicador debe dar por sabidas, y otras que debe tocar de paso. Si se propone no omitir cosa alguna de cuantas le recuerde el asunto, se verá

sin remedio abrumado y sin el vigor necesario para su desempeño. LEC. XXVI.

Cuando estudie el sermon, debe ponerse en lugar de un oyente grave. Suponga que habla consigo mismo: y considere el punto de vista en que le hace mas fuerza el asunto, las pruebas que mas le persuaden, y la parte que mas conmueve su ánimo. Haga uso principalmente de estos materiales; porque es muy natural que en ellos ejercitará su ingenio con mas vigor. La mania de sutilizar y hacinar verdades, tan comun entre los predicadores, enerva las mas importantes. De la observancia de la regla que acabo de dar se seguirá que no se predicarán sobre un texto tantos sermones. Pero esto no traerá perjuicio alguno; porque yo no sé qué utilidad puede resultar de sacar de un texto un sistema entero de verdades de la religion. El método, sin comparacion, mas sencillo y natural es elegir de un asunto el punto á que principalmente dice relacion el texto; y no insistir sobre él sino lo necesario para discutir competentemente la materia baxo aquel aspecto; lo cual puede hacerse con la debida distincion y profundidad en uno ó pocos discursos: pues es grande error imaginar que los que mas se detienen en él, predican con mas profundidad, y ahondan mas en la materia. Por el contrario aquel

LEC. XXVI. círculo fastidioso que tienen que hacer en todas sus ilustraciones, comunmente es efecto ya de falta de discernimiento para percibir lo mas importante en la materia, ya de falta de destreza para presentar esta en el verdadero punto de vista.

En cuarto lugar, procure sobre todo el predicador hacer interesantes al público sus instrucciones. Esta es la piedra de toque, y la mayor señal de verdadero talento para la elocuencia del púlpito: pues no hay cosa que tanto se oponga al acierto en predicar como una manera árida. Un sermon árido nunca puede ser bueno. El predicar con interes consiste mucho en la recitacion del discurso; porque el modo de hablar contribuye en gran manera á hacer mas ó menos impresion en el oyente: pero tambien depende mucho de la composicion. Un lenguage correcto y una descripcion elegante son solo instrumentos secundarios del arte de predicar con interes: y la habilidad está en disponer el corazon de los oyentes, de manera que piense cada uno que el predicador habla con él solo. Para esto debe evitar todo razonamiento intrincado: nunca se ha de explicar en proposiciones generales especulativas, ni exponer verdades prácticas astracta y metafisicamente. El discurso debe llevar, en cuanto sea posible, el tono de una con-

versacion; no como se escribe un tratado, si- LEC. XXVI.
no como se habla á la muchedumbre, cuidando de aplicar lo doctrinal y didáctico del sermon á lo que tiene una relacion inmediata con la práctica.

Siempre es muy necesario considerar los diferentes caracteres, edades y condiciones de los hombres, y acomodar las exhortaciones y amonestaciones á las diversas clases de oyentes. En reproduciendo lo que conoce un hombre que le toca por su caracter, o le pertenece por sus circustancias, puede el predicador estar seguro de interesarle. Para esto es necesario y seguro el estudio de la vida y del corazon humano: descubrir el corazon del hombre, y presentarle su propio caracter en un punto de vista bajo el cual no lo ha visto hasta entonces, surte un efecto maravilloso. Mientras el predicador se detenga en observaciones generales, sin descender á trazar líneas y facciones particulares del caracter de cada uno, nadie se creerá comprendido en la descripcion. La exactitud patente de los caracteres morales es la que da la principal fuerza al discurso. Por lo mismo los ejemplos que se fundan en hechos históricos, y se sacan de la vida comun, de que estan llenas las Escrituras, excitan siempre en gran manera la atencion, cuando estan bien escogidos: y por lo tanto no debe per-

LEC. XXVI. derse ocasion favorable de introducirlos con oportunidad; pues corrigen en parte la desventaja que, segun observé, está aneja á la predicacion de ceñirse á tratar de calidades astractas y no de personas; y presentan en el punto de vista mas convincente la realidad é importancia de las verdades de la religion. Los mejores sermones y los mas provechosos, aunque tambien los mas dificiles de componer, son tal vez los enteramente característicos, ó fundados en la ilustracion de algun caracter peculiar, ó de algun punto notable de historia en la sagrada Escritura; y en su ejecucion puede uno trazar y descubrir los retretes mas ocultos del corazon humano. Los demas asuntos estan ya muy trillados: pero este es un campo que ademas de ser espacioso ha sido hasta ahora poco explorado por los predicadores; y tiene aun la ventaja de ser curioso, nuevo, y utilísimo.

En quinto y último lugar, permítaseme prevenir que nadie tome por modelo ninguno de los estilos que suelen ser de moda. Esta es un torrente que se hincha por la noche, y desaparece á la mañana. Reyna á vezes el gusto de un estilo poético, á vezes del filosófico; en ciertos tiempos todo ha de ser patético, en otros todo argumentativo, segun van dando el tono predicadores afamados.

Cada una de estas modas llevada al extremo LEC. XXVI es muy defectuosa: y el que se conforme á ellas, sufocará y estragará su ingenio. Hay un gusto universal, que no está sujeto á modas pasageras; el único que puede tener alguna autoridad; y el que nunca dará su sancion á ningun modo de predicar que no esté fundado en la naturaleza, que no vaya acompañado de la utilidad, y no se conforme con la idea propia de un sermon; el cual debe ser siempre un discurso grave y persuasivo, recitado á una multitud con el fin de hacer mejores á los hombres. Fórmese el predicador por este modelo: y hallará con este secreto un camino mas seguro para su reputacion y acierto, que por la servil condescendencia con el gusto popular y los caprichos mudables de los oyentes. La verdad y el buen sentido son firmes y estables; la moda y el capricho vacilantes y caducos. Nunca siga implícitamente un solo modelo; ni se haga imitador servil de ningun predicador, por afamado que sea. De varios de ellos puede tomar muchas cosas con provecho; y puede preferir unos á otros; pero la imitacion servil apaga el ingenio; ó mas bien es una prueba de la absoluta falta de él.

En orden al estilo del púlpito el primer requisito es que sea claro. Como los discursos que se han de recitar son para la instruc-

LEC. XXVI. cion de toda suerte de oyentes, deben reynar en ellos la claridad y la sencillez. Se han de evitar las palabras desusadas, hinchadas y altisonantes; con especialidad las que son meramente poéticas ó meramente filosóficas. Con su resplandor suelen cegarse los principiantes; y en ellos es excusable este error: pero vivan persuadidos de que es un error, que proviene de no haber adquirido todavia un gusto correcto. El púlpito requiere dignidad de expresion en el mayor grado; por ningun caso se deben tolerar expresiones débiles ó arrastradas, ni modos de hablar bajos ó vulgares. Mas esta dignidad puede cuadrar muy bien con la sencillez. Las palabras pueden ser claras, fáciles de entender, y de un uso comun: y con todo puede el estilo conservar la suficiente dignidad, y ser al mismo tiempo vivo y animado. Este es cabalmente el estilo que requiere el púlpito. El fervor que debe animar á un predicador, y la grandeza é importancia de la materia, justifican y aun exigen expresiones ardientes y animadas. No solamente puede valerse de metáforas y de comparaciones; sino que en ocasiones oportunas puede apostrofar al santo y al pecador, personificar objetos animados, prorumpir en exclamaciones atrevidas; y en general tiene á sus órdenes las figuras mas patéticas de la elocucion. Pero sobre el

uso y manejo de las figuras traté en las pri- LEC. XXVI
meras lecciones con bastante extension, sin tener necesidad de dar aqui reglas particulares; á no ser que sea preciso recordar otra vez la regla mas esencial de no emplear jamas figuras fuertes ni un estilo patético, fuera de los casos en que la materia los está pidiendo, y en que el orador se ve precisado á usar de ellos impelido de un calor natural, y no facticio.

El lenguage de la sagrada Escritura, empleado con propiedad, sirve de mucho adorno á los sermones. Se puede emplear ó por via de cita, ó por alusion. Las citas directas tomadas de la Escritura en apoyo de lo que el predicador quiere inculcar, dan mas autoridad á la doctrina; y hacen mas magestuoso y venerable el discurso. Las alusiones á los pasages ó expresiones notables de la Escritura, cuando se introducen convenientemente, hacen por lo general un efecto agradable. Ellas suministran al predicador un caudal de expresiones metafóricas, que no se encuentran en ninguna otra composicion; y con las cuales puede variar y animar el estilo: pero debe cuidar de que estas alusiones sean fáciles y naturales; porque si son forzadas, parecen casi unos conceptos. El Obispo Sherlock, haciendo ver que el cristianismo ha ensanchado los límites de la razon, é ilustrado

LEC. XXVI. los principios de la religion natural, ataca á los incrédulos por el abuso que hacen de estas ventajas, en la forma siguiente: „Cuál es nuestro reconocimiento á las gracias que hemos recibido? ¿Con cuánto desprecio miramos el Evangelio de Jesucristo; al cual somos deudores de la luz clara de la razon y de la naturaleza, cuando intentamos levantar contra él la naturaleza y la razon? ¿La *mano seca* que Cristo restableció y sanó debia levantarse contra él?" Vol. 1, d. 1. Esta alusion al célebre milagro de nuestro Señor me parece feliz y elegante. El Doctor Seed es muy apasionado por las alusiones al estilo de la Escritura; pero se vale á vezes de algunas demasiado violentas y extrañas. Como cuando dice (Serm. 4). „Ninguna virtud grande va sola; *las virtudes que son sus hermanas, llevarán á sus compañeras con alegria y regocijo*;" aludiendo al pasage del Salmo 45 que se refiere á las vírgenes compañeras de la hija del Rey. Y (en el Serm. 13) habiendo dicho que las Universidades se llaman con razon los ojos del estado, añade: y *si los ojos* de la nacion *fueren malos, todo su cuerpo estará en tinieblas.*

En un sermon no se han de hallar conceptos, ni expresiones agudas, ni aspavientos. Todo esto degrada mucho la dignidad

del púlpito: y el predicador debe ante todas cosas evitar este ayre de insensatez; y procurar que su estilo sea mas bien enérgico y expresivo, que brillante. Pero no imagine por eso que hará fuerte y expresivo el estilo el uso constante de los epítetos. Este es un grande error. A vezes los epítetos tienen mucha fuerza y hermosura. Pero si se introducen á cada paso, en lugar de fortificar el estilo, lo abruman y debilitan: y en lugar de aclarar la imágen la hacen confusa y oscura. El que me hable ,,de este mundo perecedero, mudable y transitorio," no me dará con todos estos epítetos una idea mas fuerte de lo que quiere significar, que si con propiedad se valiese de uno solo. Concluyo este capítulo con una advertencia; y es, que no se tengan, como se dice, expresiones favoritas: porque muestran la afectacion, y son empalagosas. Ni tampoco se encuentre dos vezes en un mismo discurso expresion alguna notable por su lustre ó belleza: porque con su repeticion daria á entender el orador su deseo de brillar; y manifestaria al mismo tiempo su falta de invencion. LEC. XXVI.

Por lo que toca á la cuestion de si es mas conveniente escribir todo el sermon, y aprenderlo con cuidado de memoria, ó estudiar solamente la materia y los pensamientos principales, y fiar las expresiones, á lo menos en

LEC. XXVI. parte á la recitacion, soy de parecer de que no se puede dar una regla general. La diferencia de ingenio deberá dictar á los predicadores la eleccion de cada uno de estos métodos. Las expresiones que salen del corazon ardientes é inflamadas, durante el fervor de la pronunciacion, suelen tener una gracia y energia superiores á las que tienen las estudiadas en el retiro del gabinete. Pero tambien es cierto que no en todas ocasiones pueden enseñorearse de la fluidez y vigor de la expresion, aun los que tienen mas presencia de espíritu; y otros en ningun tiempo, sobrecogidos con la presencia del auditorio. Por esto será conveniente escribir los sermones con el mayor esmero posible. Esto es absolutamente necesario al principio para adquirir alguna soltura, y habituarse á un lenguage correcto, y aun á pensar correctamente en asuntos de religion: estoy tambien por decir, que no solamente conviene empezar, sino continuar tambien en el ejercicio de escribir los sermones, y tomarlos de memoria siempre que haya lugar para ello. Es tan comun la relajacion en este particular; y los mas de los predicadores estan tan dispuestos á dejarse llevar de ella, que se ofrecen muy pocas ocasiones de dar precauciones contra el extremo opuesto de un nimio y excesivo esmero.

De la pronunciacion ó recitacion trataré despues aparte. Ahora observaré únicamente que la práctica de leer los sermones es uno de los mayores ostáculos de la elocuencia del púlpito en la Gran Bretaña; en donde únicamente se usa. Un discurso dirigido á persuadir, no puede tener la misma fuerza cuando se lee, que cuando se recita de memoria. Esto lo conocerá cualquiera; y no carece de fundamento la prevencion contra esta práctica: pues lo que se gana en punto á correccion, no equivale en mi concepto á lo que se pierde en punto de persuasion y de fuerza. Los que no tienen memoria para retener todo un discurso, pueden ayudarse mucho teniendo á la vista unas breves apuntaciones, que les harán conservar en parte aquella serenidad y facilidad que tiene el que habla. LEC. XXVI.

Los predicadores franceses é ingleses tienen ideas muy diferentes acerca de la elocuencia del púlpito. Un sermon frances por lo regular es una exhortacion vehemente y fervorosa: un sermon ingles es una obra fria de instruccion y razonamiento. Los predicadores franceses se dirigen principalmente á la imaginacion y á las pasiones; los ingleses casi solo al entendimiento. La union de estas dos especies de composicion, del ardor y pasion de los franceses con la exactitud de razonamiento de los ingleses, formaria á mi

LEC. XXVI. parecer el modelo de un sermon perfecto. Censurando los críticos franceses á los predicadores ingleses dicen, que son filósofos y lógicos, pero no oradores. ,,Segun nuestro método, dice Mr. Crevier (Retór. franc. tom. 1, pág. 134) los sermones son unos verdaderos discursos oratorios; y no unas discusiones metafísicas, como entre los ingleses, mas propias para una academia, que para las juntas populares de nuestros templos; á las cuales es preciso instruir en los deberes del cristianismo, confortarlas, consolarlas y edificarlas." Los defectos de la mayor parte de los sermones franceses son los siguientes: por la costumbre que tienen de tomar el texto del Evangelio del dia, es á vezes violenta y forzada la conexion de aquel con la materia; como sucede en uno de los mejores sermones de Masillon, el de la frialdad y caimiento de ánimo con que los cristianos cumplen con los deberes de la religion, con el texto de S. Lucas IV, 18. Y *salió de la sinagoga; y entró en la casa de Simon: y la suegra de Simon estaba postrada de una gran fiebre.* Las aplicaciones que hacen de la Escritura son mas caprichosas que instructivas: su método es pesado y arrastrado por el vicio de dividir los asuntos en dos ó tres puntos principales; y la composicion en general es demasiado difusa; consistiendo mas bien en

unos pocos pensamientos muy extendidos y trabajados, que en la riqueza y variedad de sentimientos. A pesar de todos estos defectos, no se puede negar, que sus sermones estan formados sobre la idea de una oracion popular persuasiva: y por eso soy de parecer que se pueden leer con fruto. LEC. XXVI.

Entre los predicadores católicos franceses los mas eminentes son Bourdaloue, y Masillon. Se disputa entre los críticos franceses á cuál de los dos se deba la preferencia; y cada uno de ellos tiene sus apasionados. Atribuyen á Bourdaloue mas solidez y mayor exactitud en los razonamientos; á Masillon una manera mas agradable é insinuante. Bourdaloue es, á la verdad, excelente razonador, é inculca la doctrina con mucho zelo, fervor y piedad; pero su estilo es verboso; está desagradablemente lleno de citas de los Padres; y no tiene imaginacion. Masillon tiene mas gracia, mas sentimiento, y á mi parecer mas ingenio por todos respectos. Manifiesta mayor conocimiento del mundo, y del corazon humano; es patético y persuasivo; y sobre todo es tal vez el predicador mas elocuente de los tiempos modernos.

Para dar una idea de la elocuencia de los predicadores franceses, insertaré aqui un pasage de Masillon; el cual está alabado en la Enciclopedia, artículo *elocuencia*, como una

LEC. XXVI. obra clásica, comparable á todo cuanto se ha escrito en los tiempos antiguos y modernos. El asunto del sermon es el corto número de los que se salvan. El tono de todo el discurso es sumamente grave y animado: pero cuando llegó el orador al pasage siguiente nos dice el autor de este articulo, que se conmovió todo el concurso; que por un movimiento involuntario se levantaron todos de sus asientos; y que hubo un murmullo de sorpresa y de aclamaciones, que desconcertó al orador, si bien acrecentó el efecto del sermon.

„Párome en vosotros solos, hermanos mios, que os habeis juntado en este templo. No hablo del resto de los hombres; os considero como si no hubiese otros en el mundo; ved el pensamiento que me ocupa, y me amedrenta. Hago yo cuenta de que es llegada vuestra última hora y el fin del mundo; de que se van á abrir los Cielos encima de vosotros, y á dejarse ver Jesucristo en su gloria en medio de este templo; y de que os hallais aqui juntos como angustiados reos aguardando la sentencia de perdon ó la de muerte eterna. Porque por mas que os lisonjeeis, morireis en el estado en que os hallais ahora. Todos esos deseos de conversion, que ahora os entretienen, os llevarán entretenidos al lecho de la muerte. Esta es la expe-

riencia de todos los siglos. Toda la novedad que entonces encontrareis en vosotros será tal vez una cuenta mas larga que la que teneis que dar ahora; y de lo que seriais si en este instante viniera á juzgaros, podeis inferir lo que os sucederá al salir de esta vida." LEC. XXVI.

„Pues ahora os pregunto, y os lo pregunto lleno de terror, sin separar mi suerte de la vuestra, y poniéndome en la misma disposicion en que deseo os pongais; ¿si se presentase Jesucristo en este templo en medio de este concurso el mas augusto del universo, para juzgarnos, para hacer el terrible discernimiento de las ovejas y cabrones, creeis que pondria á su mano derecha la mayor parte de los que aqui estamos? ¿Creeis que pondria á lo menos la mitad? ¿Creeis que se hallaria siquiera los diez justos que en otra ocasion no pudo encontrar el Señor en cinco ciudades enteras? Yo os lo pregunto; vosotros lo ignorais; y yo tambien lo ignoro. Vos solo, Dios mio, conoceis los que son vuestros. Hermanos mios, es casi cierta nuestra perdicion: y nosotros no pensamos en ello. Aun cuando en esta terrible separacion, que se ha de hacer algun dia, no hubiese de haber del lado de los réprobos mas que un solo pecador de este concurso; y cuando una voz del cielo, sin señalarlo, bajase á asegurarnos de ello en este templo;

LEC. XXVI. ¿quién de nosotros no temeria ser el desdichado? ¿quién de nosotros no apelaria luego á su conciencia para examinar si sus delitos habian merecido este castigo? ¿quién de nosotros, pasmado de terror, no preguntaria á Jesucristo, como en otro tiempo los Apóstoles: seré yo, Señor? Amados oyentes, ¿somos cuerdos? Entre todos los que me escuchan tal vez no se encontrarán diez justos: y tal vez se hallarán menos todavia. Qué sé yo, Dios mio! Yo no me atrevo á sondear fijamente en los abismos de vuestros juicios y de vuestra justicia: tal vez no se encontrará mas que uno: y este peligro ¿no te mueve amado oyente mio? ¿Y creearás ser tú el afortunado entre tantos que perecerán; tú, que tienes menos motivos que otro alguno para creerlo: tú, que eras el único sobre quien habia de caer la sentencia de muerte? Gran Dios! ¿Qué poco se conocen en el mundo los terrores de vuestra ley &c.?" Despues de una exhortacion tan vehemente y espantosa, pasa el orador con mucha propiedad á esta correccion práctica. „Pero ¿qué sacarémos de estas grandes verdades? ¿que hemos de desesperar de nuestra salvacion? No lo permita Dios. Solo el impio para calmar sus remordimientos se esfuerza por concluir dentro de sí mismo, que todos los hombres perecerán como él: no ha de ser ese el

fruto de mi discurso; sino el de desengañaros del error tan general, de que se puede hacer lo que los otros hacen, y que el uso es un camino seguro: el de convenceros de que para salvarse es menester distinguirse de los demas, ser singular, vivir retirado en medio del mundo, y no parecerse á la multitud." Sermones de Masillon tom. IV. LEC. XXVI.

Antes de la restauracion del Rey Carlos II los sermones de los teólogos ingleses rebosaban en teología escolástico-casuistica. Estaban llenos de menudas divisiones y subdivisiones, y de retazos de erudicion en la parte didáctica; pero tambien tenian apóstrofes muy fervorosos y patéticos á las conciencias de los oyentes en la aplicacion del sermon. En tiempo de la restauracion la predicacion tomó una forma mas correcta y limada. Se desembarazó de la pedanteria y de las divisiones escolásticas de los sectarios: pero abandonó tambien sus patéticos y fervorosos apóstrofes; y se formó sobre el modelo de un razonamiento frio, y de una instruccion juiciosa. Como los disidentes conservaron en parte el antiguo estilo de predicar, bastó esto para que se alejase de él mucho mas el Clero establecido. El calor y los afectos, bien fuese en la composicion ó en la recitacion de los sermones, se tuvieron por fanatismo y extravagancia: y de aqui provi-

LEC. XXVI. no la manera argumentativa de ahora, que raya en seca y poco persuasiva; caracter demasiado general de los sermones ingleses. Muchos de ellos son muy correctos, atendiendo al modelo sobre que se han formado; pero el modelo mismo es imperfecto y defectuoso. El Dr. Clarke, por ejemplo, es siempre juicioso; y abunda en razonamientos los mas claros y exactos: sus aplicaciones de la Escritura son oportunas: su estilo es siempre perspicuo, y á vezes elegante: instruye y convence: ¿cual es pues su defecto? El de no interesar y hacerse dueño del corazon. Muestra lo que se debe hacer: pero no excita en los oyentes deseos de hacerlo: trata al hombre como si fuera una inteligencia pura, sin imaginacion y sin pasiones. La manera del Arzobispo Tillotson es mas suelta y apasionada; y se acerca mas que la de ningun teólogo ingles al caracter de la locucion popular. Por eso hoy dia es uno de los modelos mas seguidos entre los predicadores ingleses. No se le puede considerar, á la verdad, como un orador perfecto: su composicion es demasiado vaga y floja; su estilo demasiado debil, y muchas vezes insípido para que merezca tan alto caracter: pero en alguno de sus sermones hay tanto calor y valentia, fluye por todas partes tanta facilidad y claridad, tal vena de buen sentido y piedad sin-

cera, que con razon se le puede tener por el predicador mas sobresaliente que ha producido la Inglaterra. LEC. XXVI.

En el Dr. Barrow es mas de admirar la prodigiosa fecundidad de su invencion, y la singular fuerza y valentia de sus conceptos, que la felicidad de la ejecucion, ó su talento para componer. Vemos en él un ingenio superior en mucho al comun, y casi peculiar á sí mismo: pero se encuentra á vezes mucha selvatiquez en su ingenio por falta de disciplina ó estudio de la elocuencia.

No me empeñaré en dar los diferentes caracteres de tanto número de escritores de sermones, como ha producido esta edad y la pasada; entre los cuales encontramos muchos nombres respetables. Hallamos en sus composiciones cosas dignas de alabanza, talentos de diferentes especies, mucha piedad, mucho juicio, y provechosa instruccion; aunque en general no iguala acaso su elocuencia á la bondad de la materia. El Obispo Atterbury merece ser nombrado particularmente por modelo de un estilo correcto y bello; ademas de que en alguno de sus sermones es mas apasionado y elocuente, que lo que comunmente se encuentra. Si el Obispo Butler, en lugar de ensayos filosóficos, hubiera dado mas sermones por el estilo de los dos excelentes que compuso sobre el en-

LEC. XXVI. gaño propio y sobre el caracter de Balaam, mereceria ser citado por modelo de la especie de sermones característicos, que he recomendado arriba.

España ha abundado en todos tiempos de predicadores famosos en el púlpito, y de misioneros útiles al bien espiritual de las almas: porque la piedad nacional ha recibido con respetuosa sumision, y casi con gula las palabras vivificadoras de sus fervorosos catequistas. Pero la mayor parte de nuestros varones apostólicos, atentos solo á la edificacion, han cuidado mas de predicar con el ejemplo que con las palabras: y han fiado mas de las espontáneas efusiones de su corazon ferviente que de las elegantes cláusulas de unas oraciones preparadas. El ejercicio á que se entregaban con incansable desvelo no les permitia tampoco este primor, ni aun un trabajo mediano. Versados en las Escrituras y los Santos Padres tomaban á su cargo acriminar un vicio, presentarlo espantable, y retraer de él á sus oyentes aterrándolos con la sencilla descripcion de sus estragos. Las imágenes, los ejemplos, y las autoridades eran todo el aparato de estas enérgicas pinturas; y tal ha sido siempre que el zelo y la verdadera piedad fueron el movil de su ocupacion en este sagrado ministerio. Esto les bastaba para desempeñarlo con aplauso,

con celebridad, y aun con fruto; y mas si se juntaba la fama ó el buen olor de sus virtudes. Para sostener esta fama y con ella continuar en coger frutos opimos era no menos indispensable predicar mucho, predicar á todos, y predicar sobre aquellos vicios ya generales, ya locales que excitaban su zelo; y de consiguiente les era imposible preparar y ajustar el sermon á las reglas todas de la oratoria cristiana. ¿Qué podremos pues hallar de comun entre estos sermones recitados y no impresos, y tal vez ni escritos, y entre las oraciones de aquellos pocos predicadores verdaderamente elocuentes, que se encuentran en otras naciones? ¿Qué podrian tener de comun los sermones de los Venerables Avila y Granada compuestos, ó por mejor decir meditados, en el espacio de un dia ó de una sola noche, y entre un sermon de Masillon, que le llevaba medio año entero para componerlo y corregirlo? Aun por esto vemos que el Venerable Avila, que por el discurso de mas de veinte años estuvo recorriendo la Andalucia, y predicando continuamente, solo dejó escritas dos plática, que hizo al Clero de Córdoba, y que este insigne varon no pudo afianzar en ellas la nombradia que se grangeó de facundo y aun elocuente. Vemos tambien que los predicadores pueden coger una mies copiosísi- LEC. XXVI.

LEC. XXVI. ma en los sermones de Fr. Luis de Granada, considerándolos como una selva de preciosos útiles: pero ni aun en los trece *sermones*, que dejó escritos en castellano, sobre las principales festividades de Jesucristo y la Virgen hallarán un dechado de la elocuencia del púlpito, un sermon perfecto, y una oracion acabada; pues el Venerable solo pensó en hacer unas *Consideraciones sobre el Evangelio del dia*. Lo mismo y con mas seguridad puede decirse en mi sentir de las obras del Ilustrísimo Lanuza apreciables solo como coleccion de pensamientos y materiales, que el predicador debe apropiarse con arte.

Por desgracia los predicadores han sido, son, y serán muchísimos: y todos no pueden estar dotados del talento oratorio; ni ser llamados á funciones tan augustas. Aun por esto se experimentó sin duda que llevados no pocos mas del deseo de singularizarse y adquirir celebridad, que de conseguir la salud de las almas, tomaron el rumbo de una elocuencia ó mas bien de una culta algarabia; en que las agudezas, las salidas mas extravagantes, y la retranca de imágenes atrevidas y metáforas enigmáticas era su fuerte y su estudio. No se me hace inverosimil, que fuesen los predicadores los inovadores del estilo y del leguage, y los verdaderos intro-

ductores del culteranismo. Cuando rimbombaba Paravicino, y con las singularidades de sus estudios, como él las llamaba, se captaba generales aplausos, sin duda halló ya mucho adelantado: porque ni el ingenio se remonta de un vuelo á la cumbre de la perfeccion ó de la extravagancia; ni los oidos se pueden avenir de golpe á un estilo, y unas vozes y frases retumbantes. Pero él puso en estima este estilo: y como entre nosotros no hay campo mas ilustre ni frecuente para la elocuencia que el del púlpito; todo sermon fué un ovillo de extravagancias sin cuenta; y siguió así hasta mediados de este siglo. ¿Y por qué desgracia tan fatal llegaron los predicadores ya en el siglo XVI á hacer una mezcla de lo humano con lo divino: mezcla de que no debió valerse ningun cristiano entendimiento, como observó el juicioso Cervantes en su Prólogo al Quijote? LEC. XXVI.

Con estas depravaciones se amalgamó tambien á principios del siglo pasado el vicio de los *gerundianos*, que aspiraban á no expresar idea alguna, por comun que fuese, sin su acotacion ó autoridad al canto; siguiendo en hacer un baturrillo de lo profano con lo sagrado, de lo festivo con lo serio, y de lo cómico con lo mas respetable y tremendo; que se esmeraban en no decir cosa alguna que no fuese una antítesis, un

LEC. XXVI. equívoco, ó un retruécano; y que abusando del sagrado texto lo torcian á las mas siniestras, chavacanas, y aun torpes interpretaciones. „Baste pues, decia un Magistral de cierta Iglesia en la época referida, baste pues: y éntrome de golpe en el asunto sin salir del Evangelio; porque quisiera reducir al Evangelio todo el golpe del asunto." Este mismo al hacer en su exordio la exposicion del texto de su panegírico, y despues de haber hecho otro panegírico mas miserable de los oradores que le habian precedido en el octavario de la misma festividad, dice que semejante al mayordomo injusto del Evangelio (de S. Lucas cap. XVI) se veia precisado á decir con él: *fodere non valeo; mendicare erubesco: scio quid faciam*: „para trabajar mucho ya estoy viejo: eso de mendigar trabajos agenos es contra mi prebenda y mi decoro. ¿Qué haré pues? Acudiré á la madre de las misericordias &c."

Estas dos plagas que para mayor estrago de la elocuencia del púlpito se reunieron en los últimos tiempos, asolaron nuestra oratoria; hasta que algunos ingenios despertaron del adormecimiento; y prelados zelosos levantaron el grito contra abuso tan vergonzoso como reprensible del ministerio mas importante y sagrado. El Ilustrísimo Bocanegra, Obispo de Guadix y Arzobispo des-

pues de Santiago, en un sermon que predicó desde su primera silla, *sobre la limosna espiritual*, clamó contra los malos dispensadores de los misterios y de la palabra de Dios con aquel zelo propio de su caracter y de su ministerio pastoral. El Obispo de Barcelona Climent, no contento con dar el ejemplo de una predicacion sesuda hizo reimprimir la *Retórica eclesiástica* de Fr. Luis de Granada: y la recomendó por carta á su Clero. El P. Gallo, de la Congregacion de S. Felipe Neri, escribió algunos sermones por un estilo ya diferente del que aun dominaba en su tiempo; pero en el que no hallamos aun todos los caracteres de la verdadera elocuencia. D. Josef Vela, Doctoral en la Real Casa de la Encarnacion de esta Corte, vivió y murió con créditos de buen predicador en principios de 1801. En cuanto puedo juzgar por las oraciones fúnebres en las exequias del Duque de Osuna y de Cárlos III, las únicas que han llegado á mis manos, escribia con sencillez y limpieza de estilo, con buen fondo de ideas, y con sobriedad en la erudicion y en los adornos retóricos. No le faltaba imaginacion; pero era algo debil en los sentimientos y en los grandes movimientos de la elocuencia. Por muestra, aunque no tal vez la mas feliz de sus imágenes, véase la siguiente en la oracion

LEC. XXVI. primera: „Si los grandes, los poderosos y los ricos conocieran su verdadera gloria; si aplicaran á su legítimo destino las riquezas que consumen en una vana pompa, ¿se verian hoy esas miserables tropas de vagos y de ociosos, que alteran la quietud y tranquilidad de los estados, fatigan el zelo y la vigilancia de los Ministros, y llegan hasta los pies de los altares á turbar la devocion de los fieles? ¿esos hombres sin enseñanza, sin destino y sin educacion, que hacen profusion de la mendiguez y de la libertad, y forman dentro del mismo reyno una nacion dispersa, miembros sin union, familias sin padres, ciudadanos sin patria, vasallos sin ley, y cristianos sin religion? ¡O crueldad de la avaricia, de la soberbia y del lujo, que asi trastorna la paz de los mas gloriosos imperios!"

Habiendo comenzado á desvanecerse las tinieblas que tenian ofuscados á los predicadores sabatinos, y á los que se preciaban de oradores, se hizo moda por desgracia traducir los sermonarios franceses. Este caudal de elocuencia, que enriqueció á los traductores y aun mas á los libreros, empobreció á nuestros ingenios; que huyendo á su abrigo del costoso aprendizage de la elocuencia, hallaron mas facil y seguro aprovecharse del trabajo ageno. Con esto la turba de predicado-

res se dió á zurzir retazos de dichos sermonarios; con cuyo auxilio en pocos dias, y á vezes en una sola noche, se hallaban con un sermon; que si por falta de unidad de ideas, de sentimientos y de estilo, y tal vez de propiedad y oportunidad, no podia edificar mucho; servia á lo menos para acarrearles la esteril ventaja de ser oidos con gusto, ó aun con admiracion y con aplauso. ¿Cuántos de estos, que podemos llamar predicadores de industria, hemos visto remontarse con agenas plumas, que no hubieran podido alzarse del suelo atenidos á sus propias fuerzas? Pero ¿cuántos de estos hemos despues calificado de rateros mañosos ó descarados al ver y palpar sus plagios? LEC. XXVI.

En el dia se estudia ya para saber, y para instruir: se dedican muchos al estudio de las lenguas sabias: se meditan los buenos modelos antiguos y modernos: y estamos ya en camino de aventajarnos en la elocuencia del púlpito como en las demas artes y ciencias. No nombraré algunos oradores evangélicos, que ejercen hoy su ministerio con decoro y dignidad: porque se ofenderia su modestia; y se avivaria tal vez la envidia de los que no pueden igualarlos, ni aun saben apreciar su mérito. Por tanto concluiré con decir que todo promete que la España tendrá dentro de poco en este ramo de conocimientos mo-

LEC. XXVI. delos que igualen ó tal vez superen á los que honran la elocuencia extrangera.

Aunque los que se destinan á la Iglesia pueden leer con fruto los escritos de los teólogos, no deben hacer de ellos un uso excesivo, ni menos copiarles á la letra en sus sermones. Los que se toman una vez esta licencia, nunca llegarán á hacerse un fondo propio suyo: y es infinitamente mejor presentarse en el púlpito con los pensamientos y expresiones que ocurren á cada uno, aunque no tengan singular belleza, que desfigurar sus composiciones con adornos prestados, y mal acomodados; los cuales no podrán ocultar la pobreza de ingenio á ojos perspicazes. Cuando un predicador quiere escribir sobre algun texto ó materia, no empieze por consultar todo quanto se haya escrito acerca de ella. Este método hará perplejas y confusas sus ideas: y si consulta á uno solo, está muy expuesto á plegarse insensiblemente á su manera, sea ó no buena. Si quiere acertar, deberá comenzar examinando por sí mismo la materia: despues se esforzará á entresacar de ella los materiales; recogerá y pondrá en orden sus ideas: y formará cierto plan que conviene lo ponga siempre por escrito. Entonces, y no antes, podrá registrar lo que otros han escrito sobre la materia. De esta manera serán suyos en el sermon el mé-

todo y los principales pensamientos; podrá mejorar estos comparándolos con los de otros: y aun podrá, sin nota alguna, incorporar algunos de ellos en su composicion; empero conservando siempre sus mismas palabras y estilo. Este es un auxilio excelente: y todo lo demas es un plagio. LEC. XXVI.

Sobre todo, jamas eche en olvido el predicador el principio que establecimos al comenzar esta materia; á saber, que sube al púlpito para infundir en los oyentes buenas disposiciones; para persuadirles á servir á Dios; y para hacerlos mejores. No perdiendo de vista un fin tan santo, y el único verdaderamente laudable, puede estar seguro de que derramará en sus oraciones aquel espíritu que las hace provechosas; y que se grangeará al mismo tiempo la celebridad. El predicador mas util es el mejor: y no dejará de ser estimado. Engalane la verdad con el fin únicamente de lograr asi una acogida mas facil y general en los corazones de los oyentes; y sean sus adornos, en este caso, sencillos, varoniles, y naturales. El aplauso mas honorífico que puede alcanzar un predicador, nace de las impresiones serias y profundas que sus discursos hacen en los oyentes. El elogio mas encarecido que ha logrado acaso predicador alguno, fué el que tributó Luis XIV al elocuente Obispo de Cler-

LEC. XXVI. mont, el P. Masillon; del cual hemos hecho arriba mencion honrosa. Despues de haberle oido predicar en Versalles, le dijo: „Padre, muchos grandes predicadores he oido en esta capilla; y he quedado muy gustoso con ellos: pero siempre que os he oido á vos, he salido muy disgustado de mí mismo; porque veo mas descubierto mi caracter."

LECCION XXVII.

Conducta de un discurso en todas sus partes -Introduccion-Division-Narracion y Explicacion.

En las cuatro lecciones antecedentes he examinado todo lo peculiar á cada uno de los trés espaciosos campos de elocucion pública, las juntas populares, el foro y el púlpito. Voy á tratar ahora de lo que es comun á todos ellos; de la conducta de un discurso ú oracion en general. Las noticias previas, que dí acerca del espíritu y caracter distintivo de las diferentes especies de elocucion pública, eran necesarias para la buena aplicacion de las reglas que daré ahora; apuntando de paso la relacion peculiar, que puede tener cada una de estas reglas con el foro, con el púlpito, y con las juntas populares.

Sea cual fuere la materia sobre que pien- L. XXVII.
se uno hablar, por lo regular ha de comenzar á preparar por alguna introduccion los ánimos de los oyentes: ha de fijar el asunto, y explicar los hechos relativos á él: se ha de valer de pruebas para establecer su opinion y destruir la del contrario: puede tal vez, si hay lugar para ello, esforzarse á mover las pasiones: y en fin, despues de haber dicho cuanto juzgare oportuno, ha de cerrar su discurso con alguna peroracion ó conclusion. Siendo este el curso natural de la elocucion, las partes componentes de una oracion regular completa son estas seis: primera el exordio ó introduccion; segunda la proposicion y la division de la materia; tercera la narracion ó exposicion; cuarta las pruebas ó argumentos; quinta la parte patética; última la conclusion. No quiero yo decir que en todo discurso debe haber todas estas partes, ó que hayan de entrar siempre todas por este orden. No hay razon para exigir en todas ocasiones esta formalidad: al contrario en algunas seria un defecto, que daria al discurso un ayre de pedanteria y afectacion. Hay muchos discursos excelentes, en los cuales faltan enteramente muchas de estas partes; como cuando el orador no usa de introduccion, sino que entra directamente en materia; cuando no tiene ocasion de dividir ó

L. XXVII. exponer, y debe acabar, sin hacer mas que raciocinar por uno y otro lado de la causa. Pero como las partes referidas son las que naturalmente constituyen una oracion regular, y como en todo discurso se han de hallar algunas, es necesario tratar con separacion cada una de ellas.

Comienzo de consiguiente por el exordio ó introduccion. Es claro que este es comun á todas tres especies de elocucion pública. No es una invencion retórica; sino que se funda en la naturaleza, y lo sugiere el sentido comun. Cuando uno aconseja á otro, cuando toma á su cargo instruir ó reprobar, es natural que por prudencia pase á hacerlo no de golpe, sino con alguna preparacion, comenzando con alguna cosa que pueda inclinar á las personas con quienes habla, á que juzguen favorablemente de lo que va á decir; y que pueda tambien disponerlas de modo que favorezcan ó coadyuven al intento que se propone. Este es ó debe ser siempre el fin de toda introduccion. Conforme á esta doctrina Ciceron y Quintiliano señalan tres fines: y es necesario acomodarse siempre á alguno de ellos; estos son *reddere auditores benevolos*, *attentos*, *dociles*; „hacer bonévolos, atentos y dóciles á los oyentes."

El primer fin es conciliarse la voluntad

del auditorio haciéndolo benévolo, y adicto al orador y su asunto. A este fin pueden tomarse los tópicos, en las causas del foro, unas veces de la situacion particular del orador ó de su cliente, ó del caracter y empresa de su antagonista contrapuestos á la suya; otras de la naturaleza de la materia como íntimamente enlazada con el interes de los oyentes; y en general, de la modestia y buena intencion con que el orador toma parte en el asunto. El segundo fin de la introduccion es excitar la atencion de los oyentes; lo cual puede conseguirse dándoles alguna idea ya sea de la importancia, dignidad ó novedad del asunto; ya sea de la claridad y precision con que va á tratarlo, y de la brevedad con que ha de discurrir. El tercer fin es hacer dóciles á los oyentes, ó prepararlos para la persuasion; para lo cual hemos de procurar desvanecer todas las preocupaciones que pueda haber contra la causa ó contra la parte que sostenemos. L. XXVII.

Toda introduccion se debe proponer algunos de estos fines. Pero cuando no hay ocasion de intentar ninguno de ellos; cuando estamos seguros de antemano de la buena voluntad, atencion y docilidad del auditorio, como sucede muchas vezes, se pueden omitir sin perjuicio alguno las introducciones formales. Y á la verdad, cuando han de

L. XXVII. servir solo para la ostentacion, mejor será pasarlas en silencio; excepto cuando la modestia y el respeto debido al auditorio exigen por decencia comenzar con un breve exordio. Las introducciones de Demóstenes son siempre breves y sencillas; las de Ciceron mas llenas y artificiosas.

Los críticos antiguos distinguieron dos suertes de introducciones, llamadas *Principio*, é *Insinuacion*. *Principio* es cuando llana y directamente expone el orador el fin que lleva. *Insinuacion* cuando toma algun rodeo: y presumiendo que la disposicion del auditorio no le sea muy favorable, va poco á poco disponiéndolo á que le oiga antes de descubrir su intento claramente.

De esta última especie de introduccion tenemos un admirable ejemplo en la oracion segunda de Ciceron contra Rulo. Era este Rulo tribuno de la plebe: y habia propuesto una ley agraria; cuyo plan era crear un Decenvirato, ó diez Comisionados con facultad absoluta por cinco años sobre todas las tierras conquistadas por la república para repartirlas entre los ciudadanos. Varias vezes se habian propuesto leyes semejantes por los magistrados sediciosos, y recibido ansiosamente por el pueblo. Ciceron va á hablar al pueblo: acaba de ser nombrado Consul por sus intereses: y el primer em-

peño es hacerle desechar esta ley. El negocio era sumamente delicado; y requeria mucha maña. Comienza reconociendo todos los favores que habia recibido del pueblo con preferencia á la nobleza. Confiésase hechura de su poder, y de aquellos que mas zelo mostraron en promover sus intereses. Declara que él mismo pretendió ser Consul del pueblo; y que se preciará siempre de conservar el caracter de magistrado popular. Pero observa que la palabra *popular* es antigua. El entiende que significa una firme adhesion á los intereses bien entendidos del pueblo, á su libertad, quietud y conveniencia: pero algunos, como él dice, abusando de ella la han hecho servir de velo para cubrir sus designios ambiciosos. L. XXVII.

De esta suerte va insinuando por grados su intento de combatir la proposicion de Rulo; pero siempre con gran reserva y circunspeccion. Protesta que está bien lejos de ser enemigo de la ley agraria: hace grandes elogios de los Gracos, zelosos defensores del pueblo: y asegura que cuando llegó á su noticia la ley de Rulo, habia resuelto apoyarla si la encontraba conforme á sus intereses; pero que habiéndola examinado halló que solo podia servir para establecer un poder incompatible con la libertad, y para ensalzar á unos pocos á costa de todos: y des-

L. XXVII. pues concluye su exordio diciendo, que va á exponer las razones por qué es de este parecer; pero que si no fuesen satisfactorias abandonará su opinion, y abrazará la de ellos. En todo esto hay un arte maravilloso: su elocuencia produjo el efecto deseado: y todo el pueblo desechó esta ley agraria.

Habiendo dado esta idea general de la naturaleza y del fin de una introduccion, voy á establecer ciertas reglas para su composicion. Son muy necesarias estas reglas, por ser de una parte del discurso que exige no poco cuidado. Importa siempre mucho empezar bien, para hacer una impresion favorable á la entrada, cuando los ánimos de los oyentes, libres aun, y despreocupados, estan mas dispuestos á inclinarse facilmente. Añado tambien que es bastante dificil una buena introduccion. Pocas partes del discurso dan mas trabajo al orador: y pocas piden tanta delicadeza en su ejecucion.

La primera regla es que la introduccion sea facil y natural. La materia debe siempre sugerirla; y se ha de procurar, como con tanta gracia se explica Ciceron *effloruise penitus ex re de qua tunc agitur*, „que brote enteramente del asunto de que se trata." El defecto comun en las introducciones es que se toman de algunos tópicos comunes, que

no tienen relacion especial con la materia: L. XXVII.
y asi vienen á quedar separadas como piezas sueltas del discurso. De esta clase son las introducciones de Salustio puestas al frente de sus guerras Catilinaria y Yugurtina; que lo mismo cuadran á una historia que á cualquier otro tratado: por esta razon, aunque elegantes de suyo, son verdaderos lunares en la obra, por falta de la debida conexion con ella. Ciceron, aunque en sus oraciones es bastante exacto en este punto, no lo es tanto en otras obras. Sabemos por una carta suya á Atico (l. XVI 6) que acostumbraba tener preparada con tiempo una coleccion de introducciones ó prefacios, para pegarlos despues á las obras que habia de publicar. Por este mal método le sucedió, que dos vezes hizo uso de una misma introduccion sin repararlo, poniéndola al frente de dos obras distintas. Habiéndoselo avisado Atico, reconoció el error; y le envió otra introduccion nueva.

Para que las introducciones sean fáciles y naturales me parece que lo mejor es no bosquejarlas hasta que uno haya meditado bien el fondo del discurso: y entonces, y no antes, podrá pensar en una introduccion natural y propia. Tomando otro rumbo, y trabajando primero la introduccion, el que está acostumbrado á componer verá que echa

L. XXVII. mano de lugares comunes; ó que en lugar de acomodar la introduccion al discurso, se ve precisado á acomodar el discurso á la introduccion. Ciceron hace este reparo; aunque como hemos visto, no siempre se conformaba en su práctica con esta regla. *Omnibus rebus consideratis, tum denique in quod primum est dicendum postremum soleo cogitare, quo utar exordio. Nam si quando id primum invenire volui, nullum mihi occurrit, nisi aut exile, aut nugatorium, aut vulgare.* „Despues de haber considerado todas las cosas, lo último en que suelo entender es lo primero por donde se ha de empezar; á saber, el exordio. Pues si alguna vez quise hacerlo primero; jamas me ocurrió cosa que no fuese, ó pobre, ó trivial, ó de poca sustancia." Recalentado el ánimo, y puesto en tono por la meditacion de toda la materia, los materiales para el prefacio irán saliendo por sí mismos.

En segundo lugar, se debe cuidar en una introduccion de que las expresiones sean correctas. Esto lo exige el estado de los oyentes; los cuales se hallan entonces mas dispuestos que nunca á criticar: porque como no estan ocupados todavia con el asunto, fijan su atencion en el estilo, y la manera del orador. Tambien es necesario esto para dejarlos prevenidos en su favor: si bien por

esta misma causa se debe evitar el mucho artificio; porque lo echarán de ver entonces mas facilmente que despues; y dañará á la persuasion en todo lo demas. Una naturalidad correcta y una sencillez elegante son el caracter propio de una introduccion: *ut videamur*, dice Quintiliano, *accurate non callide dicere*; „que parezca que hablamos con cuidado, no con malicia." L. XXVII.

En tercer lugar, la modestia es otro caracter con que debe ir vestida la introduccion. Siempre se gana mucho en aparentar modestia Si rompe el orador con un ayre de arrogancia y ostentacion, dase luego por ofendido el amor propio y el orgullo de los oyentes, que ya por todo el discurso lo escuchan con envidiosos oidos. La modestia la debe manifestar no solo en sus expresiones al comenzar, sino en toda su manera; en sus miradas, en sus gestos y en el tono de la voz. A todo auditorio lisonjean las muestras de respeto y veneracion que le tributa el que habla. Con todo, la modestia de una introduccion nunca ha de venir á parar en bajeza conocida. Y asi en todas ocasiones servirá de mucho al orador mostrar, á una con la modestia y deferencia á sus oyentes, cierta dignidad nacida del conocimiento de la justicia, ó de la importancia del asunto que trata.

L. XXVII. Pide la modestia de una introduccion que no se prometa mucho:

Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem.
No dar humo por luz, mas luz del humo.

Es regla general que el orador no manifieste al principio todas sus fuerzas; sino que vayan en aumento conforme va adelantando el discurso. Hay casos, no ostante, en que desde el principio puede tomar un tono elevado: por ejemplo, cuando se presenta á defender una causa que ha sido muy censurada é infamada del público. Una entrada humilde seria una confesion del delito. Por la fuerza y valentia de su introduccion ha de procurar contener el torrente de indignacion que tiene en contra, y remover las preocupaciones acometiéndolas con valor. Tambien hace un buen efecto una introduccion magnifica, como despues se sostenga bien, en asuntos de naturaleza declamatoria, y en los sermones en que el asunto es urgente. Asi el Obispo Atterbury al comenzar su elocuente sermon, predicado el 30 de Enero, aniversario de lo que se llama martirio del Rey Carlos, entra de esta pomposa manera. „Este es un dia de turbacion, de disgusto y de maldicion, famoso en el calendario de nuestra Iglesia, y en los fastos de nuestra nacion, por los tormentos de un príncipe ex-

celente, sacrificado al furor de sus rebeldes vasallos; con cuya muerte quedaron cubiertos de oprobrio, de maldad y de miseria ellos, y su delincuente posteridad." Bossuet, Flechier, y otros célebres predicadores franceses empiezan frecuentemente sus discursos con introducciones sublimes y trabajadas. Ellas excitan la atencion; y dan lustre á la materia. Pero el predicador no ha de tomar al principio un tono mas alto que el que pueda sostener en todo el discurso. L. XXVII.

En cuarto lugar, una introduccion se ha de conducir de una manera sosegada. Pocas vezes tienen aqui lugar la vehemencia y las pasiones. Estas han de excitarse segun va adelantando el discurso. Los ánimos de los oyentes se han de preparar por grados, antes que el orador llegue á aventurar sentimientos fuertes y apasionados. Es excepcion de regla, cuando basta mentar el asunto para conmover y apasionar á los oyentes: ó cuando la presencia imprevista de alguna persona ú objeto en una junta popular inflama al orador; y le hace romper con un calor extraordinario. En cualquiera de estos casos viene bien el exordio llamado *ex abrupto*. De esta manera la presencia de Catilina en el Senado hizo muy natural y propia la entrada de la primera oracion de Ciceron contra él. *¿Quousque tandem, Catilina, abu-*

L. XXVII. *tere patientia nostra?* „¿Hasta cuándo has de abusar, Catilina, de nuestro sufrimiento?" Así el Obispo Atterbury, predicando sobre este texto, „Bienaventurado el que en mí no se escandalizare," se atrevió á romper con este valiente exordio: „¡Y podrá alguno escandalizarse en tí, Jesus bendito!" la cual arenga dirijida á nuestro Salvador, la continúa por una ó dos páginas, hasta que entra en la division del asunto. Pero muy pocos deben aventurarse á usar de semejantes introducciones; porque prometen tanta vehemencia y uncion en lo restante del discurso, que es muy dificultoso llenar las esperanzas de los oyentes.

Pero al mismo tiempo, aunque la introduccion no es en donde se manifiestan regularmente las ardientes conmociones; en ella sin embargo se ha de preparar el camino para las que se quieran excitar en las demas partes del discurso. El orador debe dirigir desde el principio los ánimos de los oyentes acia aquellos sentimientos que quiere despertar durante su discurso. Asi, por ejemplo, si en este ha de insistir sobre la compasion, la indignacion, ó el desprecio, ha de sembrar sus semillas en la introduccion; y debe comenzar respirando aquel mismo espíritu, que intenta inspirar. La habilidad y destreza del orador está en tocar propiamen-

te al principio la clave, por decirlo así, que debe regir en el resto de su discurso. L. XXVII.

En quinto lugar, es una regla, que en las introducciones no se anticipe alguna parte principal de la materia. Cuando en la introduccion se apuntan, y en parte se explican los tópicos, ó pruebas que despues se han de extender, pierden á la segunda vez su gracia y su novedad. La impresion que se intenta hacer con un pensamiento interesante es siempre mayor cuando se hace entera, y en el lugar que corresponde.

Finalmente, la introduccion debe ser proporcionada al discurso que la sigue, en duracion y género: en duracion, porque no hay cosa tan absurda como erigir un pórtico suntuoso delante de un edificio reducido; y en género, porque no es menos absurdo recargar con adornos magníficos el portal de una casa regular, que hacer la entrada de un mausoleo tan alegre como la de un jardin. Dicta el sentido comun que cada parte del discurso corresponda al tono y espíritu del todo.

Estas son las principales reglas de la introduccion. Por la mayor parte se adaptan igualmente á todo género de oraciones. En las del foro, ó en las de las juntas populares se debe poner particular cuidado en no emplear una introduccion, de la cual pueda tambien aprovecharse la parte contraria. A

L. XXVII. este inconveniente estan expuestas las que se toman de tópicos generales y lugares comunes: y siempre será un gran triunfo para nuestro contrario si con dar un corto giro á alguna cosa que hayamos dicho en el exordio, puede hacer ver que son en favor suyo los principios de que nos valimos primero para atacarle. Hablando de las réplicas Quintiliano hace una observacion muy digna de notarse: y es, que las introducciones que se toman de lo que se ha dicho durante los debates, tienen una gracia particular; y la razon que da es justa y manifiesta: *Multum gratiæ exordio est, quod ab actione adversæ partis materiam trahit; hoc ipso, quod non compositum domi, sed ibi atque è re natum, et facilitate famam ingenii auget, et facie simplicis, sumptique è proximo sermonis, fidem quoque acquirit: adeo, ut etiamsi reliqua scripta atque elaborata sint, tamen videatur tota extemporalis oratio, cujus initium nihil præparatum habuisse, manifestum est.* „Es muy graciosa la introduccion que se toma del alegato de la parte contraria; por esta razon, que parece no haber sido meditada de antemano, sino que nace del asunto, y se ha pensado alli mismo: de este modo da reputacion de ingenioso al orador, y añade nuevo peso á su discurso por la apariencia de ser sencilla, y

tomada del asunto; en tanto grado que aun- L. XXVII.
que el resto de la oracion estuviese bien escrito y trabajado, con todo el discurso entero pareceria formado de repente al ver que la introduccion habia sido imprevista.

Esto no puede hacerse en los sermones: á la verdad pocas cosas hay tan difíciles en la composicion de un sermon como hacer que no parezca afectado el exordio. Los predicadores franceses, como observé antes, son por lo comun muy espléndidos, y animados en sus introducciones: pero entre nosotros no siempre serian acertadas. No pueden menos de ser empalagosas unas introducciones largas sobre lugares comunes; como el deseo de ser feliz, que es natural al hombre, ó cosa semejante. En esta parte de la composicion se debe estudiar, cuanto se pueda, la variedad: y muchas vezes convendrá empezar sin introduccion ninguna, ó con una introduccion solo de una ó dos sentencias. Las introducciones que sirven para explicar el contexto son las mas sencillas de todas; y casi siempre las mejores: pero como estan expuestas á ser insípidas, no deben ser largas. Una introduccion histórica surte por lo general un buen efecto para despertar la atencion; cuando se puede tomar de algun hecho notable que tenga conexion con el texto ó con el dircurso; y que por una ila-

L. XXVII. cion propia abra el camino al asunto de que se va á tratar.

Despues de la introduccion viene inmediatámente la proposicion, ó enunciacion de la materia; acerca de la cual solo hay que observar que debe ser la mas clara y distinta que sea posible, y hacerse en pocas é inteligibles palabras sin la menor afectacion. A ésta generalmente sucede la division ó exposicion del método que se ha de seguir en el discurso: sobre lo cual es necesario hacer algunas observaciones. No en todo discurso se requiere una division formal, ó distribucion de él en partes; pues hay muchas ocasiones de hablar en público, en las cuales ni se requiere, ni conviene: como cuando ha de ser breve el discurso; ó solo se ha de tratar un punto; ó cuando el orador no tiene por conveniente advertir al auditorio del método que ha de seguir, ó de la conclusion á que intenta llevarlo. En todo buen discurso es esencial el orden de un género ú de otro; es decir, que se han de disponer las cosas de manera que la que va delante dé luz y fuerza á las que vienen detras: lo cual puede hacerse con algun disimulo. Lo que llamamos division, es cuando el método ó plan se propone en forma á los oyentes.

En ningun discurso viene tan bien esta suerte de division como en un sermon: con

todo se ha disputado, si este método de dividir en puntos, como dicen, es el mejor método de predicar. Un juez muy capaz, el Arzobispo de Cambray en sus Diálogos sobre la elocuencia, se declara fuertemente contra él. Hace el reparo de que es invencion moderna, desconocida de los Padres de la Iglesia; y que incontestablemente trae su origen de los escolásticos, cuando se introdujo la metafísica en la predicacion. Juzga que esto da cierta dureza al discurso, y quiebra su unidad; y que la conexion natural de una parte con otra basta para empeñar por todo el discurso la atencion de los oyentes con mas ventajas. L. XXVII.

Pero á pesar de su autoridad y de sus razones no puedo ser de opinion que el método actual de dividir un sermon en puntos haya de abandonarse enteramente. La práctica le ha dado ya tanto peso, que aunque no tuviera otra cosa en su favor, seria peligroso desviarse de ella: y la práctica está á mi juicio muy fundada en razon. Si las particiones formales hacen que un sermon sea menos oratorio, tambien lo hacen mas claro y mas facil de comprender; de consiguiente mas instructivo al comun de los oyentes: objeto principal que se debe tener siempre presente. Los puntos de un sermon sirven de mucho auxilio á la memoria y recapaci-

L. XXVII. tacion del oyente. Sirven tambien para fijar su atencion. Hacen que le sea mas llevadero el aguardar con sosiego el fin del discurso; le dan pausas y descansos, donde pueda reflexionar sobre lo que se ha dicho, y discurrir lo que ha de seguir. Tienen tambien la ventaja de que el auditorio conozca de antemano cuando descansará de la fatiga de atender; con lo que seguirá al orador con mas paciencia. *Reficit audientem*, dice Quintiliano, observando esta ventaja de la division en otros discursos: *Reficit audientem certo singularium partium fine; non aliter quam facientibus iter, multum detrahunt fatigationis notata spatia inscriptis lapidibus; nam et exhausti laboris nosse mensuram voluptati est; et hortatur ad reliqua fortius exequenda, scire quantum supersit.* „Sirve de descanso al oyente ver el fin de cada una de las partes; no de otra manera que á un viagero se le hace menos molesta la jornada al ver señaladas las leguas en las piedras: pues recrea medir el trabajo que ya ha pasado, y para sobrellevar lo que falta alienta saber lo que resta aun que andar." No puede decirse que quiebra la unidad del discurso el método que yo defiendo. Si se quiebra la unidad atribúyase á la naturaleza de los puntos ó tópicos de que trate el orador; y no á su exposicion formal: por

el contrario si se escogen bien los puntos, el señalarlos y determinarlos, lejos de dañar á la unidad del todo, la hace mas clara y completa; haciendo ver cómo dependen unas de otras todas las partes del discurso, y cómo miran á un mismo fin. L. XXVII.

En un sermon, ó en un alegato ú otro discurso donde conviene usar de division, las reglas mas esenciales son

Primera: las diversas partes en que se divide un discurso han de ser realmente distintas unas de otras: esto es, que la una no incluya á la otra. Seria, por ejemplo, division absurda si se propusiese uno tratar primero de las excelencias de la virtud, y despues de las de la justicia ó la templanza; porque el primer punto comprende evidentemente al segundo, como el género á la especie; y este método solo sirve para dar al asunto nueva confusion y desorden.

Segunda: se ha de seguir en la division el orden de la naturaleza, comenzando por los puntos mas sencillos, por los que son mas faciles de comprender, y que se deben examinar los primeros; y pasando despues á los que estan fundados en estos, y que suponen su conocimiento. Se ha de dividir la materia en aquellas partes en que mas facil y naturalmente se resuelve; de modo que parezca que el mismo asunto se raja, y no que se

L. XXVII. quiebra violentamente. *Dividere*, como suele decirse, *non frangere*. „Dividir, no despedazar."

Tercera: los diferentes miembros de una division deben apurar la materia: de otro modo no será completa la division, si solo se presenta el asunto por trozos ó por piezas, sin dar un plan que lo manifieste todo.

Cuarta: los términos con que se expresan las divisiones han de ser los mas concisos que sean posibles. Húyase de toda circunlocucion; y no se admita ni una sola palabra que no sea necesaria. Estúdiese la precision; sobre todo cuando se establece el método. Lo que principalmente hace que una division sea limpia y elegante, es que los diferentes capítulos se propongan con las palabras mas claras, mas expresivas, y al mismo tiempo las menos que se pueda. Esto hace siempre una impresion agradable en los oyentes; y es ademas muy importante para que las divisiones se conserven mas facilmente en la memoria.

Quinta: evítese una multiplicacion de capítulos, que no sea necesaria. El rajar una materia en muchas partecillas con infinitas divisiones y subdivisiones hace mal efecto en la elocucion. Podrá venir bien en un tratado de lógica: pero á una oracion la hace dura y árida; y fatiga la memoria sin nece-

sidad. En un sermon podrá extenderse de tres á cinco ó seis puntos, inclusas las subdivisiones: pero nunca ha de pasar de aqui. L. XXVII.

Pocas cosas son tan importantes en los sermones, ó en los alegatos en el foro, como una division adecuada y feliz. En esto se ha de poner mucho cuidado y esmero: porque si en el principio toma uno un método torcido andará descarriado por todo lo demas. Quedará el discurso perplejo y lánguido: y aunque no sean capazes los oyentes de decir dónde está el defecto ó desorden, conocerán sensiblemente que hay alguno; y les hará poca impresion cuanto se diga. Los predicadores franceses se esmeran en establecer sus puntos con limpieza y elegancia mucho mas que los ingleses; cuyas particiones, aunque justas y sensibles, son por la mayor parte descuidadas y verbosas. Tambien en los franceses vemos una melindrosa compostura en sus divisiones: ademas de que la moda ha puesto la ley de que los puntos principales del discurso han de ser siempre dos ó tres. La division de Masillon sobre este texto *Consummatum est*, es muy celebrada por los críticos franceses: „Esta consumacion, dice el predicador, importa lo primero, la de la justicia por parte de Dios; lo segundo, la de la máldad por parte de los hombres; lo tercero, la del amor por parte de Jesucristo."

L. XXVII. Otra de Bourdaloue ha sido tambien muy alabada, sobre estas palabras *pacem meam do vobis*, „mi paz os doy." „Paz, dice él, lo primero al entendimiento por la sumision á la fe; lo segundo, al corazon por la sumision á la ley."

La inmediata parte constitutiva de un discurso, segun las he nombrado, es la narracion ó explicacion. Puse juntas estas dos, ya porque las comprenden unas mismas reglas; ya porque comunmente sirven al mismo intento; sirviendo para ilustrar la causa ó el asunto de que se trata, antes de proceder á argüir por una parte ó por otra; ó para hacer una tentativa para interesar las pasiones de los oyentes.

En los alegatos, ó en el foro la narracion es por lo comun una parte muy esencial del discurso: y requiere una atencion particular. A mas de que en ningun caso es facil hacer una relacion con propiedad y con gracia, hay una peculiar dificultad en las narraciones en el foro. Es menester que el abogado no diga cosa que no sea verdad: y ha de evitar al mismo tiempo soltar especie alguna que dañe á su causa. Los hechos que refiere han de ser los quicios de todo su futuro razonamiento. Referirlos de manera que no salga de los límites de la verdad, y presentarlos no ostante con los colores mas favorables

á su causa; poner en un punto de vista fuer- L. XXVII.
te, claro, notable toda circustancia que le sea ventajosa, y en uno oscuro y debil las que son contra él, requiere no poco caudal de sabiduria, y maña. Tenga presente siempre que si descubre demasiado artificio, deshace su propio intento; y hará desconfiar de su sinceridad. Quintiliano observa con mucha propiedad: *Effugienda, in hac præcipue parte, omnis calliditatis suspicio; neque enim se usquam magis custodit judex, quam cum narrat orator: nihil tunc videatur fictum, nihil sollicitum; omnia potius à causa, quam ab oratore, profecta videantur.* „En esta parte del discurso es donde principalmente ha de evitar toda sospecha de astucia: porque en ningun tiempo está mas sobre sí el juez que cuando está haciendo el orador la narracion. No aparezca pues entonces ninguna cosa fingida, ninguna ocultada con afan: antes parezca que todo nace de la causa, y no del orador."

Ser claro y distinto, ser probable y conciso, son las calidades que exigen principalmente los críticos en una narracion: y cada una de ellas lleva bastantemente consigo la evidencia de su importancia. La distincion pertenece á toda la serie del discurso: pero en la narracion se requiere con especialidad; pues ella debe derramar luz sobre todo lo

L. XXVII. demas. Un hecho ó una mera circustancia pasada por alto, ó mal entendida por el juez, puede destruir el efecto de todas las pruebas y razonamientos que emplee el orador. Si su narracion es improbable, el juez no hace caso de ella; y si empalagosa y difusa, se cansa pronto y la olvida. Para la distincion, ademas del estudio de las reglas generales sobre la claridad que se dieron arriba, la narracion requiere una atencion particular á disponer con claridad los hombres, las datas, los parages y cualquier otra circustancia esencial de los hechos referidos. Para que la narracion sea probable es esencial ponernos en lugar de las personas de que hablamos, y hacer ver que sus acciones procedieron de motivos que se tengan por naturales y fidedignos. Para que sea concisa si lo permite la materia, es necesario despojarla de toda circustancia superflua; con lo cual se hará probablemente mas clara y vigorosa la narracion.

Ciceron se distingue sobremanera por su talento de la narracion: y sus oraciones pueden servir tambien de un provechosísimo ejemplo en esta parte. La narracion, por exemplo, en su celebrada oracion *por Milon* ha sido justamente admirada muchas vezes. Su intento es hacer ver que aunque en efecto Clodio fué muerto por Milon ó sus

criados, lo fué no ostante en defensa propia: L. XXVII.
y que las asechanzas se pusieron, no por Milon contra Clodio, sino por Clodio contra Milon. Para hacer esto probable pinta todas las circustancias con un arte maravilloso. Contando el modo con que Milon salió de Roma hace una descripcion la mas natural de la salida de una familia al campo; en la cual era imposible que hubiese encubiertos designios sangrientos. „Estuvo, dice, en el Senado hasta que se concluyeron los negocios. Fuése á casa, se mudó exprofeso de calzado aguardando á que se vistiese su muger para ir con ella en coche á la quinta. Luego salió á tiempo que ya Clodio podia estar en Roma, si no se hubiese quedado aguardando á Milon en el camino. Clodio le sale al encuentro á caballo, sin coche, sin muger (que lo hacia pocas vezes), sin comitiva alguna; cuando Milon acusado de tramar su muerte y asesinato caminaba en coche, con su muger, rebozado en su capa, y embarazado con su equipage y comitiva de niños y doncellas." Va pintando despues el encuentro: los criados de Clodio acometen á los de Milon, y matan al cochero: salta del coche Milon; arroja la capa, y se defiende como puede, mientras procuran rodearle los criados de Clodio: y luego concluye su narracion con un golpe muy deli-

L. XXVII. cado y feliz. No dice claramente que los criados de Milon mataron á Clodio: sino que entre la confusion y el tumulto los criados de Milon, sin orden suya, sin conocimiento y en ausencia de su amo, hicieron lo que todos los amos quisieran que hiciesen sus criados en semejante coyuntura. *Milo cum in Senatu fuisset eo die quoad Senatus dimissus est, domum venit. Calceos et vestimenta mutavit; paulisper, dum se uxor (ut fit) comparat, commoratus est; deinde profectus est, id temporis cum jam Clodius, si quidem eo die Romam venturus erat, redire potuisset. Obviam fit ei Clodius expeditus, in equo, nulla rheda, nullis impedimentis, nullis Græcis comitibus, ut solebat; sine uxore, quod numquam fere. Cum hic insidiator, qui iter illud ad cædem faciendam apparasset, cum uxore veheretur in rheda, penulatus, vulgi magno impedimento, ac muliebri et delicato ancillarum puerorumque comitatu. Fit obviam Clodio ante fundum ejus, hora fere undecima, aut non multo secus. Statim complures cum telis in hunc faciunt de loco superiore impetum: adversi rhedarium occidunt; cum autem hic de rheda rejecta penula desiluisset, seque acri animo defenderet, illi qui erant cum Clodio, gladiis eductis, partim recurrere ad rhedam, ut à tergo Milonem adorirentur; par-*

tim, quod hunc jam interfectum putarent, L. XXVII.
cædere incipiunt ejus servos qui post erant; ex quibus qui animo fideli in dominum et præsenti fuerunt, partim occisi sunt; partim cum ad rhedam pugnare viderent, et domino succurrere prohiberentur, Milonemque occisum etiam ex ipso Clodio audirent, et ita esse putarent, fecerunt id servi Milonis (dicam enim non derivandi criminis causa, sed ut factum est) neque imperante, neque sciente, neque præsente domino, quod suos quisque servos in tali re facere voluisset.

En los sermones, donde raras vezes hay ocasion de pararse á hacer una narracion, la explicacion de la materia sobre que se ha de hablar sostituye á la narracion en el foro; y se ha de modelar por el mismo tono: esto es, ha de ser concisa, clara y distinta, y en estilo correcto y elegante antes que muy adornado. Explicar la doctrina del texto con propiedad, dar una razon cabal y perspicua de la naturaleza de aquella virtud ú obligacion, que hace la materia del discurso, es propiamente la parte didáctica del sermon; de cuya buena ejecucion depende mucho la persuasion de cuanto viene detras. El mejor medio para el acierto es meditar profundamente la materia, hasta que podamos ponerla en un punto de vista claro y fuerte al

L. XXVII. mismo tiempo. Considerar qué luz pueden arrojar sobre este otros pasages de la Escritura si la materia está intimamente enlazada con otra de que sea preciso distinguirla; si se puede ilustrar ventajosamente comparándola ú oponiéndola á otra cosa; inquiriendo las causas ó trazando los efectos; señalando exemplos ó apelando al sentimiento del auditorio; para que asi pueda darse una idea determinada, precisa y circustanciada de la doctrina que se quiere inculcar. Esté persuadido el predicador de que por estas ilustraciones distintas y propias de las verdades conocidas de la religion, puede mostrar mucho mérito en la composicion; y lo que para él es de mas momento, hacer sus discursos graves, instructivos y utiles.

LECCION XXVIII.

Conducta de un discurso. Parte argumentativa. Parte patética. Peroracion.

Tratando de las partes constitutivas de una oracion ó discurso regular, he considerado ya la introduccion, la division y la narracion ó explicacion. Voy ahora á tratar de la parte argumentativa, ó de las pruebas; parte que sin duda es de la mayor importancia en cualquier lugar, y sobre cualquiera

materia de que uno hable: porque el fin principal del que habla en materias serias es convencer á los oyentes de que alguna cosa es ó verdadera, ó recta, ó buena; é influir en su conducta por medio de este convencimiento. Las razones y las pruebas, como varias vezes he inculcado, son el fundamento de toda elocuencia robusta y persuasiva. L. XXVIII.

Tres cosas son necesarias en las pruebas. Lo primero, la invencion de ellas; lo segundo, su conveniente disposicion y arreglo; y lo tercero, su expresion en estilo y manera que las den toda su fuerza.

La invencion es sin duda la mas esencial, y la basa de las demas. Pero en cuanto á ella creo que el arte no pueda dar ningun auxilio. El arte no suplirá al orador las pruebas de cada causa y de cada materia. Puede, no ostante, ayudarle mucho para disponer y presentar las que ha descubierto con el conocimiento de ella; porque una cosa es descubrir las razones mas propias para convencer á los hombres, y otra hacer de las mismas el uso mas ventajoso. Esto último es solo á lo que puede aspirar la retórica.

Los retóricos antiguos pretendieron no ostante adelantar mas. Se empeñaron en hacer de la retórica un sistema mas completo; y no solamente hicieron profesion de auxiliar á los oradores públicos á fin de que pu-

L. XXVIII. diesen adornar mejor sus pruebas; sino que suplieron tambien la falta de su invencion enseñándoles de donde habian de tomar estas para cada asunto y causa. De aqui vino su doctrina acerca de los tópicos ó „lugares comunes" y las „basas de los argumentos", que hacen tan gran figura en los escritos de Aristóteles, de Ciceron, y de Quintiliano. Estos tópicos ó lugares no fueron otra cosa que unas ideas generales aplicables á muchísimos asuntos diferentes; las cuales iba á consultar el orador para hallar materiales para su discurso. Tuvieron lugares intrínsecos y lugares extrínsecos; unos que eran comunes á todas las especies diversas de la elocucion pública, otros peculiares á cada una de ellas. Los lugares comunes ó generales eran el género y la especie, la causa y el efecto, los antecedentes y los consiguientes, la semejanza y la desemejanza, la definicion, las circustancias de tiempo y lugar, y otras muchísimas de esta clase. Para cada una de las diversas especies de elocucion pública habia sus lugares de personas y sus lugares de cosas: por ejemplo, en las oraciones demostrativas los capítulos por donde uno podia ser alabado ó vituperado; su nacimiento, su patria, su educacion, su linage, las dotes de su cuerpo, las prendas de su alma, los bienes que tuvo, los empleos en que sirvió, y otros tales; y

en las deliberativas, los tópicos que podian emplearse recomendando alguna pública determinacion, ó disuadiendo de ella; como la honestidad, la justicia, la facilidad, el provecho, el gusto, el socorro á los aliados, el daño á los enemigos, y otros semejantes. L. XXVIII.

Los primeros inventores de este sistema artificioso de oratoria fueron los sofistas griegos; que mostraron una prodigiosa sutileza y fertilidad en inventar tales lugares. Los retóricos que les sucedieron, deslumbrados con esta invencion, se esmeraron en reducirla á un sistema tan regular; que parece quisieron hacer ver que podia uno ser orador, aunque careciese absolutamente de ingenio para ello. Dieron sus recetas para hacer oraciones sobre toda suerte de materias. Al mismo tiempo, es evidente que este estudio de lugares comunes nunca bastaria para hacer un discurso util sobre negocios importantes; aunque pudiese producir las mas brillantes declamaciones académicas. Es verdad que los lugares suplian mas abundante copia de materia; y que el que no tuviese otra mira que la de decir copiosa y plausiblemente, consultándolos en todas las materias y valiéndose de cuanto le sugiriesen, podia estar hablando eternamente: y esto aun cuando no tuviese mas que un conocimiento superficial del asunto. Pero semejante discur-

L. XXVIII. so siempre seria una cosa muy trivial. Lo verdaderamente sólido y persuasivo se debe sacar *ex visceribus causæ*, del conocimiento íntimo de la materia y de su profunda meditacion. Los que dirigen á otras fuentes á los que estudian la oratoria los descaminan: y queriendo hacer de la retórica un arte perfectísimo, hacen ciertamente de ella un estudio frívolo y pueril. Por tanto tengo por inutil detenerme mas sobre esta doctrina de los tópicos, ó lugares retóricos. Si alguno piensa que este conocimiento le servirá para mejorar su inventiva, y extender sus ideas, puede consultar á Aristóteles ó á Quintiliano, ó lo que escribió Ciceron sobre esta materia en su tratado de la Invencion, en sus Tópicos, y en el segundo libro del Orador. Pero el que quiera disponer un discurso de manera que convenza al juez, ó haga en un concurso efectos de alguna consideracion, dando de mano á los lugares comunes deberá meditar bien el asunto. Me atrevo á asegurar que Demóstenes no consultó lugar alguno de estos para mover á los Atenienses á tomar las armas contra Filipo: y que cuando Ciceron recurria á ellos deslustraba mucho sus oraciones.

Vamos ahora á lo que es de mas utilidad; á señalar los auxilios que puede dar el arte, no con respecto á la invencion, sino

en orden á la disposicion y conducta de las pruebas. L. XXVIII

Los oradores pueden en la conducta de sus razonamientos usar de dos métodos diferentes; los que, para exprimirlos en términos del arte, son el analítico y el sintético. El analítico es cuando el orador encubre su intencion tocante al punto que va á probar, hasta que por grados ha conducido á sus oyentes á la conclusion deseada. Los lleva paso á paso de una verdad conocida á otra desconocida hasta encontrar con el fin, como consecuencia necesaria de una serie de proposiciones. Asi por ejemplo, cuando intenta uno probar la existencia de un Dios, comienza por observar que todas las cosas que vemos en el mundo han tenido principio: que todo lo que tiene un principio ha de tener una causa anterior: que en las producciones humanas el arte que vemos en un efecto arguye necesariamente un designio en la causa: asi va procediendo de una en otra causa hasta llegar á una suprema y primera; de la cual se derivan todo el orden y los designios que vemos en sus obras. Este método es casi el mismo que el socrático; por el cual este filósofo hizo callar á los sofistas de su tiempo. Es un método de razonar muy diestro; susceptible de mucha belleza; y digno de usarse cuando prevenido el audito-

L. XXVIII. rio contra alguna verdad se le quiera convencer de ella imperceptiblemente.

Pero pocas materias admiten este método; ni siempre se ofrecen ocasiones de emplearlo. El modo de razonamiento usado mas generalmente, y el mas conforme al género de elocucion popular, es el llamado sintético; cuando claramente se señala el punto que se ha de probar; y se va cargando una prueba sobre otra hasta que los oyentes queden enteramente convencidos.

En todo alegato una de las cosas que piden mas atencion es hacer la conveniente eleccion de las pruebas mas sólidas que puede presentar la causa, y valerse de ellas como de los medios principales para persuadir. Debe ponerse el orador en el lugar del oyente, y reflexionar qué impresion le harian aquellas razones que quiere emplear para persuadir á otros; pues no debe esperar que los hombres se dejen engañar solo con las artes de hablar. No se engaña á estos tan facilmente como creen tal vez los oradores públicos. En todos los estados se encuentra sagacidad y penetracion: y puede ser muy alabado de bello un discurso, sin que el oyente quede convencido de nada de cuanto se le dijo.

Escogidas bien las pruebas es evidente que su efecto ha de depender en parte de

la recta disposicion: de modo que no em- L. XXVIII.
barazen unas á otras; sino que se den un auxilio mutuo, y vayan encaminadas á un fin. Para lo cual pueden darse las reglas siguientes.

En primer lugar, no se mezclen confusamente unas con otras pruebas que son de distinta naturaleza. Todas ellas se dirigen á probar una de estas tres cosas; ó que alguna cosa es verdadera ó moralmente recta, y conveniente ó provechosa, y buena. Estas son las que constituyen las tres grandes materias de discusion entre los hombres, verdad, obligacion, interes. Pero las pruebas que se dirigen á cada una de ellas son genéricamente distintas: y el que confunda todas ellas bajo de un tópico, como acontece regularmente en los sermones, hará una oracion confusa y nada elegante. Supongamos por ejemplo que he de recomendar á un auditorio la benevolencia ó el amor del prójimo; y que tomo la primera prueba de la satisfaccion interior que experimenta una alma benévola, la segunda de la obligacion que nos impone el ejemplo de Jesucristo, y la tercera de la inclinacion á grangearnos la buena voluntad de los que nos conocen. Las pruebas son buenas; pero las he dispuesto mal: porque la primera y tercera se toman de motivos de interes, de la paz interior y

L. XXVIII. conveniencias temporales; y entre ellas he metido una que habla únicamente del deber. Debia yo haber conservado aquellas pruebas separadas y distintas; pues se dirigen á diversos principios de la naturaleza humana.

En segundo lugar en orden á los varios grados de fuerza en las pruebas es regla general que el discurso vaya avanzando por un climax ó gradacion, *ut augeatur semper et increscat oratio*, „que la oracion vaya siempre en aumento y creciendo." Esta debe ser la conducta del orador; especialmente cuando tiene una causa clara; y espera probarla evidentemente. No hay peligro en comenzar por las pruebas mas débiles, subiendo poco á poco y sin desplegar hasta el último toda la fuerza, cuando se tiene seguridad de hacer una completa impresion sobre los oyentes preparados ya por lo que antes se ha dicho. Pero no se ha de seguir siempre esta regla. Porque si el orador tiene poca confianza en su causa, en este caso le conviene presentar al frente su prueba principal para ganar de antemano á los oyentes; y hacer al principio el esfuerzo posible para que removidas las preocupaciones, y dispuestos en su favor los ánimos escuchen lo restante con mas docilidad. Cuando entre muchas pruebas hay una ó dos que no son

tan concluyentes como las otras, pero que sin embargo son buenas, aconseja Ciceron que se pongan en el medio por ser un parage no tan visible como el principio ó el fin. L. XXVIII.

En tercer lugar, cuando nuestras pruebas son fuertes y convincentes serán tanto mejores, cuanto mas distintas y separadas unas de otras. Porque se puede presentar cada una en toda su extension, amplificarla, é insistir en ella. Pero cuando son dudosas y solamente del género presuntivo, será mejor amontonarlas y entreverar unas con otras, *ut quæ sunt naturâ imbecilla*, como dice Quintiliano, *mutuo auxilio sustineantur*, „para que aunque de suyo tengan poca fuerza, se sostengan mutuamente." Propone un buen ejemplo en el caso de uno acusado de haber muerto á un pariente de quien heredaba. No habia pruebas directas: pero „esperabas una herencia y una gran herencia; te veias en circustancias muy estrechas, acosado de tus acreedores; habias ofendido á tu pariente, sabiendo que te habia nombrado su heredero; conocias que era facil que alterase su testamento en favor de otro; no se podia perder un momento." Cada uno de estos particulares, dice nuestro autor, de por sí es poco concluyente; pero aglomerados en uno hacen mucha fuerza.

L. XXVIII. De la distinta amplificacion de una prueba convincente tenemos un hermoso ejemplo en la oracion de Ciceron *por Milon*. La prueba se toma de una circustancia de tiempo. Era Milon pretendiente para el Consulado; y Clodio fué muerto pocos dias antes de la eleccion. Pregunta pues Ciceron, si se podrá creer que hubiese sido Milon tan loco que en ocasion tan crítica, por un asesinato horrendo desviase de sí el favor del pueblo; cuyos votos habia pretendido con tanta ansia. Esta prueba enunciada meramente parece que tiene mucha fuerza: pero no bastaba sugerirla simplemente; era preciso insistir en ella, y presentarla en toda su fuerza. Para esto el orador hace una pintura justa y convincente de la cuidadosa vigilancia con que los candidatos creian necesario en semejante tiempo conservar la buena opinion del pueblo. *Quo tempore*, dice, (*scio enim quàm timida sit ambitio, quantaque et quàm sollicita cupiditas consulatus*) *omnia, non modo quæ reprehendi palam, sed etiam quæ obscure cogitari possunt, timemus. Rumorem, fabulam fictam et falsam, perhorrescimus; ora omnium atque oculos intuemur. Nihil enim est tàm tenerum, tam aut fragile aut flexibile, quam voluntas erga nos sensusque civium, qui non modo improbitati irascuntur candida-*

torum, sed etiam in recte factis sæpe fasti- L. XXVIII.
diunt. „Bien conozco qué tímida es la ambicion; y cuantos cuidados y fatigas nos cuesta la pretension del consulado. En semejante ocasion tememos no solo lo que se nos puede reprender abiertamente, sino lo que se puede pensar de nosotros en secreto. El mas ligero rumor, el chisme mas ridículo nos pone miedo. A todos les estamos mirando á la cara: porque no hay cosa tan delicada, tan fragil y tan incierta como el favor popular: pues nuestros conciudadanos no solo se ofenden de los vicios de los candidatos, sino que á vezes se disgustan aun de las acciones meritorias." De todo lo cual infiere con mucha razon: *Hunc diem igitur tam speratum atque exoptatum, sibi proponens Milo, cruentis manibus, scelus atque facinus præ se ferens, ad illa centuriarum auspicia veniebat? Quam hoc in illo minime credibile!* „Teniendo pues presente este dia tan esperado y apetecido ¿se hubiera presentado en las juntas del pueblo con el sobrescrito de un facineroso, y bañadas las manos en sangre? ¡Qué increible era esto en él!" Pero aunque sean muy bellas semejantes amplificaciones:

Se ha de cuidar, en cuarto lugar, de no extender mucho las pruebas, ni multiplicarlas demasiado; porque esto antes sirve de

L. XXVIII. hacer sospechosa una causa que de darla autenticidad. La multiplicacion, no necesaria, de las pruebas confunde la memoria; y disminuye el convencimiento que podrian hacer pocas bien escogidas. Se ha de observar tambien que si las pruebas se amplifican y extienden fuera de los límites de una ilustracion razonable, tienen siempre poca fuerza: y enervan el *vis et acumen* „la fuerza y la agudeza," que debe ser el caracter distintivo de la parte argumentativa de un discurso. Cuando un orador se detiene mucho en una prueba favorita, procurando revolverla y presentarla bajo todos los aspectos posibles, acontece por lo comun que fatigado del esfuerzo que ha hecho pierde el vigor con que comenzó; y concluye con flojedad lo que empezó con fuerza. El razonamiento, como las demas partes del discurso, debe guardar su temperamento correspondiente.

Despues de poner la conveniente atencion en la disposicion de las pruebas, otro requisito para el buen manejo de estas es el expresarlas en estilo, y recitarlas de manera que las dé toda su fuerza. Sobre este particular remito al lector á las reglas que dí tratando del estilo en las lecciones antecedentes, y á las que daré despues al tratar de la pronunciacion y recitacion.

Con esto voy ahora á hablar de otra parte esencial del discurso, la quinta en el orden arriba mencionado, que es la patética; en la cual, mas que en otra alguna, es donde reyna la elocuencia, y ostenta esta todo su poder. Al comenzar este capítulo no me detendré en combatir los escrúpulos de aquellos que suscitaron la cuestion de si conviene al candor y firmeza de un orador público dirigirse á las pasiones de sus oyentes. Esta es una cuestion de voz; que el sentido comun determina facilmente. En investigaciones de pura verdad, en materias de mera instruccion y doctrinales, no admite duda que nada tienen que ver las pasiones; y que es absurdo todo empeño por excitarlas. Dó quiera que se trata solo de comunicar algunos conocimientos, se ha de hablar únicamente al entendimiento: porque solo por pruebas y razones puede uno dejar á otro satisfecho de que es verdadera, recta ó justa alguna cosa. Pero si se trata de persuadir, el caso es muy diferente. En todo cuanto pertenece á la práctica, no hay hombre que piense seriamente persuadir á otro, que no se dirija mas ó menos á sus pasiones; por la razon bien obvia de que las pasiones son el gran principio de las acciones humanas. El hombre mas virtuoso tratando de las materias mas virtuosas hará por tocar el corazon del L. XXVIII.

L. XXVIII. que le escucha; y no hará escrúpulo de excitar su indignacion por la injusticia, ó su compasion por el infortunio; aunque una y otra sean pasiones.

El mismo estudio pusieron los antiguos al tratar de esta parte de elocuencia para llevar la retórica al sistema mas perfecto que el que habian empleado en la parte argumentativa. Hicieron disquisiciones metafísicas sobre la naturaleza de cada una de las pasiones; dieron la definicion y descripcion de cada una; trataron de sus causas, de sus efectos y concomitancias; y de aqui dedujeron reglas para influir en ellas. En particular Aristóteles, en su tratado de Retórica, discurre acerca de la naturaleza de las pasiones con muchísima profundidad y delicadeza; y se puede leer con mucho fruto lo que él escribió sobre este capítulo, como un trozo precioso de filosofia moral: pero dudo que nada de ello pueda servir de modo alguno para hacer mas patético al orador. Temo que un conocimiento filosófico de las pasiones no pueda conferir este talento, del cual somos deudores á la naturaleza, y á cierta sensibilidad de ánimo fuerte y afortunada; tanto que puede un orador estar muy bien impuesto en todos los conocimientos especulativos que puedan adquirirse sobre las pasiones, y no pasar con todo de frio y árido.

Las reglas é instrucciones sobre esta y las demas partes de la oratoria no pueden suplir la falta de ingenio: aunque pueden ponerlo en buen camino; ayudarle á que se produzca con mas ventajas, y prevenir los errores y extravagancias de que á vezes se deja llevar. Acerca de lo patético me parece que han de ser utiles las reglas siguientes. L. XXVIII.

La primera es considerar atentamente si el asunto lo admite y lo hace propio; y luego en que parte del discurso conviene mas intentarlo. El buen sentido es el que ha de determinar estos puntos: porque es evidente que hay muchos asuntos que no admiten lo patético de ninguna manera; y aun en los que lo admiten, se expondria á parecer ridículo un orador, si se empeñase en conmover las pasiones en lugar inoportuno. Todo lo que se puede decir en general es que si esperamos hacer nacer una pasion que tenga un efecto durarero, debemos ganar antes en nuestro favor al entendimiento. Para que los oyentes se interesen con calor por una causa han de estar convencidos de que ella tiene á su favor fundamentos sólidos y bastantes. Han de poder justificar la pasion que sienten, y quedar satisfechos de que no se dejan llevar de meras ilusiones. Como no esten sus ánimos en esta disposicion, por mucho que los inflame el discurso del orador vuelven al

L. XXVIII. tono ordinario de pensar luego que acaba; y la conmocion que excitó se desvanece enteramente. Por eso los escritores se valen de este resorte; ponen lo patético en la peroracion ó conclusion como en su propio lugar; y no hay duda de que durará esta impresion, y que los ánimos de los oyentes quedarán inflamados con la materia despues que las pruebas y el razonamiento han hecho todo su efecto. Pero siempre que se procure esta impresion:

Se ha de advertir, en segundo lugar, que no se ha de hacer un capítulo aparte y exprofeso para excitar la pasion: ni prevenir á los oyentes que se va á hacer tal cosa, como lo hacen algunos creyendo que asi los seguirán mas facilmente. Con esto se entibia comunmente la pasion; porque inmediatamente hace poner sobre sí á los oyentes: y los dispone á criticar, mas bien que á ser movidos. Lo mas acertado es tocarla indirectamente, aprovechando el momento favorable en cualquiera parte del discurso en que ocurra; y entonces y despues de la preparacion debida, manifestar circustancias tales, y presentar las imágenes con tal vehemencia, que enciendan las pasiones de los oyentes antes que lo echen estos de ver. Esto se consigue con mas felicidad con pocas sentencias sugeridas por un calor natu-

ral, que por una arenga prolija y estudiada. L. XXVIII.

En tercer lugar, es menester observar que es muy diferente hacer ver á los oyentes que se deben conmover, y moverlos efectivamente. Nunca atenderán bastantemente á esta distincion aquellos predicadores que porque han puesto en sus sermones un capírulo para mostrar cuan obligados estamos á ser agradecidos á Dios ó á condolernos del desgraciado, piensan ya que es esta una parte patética. Todas las pruebas que se me dan de que es obligacion mia, de que es razonable y conveniente que yo me mueva á una cosa, no hacen mas que disponerme y prepararme á entrar en aquel afecto; pero realmente no me lo excitan. La naturaleza ha adaptado á cada afecto ó pasion ciertos objetos correspondientes; y sin hacer presentes al ánimo estos objetos no está en poder del orador excitar aquella pasion. No me enardezco de gratitud, ni me inflamo de compasion, cuando un orador me dice que estos son unos sentimientos generosos, y que debo darles cabida en mi pecho; ó cuando exclama contra mi frialdad é indiferencia. En todo este tiempo está hablando solo á mi razon ó á mi conciencia. Píntame la bondad y ternura de un amigo; póngame delante la miseria que padece una persona por quien debo interesarme: y entonces se moverá mi

L. XXVIII. corazon; entonces comenzarán á encenderse en mí la compasion y el agradecimiento. Por esta razon el fundamento del acierto en la oratoria patética, es pintar de la manera mas natural y mas fuerte el objeto de la pasion que deseamos excitar; y describirlo con unas circustancias que sean capazes de despertar los ánimos de los oyentes. Todas las pasiones se excitan mas fuertemente con las sensaciones; como la cólera con el sentimiento de una injuria, ó con la presencia del injuriador. Despues del influjo del sentido es el de la memoria; despues del de la memoria el de la imaginacion. Y asi el orador puede valerse tambien de este poder hiriendo la imaginacion de los oyentes con circustancias que en brillo y poderio se parezcan á las de la sensacion y la memoria. Para cuya ejecucion

En cuarto lugar, el método mas eficaz es que nos conmovamos nosotros mismos. Mil circustancias interesantes sugiere una pasion verdadera que no las puede imitar ni sugerir el arte mas refinado. Las pasiones se comunican por simpatia:

....*Ut ridentibus arrident, sic flentibus adflent, Humani vultus.* Horat.

Como el semblante muéstrase risueño
Al ver á otro reir, asi se muestra
Lloroso si otro llora.

Las conmociones internas del orador dan nueva ternura y sensibilidad á sus palabras, á sus miradas, á sus gestos, á su manera toda; la cual ejerce un poder casi irresistible sobre todos los que le escuchan. *Quid enim aliud est causæ*, dice Quintiliano en el libro VI de sus Instituciones, *ut lugentes, utique in recenti dolore, disertissime quædam exclamare videantur; et ita nonnunquam in indoctis quoque eloquentiam faciat; quam quod illis inest vis mentis, et veritas ipsa morum? quare in iis quæ verisimilia esse volemus, simus ipsi similes eorum qui vere patiuntur, affectibus; et à tali animo proficiscatur oratio qualem facere judicem volet..... Afficiamur antequam afficere conemur.* „¿Qué otra causa hay para que con tanta elegancia se expliquen en ocasiones los que se hallan con algun pesar reciente, y para que los ignorantes parezcan á vezes elocuentes, sino que el ánimo está penetrado del valor de las cosas; y que es verdad lo que aparece? por lo cual si queremos la verosimilitud, imitemos los afectos de los que padecen alguna cosa: y salga del corazon la oracion tal cual quisiéramos que hiciera el juez. Penetrémonos de una cosa si intentamos penetrar á otros de ella." Pero no me detendré sobre este punto, aunque es el mas esencial de todos; porque antes se L. XXVIII.

L. XXVIII. han ofrecido repetidas ocasiones de hacer ver que el empeño de ser patéticos nos hace parecer ridículos cuando no estamos conmovidos nosotros mismos.

Quintiliano, que en esta materia discurre con muchísima cordura, se toma el trabajo de decirnos el método de que se valia cuando era orador público, para penetrarse de los sentimientos, que necesitaba excitar en los otros, „poniendo delante de su imaginacion lo que llama él *phantasiæ* ó visiones," unas pinturas fuertes de la miseria é injusticias que estaban sufriendo aquellos cuya causa defendia, y en cuyo favor iba á interesar á los oyentes; parándose en ellas, y poniéndose en lugar de ellos, hasta que se veia penetrado del sentimiento que embargaba á las mismas personas. *Ut hominem occisum querar; non omnia quæ in re præsenti accidisse credibile est, in oculis habebo? Non percussor ille subitus erumpet? non expavescet circunventus? exclamabit, vel rogabit, vel fugiet? non ferientem, non concidentem videbo? non animo sanguis, et pallor, et gemitus, extremus denique expirantis hiatus, insidet? Ubi vero miseratione opus erit, nobis ea de quibus querimur accidisse credamus, atque id animo nostro persuadeamus. Nos illi simus, quos gravia, indigna, tristia, passos queramur. Nec*

agamus rem quasi alienam; sed assumamus parumper illum dolorem. Ita dicemus quæ in simili nostro casu dicturi essemus. L. XXVIII.
„Para quejarme de que hayan muerto á uno ¿no me he de representar todo lo que es creible que sucedió en el lance? ¿No me ha de salir de repente el matador? ¿No se asustará al verse sobrecogido? ¿No dará vozes, suplicará, ó huirá? ¿No veré al que hiere, ó al que cae herido? ¿No me figuraré en mi interior la sangre, la palidez, los gemidos, y finalmente las últimas boqueadas del que espira? Mas donde es necesario excitar la conmiseracion, creamos y figurémonos que nos acaecen aquellas cosas de que nos quejamos. Seamos nosotros los que nos quejamos de haber padecido cosas pesadas, indignas, y terribles. No defendamos el asunto como ageno: sino que poco á poco nos penetremos de aquel sentimiento. De esta suerte diremos lo que diriamos en semejante caso, si nos hubiera acaecido á nosotros." A este método atribuye todo el acierto que tuvo en la elocucion pública; y no tiene duda que cuanto mira á acrecentar la sensibilidad de un orador servirá para hacerlo mas y mas patético.

En quinto lugar es menester atender al lenguage propio de las pasiones. Notese de que manera se produce el que está domina-

L. XXVIII. do de una pasion real y vehemente; y se verá que su leguage es sencillo y sin afectacion. Podrá estar animado con figuras fuertes y sublimes: pero no tendrá ornato ni sutilezas. No está él para seguir el vuelo de su imaginacion. Ocupado enteramente su ánimo de un objeto que lo enardece, no tiene otra mira que la de expresarlo con todas sus circustancias tan fuertemente como lo siente. Tal ha de ser el estilo del orador cuando quiera ser patético; y tal lo será cuando hable inspirado del sentimiento; valiente é inflamado, pero sencillo. Y asi no será acertado en las descripciones sino lo que se escriba *fervente calamo* „en el hervor de la pluma." Si se detiene á trabajar su estilo, á pulirlo y adornarlo, infaliblemente se entibiará su ardor; y no podrá ya tocar el corazon: porque su composicion será el lenguage de uno que describe, no de uno que siente. Hemos de observar que hay mucha diferencia entre pintar á la imaginacion, y pintar al corazon. Puede hacerse lo uno con serenidad y con descanso; lo otro ha de ser siempre rápido y ardiente. En lo primero es disimulable que aparezcan el arte y el trabajo; lo último no surte efecto alguno si no se ve que es obra de sola la naturaleza.

En sexto lugar, no hay que mezclar cosa alguna de una naturaleza extraña á la parte

patética del discurso. Es preciso huir de toda digresion que interrumpa ó desvie el curso natural de la pasion, cuando ha empezado á nacer y á desplegarse; y sacrificar toda belleza, por brillante y pomposa que sea, una vez que ha de divertir el ánimo del objeto principal, y entretener la imaginacion en cuenta de tocar el corazon. Por tanto las comparaciones en medio de la pasion son siempre perjudiciales y enteramente impropias. Se han de evitar tambien los razonamientos importunos; ó á lo menos, no se ha de seguir una sutil y larga serie de raciocinios en ocasion en que la mira principal es excitar conmociones ardientes. L. XXVIII.

Finalmente, jamas se ha de insistir mucho en lo patético. Las conmociones ardientes son demasiado violentas para que sean duraderas. *Nunquam debet esse longa miseratio;* dice Quintiliano en el mismo lugar, *nam cum veros dolores mitiget tempus, citius evanescat necesse est illa, quam dicendo effinximus, imago: in qua, si moramur, lacrymis fatigatur auditor, et requiescit, et ab illo quem cœperat impetu, in rationem redit. Non patiamur igitur frigescere hoc opus; et affectum, cum ad summum perduxerimus, relinquamus; nec speremus fore, ut aliena mala quisquam diu ploret.* „Jamas debe ser larga la conmisera-

L. XXVIII. cion: pues mitigando los dolores el tiempo, es preciso que duren menos los que fingimos: y si nos detenemos en ellos se cansará de llantos el oyente, y volverá á cobrar su quietud y serenidad, perdiendo el ímpetu que habia tomado. No permitamos pues que se enfrie esta obra: y dejemos el afecto cuando ya lo hemos llevado á lo sumo: ni menos esperemos que nadie llore mucho tiempo males agenos." Se debe estudiar la oportunidad de hacer una retirada á tiempo por una feliz transicion del tono apasionado al sereno; pero de modo que se baje sin caer guardando el mismo género de sentimientos que antes, aunque expresándolos ahora con mas moderacion. Y sobre todo se debe cuidar de no estirar, por decirlo asi, demasiado la pasion, y no empeñarse en hacerla subir á una altura preternatural. Se ha de guardar siempre el decoro correspondiente á los oyentes; y tener presente que el que no se para en el punto debido, el que en la pasion se empeña en llevarlos mas lejos que lo que ellos quieren ir, no conseguirá lo que pretende. Empeñarse en acalorarlos demasiado, es tomar el medio mas eficaz para dejarlos enteramente helados.

Sentadas estas reglas tocante á lo patético de un discurso voy á dar un ejemplo de Ciceron, que servirá para ilustrar varias de

ellas, particularmente la última. Lo tomaré de su última oracion contra Verres; en la cual describe las crueldades á que se propasó este cuando era gobernador de Sicilia contra un tal Gavio ciudadano romano. Este Gavio pudo escaparse de la prision en que le habia puesto el gobernador; y al embarcarse en Mesina, creyéndose ya seguro, le amenazó que apenas llegase á Roma se habia de acordar Verres de él, y dar cuenta de haber puesto en prision á un ciudadano romano. El magistrado de Mesina hechura de Verres lo prendió al instante, y dió á este noticia de sus amenazas. La conducta de Verres en esta ocasion está descrita de la manera mas pintoresca, y con todos los colores propios para excitar contra él la indignacion del pueblo. Agradece su diligencia al magistrado de Mesina. Vase al foro lleno de cólera; ordena que traigan á Gavio: estan prontos los ejecutores; y contra las leyes, y á pesar de los privilegios bien notorios de un ciudadano romano, manda que lo desnuden y azoten públicamente con la mayor crueldad. Ciceron prosigue luego asi: *Cædebatur virgis, in medio foro Messanæ, civis romanus Judices!* „Se azotaba en medio de la plaza de Mesina á un ciudadano romano, Juezes!" „Cada palabra va dando nueva fuerza á la descripcion de esta enor- L. XXVIII.

L. XXVIII. midad notoria: y la palabra *Judices* „Jueces" ha quedado para lo último con la mayor propiedad: *Cædebatur virgis, in medio foro Messanæ, civis romanus, judices! cum interea, nullus gemitus, nulla vox alia istius miseri, inter dolorem crepitumque plagarum audiebatur, nisi hæc, civis romanus sum. Hac se commemoratione civitatis, omnia verbera depulsurum à corpore arbitrabatur. Is non modo hoc non perfecit, ut virgarum vim deprecaretur; sed cum imploraret sæpius usurparetque nomen civis, crux, crux inquam, infelici isto et ærumnoso, qui nunquam istam potestatem viderat, comparabatur. O nomen dulce libertatis! O jus eximium nostræ civitatis! O lex Porcia, legesque Semproniæ! Huccine omnia tandem reciderunt, ut civis romanus, in provincia populi romani, in oppido fœderatorum, ab eo qui beneficio populi romani fasces et secures haberet, deligatus, in foro, virgis cæderetur?"* „Se azotaba en medio de la plaza de Mesina á un ciudadano romano, Juezes! entre tanto ningun gemido, ninguna otra voz se oia á este infeliz entre el dolor y chasquido de los azotes que estas: ciudadano romano soy. Con este recuerdo de la ciudad juzgaba que habia de echar de sí los azotes. Este no solo no consiguió que se le dejase de hacer esta violencia, sino que cuan-

to mas imploraba é invocaba el nombre de L. XXVIII.
ciudadano, la cruz, la cruz digo, se estaba aparejando para este infeliz y mal aventurado que jamas habia visto el instrumento de semejante muerte. ¡O nombre dulce de libertad! ¡O derechos esclarecidos de nuestra patria! ¡O ley porcia y leyes sempronias! Por fin, ¿todo vino á parar en que un ciudadano romano, en una provincia del imperio romano, en un pueblo de aliados, por orden de aquel que por favor del pueblo romano tenia las insignias del poder y de la autoridad, se viese atado y muriese azotado en una plaza pública?"

No puede haber cosa mas sutil, ni mejor conducida que este pasage. Las circustancias estan muy bien escogidas para excitar la compasion de sus oyentes acia Gavio y su indignacion contra Verres. El estilo es sencillo: y la exclamacion apasionada, el apóstrofe á la libertad y á las leyes son muy oportunas, y estilo propio de la pasion. El orador va á exagerar todavia mas la crueldad de Verres por otra circustancia muy poderosa. Habia mandado este que se levantase un cadalso para Gavio, no en el parage acostumbrado del suplicio, sino precisamente en la orilla del mar, frente por frente de las costas de Italia. ,,Este, decia, que tanto se precia de ser ciudadano romano, vea des-

L. XXVIII. de este cadalso á su patria. Este insulto vil contra un moribundo es la menor parte de su delito. No era Gavio entonces á quien Verres pretendia insultar; eraislo vosotros, ó romanos! Todo ciudadano que me está escuchando era, en la persona de Gavio, burlado en sus derechos, y sabidor del desprecio que él hacia del nombre romano, y de la libertad romana."

Hasta aqui todo es hermoso, animado, patético; y hubiera sido perfecto el modelo, si Ciceron se hubiese detenido en este punto. Pero su ingenio redundante y florido le llevó mas lejos. Necesitaba interesar contra Verres, no á sus oyentes solo, sino á las bestias, á los montes, á las piedras. *Si hæc non ad cives romanos, non ad amicos nostræ civitatis, non ad eos qui populi romani nomen audissent; denique si non ad homines, verum ad bestias; atque ut longius progrediar, si in aliqua dissertissima solitudine, ad saxa et ad scopulos, hæc conqueri et deplorare vellem, tamen omnia muta atque inanima, tanta et tam indigna rerum atrocitate commoverentur.* „Si hubiese de lamentarme y quejarme de estas cosas no á una junta de ciudadanos romanos, no á los aliados de nuestro pais, no entre aquellos que jamas hubiesen oido el nombre del pueblo romano, finalmente no á los hombres, si-

no á las bestias; y pasando mas adelante, si hubiese de lamentarme y quejarme en una profunda soledad á las rocas y á las peñas, aun aquellos seres mudos é inánimes se habian de conmover con tan indignas atrozidades." Todo esto, sin faltar al respeto debido á un orador tan elocuente, debemos decir que es declamatorio y no patético. Es llevar muy adelante el lenguage de la pasion. Todos ven inmediatamente que es una figura estudiada de retórica: podrá divertir á los oyentes; pero en lugar de inflamarlos mas, no hará sino resfriar su pasion. Tan peligroso es dar rienda suelta á una imaginacion florida, cuando se intenta hacer una impresion fuerte y apasionada. L. XXVIII.

No nos queda ya que tratar de otra parte del discurso sino es de la peroracion ó conclusion. No hay mucho que decir acerca de ella; porque es fuerza que varie considerablemente conforme al tono del discurso que la precede. Algunas vezes viene bien en la peroracion toda la parte patética. Otras, cuando el discurso, por ejemplo, es enteramente argumentativo, viene bien concluir resumiendo las pruebas poniéndolas en un punto de vista, y dejando en los ánimos de los oyentes una impresion llena y profunda. Así la gran regla de una conclusion, y la que obviamente sugiere la naturaleza, es

L. XXVIII. poner lo último aquello en que segun nuestra eleccion ha de consistir la fuerza de la causa.

En los sermones las ilaciones de lo que se ha dicho son la conclusion regular. Pero se ha de cuidar no solo de que se hagan naturalmente, sino tambien de que convengan con el sentimiento que reyna en todo el discurso, de manera que no quiebren su unidad; en lo cual no se suele poner la atencion conveniente. Porque las ilaciones, por inmediatamente deducidas que esten de la doctrina del texto, surte mal efecto, si introducen en la conclusion de un discurso algun objeto enteramente nuevo, apartando asi nuestra atencion de los objetos principales á que hasta entonces la habia dirigido el predicador. En este caso vienen á ser como las excrescencias en el cuerpo; las cuales era mejor que le faltasen: y solo sirven para debilitar la impresion que estaba destinada á hacer la composicion como un todo.

El orador mas elocuente de los franceses, y acaso de todos los modernos, Bossuet obispo de Meaux, concluye de un modo muy patético su oracion fúnebre del gran príncipe de Condé convirtiendo la reflexion acia sí mismo, y á su edad avanzada. *Agréez ces derniers efforts d'une voix qui vous fut connue. Vous mettrez fin a tous ces dis-*

cours &c. „Aceptad estos esfuerzos, los úl- L. XXVIII.
timos de una voz que os fué conocida. Con vos acabarán todos mis discursos. En lugar de llorar la muerte de los otros, en adelante, ó gran príncipe, quiero aprender de vos á santificar la mia: dichoso yo si advertido por estos cabellos blancos de la cuenta que debo dar de mi administracion, dedico al rebaño que he de apacentar con la palabra de vida los restos de una voz trémula, y de un ardor que está para apagarse."

Estas son las últimas sentencias de la oracion: pero toda la peroracion, desde aquel pasage: „venid pueblos, venid ahora &c." aunque es demasiado larga para insertarse, es un dechado de elocuencia patética.

En todo discurso es de gran importancia acertar con el tiempo preciso de acabar y llevarlo á su término; no concluyendo de golpe é inesperadamente; ni dejando burlados á los oyentes cuando juzgan que vamos á acabar; ni continuando en dar vueltas y mas vueltas por la conclusion hasta que lleguen á fastidiarse enteramente de nosotros. Esmerémonos en acabar con gracia; no finalizando con sentencias lánguidas y arrastradas, sino concluyendo con dignidad y espíritu; para que podamos dejar inflamados á los oyentes, y penetrados favorablemente de la materia y del orador.

Pronunciacion ó recitacion.

Habiendo tratado de varios capítulos generales tocante á la elocuencia ó elocucion pública, paso ahora á otra parte muy importante del asunto que resta aun; y es la pronunciacion ó recitacion de un discurso. Por un célebre dicho de Demóstenes, que refieren Ciceron y Quintiliano, se ve cuan grande aprecio hacia de esta parte de la elocucion el mayor de todos los oradores. Habiéndole preguntado cual era la parte primera en la oratoria, respondió la recitacion: preguntado cual era la segunda; y luego cual era la tercera, respondió siempre la recitacion. No es de maravillar que hiciese tanto aprecio de ella; y que para mejorarla en sí mismo hubiese practicado tan continuas y penosas diligencias como las que nos cuentan los antiguos; porque ciertamente no hay cosa tan importante. Los que juzgan superficialmente pensarán que el manejo de la voz y del gesto en la elocucion pública pertenece solamente á la decoracion; y que es una de las artes inferiores de ganar al auditorio. Pero van muy fuera de camino: porque está íntimamente enlazado con la persuasion; la cual es, ó debe ser el fin de toda elocucion pública: por eso no deben desdeñarse de su estudio los mas graves y circunspectos ora-

dores, como ni tampoco los que únicamente aspiran á agradar. L. XXIX.

Por tanto permitaseme observar, que nuestra intencion, siempre que nos dirigimos á otros por medio de la palabra, es hacer en ellos alguna impresion; y comunicarles nuestras mismas ideas y sentimientos. Pues el tono de nuestra voz, nuestras miradas y nuestros gestos interpretan las ideas y las conmociones tan bien como las palabras; y aun la impresion que hacen en los otros suele ser mucho mas fuerte que la de estas. Vemos muchas vezes que una mirada expresiva, un grito apasionado, sin ir acompañados de palabras, traspasan á otros ideas mas fuertes, y excitan en ellos pasiones mas vigorosas, que las que puede comunicar el discurso mas elocuente. La significacion de nuestros sentimientos hecha por tonos y gestos tiene sobre la que hacen las palabras la ventaja de ser el lenguage de la naturaleza. Ella ha dictado á todos los hombres este método de interpretar los pensamientos; que por todos es entendido: mientras que las palabras son puramente símbolos arbitrarios, y convencionales de nuestros conceptos; y por consiguiente hacen una impresion mas debil. Tanta verdad es esta, que las palabras para tener su significacion completa necesitan recibir casi siempre alguna ayuda de la

L. XXIX. manera de la pronunciacion ó recitacion: y el que hablando usare de las palabras desnudas, sin ayudarlas con tonos y acentos convenientes, hará en nosotros una impresion debil y confusa; y muchas veces nos dejará dudosos de lo que dijo. La conexion entre ciertos sentimientos y la manera propia de pronunciarlos es tan estrecha, que el que no los pronunciare segun ella jamas nos persuadirá de que cree ó experimenta los mismos sentimientos. Tal puede ser su recitacion que desmienta lo mismo que asegura. Cuando Marco Calidio acusó á uno de haber intentado darle veneno, entabló su acusacion lánguidamente, y sin calor ni fervor alguno en su recitacion: y Ciceron que defendia al acusado se valió de esta frialdad como de una prueba de la falsedad del cargo: *An tu, M. Callidi, nisi fingeres, sic ageres?* „Si no fuese una ficcion lo que dices, M. Calidio, ¿acusarias tú de esa manera?" En el Ricardo II de Shakespeare, la duquesa de York acusa así la falta de sinceridad de su marido:

Pleads he in earnest?... Look upon his face;
His eyes do drop no tears, his prayers are in jest;
His words come from his mouth, ours from our breast:
He prays but faintly, and would be deny'd
We pray with heart and soul?

¿Aboga él con calor?..... Mírale al rostro. L. XXIX.

No se deshace en lágrimas. Sus ruegos
Son frios: sus palabras de la boca,
Y las mias del pecho se derraman.
Suplica, sí; mas débilmente. Y quiere
Desmentir lo que digo con el alma?

Por el contrario, en la tragedia de nuestro Lope de Vega, intitulada *Sancho Ortiz de las Roelas*, Clarindo, criado de Sancho, dice á Estrella:

„Dí el papel, y dí el recado
Que me disteis; la alegría
Se pintó al punto en sus ojos,
Que arrojaban de amor chispas.
Tomó la carta, besóla;
Abrióla, leyóla aprisa:
Esto hizo; mas yo no sé
Como lo demas te diga.
. . . . . .
. . . . . .
Cuando leido la hubo,
El placer le confundia;
Y alternaban sus palabras
Ni bien llanto, ni bien risa.
. . . . . .
Con qué agradable desorden
Se explicaba....."

Acto II, esc. 2.

Pero me parece que no hay necesidad de decir mas para hacer ver la grande im-

L. XXIX. portancia de una buena pronunciacion. Y así paso á hacer las observaciones que me han parecido del caso sobre esta materia.

Los grandes objetos á que ha de mirar el orador público al formar su recitacion son: el primero, hablar de modo que sea completa y facilmente entendido de cuantos le escuchan; el otro, hablar con gracia y con fuerza para agradar y mover al auditorio. Consideremos lo mas importante acerca de uno y otro; advirtiendo que en esta materia se deben consultar las lecciones sobre la elocucion de Sheridan; de donde hemos tomado algunas ideas.

Para ser entendido facil y enteramente son menester estos cuatro requisitos: un grado debido de altura de voz, distincion, detencion y propiedad de pronunciacion.

La primera atencion de todo orador público ha de ser sin duda la de que le oigan todos aquellos á quienes habla. Ha de procurar llenar con su voz el espacio que ocupa el concurso. Tal vez se pensará que esto es enteramente un talento natural. Lo es en gran parte; pero puede tambien recibir del arte considerables auxilios. Depende muchísimo del tono propio y del manejo de la voz. Todos los hombres tienen tres tonos de voz; el alto, el mediano, y el bajo. El alto es el que se emplea para llamar á uno que está

distante; el bajo como cuando se habla al oido; y el mediano el que se usa comunmente en la conversacion, y el que se ha de emplear por lo ordinario en los discursos públicos. Es grande error imaginar que ha de tomar uno el tono mas alto para que se haga entender bien. Esto es confundir dos cosas diferentes, el cuerpo ó la fuerza del sonido con la clave ó el tono en que hablamos. Puede un orador llenar mas la voz, sin mudar de tono: y estará siempre en nuestra mano dar mas cuerpo y mas fuerza sostenida al tono de voz que acostumbramos usar en la conversacion: en lugar de que si empezamos en el tono mas alto, nos reducimos á una esfera mas estrecha; y nos exponemos á que nos falte la voz antes de acabar. Nos fatigaremos y hablaremos con trabajo; y cuando uno habla con trabajo, los demas le escuchan con pena. Y asi hemos de dar á la voz fuerza y plenitud de sonido: pero la hemos de tomar siempre en nuestro tono ordinario; y guardar por regla constante el no sacar mas voz, que la que podamos sostener sin pena, y sin un esfuerzo extraordinario. No saliendo de estos límites los demas órganos de la locucion podrán hacer sin fatiga sus diferentes funciones; y siempre se conserva el dominio sobre la voz. Pero en haciendo lo contrario faltan las riendas; y no queda

L. XXIX.

L. XXIX. arbitrio para gobernarla. Es tambien buena regla, para que sea uno bien entendido, fijar la vista en la persona mas distante del concurso, y dirigir á ella la oracion. Asi natural y maquinalmente pronunciaremos las palabras con tal fuerza que nos oiga aquel á quien hablamos, con tal que no esté fuera del alcanze de nuestra voz. Así sucede en la conversacion regular, y debe suceder tambien en la elocucion pública; pero se ha de tener presente que tanto en público como en la conversacion se puede pecar por hablar demasiado recio. Este extremo ofende al oido, haciendo que salga la voz como si muchos hablaran á un tiempo una misma cosa; fuera de que hace poco favor al orador, que parece quiere sacar por fuerza el asenso con solo levantar mucho la voz.

En segundo lugar, para que á uno le oigan bien y le entiendan claramente contribuye acaso mas una articulacion clara, que un sonido lleno. La cantidad de sonido necesaria para llenar un espacio, por grande que sea, es mucho menor que lo que comumente se imagina; y un hombre que tenga una voz debil puede darla mayor alcanze con una articulacion distinta, que el que la daria sin ella otro que la tenga mas fuerte. Por tanto, todos los oradores públicos deben poner en esto la mayor atencion. Han de dar á cada

sonido su debida proporcion, y hacer que se oigan distintamente todas las sílabas, y aun todas las letras sin confundir, mascar, ni suprimir ninguno de los sonidos propios. L. XXIX.

En tercer lugar, para articular distintamente se requiere moderacion en la ligereza de pronunciar. La precipitacion confunde la articulacion y el sentido de lo que se habla. Apenas hay necesidad de observar, que tambien en esto se puede pecar por el extremo contrario. Es claro que una pronunciacion lánguida y pesada, que obliga á los oyentes á adelantarse siempre al orador, hará insípido y molesto todo discurso. Pero es mas comun el otro extremo de hablar muy aprisa; y pide mas precaucion; porque cuando degenera en hábito, hay pocos defectos que se corrijan con mas dificultad que este. Pronunciar con la detencion conveniente, y con una articulacion clara y llena es lo primero que han de estudiar cuantos comienzan á hablar en público, y lo que nunca se les podrá recomendar demasiadamente. Semejante pronunciacion da peso y dignidad al discurso: es de grande alivio á la voz por las pausas y reposos que permite hacer con mas facilidad; y proporciona al orador llenar todos sus sonidos, ya con mas fuerza, ya con mas música. Sirvele tambien para conservar el debido señorio de sí mismo; en lugar de que una

L. XXIX. manera rápida y precipitada basta para excitar aquella agitacion de espíritu que en la oratoria es el mayor enemigo de todo buen éxito. *Promptum sit os*, dice Quintiliano, *non præceps; moderatum, non lentum.* „Sea la pronunciacion expedita, no precipitada; con gravedad, no con sorna."

En cuarto lugar: despues de estas atenciones fundamentales á la elevacion y manejo de la voz, á la articulacion distinta, y al grado conveniente de detencion en hablar, lo que ha de estudiar el orador público es la propiedad de la pronunciacion; ó el dar á cada palabra que pronuncia aquel sonido que le señala el uso mas bien recibido del lenguage, en contraposicion á la pronunciacion tosca, vulgar, ó lugareña. Este requisito contribuye para hablar de un modo inteligible, y para hablar con gracia y con belleza. Las reglas para este artículo solamente se pueden dar de viva voz. Pero no será cosa impertinente hacer aqui esta observacion. En la lengua castellana todas las palabras que consten de mas de una sílaba tienen una de ellas acentuada. El acento carga algunas vezes sobre la primera vocal, y otras sobre la segunda. Ninguna palabra castellana, por larga que sea, tiene mas que una sílaba acentuada; y el genio del lenguage pide que la voz señale aquella sílaba hiriéndola mas fuer-

temente, y pasando por las otras mas de ligero. Sabido, pues, el lugar propio de estos acentos, es regla importante dar precisamente á cada palabra en la elocuencia pública el mismo acento que en la conversacion ordinaria. Hay muchos que yerran en esto. Cuando hablan en público, para hacerlo con magestad, pronuncian de diferente manera las sílabas que en otras ocasiones. Se detienen en ellas; y las alargan: multiplican en una misma palabra los acentos, por la errada idea de que esto da mas gravedad y fuerza á su discurso, y aumenta la pompa de la declamacion pública; siendo asi que esto es una de las faltas de mas bulto que se puedan cometer en la pronunciacion; porque forma la manera que se llama teatral, ó aldeana; y da á la elocucion un ayre de compostura afectada, que la hace perder todo su agrado, y su impresion. L. XXIX.

Tratemos ahora de aquellas otras partes mas altas de la recitacion; por cuyo estudio ha de aspirar el orador á mas que á hacerse entender, procurando dar gracia y fuerza á lo que habla. Se pueden estas comprender en cuatro capítulos, que son énfasis, pausas, tonos, y gestos. Bueno será prevenir en general, que la atencion á estos artículos de la recitacion por ninguna manera se ha de limitar, como imaginará tal vez alguno, á las

L. XXIX. partes mas trabajadas y patéticas de un discurso. Se requiere acaso tan prolija atencion, y se puede manifestar tanto saber adaptando con propiedad los énfasis, pausas, tonos y gestos á una elocucion llana y no apasionada; y en cualquiera parte se verá, que una recitacion clara y graciosa sirve de mucho para llamar la atencion, y corroborar lo que se dice.

Consideremos primero el énfasis; por el cual se entiende un sonido de voz mas fuerte y mas lleno, que sirve para distinguir la sílaba acentuada de alguna palabra, en la cual intentamos poner una fuerza particular, y mostrar la que da á lo demas de la sentencia. A vezes la palabra enfática se distingue por un tono particular de la voz, tan bien como por un acento mas fuerte. Del buen manejo del énfasis dependen todo el espíritu y la vida toda de un discurso. Si el énfasis se pone en todas las palabras, no solo se hace pesado y lánguido el discurso, sino que el sentido queda no pocas vezes ambiguo. Si se coloca mal, se pervierte y confunde enteramente el sentido. Para dar un ejemplo, esta pregunta sencilla: *¿va vmd. hoy á la Corte?* es susceptible no menos que de tres ó cuatro acepciones diferentes, segun que el énfasis se coloca diferentemente sobre las palabras. Si se pronuncia así, *¿va* vmd. *hoy á*

la Corte? la respuesta natural es: no, que envio allá en mi nombre á mi criado. Si de esta manera: *¿va vmd. hoy* á la Corte? no, que voy al campo: *¿va vmd.* hoy *á la Corte?* no, que iré mañana. Del mismo modo en un discurso grave toda la fuerza de una expresion, y toda su belleza depende muchas vezes de la palabra acentuada: y podemos presentar á los oyentes ideas enteramente diversas de un sentimiento mismo, con solo poner el énfasis diferentemente. En las siguientes palabras de nuestro Salvador, obsérvense los diferentes aspectos que toma el pensamiento segun el tono ó énfasis con que se pronuncian. „Judas, ¿vendes tú al hijo del hombre con un ósculo?" *Vendes* tú &c. hace que la increpacion recaiga sobre la infamia de la traicion: Vendes *tú* &c. hace que recaiga sobre la conexion de Judas con su Maestro. „Vendes tú *al hijo del hombre*" recae sobre el caracter personal, y eminencia de nuestro Salvador. „Vendes tú al hijo del hombre *con un ósculo?*" estriba sobre prostituir la señal de paz y de amitad, haciéndola seña de destruccion. L. XXIX.

Para manejarse el orador con énfasis, la regla mejor, y la única que se le puede dar, es que trate de adquirir una idea exacta de la fuerza y el espíritu de aquellos sentimientos que ha de proferir. Asi para colocar el

L. XXIX. énfasis con toda propiedad son necesarios una atencion continua, y un buen sentido bastante ejercitado. Esto, lejos de ser una prenda de poca consideracion, es una de las mas calificadas pruebas de un gusto verdadero y exquisito; y efecto de la delicadeza con que sentimos, y del juicio cabal que formamos de lo que es mas conducente para comunicar á otros nuestros sentimientos. Tanta diferencia hay en un capítulo de la Biblia, ú otra cualquier obra prosaica, llana y sencilla, cuando se lee por uno que ponga el énfasis en todas partes con discernimiento y gusto, á cuando lo lee otro que lo yerra ó lo desprecia; como la hay en una misma sonata tocada por una mano diestra, ó por un ejecutor chabacano.

En todo discurso preparado seria muy util, despues de leerlo ó recitarlo en casa con este fin particular, buscar el énfasis propio antes de pronunciarlo en público; señalando al mismo tiempo con la pluma en cada sentencia las palabras enfáticas, á lo menos en las partes principales y mas expresivas del discurso, y fijarlas bien en la memoria. Si se pusiera mas atencion en esto, si se estudiara con mas exactitud esta parte de la pronunciacion; y no se dejara como comunmente se hace para el momento de la recitacion, los oradores públicos se verian suficien-

temente recompensados de este cuidado con los notables efectos que sus discursos producirian en el auditorio. Permítaseme al mismo tiempo precaver á los jóvenes contra el error de multiplicar demasiado las palabras enfáticas. La prudente circunspeccion en el uso de ellas es lo que las da algun peso. Si ocurren muy á menudo; si el orador se empeña en dar mucha importancia á todas las cosas que dice, multiplicando el énfasis y dándole mucha fuerza, nos acostumbraremos bien pronto á hacer poco aprecio de ellas. Atestar de palabras enfáticas todas las sentencias, es lo mismo que llenar todas las hojas de un libro de letra bastardilla; lo que para el efecto es lo mismo que no usar de tal distintivo. L. XXIX.

Despues del énfasis, piden atencion las pausas. Estas son de dos maneras; primera las pausas enfáticas; despues las que señalan las distinciones del sentido. Se hace una pausa enfática cuando se acaba de decir alguna cosa de entidad, y en la cual necesitamos que los oyentes fijen su atencion. Otras vezes, aun antes de decirla, la damos á entender con una pausa de esta naturaleza. Semejantes pausas tienen el mismo efecto que un fuerte énfasis: y estan sujetas á las mismas reglas, especialmente á la precaucion dada poco ha de no repetirlas muy frecuentemen-

L. XXIX. te; porque como excitan una atencion particular, y de consiguiente ponen en expectacion, si la cosa no es de importancia se incomodan todos del chasco.

Pero el mas frecuente y el principal uso de las pausas, es para señalar las divisiones del sentido; y dar lugar al mismo tiempo al orador para que respire: y la colocacion conveniente y graciosa de estas pausas es un artículo de los mas difíciles y delicados de la recitacion. En toda elocucion pública exîge un gran cuidado el manejo de la respiracion; de modo que no se vea precisado el orador á separar una de otra palabras que tienen conexion tan íntima que se deben pronunciar de una alentada, sin hacer entre ellas la menor separacion. Se truncan lastimosamente muchas sentencias; y se pierde absolutamente la fuerza del énfasis, si se hacen intempestivamente algunas divisiones. Para evitar esto debe cada uno, cuando está hablando, tener cuidado de tomar aliento suficiente para lo que ha de recitar. Es grande error creer que para tomar aliento se ha de esperar al fin del período, cuando falta ya la voz. Se puede recoger con mucha facilidad en los intervalos del período, cuando la voz queda solo suspendida por un instante; y con esta economia tendrá siempre el orador suficiente voz para concluir

las sentencias mas largas sin interrupciones impropias. L. XXIX.

Si alguno se ha habituado, hablando en público, á cierta melodia ó tonillo, que pide pausas y reposos distintos de los que pide el sentido de las palabras, tenga por cierto que ha contraido uno de los peores hábitos en que pueda incurrir un orador público. El sentido debe ser siempre el que arregle las pausas de la voz: pues cuando hay en esta una suspension sensible, aguarda el oyente alguna cosa correspondiente en la significacion. Las pausas en el discurso público se han de disponer de la misma suerte que en una conversacion importante; y no conforme á aquella afectada y estudiada manera que tomamos leyendo los libros, segun la puntuacion comun. El uso de la puntuacion es muy arbitrario, y á veces falso y caprichoso: y dicta unas pausas monótonas en extremo desagradables. Por tanto hemos de observar que las pausas, para que sean graciosas y expresivas, no solo se han de poner en su propio lugar, sino que han de ir tambien acompañadas del tono que indique la naturaleza de las pausas, sin tener que acudir á la fuerza de estas; la cual nunca puede meditarse con exactitud. Unas vezes es oportuna solamente una breve suspension de la voz: otras se requiere en la voz algo de

L. XXIX. cadencia; y otras aquel tono y cadencia peculiar, que denotan que se dió fin á la sentencia. En todos estos casos nos debemos conformar con la manera que nos inspira la naturaleza, cuando tenemos con otro una conversacion animada y de entidad.

Cuando leemos ó recitamos versos, hay especial dificultad para poner bien las pausas. Esta dificultad proviene de la melodia del verso, que de suyo dicta al oido ciertas pausas y reposos: y acomodar y componer estas pausas con las del sentido es obra tan delicada, que no es de extrañar sean tan raros los buenos lectores de poesias. Dos géneros hay de pausas pertenecientes á la música del verso: uno es la pausa al fin del verso: otro la pausa de cesura en medio de él. En cuanto á la pausa al fin del verso, que denota que se ha acabado el renglon, la rima la señala siempre; y nos obliga en cierto modo á observarla en nuestra pronunciacion. En el verso suelto ó libre, que los ingleses llaman blanco, permitiendo la rima mayor libertad de enlazar y juntar un renglon con otro, sin que á vezes haya suspension alguna en el sentido, se ha preguntado si para leerlo con propiedad se ha de poner alguna atencion á lo último del renglon. En el teatro, donde se ha de evitar la apariencia de hablar en verso, me parece indubitable que no se ha

de señalar al oido el fin del renglon, como no haya pausa en el sentido. Pero en otras ocasiones será esto impropio: porque ¿cual es el uso de la melodia, ó para que fin ha compuesto en verso el poeta, si al leer los versos suprimimos su número, y los degradamos hasta hacer que vengan á ser prosa pura por nuestra pronunciacion? Debemos, pues, leer el verso suelto de manera que hagamos sensible al oido cada línea. Pero haciéndolo así debemos evitar al mismo tiempo todo tonillo ó sonsonete. El final de la línea, donde no se ha de señalar pausa en el sentido, se ha de denotar, no por el tono que se suele usar al concluir una sentencia; sino solamente, sin dejar caer la voz ni levantarla, por una breve suspension del sonido; de modo que se pueda distinguir la transicion de una línea á otra, sin ofender al sentido. L. XXIX.

Otro género de pausa musical es la que cae acia la mitad del verso, y lo divide en dos hemistiquios; pausa no tan grande como la que pertenece al fin de la línea, pero siempre sensible á un buen oido. Esta, que se llama pausa de cesura, en los versos heroycos franceses cae uniformemente en medio de la línea; en los ingleses y castellanos puede caer despues de la 4ª 5ª 6ª ó 7ª sílaba, y no en otra parte. Cuando el verso está

L. XXIX. construido de manera que la cesura coincide con la pausa mas clara ó con la division del sentido, se puede leer la línea facilmente; como en estos versos de una égloga del Príncipe de Esquilache, hablando del Sol.

„Si el mismo abrasa la piadosa cama
De verde yerba, que hospedó en estío,
Ni olvido tema, ni en su bien espere
Quien vè la yerba que en naciendo muere."

Pero si sucede que por esta pausa de cesura se dividen unas de otras palabras que tienen entre sí tan íntimo y estrecho enlace, que no sufren la menor separacion, experimentamos entonces una especie de lucha entre el sentido y el sonido, que hace dificil leer con gracia semejantes renglones. La regla de buena pronunciacion en tales casos es atender únicamente á la pausa que forma el sentido; y leer la línea conforme á ella. Si se omite la pausa en la cesura, no sonará tal vez la línea tan armoniosamente; pero peor fuera que el sentido se hubiese sacrificado al sonido. Por ejemplo, en estos versos de Garcilaso en su Egloga I.

„De esta manera suelto yo la rienda,
A mi dolor: y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada."

el sentido claramente dicta la pausa despues

de, „A mi dolor", al fin de la cuarta sílaba; L. XXIX.
y lo mismo se debe ejecutar leyendo: aunque si solamente se atendiese á la melodia, „A mi dolor" se habia de juntar con lo que sigue; y no hacer la pausa hasta la sexta sílaba. Asi en este verso de Francisco de Figueroa, Egloga Tirsi

„Mas así va: son estos los misterios
De la diosa cruel."

el oido señala claramente que la pausa de cesura debe caer despues de „son estos" sílaba séptima. Pero estaria muy mal leido haciendo allí la pausa, separando „son estos" y „los misterios"; porque el sentido no admite otra pausa que despues de la circustancia „Mas asi va"; que por lo tanto es la única que se debe hacer leyendo.

Voy á tratar ahora de los tonos en la pronunciacion; los cuales son diferentes del énfasis y de las pausas; y consisten en la modulacion, y las notas ó variaciones de sonido que empleamos en la elocucion pública. Cuánto dependa de ellas la propiedad, la fuerza y la gracia de un discurso, se puede echar de ver por esta sencilla consideracion: á saber, que á casi todos los sentimientos que explicamos, mayormente á todas las conmociones fuertes, ha adaptado la naturaleza un tono peculiar de voz; de tal ma-

L. XXIX. nera que se reirian todos del que dijese que se hallaba angustiado y atormentado, y pronunciase esto en un tono que no correspondiese á semejantes conmociones; y nadie le creeria. Uno de los instrumentos mas poderosos, por cuyo medio llega el discurso á persuadir, es la simpatia. Para esto el orador ha de hacer por infundir en los oyentes los sentimientos que él tiene, y las conmociones que experimenta: lo cual nunca conseguirá si no los profiere de manera que convenza al auditorio de que los tiene y experimenta en realidad. „Todo lo que pasa en el alma del hombre, dice Sheridan en su Arte de leer, se puede reducir á dos clases, que llamo yo ideas y conmociones. Por ideas entiendo todos los pensamientos que nacen y pasan sucesivamente en el ánimo. Por conmociones todos los ejercicios del ánimo, arreglando, combinando y separando sus ideas, como tambien todos los efectos producidos en el mismo por aquellas ideas, desde la agitacion mas violenta de las pasiones hasta los sentimientos mas calmados producidos por la operacion del entendimiento y de la imaginacion. En suma, el pensamiento es el objeto de la una; la sensacion interna el de la otra. Lo que sirve para explicar el primero, llamo lenguage de las ideas; y lo que para la última, lenguage de las conmociones. Los

signos de aquel son las palabras; los de esta los tonos. Sin el uso de estas dos suertes de lenguage es imposible comunicar por el oido todo lo que pasa en el ánimo." Asi el lenguage y la expresion propia de los tonos merecen que se estudien con atencion por el orador, que quiera sacar fruto. L. XX:X.

La regla mas esencial para esto es que se formen los tonos de la locucion pública por los de una conversacion interesante y animada. Podemos observar que todos los hombres cuando estan muy acalorados en algun discurso, cuando estan empeñados en algun asunto que les interesa de cerca, tienen un tono y una manera elocuentes y persuasivos. ¿Que otra razon hay de que seamos á vezes tan frios y poco persuasivos en los discursos públicos, sino que salimos del tono natural de hablar, y nos expresamos de una manera artificiosa y afectada? Es el mayor absurdo imaginar, que asi que uno sube al púlpito, ó se levanta en una junta popular haya de dejar la voz con que habla privadamente, y tomar un tono nuevo y estudiado, una cadencia totalmente extraña á su manera natural. Esto echa á perder toda recitacion: esto ha dado orígen á una monotonia fastidiosa y cansada en varios géneros de elocucion pública, y con especialidad en el púlpito. Los hombres se desvian de la natu-

L. XXIX. raleza; y piensan dar fuerza ó hermosura á sus discursos valiéndose de ciertos tonos de música estudiados, en lugar de las expresiones genuinas del sentimiento, que lleva la voz en un discurso natural. Guárdese todo orador público de cometer semejante desacierto. Sea que hable privadamente ó en un concurso grande, acuérdese siempre de que habla. Siga á la naturaleza: considere cómo nos enseña ella á exprimir un sentimiento, ó afecto de nuestro corazon. Imagine que se ha suscitado entre hombres graves y sabios una conversacion de importancia; y que toma parte en ella. Reflexione segun que manera, y con que tonos é inflexiones de voz se explicaria en ocasion semejante, cuando está mas interesado, y desea que le escuchen atentamente. Lleve consigo estos tonos é inflexiones al foro, al púlpito, y á toda junta popular: sean estos el fundamento de su manera de recitar; y de este modo usará del medio mas seguro para que su recitacion sea tan agradable como persuasiva.

He dicho que estos tonos de la conversacion sean el *fundamento* de la pronunciacion pública: porque en algunas ocasiones la gravedad de la materia pide que se eleve sobre el tono ordinario de la conversacion. En una oracion estudiada, la elevacion del estilo

y la armonia de las sentencias piden casi necesariamente una modulacion de voz mas redondeada que la que admite la conversacion; y que se roce mas con la musical. Esto da nacimiento á lo que se nombra manera declamatoria. Pero aunque este modo de pronunciacion sale mucho de los trámites del discurso ordinario; sin embargo debe de tener siempre por basa el tono natural de una conversacion grave y magestuosa. Se ha de observar al mismo tiempo, que el dejarse llevar constantemente de esta manera declamatoria, no aprovecha ni á la composicion, ni á la buena recitacion; y que por esta indulgencia estan expuestos los oradores públicos á incurrir en aquella uniformidad de tono y de cadencia, de que tanto nos lamentamos: al paso que aquel que forme el tono general de su recitacion por el de la manera de hablar, no es facil que llegue á incurrir jamas en ella: porque dará á los tonos la misma variedad natural, que tienen en la conversacion. A la verdad, para la perfeccion de la recitacion se requiere que el orador posea completamente la manera de hablar con alma y facilidad, y la de declámar con dignidad y con pompa; y que haga uso de estas dos maneras diferentes, segun lo exigen las diversas partes del discurso. Esta es una perfeccion á que llegan pocos oradores: pues la L. XXIX.

L. XXIX. mayor parte no hace mas que arreglarse al estilo de voz que les parece mas bonito, ó al modelo que mas encanta á su imaginacion, adquiriendo por este medio en la pronunciacion un hábito que no podrán variar jamas. Mas la regla principal, que nunca se debe echar en olvido, es copiar los tonos propios para expresar nuestros sentimientos, de los que nos dicta la naturaleza cuando estamos en conversacion con otros; hablar siempre en voz natural; y no formarnos una manera estrafalaria por el absurdo capricho de que es mas bella que otra alguna.

Loquere (decia un autor del siglo XVII, que escribió un tratado en verso del Gesto y de la Voz del orador).

....Loquere; hoc vitium commune, loquatur
Ut nemo; at tensa declamitet omnia voce.
Tu loquere, ut mos est hominum. Boat et latrat ille;
Ille ullulat; rudit hic (fari si talia dignum est);
Non hominem vox ulla sonat ratione loquentem.
Joannes Lucas. de Gestu et Voce, Lib. II. Paris. 1675.

Habla: vicio es comun hablar cual nadie,
Y declamarlo todo en voz aguda.
Habla tú, pues, como acostumbra el hombre.
Ladra aqueste, aquel brama, el otro aulla;
Rebuzna el otro (si decirse puede).
En fin no se oye voz, que en algo indique
Ser hombre el que habla, que en razon se explique.

Resta ahora tratar del gesto, ó de lo que se llama accion en los discursos públicos. Algunas naciones animan en la conversacion sus palabras con muchos mas movimientos de cuerpo que otras. Los franceses y los italianos son en cuanto á esto mas expresivos que nosotros; y nosotros lo somos mas que los ingleses. Pero no hay nacion alguna, ni se encontrará apenas persona tan flemática, que no acompañe sus palabras con algunas acciones y gestos, siempre que esté muy enfervorizada. Por eso es poco natural en un orador público, y es incompatible con el fervor é interes que debe mostrar en todos los negocios de importancia, guardar un exterior tranquilo; y dejarse caer las palabras de la boca, sin una expresion del significado, y sin algun calor en el gesto. L. XXIX.

Para la propiedad de accion la regla fudamental es sin duda la misma que di acerca de la propiedad del tono. Atiéndase á los gestos y miradas con que se expresan mas ventajosamente en el trato humano la compasion, la indignacion, ó cualquiera otro afecto; y ríjase por ellas el orador. Algunas de estas miradas y gestos son comunes á todos los hombres: y hay tambien ciertas particularidades de manera, que distinguen á cada individuo. Un orador público ha de tomar la manera que le sea mas natural.

L. XXIX. Aqui sucede lo que en los tonos. Aunque al orador parezcan mas convenientes y agradables ciertos movimientos y gestos que él se ha formado, no deberá ponerlos en ejecucion en público si no vienen bien con la manera privada que le es natural. Sus gestos y todos sus movimientos han de tener aquel género de expresion, que le haya dictado la naturaleza: y no siendo asi, es imposible, por mucho estudio que haga, que deje de parecer afectado y violento.

Sin embargo, aunque la naturaleza ha de ser el fundamento, soy de parecer que en esta materia pueden tener lugar el estudio y el arte. Muchas personas son por naturaleza desgraciadas en sus movimientos; y esta desgracia puede, á lo menos en parte, reformarse con la aplicacion y el trabajo. En la elocucion pública, el estudio de la accion consiste principalmente en evitar las contorsiones y demas movimientos desagradables, y en ejecutar los que son mas naturales y congruentes al orador. A este fin los que han escrito sobre esta materia aconsejan ejercitarse delante de un espejo; donde pueda uno verse, y juzgar de sus propios gestos. Pero creo que nosotros mismos no seremos siempre buenos jueces en punto á la gracia de nuestros movimientos: y tal vez estará uno declamando mucho tiempo delante de un es-

pejo, sin corregir defecto alguno. Mas que todos los espejos servirá á los principiantes el juicio de un amigo acreditado por su buen gusto. En orden á las reglas particulares concernientes á la accion y á los gestos, Quintiliano nos ha dejado muchísimas en el último capítulo del libro undecimo de sus Instituciones; y los modernos no han hecho en esta parte mas que copiarle. Creo que semejantes reglas, dadas de viva voz ó por escrito, no pueden servir de mucho, si no se ven ejecutadas. L. XXIX.

Con todo aventuro las reflexiones siguientes, por si pueden ser de algun provecho. Cuando habla uno en público, cuide de conservar la posible dignidad en la actitud de todo su cuerpo. Ha de escoger generalmente una postura recta; y mantenerse firme para manejarse en todas sus acciones con total desembarazo. Está en uso inclinarse algo acia adelante, á los oyentes, como por una expresion natural de interes. El semblante ha de corresponder á la naturaleza del discurso; y cuando no se expresa alguna conmocion especial, es mejor un mirar serio y grave. Los ojos nunca han de estar fijos sobre un objeto; sino que han de girar al rededor del auditorio. Lo principal de los gestos al hablar está en el movimiento de las manos. Los antiguos condenaron todo movi-

L. XXIX. miento ejecutado con sola la mano izquierda; pero yo no veo por que han de ser estos siempre impropios; aunque sea mas natural emplear con mas frecuencia la derecha. Las conmociones ardientes piden la accion de las dos manos, correspondiéndose una á otra: pero hágase la accion con una ó con ambas, lo que importa es que los movimientos sean desembarazados. Los duros y enérgicos son desgraciados por lo general: por lo cual los movimientos de las manos han de nacer del hombro, y no del codo. Tambien los movimientos perpendiculares, esto es en linea recta de arriba abajo, que como dice Shakespeare en Hamlet, cortan el ayre con la mano, raras vezes son buenos. Los oblicuos son en general los mas graciosos. Se deben igualmente evitar los muy súbitos y ligeros. Puede la pasion explicarse bien sin ellos. Las reglas de Shakespeare sobre esto son muy juiciosas: „use de todos, dice él, con delicadeza; y en medio del torrente y la tempestad de la pasion, adquiera una templanza, que pueda darle blandura."

Sobre este capítulo añadiré únicamente que para recitar con acierto, se guarde el orador de que se trasluzca aquella agitacion de espíritu, peculiar de los que comienzan á hablar en público. Procure sobre todo estar siempre sobre sí, y ser dueño de sí mis-

mo. Para esto ninguna cosa le valdrá tanto como procurar empeñarse seriamente en la materia; estar poseido de su importancia; y aspirar mucho mas á persuadir que á complacer. Agradará mas por lo regular, si su principal mira no es el agrado. Este es el único medio racional de sobreponerse uno al tímido y bajo respeto del auditorio; que no sirve sino para desconcertar al orador, ya en lo que ha de decir, ya en el modo de decirlo. L. XXIX.

Antes de concluir, amonesto con las mayores veras que el orador huya de toda afectacion, ruina cierta de la buena recitacion. Cualquiera que sea la manera, debe ser propia, no imitada de otro, ni tomada de algun modelo imaginario, que no le sea natural. Como sea nativa, aunque vaya acompañada de algunos defectos, agradará no ostante; porque nos muestra á un hombre, y nos hace ver mejor que le sale del corazon: en lugar de que una recitacion adornada con varias gracias, y bellezas adquiridas, si estas no son faciles y naturales, si descubren rastro de arte y de afectacion, no dejarán de disgustar. Pocos serán los que puedan prometerse una recitacion absolutamente correcta, y perfectamente graciosa: pues que deben concurrir necesariamente á formarla varios talentos naturales. Pero ha-

L. XXIX. brá muchos que consigan una manera vigorosa y persuasiva, que en cuanto al efecto es muy poco inferior; si dejan los malos hábitos, y si procuran seguir á la naturaleza, y cuidan de hablar en público como en particular cuando hablan apasionados y de corazon. Si alguno tiene en la voz ó en el gesto un defecto natural y grosero, hará muy mal en aguardar á reformarlo cuando vaya á hablar en público. Ha de empezar por corregirlo en su manera privada de hablar, para tenerlo ya rectificado cuando llegue á hablar en público. Porque cuando un orador está enfrascado en un discurso público, no puede poner entonces la atencion en la manera, ni pensar en los tonos, ni en los gestos: y si atendiere á ellos, se descubrirá la afectacion y el estudio. Ocupado, pues, y empeñado enteramente en la materia, y en los sentimientos, dejará á la naturaleza, y á los hábitos adquiridos de antemano que le dicten y sugieran la manera de recitar.

LECCION XXX.

De los medios de adelantar en la elocuencia.

He tratado largamente de los diferentes géneros de elocuencia, de la composicion, y de la recitacion de un discurso. Antes de

concluir esta materia no será inutil añadir algo acerca de los medios mas á propósito para adelantar en esta arte, y del estudio mas necesario para conseguirlo. L. XXX.

No es empresa comun ni facil ser orador verdaderamente elegante. A la verdad no es muy dificil componer una arenga florida sobre un lugar comun, y pronunciarle de modo que divierta al auditorio: pero aunque esto sea digno de algun elogio, sin embargo es mucho mas alta la idea, que deseo formen todos de la elocuencia. Esta es el ejercicio mas grande de las facultades del hombre: es el arte de persuadir y convencer; el arte, no de agradar á la imaginacion solamente, sino de hablar al entendimiento y al corazon; de interesar á los oyentes en tanto grado que los llevemos en pos de nosotros, y los dejemos profundamente penetrados de cuanto nos han oido. ¡Cuantos talentos naturales y adquiridos deben concurrir para conseguir la perfeccion de este arte! Una imaginacion fuerte, viva y fogosa; un corazon dotado de una viva sensibilidad; un buen sentido, y una gran presencia de ánimo; todo esto mejorado por una atencion continua al estilo y la composicion, y acompañado tambien de las calidades exteriores, y sin embargo importantes, de una presencia no desagradable, y una voz llena y sonora.

L. XXX. ¡Con cuan poca razon pues nos admiramos de que se encuentre tan rara vez un orador perfecto!

Mas no por esto debemos desesperar de hallarlo: porque de la mediania á la perfeccion hay tanta distancia, que da campo á llenar con honor los lugares intermedios. Es raro y dificil conseguir la perfeccion: pero es ya mucho mérito acercarnos á ella, aunque no podamos conseguirla enteramente. El número de oradores que se pueden contar en la primera clase, es acaso menor que el de los poetas excelentes: pero el estudio de la oratoria tiene sobre el de la poesia la ventaja de que esta no admite mediania.

Mediocribus esse poetis
Non homines, non dii, non concessere columnæ.

No sufren en la dulce poesia
Hombres, dioses, ni postes mediania.

No sucede asi en la elocuencia; porque en ella hay grados que se pueden poseer con dignidad. Ella puede dar varias formas á lo que en su concepto es grande: ya nos lo representa cómo llano y sencillo, ya como elevado y patético; y aquel que no pueda alcanzar á lo último, podrá acaso brillar en lo primero con reputacion y utilidad.

L. XXX.

Cuestion es de poco momento averiguar si la naturaleza ó el arte contribuyen mas á formar un orador. En toda adquisicion la naturaleza es siempre el principal agente. A ella se debe el talento original; y este es el que esparce las primeras semillas: pero es necesario su cultivo para llevarlas á perfeccion. La naturaleza contribuye siempre con alguna cosa; pero siempre quedará mucho que hacer al arte. Ello es cierto que el estudio y el ejercicio son mas necesarios en la oratoria que en la poesia para mejorar el ingenio recibido de la naturaleza. Quiero decir, que aunque la poesia pueda recibir auxilios del arte de la crítica; con todo esto un poeta sin necesidad de él, y con sola la fuerza de su ingenio, es capaz de elevarse mas que un orador, que no haya estudiado las reglas del estilo, de la composicion, y de la recitacion. Homero se formó por sí solo: Demóstenes, y Ciceron se formaron á costa de mucho trabajo, y de muchos auxilios que sacaron del trabajo de otros. Despues de estas observaciones preliminares pasemos á examinar los medios de perfeccionarse en la elocuencia, objeto principal de esta leccion.

El primero en el orden de estos medios es el carácter y la disposicion personal. Para ser orador verdaderamente elocuente y per-

L. XXX. suasivo es indispensabilísimo ser virtuoso. La primera cosa que asentaban los Romanos era: *Non posse oratorem esse nisi bonum virum*, „Que nadie puede ser orador sino el hombre de bien." Causa un placer no pequeño hallar una conexion íntima entre la virtud y la mas noble de las artes liberales; y á mi parecer puede probarse con evidencia, que esta conexion se funda en la verdad y la razon.

En realidad ¿que cosa mas á propósito para persuadir, que la opinion que tenemos de la probidad, del desinteres, candor, y otras buenas calidades de la persona que intenta persuadirnos? Estas dan peso y fuerza á cuanto dice; y añaden nuevas bellezas al discurso: nos disponen á escucharla con atencion y con gusto; y nos interesan sin sentirlo en favor del partido que abraza. Por el contrario, si tenemos alguna sospecha de la mala fe y doblez del orador, y de su corrupcion ó bajeza de ánimo, su elocuencia pierde todo el efecto. Podrá divertir con sus discursos: pero serán mirados estos como un artificio, una maraña, ó un entretenimiento del orador: y bajo este punto de vista, ¿como podrán surtir efecto? Leemos con gusto un libro, cuando hemos formado un juicio favorable de su autor. Pero cuando tenemos delante de los ojos al orador, cuando este

nos habla sobre alguna materia de importancia, la opinion que tenemos de su caracter debe hacer en nosotros mucho mas efecto. L. XXX.

Mas dejando aparte que lo dicho tiene relacion solamente con el carácter de la virtud, y que puede aparentar esta uno que no sea virtuoso en realidad; no puedo menos de observar, que ademas de la nueva fuerza que la verdadera virtud da al caracter personal del orador, contribuye tambien de otras muchas maneras á los adelantamientos en la elocuencia.

En primer lugar, no hay cosa tan eficaz como la virtud para inclinarnos á seguir los estudios honrosos. Esta nos inspirá una emulacion generosa para sobresalir en ellos: nos aficiona al trabajo: deja el espíritu libre y desembarazado de todas las pasiones pecaminosas, y ageno de todo propósito que pudiera poner algun ostáculo á los verdaderos adelantamientos. Quintiliano ha tratado esta materia con mucha exactitud. *Quod si agrorum nimia cura, et sollicitior rei familiaris diligentia, et venandi voluptas, et dati spectaculis dies, multum studiis auferunt, quid putamus facturas cupiditatem, avaritiam, invidiam? Nihil enim est tam occupatum, tam multiforme, tot ac tam variis afectibus concisum, atque laceratum, quam*

L. XXX. *mala ac improba mens. Quis inter hæc, litteris, aut ulli bonæ arti locus? Non hercle magis quam frugibus, in terra sentibus ac rubis occupata.* „Si el cuidado de la hacienda, una solicita atencion á los negocios domésticos, y la inclinacion á la caza, ó algunos dias pasados en la diversion consumen el tiempo que pide el estudio, ¿que no harán la ambicion, la avaricia y la envidia? Un corazon malo y depravado está siempre agitado, dividido en muchas partes, siempre desgarrado por una multitud de pasiones encontradas. En medio de estas distracciones, ¿que lugar ha de haber para cultivar el ingenio, y el estudio de las artes utiles? Ninguno ciertamente mas que el que queda para que crezca el trigo en un campo lleno de abrojos y malezas."

Pero ademas de esta consideracion hay todavia otra de mayor importancia, y á que jamas se atenderá lo bastante; á saber, que los sentimientos mas eficazes para mover los corazones de otros se derivan del principio de una virtud sólida y verdadera. Malo como es el mundo, ninguna cosa tiene un imperio tan grande y universal sobre los ánimos de los hombres como la virtud. Ningun lenguage se entiende tan generalmente, ni tiene tanto influjo como el de los sentimientos honrados y virtuosos. Asi solo aquel que

esté penetrado fuertemente de ellos, podrá L. XXX.
hablar al corazon en su propio lenguage. En todas las materias grandes, en todas ocasiones se encontrará en los sentimientos nobles una dignidad, y una energia, que superando todos los ostáculos, tendrán una fuerza irresistible. Ellos dan al discurso cierto ardor y fuego que rara vez dejan de comunicarse á los oyentes; y que mas que ningunas otras causas dan á la elocuencia aquel poder que se le atribuye de enseñorearse del auditorio, y conducirle adonde quiera. Aqui de nada pueden servir el arte y la imitacion. Ni es posible que un caracter fingido y contrahecho se apodere de este irresistible fuego; y solo el calor nativo y genuino del sentimiento es el que puede comunicar la conmocion á los demas. Por esto vemos que los oradores mas célebres, como Demóstenes y Ciceron, no se distinguieron mas por su elocuencia que por algunas nobles calidades, como el patriotismo, y el zelo por su pais. A estas virtudes debió sin duda su elocuencia mucha parte de los grandes efectos que produjo; y en prueba de esta verdad vemos que son y han sido en todos tiempos mas celebradas aquellas oraciones en que se descubre mas patriotismo y mas zelo.

Ninguna cosa hay por consiguiente mas necesaria para sobresalir en la oratoria subli-

L. XXX. me que el ejercicio de la virtud, y la rectificacion de los sentimientos morales. Si nos faltan estos del todo, ó se hallan amortiguados en nosotros, podemos estar seguros de que cuando se ofrezca hablaremos con menos eficacia y menos fruto. Los sentimientos y las disposiciones que deben cultivarse con particularidad son las siguientes. El amor de la justicia y del orden, y la indignacion contra la insolencia y la opresion; el amor de la probidad y la verdad, y el aborrecimiento del fraude, la mentira y la corrupcion; la magnanimidad de espíritu; el amor del bien de su pais y del público; el zelo por todas las empresas grandes y nobles; y la veneracion de todos los hombres de mérito y virtud. Un temperamento frio y esceptico es en extremo opuesto ó la elocuencia: y no lo es menos cierta disposicion de ánimo que se encuentra en algunos; y que les hace cabilar sobre todo, y complacerse en despreciar lo que es verdaderamente grande, y ridiculizar lo que generalmente es admirado. Con semejantes disposiciones pocos progresos se podrán hacer en ninguna materia, y menos aun en la oratoria. El verdadero orador debe tener pensamientos generosos, sentimientos vivos, y un áuimo siempre dispuesto á admirar todo lo grande y elevado. Junto con estas virtudes heroycas deberia poseer tam-

bien una sensibilidad la mas fuerte y tierna á las injurias, incomodidades y trabajos de sus semejantes; un corazon compasivo y que se acomode facilmente á las circustancias de otros, y sepa ponerse en su lugar. El orador deberia tambien esmerarse en adquirir un fondo de modestia y valentia, que no desdigan la una de la otra. La modestia es un requisito que le es esencial: y con razon se supone que va acompañada siempre del mérito. Por esto en encontrándola en algun sugeto, nos ponemos luego de su parte. Pero la modestia podria degenerar en timidez; y por lo mismo conviene algunas vezes que el orador confie en sus propios talentos; y se revista, no de un ayre de amor propio, sino de la firmeza que inspira el convencimiento en que está de que es verdadero y justo cuanto dice; circustancia que contribuye no poco para que haga impresion en los oyentes. L. XXX.

La segunda calidad moral, que se requiere en el orador, es un buen caudal de conocimientos. Esto es lo que repetian muchas vezes Ciceron y Quintiliano: *Quod omnibus disciplinis et artibus debet esse instructus orator*: „que el orador debe estar instruido en todas las artes y ciencias": y en estas palabras quieren darnos á entender la instruccion en todas las artes liberales, y el estudio

L. XXX. de la filosofia, y la política. Jamas debemos olvidar que

..... Scribendi recte
Sapere est et principium et fons...

el buen sentido, y los conocimientos científicos son el fundamento de hablar y escribir bien. No hay arte que á nadie enseñe á ser elocuente en materias que no conoce á fondo. Si se encontrase algun arte que aspirara á esta gloria, seria solo una charlataneria, semejante á las pretensiones que tenian los antiguos sofistas de enseñar á sus discípulos á sostener el *pro*, y el *contra*; y mereceria con razon el desprecio de los verdaderos sabios. La atencion al estilo, á la composicion y demas artes de la elocuencia puede ayudar al orador á exponer con utilidad el caudal de materiales que posee: pero este caudal y estos materiales no se hallan en la retórica; y es preciso ir á buscarlos á otra parte. El abogado debe tener un cabal conocimiento de las leyes, y estar instruido en cuanto pueda serle util para defender la causa, y convencer al juez. El que haya de hablar desde el púlpito debe aplicarse principalmente al estudio de la teologia, de la religion práctica, de la moral y de la naturaleza humana; para que inteligente en todas estas materias pueda instruir y persuadir á

los que le escuchan. El que pretenda ser miembro del Consejo Supremo de la nacion ó de alguna junta pública debe tomar un conocimiento exacto de los negocios, en que entiende aquel cuerpo. Debe poner la mayor atencion en las fórmulas y procedimientos legales; y estudiar menudamente todos los hechos que hayan de tratarse, y sobre que se haya de deliberar. L. XXX.

Ademas de esta instruccion, que no sale de la esfera de lo que debe saber un orador público, será conveniente si desea sobresalir en la elocuencia, que tenga de todas las artes liberales el conocimiento que le permitan sus indispensables ocupaciones. El estudio de la poesia puede serle util en muchas ocasiones para hermosear el estilo, y sugerirle imágenes vivas y agradables alusiones. El de la historia puede servirle aun mas, presentándole hechos y caracteres ilustres, de que podrá valerse á cada paso. *In primis verò*, dice Quintiliano en en lib. XII cap. 4, *abundare debet orator exemplorum copia, cùm veterum, tùm etiam novorum; adeò ut non modò quæ conscripta sunt historiis, aut sermonibus velut per manus tradita, quæque quotidiè aguntur, debeat nosse; verùm ne ea quidem quæ à clarioribus poetis sunt ficta negligere.* „En primer lugar, el orador debe tener un abundante aco-

L. XXX. pio de exemplos tanto de la antigüedad como de los tiempos modernos; de manera que no solo sepa lo que nos consta por la historia, ó nos ha venido por la tradicion, y cuanto sucede diariamente, sino que ni tampoco deba despreciar las ficciones de los poetas mas esclarecidos." En pocas ocasiones se encontrará el orador público, en que no le sean útiles un gusto bien ejercitado, y una instruccion vasta. En ellos hallará algunas vezes materiales para el mejor adorno, y otras las pruebas mas evidentes. Pero la falta de instruccion, aun en las materias que no pertenecen derechamente á su profesion, le expondrá á mil tropiezos; y dará una gran superioridad á su contrario mejor instruido.

Séame permitido, en tercer lugar, recomendar no solo la adquisicion de los conocimientos útiles, sino una aplicacion habitual y continua al trabajo. Sin ella es imposible sobresalir en cosa alguna. Ni imaginemos que por arte de encantamiento puede llegar á distinguirse un abogado, un predicador, un orador. Una aplicacion pasagera, ó algunos años de estudios interrumpidos despues, no le serán bastantes para conseguir fama en esta arte. No: esta se consigue solamente con un trabajo tan continuo, que llegue á hacerse hábito; y que pueda emplear en cualquiera ocasion. Esta es la ley

constante de la naturaleza: y es necesario tener de sí mismo una idea muy alta para juzgarse excepcion de regla. Ley sabia á la verdad; porque el trabajo es *condimentum* „la mejor sazon" del placer: y sin él se nos haria lánguida la vida. No hay cosa que asi destruya las empresas gloriosas, los gozes reales, vivos y gustosos de esta vida, como aquella situacion del alma que siente cierto decaimiento, efecto de la indolencia y disipacion. El que haya de sobresalir en cualquiera arte, especialmente en la oratoria ó por escrito, deberá estar poseido de un fuerte entusiasmo por aquel arte: entusiasmo que le distinguirá mas que ninguna otra señal; y entusiasmo que acalorando su ánimo con la presencia del objeto, le dispondrá á sentir una dulce complacencia en cualquiera género de trabajo que contemple necesario. Este entusiasmo es el que ha caracterizado á los célebres oradores de la antigüedad; y el que debe distinguir á los modernos, que quieran seguir sus huellas. Este noble entusiasmo es un requisito muy necesario á los que quieran ejercitarse en la oratoria: si en la juventud falta este ardor, en la virilidad es preciso que decaiga miserablemente. L. XXX.

En cuarto lugar, merecen no poca atencion los modelos; los cuales contribuirán sin duda alguna á los adelantamientos del ora-

L. XXX. dor. Todo orador ó escritor debe procurar hacer siempre alguna cosa, que sea verdaderamente suya; que no pueda ser de otro; y que caracterize su composicion y estilo. Una imitacion servil deprime el ingenio; ó, mas bien, manifiesta la falta de él: pero con todo, no hay ingenio tan original, que no pueda aprovecharse, y ayudarse de los buenos ejemplos para perfeccionar su estílo, composicion, y recitacion. Estos siempre nos presentan ideas nuevas: ó á lo menos sirven para extender y corregir las propias. Avivan la serie de pensamientos; y excitan á la emulacion.

Mucho influjo tiene, á la verdad, en la oratoria la buena eleccion de los modelos, cuya imitacion nos proponemos: y suponiendo bien hecha la eleccion, es preciso ademas cuidar de no dejarse seducir, ni admirarlos todos á ciegas; porque *decipit exemplar vitiis imitabile*, „engaña un modelo, cuyos vicios se imitan sin sentirlo." Aun en los mas acabados modelos debemos discernir unas cosas de otras: porque siempre se encuentran algunas que no deben ser imitadas. Por eso debe hacerse un estudio serio en adquirir una idea exacta de las peculiares bellezas, que caracterizan á un escritor ú orador público; y limitarse á imitar estas solamente. Ninguno debe limitarse á seguir servilmen-

te un solo modelo: porque este le arrastrará facilmente á una imitacion defectuosa y afectada. Todo su conato debe ser entresacar de varios autores las ideas mas propias de perfeccion. Ni se debe esperar, que señale en esta obra ejemplos vivos de elocuencia pública: y por lo que toca á los escritores tanto antiguos como modernos, que pueden ser de mucha utilidad para formar la composicion y el estilo, he dicho lo bastante en mis primeras lecciones; y juzgo inútil repetir lo que queda expuesto acerca de sus dotes y defectos. Confieso, que es lástima que en una lengua en que pudiera haber tantos y tan buenos escritos, se encuentren tan pocos modelos de elocuencia pública. Entre los franceses se encuentran muchos mas: Saurin, Bourdaloue, Flechier, y Masillon, con particularidad este último, han sobresalido en la elocuencia del púlpito. Pero el mas nervioso y sublime de todos sus oradores es Bossuet, el famoso obispo de Meaux; y en sus oraciones fúnebres se encuentra el espíritu mas elevado de la oratoria. Crevier, autor de la Retórica francesa, hace de los autores mencionados la siguiente crítica. „Bossuet es grande, pero desigual: Flechier es mas igual, pero menos elevado, y frecuentemente demasiado florido: Bourdaloue es sólido y juicioso, pero desprecia los adornos L. XXX.

L. XXX. ligeros: Masillon es mas rico en imágenes, pero menos fuerte en razonamientos. Yo desearia, pues, que el orador no se contentara con imitar uno solo de estos modelos; sino que procurase reunir en sí sus diferentes prendas." Vol. II, cap. últ. Algunas arengas de Fontenelle leidas en la Academia Francesa son elegantes y agradables: y en el foro los alegatos impresos de Cochin, y D'Agues sau fueron recibidos con el mayor aplauso por los críticos franceses de su tiempo.

Resta hacer una observacion de no poca importancia, relativa á la imitacion del estilo de un autor particular, que se toma por modelo. No debe olvidarse que hay mucha distincion entre el lenguage escrito, y el hablado. Hay á la verdad dos modos diferentes de comunicar las ideas. Un libro, como se escribe para ser leido, necesita de una especie de estilo: y el que pretende hablar en público debe usar de otro. En los libros se exige siempre un estilo correcto y preciso; debe cortarse toda redundancia, y evitarse toda repeticion; y el lenguage ha de ser acabado. Al que pronuncia un discurso puede permitirsele un estilo mas facil y copioso, y menos esclavo de las reglas. Las repeticiones pueden ser frecuentemente necesarias: los paréntesis suelen dar hermosura á la oracion: puede presentarse un mismo pen-

samiento bajo diferentes puntos de vista; L. XXX.
porque se oye una vez sola de boca del orador; y no hay la ventaja, como cuando se lee un libro, de volver atras, y detenerse en lo que no se ha entendido. Por esto el estilo de muchos autores excelentes pareceria árido, afectado y oscuro, si por una servil imitacion lo trasladásemos á una oracion popular. ¡Qué mal dirian, por ejemplo, las sentencias de Saavedra, ó de Mendoza en boca de un orador público! Es verdad que algunos géneros de elocuencia pública, susceptibles de una preparacion mas detenida, y de un estilo mas estudiado, como la elocuencia del púlpito, no dan al orador los mismos ensanches que se conceden al que habla en público en ocasion en que se cree hacerlo de improviso. Pero todavia hay en general una diferencia tan notable entre una composicion que se destina á ser leida solamente y un discurso que se ha de pronunciar; que ella sola deberia bastar para que no cayésemos en una imitacion servil y poco juiciosa.

Hay autores, cuyo modo de escribir se acerca mas que el de otros al modo de hablar; y quienes por consiguiente pueden ser imitados con mayor confianza. De este número son entre los ingleses Swift, y Bolingbroke. El Dean en todos sus escritos observa

L. XXX. el estilo facil y natural del que habla sin afectacion juntamente con la mayor correccion; como que esta es una de sus prendas sobresalientes. El estilo de Bolingbroke es mas espléndido, y mas declamatorio que el del Dean; pero con todo, es estilo de uno que habla, ó mas bien que arenga. A la verdad todas sus obras políticas mas bien parecen discursos para pronunciarse en una concurrencia, que no composiciones escritas para que otros las lean en su gabinete: pues tienen toda la abundancia, el calor, y las repeticiones, que pueden permitirse, y aun parecen bien en boca de un orador, y quizá tambien en la pluma de un escritor. ¡Que lástima que, como ya hemos observado, las materias de que trata sean tan triviales, ó tan falsas! pues se podrian sacar grandes ventajas del estilo y modo con que las trata. Entre estos autores se debe contar á Cervantes; y aun mas al V. Granada, á quien deberá estudiar el que trate de formarse para hablar en público: asi como deberá estudiar á Saavedra y á Solis el que haya de escribir para ser leido; pues en unos y otros, si no se pierden de vista sus defectos ya apuntados, hallará el juicioso observador el caracter de estilo y lenguage que le conviene seguir.

En quinto lugar, ademas de la atencion á los mejores modelos, debe tambien el jo-

ven orador proponerse, como un medio de adelantar en el estudio de la oratoria, el continuo ejercicio tanto en componer como en hablar. La especie de composicion mas util es sin duda la que dice una relacion mas cercana con la profesion, á que uno se ha aplicado. Esta máxima no debe jamas perderse de vista; porque se sacará mucho fruto de su observancia: pero al mismo tiempo tengamos cuidado de no entregarnos demasiado á componer con negligencia en un mismo género. El que aspira á escribir ó á hablar con estilo correcto ha de procurar hacerlo con propiedad, aun en las mas triviales composiciones; y ha de poner mucho cuidado aun al escribir una carta. No quiero decir, que jamas ha de escribir ó hablar una palabra que no sea con un estilo muy limado, y de mucho artificio; porque esto lo haria seco y afectado, defecto mil vezes peor que la mayor negligencia. Pero debe tenerse presente tambien, que cada materia tiene su estilo propio, y que le conviene exclusivamente; y que lo contrario seria un defecto grosero. El estilo conveniente á la materia que se trata es frecuentemente el mas facil; y por lo mismo parece el mas negligente: mas para poseerlo es necesario mucho gusto, y atencion. Cuando hayamos adquirido ya una idea exacta de él, deberemos tenerla L. XXX.

L. XXX. siempre presente; y gobernarnos por ella en todo lo que hablemos ó escribamos.

A los que estudian alguna profesion se ha recomendado siempre que se ejerciten en hablar; á fin de que se adiestren para cuando hayan de hacerlo en público. Las concurrencias formadas con este fin son unos institutos muy dignos de alabanza: y si estuvieran bien arregladas, podrian sacarse de ellas grandes utilidades; porque contribuirian mucho al adelantamiento dando ocasion á indagaciones pertenecientes á las materias, que son el cimiento de la discusion; producirian la emulacion; y acostumbrarian poco á poco á los jovenes, que las frecuentan, á familiarizarse con las juntas públicas. Les enseñarian tambien á conocer sus propias fuerzas, y á adquirir cierto dominio sobre sí mismos al tiempo de hablar: y (lo que es mas de estimar) les prestarian cierta facilidad y afluencia de expresion; y les ayudarian á adquirir aquella abundancia de palabras, *copia verborum*, que no puede adquirirse sin el continuo ejercicio en hablar.

Mas por las concurrencias de que estoy hablando entiendo las juntas académicas, en que un número decente de profesores, gobernados por un mismo espíritu, y aplicados á una misma ciencia, se congregan á fin de prepararse en ellas á explicar en público

las materias que despues les han de caer en suerte. Por lo que hace á las otras concurrencias en donde se juntan hombres y mugeres, sabios é ignorantes, profesores de una y de muchas artes, y en las que ninguno de ellos tiene otro objeto que hacer alarde de sus talentos, son unos establecimientos no solo inutiles, sino tambien perjudiciales: porque pueden venir á parar en ser unos seminarios de corrupcion, libertinage y extravagancias; donde los que empleando el tiempo de otra manera podrian ser miembros utiles de la sociedad, son arrastrados á planes quiméricos de hacer figura en ciertas materias, que los distraen de sus propias ocupaciones, y los alejan mucho del método de vida que les conviene. L. XXX.

Igualmente las academias, que los aficionados á la oratoria forman para ejercitarse en ella, necesitan dirigirse bien para que puedan ser utiles. Si no saben elegir las materias sobre que han de discurrir; si los lugares comunes son extravagantes, ó indecentes; si se entregan libremente á una declamacion desordenada y agena del buen sentido; y si se acostumbran á hablar sobre cualquiera asunto con descaro, y sin la preparacion conveniente; estemos seguros de que no aprenderán en ellas mas que desvergüenza, defectos y vicios. De consiguiente lo

L. XXX. primero que debo advertir á los que establezcan semejantes concurrencias es que pongan mucho cuidado en la eleccion de las materias: porque estas deben ser utiles, magestuosas, y formadas sobre lo que han estudiado, ó sobre lo que diga relacion con la moral, el gusto y los negocios de la vida civil. Debo advertirles en segundo lugar, que sean moderados en hablar; que no hablen con mucha frecuencia, ni de cosas que ignoran, ó no entienden bien; y que hablen solamente cuando hayan recogido los materiales mas á propósito para su discurso, y digerido y pensado bien la materia que han de tratar. En tercer lugar, que cuando hayan de hablar, sea con juicio y aspirando á persuadir; sin desmandarse á hacer ostentacion de su elocuencia: para lo cual juzgo necesario repetir, en cuarto lugar, la advertencia que hice en mi primera leccion: á saber, que elijan aquel punto de vista á que se ven mas inclinados, por creerlo el verdadero; y que lo defiendan con las pruebas que les parezcan mas sólidas. Con estos medios irán adquiriendo poco á poco el mejor método para hablar con estilo varonil, correcto, y persuasivo.

Solo resta ahora averiguar de que provecho podrá ser el estudio de los escritores críticos y retóricos para adelantar en la elo-

cuencia. A la verdad no se han de mirar con desprecio: pero tampoco me atreveré á decir que deba esperarse mucho de su lectura. De las razones que antes expusimos se infiere, que es preciso acudir principalmente á los antiguos para hallar escritores que de intento hayan tratado de la elocuencia popular. En nuestros tiempos apenas se ha estudiado esta como arte; ni tiene el poderoso influjo, que tuvo en los estados democráticos; y por consiguiente no se ha cultivado con tanto esmero. Aunque entre los modernos se encuentran algunos que han escrito con sana crítica en todo género de literatura; son muy pocos los que se han ocupado en tratar de la elocuencia ó discursos públicos: y lo mas precioso que tenemos en este género, es por la mayor parte lo que se ha tomado de los antiguos. Un escritor como Juan Gerardo Vosio, que en un volumen indigesto ha aglomerado todas las trivialidades y cosas útiles de los autores griegos y romanos, basta él solo para disgustarnos del estudio de la elocuencia. Los franceses han cultivado mas este género, que los ingleses y los españoles. Ya hicimos honrosa mencion de los escritos sobre la elocuencia del arzobispo de Cambray. Rollin, Batteux, Crevier, Gibert, y algunos otros críticos franceses han escrito tambien sobre la oratoria: L. XXX.

L. XXX. pero aunque pueden ser utiles algunos de estos, ninguno lo es tanto que merezca una recomendacion particular.

No nos queda pues en esta parte otro medio que recurrir á los escritores antiguos; y es muy reprensible que no esten versados en su lectura aquellos que por su profesion estan precisados á hablar en público. Los retóricos antiguos tienen, á la verdad, el defecto de ser muy sistemáticos, y de querer reducir la retórica á un arte perfecto y completo, capaz de abastecer de materiales en todos asuntos; por manera que al leerlos creeria cualquiera que se proponen formar por reglas un orador, de la misma manera que se forma un carpintero: mientras que todo lo que puede hacerse en este punto es contribuir á formar el gusto, y señalar al ingenio el sendero que debe seguir.

Aristóteles asentó los cimientos de cuanto se ha dicho despues sobre esta materia. Aquel asombroso y vasto ingenio que hace honor á la naturaleza humana, y que derramó su luzes por tan diferentes ciencias, examinó tambien con la mayor penetracion los principios de la retórica. Aristóteles fué el primero que la arrancó de las manos de los sofistas; é hizo de ella un arte fundado en los razonamientos y el buen sentido. Algunas de las cosas mas profundas que se han

escrito sobre las pasiones y maneras de los hombres, se hallan en su tratado sobre la retórica; aunque en él, como en las demas obras de este autor, su demasiada concision le hace á vezes oscuro. Los retóricos griegos, que sucedieron á Aristóteles, y que por la mayor parte no han llegado á nuestros dias, adelantaron aun mas que él. Dos nos restan todavia; que son Demétrio Faléreo, y Dionisio de Halicarnaso: uno y otro escribieron sobre la estructura de las sentencias; y merecen ser leidos; pero con especialidad Dionisio, crítico muy exacto y juicioso. L. XXX.

Apenas es necesario recomendar los tratados retóricos de Ciceron: pues á nadie puede ocultarse la atencion que merece cualquiera cosa, que en materia de elocuencia nos venga de este grande orador. Su obra mas apreciable en esta parte es el tratado *del Orador*, dividido en tres libros. Ninguna de las obras de Ciceron está mas acabada: el diálogo es ameno: los caracteres estan bien sostenidos: y la conducta del todo es hermosa y agradable. Es verdad que está lleno de digresiones; y que las reglas y observaciones, que contiene, á vezes parecen demasiado vagas y generales. Pero, con todo, pueden sacarse de su estudio grandes ventajas: y no es la menor de todas apren-

L. XXX. der la idea que Ciceron tenia de la elocuencia. Su *Orador* dirigido á *M. Bruto* es tambien de mucho mérito: y en general en todas las obras retóricas de Ciceron se descubren las ideas mas grandes y sublimes de la elocuencia; y las mas á propósito para formar tanto un gusto sólido, cuanto aquel entusiasmo por este arte, que tanto influye para sobresalir en él.

Pero de todos los escritores antiguos, que han tratado de la oratoria, el mas instructivo y el mas util es Quintiliano. Pocos libros conozco, que abunden mas de buen sentido, y que descubran un gusto mas sólido y delicado que las Instituciones de Quintiliano. En ellas se encuentran casi todos los principios de buena crítica. Este escritor, uno de los mas elocuentes de la antigüedad, logró reducir á un orden excelente todas las ideas que los antiguos tenian relativas á la retórica. Y aunque en algunas partes de su obra se observe demasiado un sistema técnico y artificial, que era entonces de moda; y que por esta razon su lectura se haga árida y fastidiosa; mi dictamen es que ninguna parte de toda ella debe dejar de leerse. Los términos técnicos de que usa pueden ser de alguna utilidad á los abogados en la defensa de sus causas. Entre los que se han aplicado al estudio de la oratoria, apenas se ha-

llará hombre alguno dotado de un juicio mas sólido y perspicaz que Quintiliano. L. XXX.

LECCION XXXI.

Mérito comparativo de los antiguos y modernos. Historia.

Concluí ya la parte de mis lecciones relativa á la oratoria ó elocuencia pública. Réstame ahora considerar los géneros mas señalados de composicion, tanto en prosa como en verso; y manifestar los principios de crítica, por los cuales deben examinarse. En esta parte podria dilatarme facilmente: pero conozco, que las discusiones críticas, cuando se llevan al cabo, llegan á ser triviales, y empalagosas. Por lo mismo procuraré evitar toda prolijidad que no sea necesaria, sin omitir cosa alguna esencial en este punto.

En adelante seguiré el método que hasta aqui, por ser el que hace á estas lecciones dignas de alguna atencion: quiero decir, que expondré libremente mi parecer sobre cualquiera asunto; no haciendo aprecio de la autoridad, sino en cuanto se funda en el buen sentido y la razon. En las anteriores lecciones manifesté los primores que se encuentran en los autores clásicos antiguos; y noté al paso

L. XXXI. mismo sus defectos. En esta parte de mi obra se me ofrecerán ocasiones de hacer lo mismo, cuando haya de tratar de sus escritos en los capítulos correspondientes. Pero antes de pasar mas adelante no será inoportuno apuntar algunas observaciones sobre el mérito comparativo de los antiguos y modernos; á fin de que podamos asegurar con algun fundamento en qué estriba la deferencia que generalmente se les tiene. Estas observaciones son tanto mas necesarias, cuanto recaen sobre una materia que ha dado origen á una cuestion muy agitada en la república de las letras; y pueden hacerse con propiedad en este lugar; porque servirán para dar luz en algunas cosas, que diré despues, sobre los diferentes géneros de composicion.

Es un fenómeno digno de notarse, y que ha llamado frecuentemente la atencion de los curiosos, haberse observado que á un tiempo ha aparecido un gran número de escritores y artistas, célebres generalmente por sus talentos. En algunas épocas apenas se ha contado alguno: mientras que en otras parece que la naturaleza ha hecho un esfuerzo extraordinario, y producido ingenios célebres con fertilidad y profusion. Se pueden señalar algunas causas de esto. Bien obvias son algunas de las causas morales; tales como las circustancias favorables del gobierno,

y de las maneras; la proteccion de los hombres grandes; y la emulacion. Mas como estas causas morales no se han tenido por suficientes para producir este efecto, se ha recurrido á las causas físicas: y el abate Du-Bos, en sus Reflexiones sobre la Poesia y la Pintura, recogió una porcion de observaciones acerca del influjo que sobre el ingenio tienen el ayre, el clima, y otras causas naturales. Pero sean cualesquiera las causas, el hecho cierto es, que hay algunas épocas mucho mas señaladas que otras en obras de ingenio. L. XXXI.

Los sabios distinguen cuatro de estas afortunadas épocas. La primera es la época de los griegos, que comenzó cerca de la guerra del Peloponeso, y alcanza hasta el tiempo de Alejandro el grande; en la cual florecieron Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Sócrates, Platon, Aristóteles, Demóstenes, Esquines, Lísias, Isócrates, Píndaro, Esquilo, Eurípides, Sófocles, Aristófanes, Menandro, Anacreonte, Teócrito, Lisipo, Apeles, Fídias, y Praxiteles. La segunda es la de los romanos; que comprende todo el tiempo desde Julio César hasta Augusto; y que nos presenta á Catulo, Lucrecio, Terencio, Virgilio, Horácio, Tibulo, Propércio, Ovídio, Fedro, César, Ciceron, Tito-Livio, Salústio, Varron, y Vitrúvio. La

L. XXXI. tercera es la de la restauracion de las letras bajo los Papas Julio II y Leon X; en que florecieron Ariosto, Tasso, Sanázaro, Vida, Maquiavelo, Guicciardini, Dávila, Erasmo, Pablo Jovio, Miguel Angel, Rafael, y Ticiano: y la cuarta contiene los reynados de Luis XIV, y la Reyna Ana; en que sobresalieron en Francia Corneille, Racine, el Cardenal de Retz, Moliere, Boileau, la Fontaine, Juan Bautista Rousseau, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Pascal, Malebranche, Massillon, la Bruyere, Fontenelle, Vertot; en Inglaterra Dryden, Pope, Addison, Prior, Swift, Parnell, Congreve, Otway, Young, Rowe, Atterbury, Shatfsbury, Bollingbroke, Tillotson, Temple, Boyle, Locke, Newton, y Clarcke; y en España Garcilaso, Herrera, el Brocense, Fr. Luis de Leon, Rioja, Góngora, y Cervantes.

Cuando hablamos del mérito comparativo de los antiguos y modernos, entendemos generalmente por antiguos todos los que florecieron en las dos primeras épocas, comprendiendo tambien uno ú dos que florecieron antes, v. g. Homero: y por modernos los que han sobresalido en las dos últimas, con inclusion de los célebres autores que hemos tenido hasta nuestros dias. Una comparacion entre estas dos clases de escritores seria por necesidad vaga é incierta: porque

comprenden tantos, y de tan diferentes es- L. XXXI.
pecies y grados de ingenio. Pero el medio, que para evitar este inconveniente adoptaron los que anteriormente hicieron este trabajo, fué elegir por punto de comparacion dos ó tres de los mas famosos de cada una de estas clases. Esta cuestion fué controvertida en Francia con mucho calor entre Boileau y mad. Dacier de una parte por los antiguos, y de otra por Perrault y la Motte por los modernos, dando ya en el extremo unos y otros. En el dia advertimos tambien, que todos los hombres de gusto se inclinan á uno ú á otro de estos dos partidos: y creemos que unas pocas reflexiones serán bastantes para ilustrar á los lectores sobre esta materia, y para ponerlos en estado de discernir los fundamentos que nos asisten para afianzar nuestro juicio.

Si en el dia tomase uno á su cargo desacreditar á los clásicos de la antigüedad; si pretendiese haber llegado á descubrir, que Homero y Virgilio son poetas de poco mérito; y que ni Demóstenes, ni Ciceron fueron grandes oradores; nos atreveriamos á decirle, que es muy tarde para hacer este descubrimiento. La reputacion de estos autores estriba en fundamentos muy sólidos para que puedan destruirla ningunos raciocinios; á saber, en el gusto universal de los hombres,

L. XXXI. acrisolado por la prueba de muchos siglos. Bien podrán notarse algunas imperfecciones en sus obras, ó mostrarse algunos lugares defectuosos: porque ¿que obra del todo perfecta han hecho los hombres todavia? Pero si alguno pretendiese desacreditar en general las de aquellos, ó probar que se grangearon sin motivo la reputacion en que se les tiene, al instante se ofrece contra esto un argumento que equivale á una demostracion completa. Es preciso que esté equivocado el que afirme esto: porque todo el género humano es de opinion contraria. En materias de gusto, como la poesia y oratoria, ¿á que jueces apelaremos? ¿Que modelos se han de tener presentes? y ¿donde encontraremos la autoridad de una decision suprema, sino en aquellos sentimientos que despues del mejor examen se ve que han llegado á ser los sentimientos de todos los hombres en general? Estos han sido consultados completamente sobre este punto. Se ha apelado al tribunal despreocupado del público por espacio de muchos siglos, y en medio de las naciones mas civilizadas: este ha pronunciado la sentencia á favor de aquellos autores; y de este tribunal ya no hay apelacion.

En materias de mero razonamiento puede suceder, que el mundo esté largo tiempo en un error; del que podrá sacársele procu-

rando convencerle con razones mas poderosas: porque lo que depende de los conocimientos y materias de hecho, puede recibir alteracion á proporcion que se extienden las ciencias y los conocimientos, y se ilustran nuevamente las materias de hecho. Aun por esto un sistema de filosofia no tiene mas recomendacion, porque cuente muchos años de antigüedad: pues debemos suponer con algun fundamento, que cuantos mas siglos van pasando, los hombres han debido hacerse, si no mas sabios, á lo menos mas inteligentes: y suponiendo dudoso cual de los dos fué mayor ingenio, Aristóteles ó Newton, no podrá menos de confesarse, que se debe preferir la filosofia del segundo; porque en su tiempo se habian hecho descubrimientos ignorados en tiempo de Aristóteles. Pero nada de esto es aplicable á las obras de gusto; las cuales no dependen de los progresos de los conocimientos y las ciencias, sino meramente del sentimiento. En vano pues se intentaria desengañar al género humano de los errores cometidos en este punto, como en materia de filosofia: porque el sentimiento universal del género humano es por lo mismo un sentimiento natural, y de consiguiente recto. La reputacion que han adquirido la Ilíada y la Eneida estriba en este fundamento seguro: porque jamas se ha duda- L. XXXI.

L. XXXI. do de su mérito: aunque cada uno es dueño de entrar en examen acerca de la filosofia de Aristóteles ó de Platon.

Tambien es inútil alegar, que los poetas y oradores antiguos deben su fama á la autoridad y pedanteria, ó á las preocupaciones de la educacion que pasan de edad en edad. Es verdad que estos autores son los primeros que se nos ponen en las manos en las aulas y en los colegios; y que por esta razon podriamos preocuparnos en su favor. Pero ¿cómo llegaron á ganar la posesion, en que estan, de los colegios y de las aulas? Ciertamente que no se descubre otra razon, sino porque tuvieron nombre entre sus mismos contemporáneos: pues las lenguas griega y latina no han sido en todos tiempos lenguas muertas. Hubo un tiempo en que Homero, Virgilio y Horacio eran mirados con el mismo aprecio, con que miramos hoy á Dryden, Pope, Adison, Herrera, y Garcilaso. Ni unos ni otros deben su fama á los comentadores ni á las universidades. Ellos la han adquirido por su talento: y sus obras se ponen en manos de los estudiantes en fuerza de la grande admiracion que les tributaron los juezes mas imparciales de su pais. Por la sátira séptima de Juvenal, que vivió bajo el imperio de Domiciano, vemos que en su tiempo se recomendaba á la juventud la lec-

tura de estos autores, de la misma manera que en el dia. L. XXXI.

De este principio general, de la gran celebridad que en tiempos tan remotos adquirieron estos autores, y que ha sido tan duradera, y tan universal entre las naciones mas cultas, podemos inferir sin rezelo; que su reputacion no puede ser del todo injusta; y que estriba en el sólido fundamento del mérito de sus escritos.

Con todo esto guardémonos de mirar en todo á los antiguos con una veneracion ciega. He descubierto el principio general, que debe guiarnos para proseguir la comparacion entre los antiguos y modernos. Lo cierto es, que sea cualquiera la superioridad de ingenio que sobresalga en los primeros; con todo esto no pueden menos de llevarles ventaja los segundos en todas las artes, en que los progresos naturales en los conocimientos han debido producir efectos considerables. El mundo puede ser mirado en cierto modo como una persona, á quien la experiencia no puede menos de enseñarle cada dia cosas nuevas. Confieso que no han sido sus adelantamientos á proporcion de los siglos que han pasado: porque durante un largo discurso de años, parece que el ingenio ha estado en un profundo letargo. Pero luego que ha salido de él, ha sabido aprovecharse mas ó me-

L. XXXI. nos de los anteriores descubrimientos: y de cuando en cuando se han levantado algunos talentos felizes; que, ó han adelantado en los descubrimientos ya hechos, ó han inventado cosas nuevas. Con la proporcion de un buen surtido de materiales un hombre de poco talento puede hacer progresos, que no hará otro de un talento superior si carece de ellos.

Por esta razon en cuanto pertenece á la filosofia natural, á la astronomia, química, y otras ciencias que dependen de los descubrimientos que se han ido haciendo, y de observaciones de hecho, los filósofos modernos llevan á los antiguos una ventaja que no puede ponerse en duda. Tambien me inclino á creer, que en materias de puro razonamiento se halla á vezes mas precision en los modernos, que en los antiguos: lo que quizá se debe al mayor comercio literario; con el cual han mejorado y aguzado los hombres sus potencias. Tampoco será aventurado el decir, que gozamos de una superioridad respecto de los antiguos en algunos estudios relativos al gusto y la finura en escribir; lo cual es nuestro objeto. Sírvanos de ejemplo la historia. En el dia varias naciones europeas tienen muchos mas conocimientos en política, que tuvieron la antigua Grecia y Roma. Nosotros tenemos mejores ideas de la

naturaleza del gobierno; por lo mismo que hemos visto sus variedades y revoluciones. El mundo está mas ilustrado que en los primeros tiempos; el comercio se ha aumentado; se han civilizado muchos paises; la comunicacion se ha hecho mas facil por medio de los correos establecidos en todas partes: y por consiguiente son hoy mayores los conocimientos que dependen de los hechos. Todas estas ventajas logran los historiadores; los cuales, segun mostraré despues, se han aprovechado de ellas en parte. De la misma manera en los géneros mas complicados de la poesia, hemos ganado tal vez algo en punto de regularidad y exactitud. En las composiciones dramáticas, en que poseemos excelentes modelos de los autores antiguos, tambien podemos decir que les llevamos alguna ventaja en la variedad de caracteres, modo de conducir la fábula, y mayor observancia de la verosimilitud y del decoro. L. XXXI.

Estas son, á mi parecer, las principales ventajas que podemos alegar los modernos sobre los antiguos: ventajas no tan grandes como pudieran juzgar algunos á primera vista; porque si ponemos á un lado de la balanza la fuerza del ingenio, á lo menos en las obras de gusto, no dudamos que pesará esta mas que todas las ventajas artificiales que dependen de la mayor experiencia y

L. XXXI. exactitud. Y volviendo á nuestra comparacion de las épocas del mundo con las del hombre, podemos asegurar con bastante fundamento, que si en las últimas épocas se ha adelantado en ciencia y en gusto, advertimos en las primeras mas vigor, mas fuego, mas entusiasmo en el ingenio. He aqui pues lo que forma la diferencia característica entre los poetas, oradores, é historiadores antiguos y modernos. En los primeros encontramos ideas mas elevadas, mayor sencillez, y un entusiasmo mas original; y en los segundos mucho mas arte y correccion, pero menos energia en las obras de ingenio. Mas aunque lo dicho sea bastante para formar en general una diferencia entre los antiguos y modernos, no deja de haber algunas excepciones; porque en cuanto á entusiasmo poético é ingenio original Shakespeare, Milton, y Cervantes no ceden á ninguno de los antiguos.

Conviene tambien observar, que los autores antiguos se hallaron en circustancias que favorecian mucho los esfuerzos singulares del ingenio, que descubrimos en sus obras. La erudicion era menos comun que ahora, y mas dificil de conseguir. Los que por este medio procuraban distinguirse de los demas, no tenian colegios ni universidades en que estudiar. Para hacer algunos pro-

gresos se vieron en la precision de hacer viages al Egipto, y á los paises del Oriente: y aquí es donde encontraron monumentos, que sirvieron para instruirlos. En estas remotas tierras consultaban á los sacerdotes, á los filósofos, á los poetas, y á todos los que habian adquirido fama de sabios. Despues de esto volvian á su pais con noticia de los descubrimientos hechos, y prendados de los objetos nuevos y poco comunes que habian visto. Es verdad que hacian estos progresos á costa de mucho trabajo: pero tambien es cierto, que este mismo trabajo era causa del entusiasmo que los animaba; y que por él debian esperar mayores recompensas y honores que en el dia. Tenian menos medios y oportunidades que ahora para sobresalir entre los demas: pero el que lo conseguia estaba seguro de adquirir aquella fama y veneracion, que entre todas las recompensas es el mayor estímulo del ingenio. Herodoto leyó su historia á toda la Grecia junta en los juegos olímpicos; y tuvo la gloria de ser coronado públicamente. En la guerra del Peloponeso, cuando fué derrotada la armada de los atenienses en Sicilia, y se mandó pasar á cuchillo á los prisioneros, se les perdonó la vida á los que recitaban algunos versos de Eurípides en honor de este célebre poeta, ciudadano de Atenas. Estos son verda- L. XXXI.

L. XXXI. deros testimonios de recompensas públicas, superiores sin comparacion á cuantos pueden darse en el dia, atendidas las costumbres modernas.

En nuestros tiempos un buen escrito no pasa por obra muy dificil, ni muy grande, ni meritoria.

Scribimus indocti doctique poemata passim.
Que doctos é ignorantes
Escribimos ya versos á destajo.

Ahora escribimos con mas afluencia que los antiguos, y con toda comodidad. Ya no hay tanto empeño en sobresalir: ya se requiére menos ingenio y esfuerzo; porque tenemos mas auxilios. La imprenta ha hecho comunes y de facil adquisicion todos los libros: y sin mucho trabajo se puede adquirir la competente instruccion en cualquier ramo de conocimientos. Por esta razon se encuentran por todas partes talentos medianos: pero es dado á pocos pasar de alli, y llegar á la cumbre. La multitud de auxilios que tenemos para todo género de composicion, lejos de favorecer los esfuerzos naturales del ingenio, los deprime segun la opinion del caballero Guillermo Temple, juez imparcial en esta materia. „Es muy probable, dice este ingenioso autor en su Ensayo sobre los antiguos y modernos, que los hombres

pierden en vez de ganar con estos medios, L. XXXI.
que debilitan su ingenio formándose por el de otros; y que dejan de adquirir muchos conocimientos, que hubieran sido originalmente suyos, por contentarse con saber los de otros que les han precedido. Asi aquel que se limita á copiar, jamas será poeta: como jamas será rico un pueblo, que confia mas en la caridad de otros que en su propia industria." „¿Y quién puede asegurar, prosigue, que la erudicion no debilita aun la invencion en un hombre, á quien la naturaleza ha dotado de grandes talentos? ¿Y que el peso y la multitud de ideas y pensamientos de tantos otros no apaguen los nuestros, de la misma manera que una gran porcion de leña apaga una chispa que hubiera llegado á ser un gran fuego? La fuerza del ánimo, igualmente que la del cuerpo, se aumenta mas con el calor del ejercicio, que con el de la ropa: y si este calor extraño es excesivo, hace á los hombres lánguidos; y debilita su constitucion."

Sea cualquiera la causa de esto, lo cierto es, que para encontrar modelos excelentes en casi todos los géneros de composicion es preciso que recurramos á algunos de los escritores antiguos: y al contrario, si queremos ideas mas exactas y mas completas en algunas partes de la filosofia, las hallaremos

L. XXXI. principalmente en los modernos. Estos pueden darnos excelentes muestras de escritos correctos y acabados en algunas obras de gusto. Pero en cuanto á ingenio y originalidad, á desempeño magistral, alma y elevacion, tenemos que tomar de los antiguos las mejores y mas felizes ideas. En la poesia épica, por ejemplo, no tenemos hasta el dia quien pueda compararse con Homero y Virgilio. No encontramos tampoco oradores semejantes á Demóstenes y Ciceron: y en cuanto á la historia, á pesar de algunos defectos que antes insinuamos por lo tocante á los planes de los antiguos, puede afirmarse con seguridad que no tenemos hoy una narracion histórica tan elegante, tan pintoresca, tan animada, ni tan interesante como las de Herodoto, Jenofonte, Tucídides, Lívio, Tácito, y Salústio. El modo de conducir un drama ha podido mejorarse alguna cosa; mas por lo que hace á la poesia, y al sentimiento no tenemos quien iguale á Sófocles, y á Eurípides; ni un diálogo en la comedia que llegue á la sencillez correcta, graciosa y elegante del de Terencio. En vano buscaremos elegias amorosas como las de Tibulo, ni pastorales como las de Teócrito: y en la poesia lírica ninguno hay que merezca compararse con Horacio. El nombre de este gran poeta no puede recordarse sin

un elogio particular. Aquella „felizidad cu- L. XXXI.
riosa" que ha notado Petronio en su expresion; la dulzura, la elegancia y el fuego de muchas de sus odas; el grande conocimiento del mundo, los excelentes sentimientos, el estilo natural y facil que distingue sus sátiras y epístolas; todo contribuye á hacerle uno de aquellos pocos autores que se leen siempre sin fastidio: y el cual, aun á falta de otros, nos haria concebir la idea mas elevada del gusto y del ingenio de la edad de Augusto. Por esta razon siendo mi fin principal formar el gusto, y fomentar el ingenio de mis lectores, no puedo menos de recomendarles muy de veras el continuo estudio de los clásicos antiguos, tanto griegos como romanos:

Nocturna versate manu, versate diurna.
Leedlos dia y noche.

Sin un conocimiento mas que mediano de sus obras nadie podrá pasar por hombre instruido y de gusto: pues se priva de muchos auxilios para escribir y hablar bien: y con razon debe sospechar de sí cualquiera, y aun creer que tiene un gusto muy depravado, si siente poco ó ningun placer en la lectura de aquellas obras, que en todos tiempos han sido la admiracion de todas las naciones; porque estoy firmemente persuadido de que

L. XXXI. predomina el buen ó mal gusto de una nacion á proporcion que se aprecia ó se desestima el estudio de los autores antiguos; y que solamente los ignorantes ó superficiales son capazes de despreciarlos.

Guardémonos empero de confundir el profundo respeto que merecen justamente los escritores clásicos antiguos con el desprecio de todo lo moderno, y con aquella ciega veneracion de todas las obras escritas en griego ó en latin; que es lo que hacen los pedantes. Entre los escritores griegos y romanos hay unos mas dignos de nuestra estimacion que otros; y algunos tambien que tienen poco mérito. Aun los mas excelentes no dejan de tener defectos ó lunares dignos de censura: porque á ninguna obra humana es dado ser absolutamente perfecta. Podemos pues, ó por mejor decir, debemos leerlos con circunspeccion, cuando tratemos de imitar sus bellezas: pues es muy compatible con las reglas de la verdadera crítica encontrar defectos en las partes, aunque sea admirable el todo.

Hechas estas reflexiones sobre los antiguos y modernos, pasaré al exámen crítico de los géneros mas distinguidos, y del caracter de los escritores que mas han sobresálido en ellos, tanto antiguos como modernos.

L. XXXI.

La division mas general de los diferentes géneros de composicion es, que unos estan escritos en prosa, otros en verso. Pidiendo ser examinados con separacion, por estar sujetos á distintas reglas, comenzaré, como es natural, por los escritos en prosa. He tratado ya completamente de las oraciones ó discursos públicos de todos géneros. Las restantes especies de composiciones en prosa, que deben sujetarse á ciertas reglas, y que recaen por lo mismo bajo el conocimiento de la crítica, son las obras históricas y filosóficas, las cartas, y los romances ó novelas. Entraré primero en el examen de las composiciones históricas; de las que trataré con alguna extension por razon de su dignidad.

Asi como la obligacion del orador es persuadir, la del historiador es recordar la verdad para la instruccion de los hombres. Este es el objeto, y el fin mas propio de la historia: y de él pueden sacarse muchas de las reglas para su composicion. Si siempre se hubiera tenido presente esto, se habrian evitado muchas faltas en que han incurrido algunos. Como el fin principal de la historia es recordar la verdad, las calidades esenciales del historiador deben ser la imparcialidad, la fidelidad, y la exactitud. No debe ser ni panegirista, ni satírico: no debe tomar partido por los hechos que refiere; y contem-

L. XXXI. plando á sangre fria y sin pasion los acaecimientos pasados, y el caracter de los hombres debe presentar á los lectores una copia fiel de la naturaleza humana.

Es necesario observar al mismo tiempo, que no deben entrar en el plan del historiador todos los hechos; sino solo aquellos, de cuya aplicacion á nuestro estado presente podemos sacar alguna utilidad. Ellos deben ser de consecuencia é importantes; presentarse encadenados con sus causas; indicar sus efectos, y desenvolverse con orden claro y distinto: porque la sabiduria es el fin principal de la historia. Esta se inventó para suplir la falta de experiencia: y aunque no tenga la misma autoridad, nos da una instruccion mas variada, que la que puede darnos la experiencia en el espacio de la mas larga vida; y su objeto no es otro, que extender nuestros conocimientos acerca del caracter del hombre, y ponernos en disposicion de juzgar por nosotros mismos de los negocios humanos. Por consiguiente no debe ser una fábula, compuesta con el designio de agradar; y que hable solo á la imaginacion. La gravedad y dignidad son sus caracteres esenciales: y la desluzen los adornos frívolos, la brillantez del estilo, las sutilezas del ingenio, los equívocos, y las agudezas. El historiador deberia sostener el carac-

ter de un sabio, que escribe para la posteridad; de uno que ha estudiado para instruirse á sí mismo; que ha pesado con madurez la materia; y habla á nuestro entendimiento antes que á nuestra imaginacion. Ni es incompatible este caracter con una narracion adornada y animada: porque la historia admite el adorno y la elegancia en un grado bastante elevado; pero el adorno y la elegancia, que se hermanen bien con su dignidad; de manera que no parezca que se han buscado de propósito, sino que dimanan naturalmente de un espíritu animado por los sucesos que refiere. L. XXXI.

Bajo el nombre de historia se comprenden los Anales, las Memorias, y las Vidas: pero estas son especies subordinadas; sobre las cuales haremos algunas reflexiones, despues que hayamos considerado cuanto pertenece á una historia legítima y regular. Una obra de esta naturaleza es principalmente de dos especies. O contiene la historia entera de alguna nacion ó reyno con todas las revoluciones que ha sufrido, como la historia romana de Tito Lívio: ó la historia de algun suceso singular, ó de alguna época memorable, que puede tambien ser considerada como un todo; de lo cual tenemos un ejemplo en la historia de la guerra del Peloponeso de Tucídides, ó de las guerras civiles de

L. XXXI. Francia de Dávila, de las de Inglaterra del lord Clarendon, en la historia de la guerra contra los moriscos de Granada por D. Diego Hurtado de Mendoza, de la expedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos de D. Francisco Moncada, y de las guerras de los Paises bajos desde el año de 1588 hasta 1599 por D. Carlos Coloma.

El primer cuidado del historiador en el modo de conducir y manejar la historia debe ser darla toda la unidad posible: es decir, que no se componga de partes separadas é inconexas: sino que todas esten de tal manera ligadas entre sí por algun principio que las enlaze, que hagan en el ánimo la impresion de una sola cosa toda y entera. Son á la verdad incomprensibles los maravillosos efectos, que produze la feliz observancia de este precepto: y es de extrañar, que algunos historiadores hábiles hayan atendido tan poco á él. Sea que estudiemos la historia por diversion, ó con el fin de instruirnos, lo conseguiremos mejor cuando tengamos á la vista el plan ó sistema que se propuso el historiador; y cuando haya un punto céntrico, á que referir los varios hechos que aquel nos recuerda.

Es preciso confesar, que con dificultad se puede conservar la unidad en las historias

generales; donde se refieren los sucesos de toda una nacion ó de un imperio, acaecidos en el discurso de muchos siglos. Sin embargo, un escritor hábil sabrá aun allí conservarla en parte: porque aunque el todo tomado en general sea en sí muy complejo, las principales partes que lo constituyen forman otros tantos todos subalternos, cuando se consideran con separacion; y cada una de ellas puede tratarse, ó como completa en sí misma, ó como ligada con lo que la precede ó la sigue. En la historia de una monarquia, por ejemplo, cada reynado deberia tener su propia unidad, su principio, su medio, y su fin en el sistema de los sucesos; y enseñarnos al mismo tiempo á discernir cómo la serie de estos sucesos se deriva naturalmente de lo que precede, y da origen á lo que sigue. El historiador deberia ponernos en estado de poder señalar todos los eslabones ocultos de la cadena, que enlaza acontecimientos remotos, y al parecer inconexos. En algunos reynos de Europa la política de muchos príncipes, que se han sucedido unos á otros, ha sido coartar el poder de los nobles: y en el espacio de muchos reynados la mayor parte de sus acciones han sido con mira á este fin. En otros estados segun ha ido en aumento el poder del pueblo, ha influido este por algun tiempo en la serie y conexion de los L. XXXI.

L. XXXI. negocios públicos. Entre los romanos, el principio de toda su conducta era la extension gradual de sus conquistas, y el logro del imperio universal. El continuo acrecentamiento de su poder, que de los mas débiles principios se fué elevando á este fin por una especie de plan regular y progresivo, dió á Tito Lívio un asunto feliz para la unidad histórica.

De todos los escritores antiguos de historias grandes Polibio es quien tuvo una idea mas exacta de esta calidad histórica; aunque bajo otros respectos no es un escritor elegante. Prueba clara de esto es la razon de su plan, que él mismo da al principio del lib. III; donde observa, que la grande empresa que tomó á su cargo es una accion sola, un grande espectáculo; á saber, cómo, y por qué causas todas las partes del mundo habitable vinieron á quedar sujetas al imperio romano. „Esta accion, dice, es distinta en su principio, determinada en su duracion, y clara en su conclusion; juzgo por tanto á propósito dar antes una idea general de las principales partes, que forman este todo." En otro lugar se da á sí mismo el parabien por haber tenido la fortuna de elegir una materia, que reune bajo de un solo punto de vista tanta variedad de partes: y observa al mismo tiempo, que antes de esta época

los sucesos del mundo entero se hallaban esparcidos y sin conexion; cuando por el contrario en el tiempo en que escribia su historia los acaecimientos mas célebres se encaminaban á un fin, y podian ser considerados como partes de un sistema. Añade despues observaciones muy juiciosas relativas á la utilidad de escribir la historia proponiéndose un plan, cuyas partes esten enlazadas entre sí, aunque sean de grande extension: y concluye comparando la imperfeccion de los conocimientos que adquirimos de los hechos particulares presentados sin miras generales, con la idea imperfecta que tiene de un animal aquel que solamente ha examinado sus partes separadamente, sin haber visto toda su estructura: L. XXXI.

Καθολου μεν γαρ ἐμοι ἐ δοκουσιν οἱ πεπεισμενοι δια της κατα μερος ἱσοριας μετριως συνοψεσθαι τα ὁλα, παραπλησιον τι πασχειν, ὡς ἀν ἐι τινες ἐμψυχου καὶ καλου σωματος γεγονοτος διεῤῥιμμενα τα μερη θεωμενοι, νομιζοιεν ἱκανως αὐτοπται γινεσθαι της ἐνεργειας αὐτου του ζωου καὶ καλλονης. ἐι γαρ τις αὐτικα μαλα συνθεις, καὶ τελειον ἀυθις ἀπεργασαμενος το ζωον τῳ τε ἐιδει καὶ τῃ της ψυχης ἐυτρεπεια, κἀπειτα παλιν ἐπιδεικνυοι τοις αὐτοις ἐκεινοις· ταχεως ἀν ὁιμαι παντας αὐτους ὁμολογησειν, διοτι καὶ λιαν πολυ τι της ἀληθειας ἀπελειποντο προσθεν, καὶ παραπλησιοι τοις ὁιειρωτ[ουσιν ἠσαν. Ἐννοιαν μεν γαρ λαβειν ἀπο μερους των ὁλων δυνα[ον· ἐπισημην δε καὶ γνωμην ἀτρεκη ἐχειν ἀδ'υνατον. Διο παντελως βραχυ τι νομισεον συμβαλλεσθαι την κατα μερος ἱσοριαν προς την των ὁλων ἐμπειριαν καὶ πιστιν.

L. XXXI. Ἐκ μεν τοι γε της ἁπαντων προς ἀλληλα συμπλοκης καὶ παραθεσεως, ὅτι δ' ὁμοιοτητος καὶ διαφορας μονως ἀν τις ἐφικοιτο καὶ συνιδειν κατοπτευσας, ἁμα καὶ το χρησιμον καὶ το τερπνον ἐκ της ἱστοριας λαβειν.

„En general, los que creen que con una historia particular pueden adquirir noticia completa de todos los sucesos, me parecen semejantes á aquellos que mirando los miembros separados de un cuerpo, que fué bien formado y bello, creyesen que tenian ya bien comprendida la fuerza, acciones y belleza del mismo animal: pues si alguno volviese á arreglar aquellos miembros separados, y restituyese al animal la forma y belleza que antes tenia, y en esta disposicion lo presentase á aquellos mismos, me parece que todos confesarian que la idea que antes habian formado del animal, era tan diferente de la realidad, como lo está un sueño de la verdad de las cosas. Bien se puede formar alguna idea del todo por la inspeccion de una parte: pero es imposible adquirir de este modo un conocimiento claro y exacto. Debemos, pues, tener por cierto, que una historia de sucesos particulares contribuye muy poco para el conocimiento general de las cosas: pues este se debe adquirir por medio de la conexion y comparacion, de la semejanza ó diferencia de todas las partes entre sí: y de este solo modo se puede per-

cibir toda la utilidad y deleyte de la historia." L. XXXI.

POLIB. hist. lib. I.

Los que escriben la historia de un acontecimiento particular, como se limitan á cierta época, ó á parte de la historia entera de una nacion, tienen tan grandes ventajas para conservar la unidad histórica, que si faltan á ella son inexcusables. Las historias de las guerras de Catilina y Jugurta, de Salustio, la Ciropedia de Jenofonte, y *la retirada de los diez mil* de este mismo, son modelos de historias particulares; donde está perfectamente sostenida la unidad histórica. Tucídides, el cual por otra parte es un escritor de mucho nervio y dignidad, quebrantó muchas vezes este precepto en su historia de la guerra del Peloponeso. No sigue adelante; ni conserva presente un objeto grande: hace trozos menudos su narracion: divide la historia por veranos é inviernos: y en unos y en otros deja los sucesos por concluir llevándonos precipitadamente de lugar en lugar; de Atenas á Sicilia, desde aquí al Peloponeso, á Corcira, á Mitilene, para contarnos lo que estaba sucediendo en todos estos lugares. Por esta razon encontramos muchas partes desunidas, y miembros esparcidos; de los que con dificultad podemos ha-

L. XXXI. cer un cuerpo: y por esta defectuosa distribucion y desempeño del asunto viene á hacerse cansado aquel historiador juicioso, y menos agradable de lo que hubiera sido de otra suerte. Por estas razones es severamente censurado por Dionisio de Halicarnaso, uno de los mejores críticos de la antigüedad: aunque es preciso confesar, que en ciertos puntos se excedió este en la censura. Le culpa la eleccion de la materia, no bastante espléndida y agradable, y demasiado abundante en crímenes y acontecimientos tristes; en los cuales, segun observa, se detiene con complacencia. Dionisio de Halicarnaso es apasionado de Herodoto; cuya historia prefiere á la de Tucídides tanto por la eleccion del asunto como por su desempeño. Es verdad que á la del último le falta la brillantez y alegria, que tiene la del primero: pero es falso que le falte dignidad. La guerra del Peloponeso fué una contestacion entre dos potencias rivales, la de Atenas y la de Lacedemonia, que se disputaban el imperio de la Grecia. Herodoto se complace en detenerse en sucesos prósperos: y conserva algun resabio de la manera entretenida, de que usaban los antiguos historiadores poéticos. Pero este escribia para la imaginacion, y Tucídides para el entendimiento: y siendo el último un ingenio reflexivo

y profundo, y dotado de grande conocimiento de los hombres; los sucesos melancólicos, y las catástrofes que recuerda, son á vezes la parte mas interesante de su historia, y la mas á propósito para rectificar las costumbres. Las observaciones de Dionisio de Halicarnaso sobre lo defectuoso de la distribucion, que Tucídides hace del asunto, estan mejor fundadas: y no es injusta la preferencia, que en esta parte da á Herodoto: L. XXXI.

Θουκυδίδης μεν τοις χρονοις ακολουθων, Ηροδοτος δε ταις περιοχαις των πραγματων, γιγνεται Θουκυδίδης ασαφης και δυσπαρακολουθητος· πολλων γαρ κατα το αυτο θερος και χειμωνα γιγνομενων εν διαφοροις τοποις, ημιτελεις τας πρωτας πραξεις καταλιπων, ετερων απτεται των κατα το αυτο θερος και χειμωνα γιγνομενων. πλανωμεθα δη καθαπερ εικος, και δυσκολως τοις δηλουμενοις παρακολουθουμεν. Συμβεβηκε Θουκυδίδη μιαν υποθεσιν λαβοντι πολλα ποιησαι μερη το εν σωμα. Ηροδοτω δε τας πολλας και ουδεν εοικυιας υποθεσεις προελομενω, συμφωνον εν σωμα πεποιηκεναι. „Siguiendo Tucídides el orden de los tiempos, y Herodoto el de los sucesos, resulta oscuridad y desorden en aquel: porque dejando imperfecta la narracion de unas cosas que sucedieron en una misma estacion en diversos lugares, pasa á tratar de otras que acaecieron al mismo tiempo. De aqui es, que nos hace perder el hilo, como es preciso: y con dificultad podemos seguir la serie y enlaze de los sucesos, que nos refiere. En Tucídides se observa, que tomando un asunto, divide un cuerpo en

L. XXXI. muchas partes: pero Herodoto, proponiéndose varios asuntos nada semejantes, hace de todos ellos un cuerpo bien ordenado." Por lo que toca al estilo de Tucídides Dionisio lo alaba de enérgico y conciso: pero lo tacha en muchas ocasiones, y no sin razon, de duro y oscuro en la expresion, y de falta de blandura y facilidad.

Volviendo á nuestro asunto, el historiador, por hacer mas agradable la narracion, no debe, á la verdad, despreciar el orden cronológico. Por el contrario es de su obligacion darnos razon clara de las datas, y de la coincidencia de los hechos. Pero no por esto deberá interrumpir la narracion de los sucesos, para informarnos de lo que en aquel mismo tiempo sucedia en otras partes. Muy poco ingenio manifiesta ciertamente el autor, que no acierte á dar conexion á los hechos; y que no los presente en un orden regular: y fastidiará bien pronto, si se empeña en referir en un orden rigurosamente cronológico una multitud de acontecimientos diversos, y solamente unidos por haber sucedido al mismo tiempo.

Herodóto acertó mejor á reducir á un orden regular y metódico, y hacer un todo completo de los hechos, que refiere; sin embargo de ser su historia de mayor extension que la de Tucídides, y de comprender mas

variedad de partes diferentes. Por esta razon Herodoto es un escritor mas agradable; y su historia hace en el ánimo del lector una impresion mas fuerte: aunque por otra parte sea inferior á Tucídides en juicio y exactitud. Es verdad que abunda en digresiones y episodios: pero cuando estos tienen conexion con el asunto principal, y se refieren como tales, no quebrantan tanto la unidad histórica como la narracion de los principales sucesos hecha sin orden y sin trabazon. Entre los modernos tenemos al presidente Thuano; quien por querer hacer muy universal la historia de su tiempo, ha incurrido en el mismo defecto de abrumar al lector con una infinidad de hechos inconexos, llevándolo á un mismo tiempo á diferentes partes del mundo. Por esto no dejamos de conocer, que por otra parte es un historiador de mucha probidad, mucho candor y entendimiento: pero la falta de unidad en su historia la hace fastidiosa, y no tan interesante como lo seria si hubiese cuidado de observarla. L. XXXI.

LECCION XXXII.

Obras de Historia.

Hechas algunas observaciones acerca del mérito comparativo de los autores antiguos,

L. XXXII. y modernos, pasé en la leccion anterior á considerar las obras de historia. La historia considerada en general es un recuerdo de la verdad para instruccion de los hombres. De aqui se derivan las principales calidades de que debe estar dotado el historiador; á saber, imparcialidad, fidelidad, gravedad, y dignidad. Pero lo que examiné principalmente fue la unidad propia de esta composicion; cuya naturaleza me propuse explicar.

Ahora conviene observar, que para conseguir los fines de la historia es preciso que el autor cuide mucho de señalar la conexion íntima, que los hechos y acaecimientos referidos tienen entre sí, y con sus causas. Para esto son necesarias principalmente dos cosas: la primera un conocimiento profundo de la naturaleza humana; y la segunda una mas que mediana instruccion en la política y en la ciencia del gobierno. Lo uno es indispensable para discurrir con acierto sobre la conducta de los demas, y dar una idea cabal de su caracter; y lo otro para hacer ver las revoluciones del gobierno, y el influjo de las causas políticas en los negocios públicos. Estos dos requisitos deben concurrir para formar un buen historiador.

Por lo que hace á la instruccion en la política es forzoso conocer, que los antiguos

carecian de algunas ventajas que logran los modernos: los cuales por esta razon pueden darnos noticias mas exactas y precisas. Los conocimientos en esta parte eran mas limitados en los tiempos antiguos que en los nuestros; porque habia menos comunicacion entre los estados vecinos, y de consiguiente menos conocimiento de sus negocios. Carecian de las ventajas que nosotros sacamos de los correos, establecidos posteriormente; ni tenian embajadores, que residiesen en cortes distantes. Por esto observamos que los antiguos escribian solamente para sus paisanos; que no pensaron en escribir para los extraños, á quienes despreciaban, ó para los hombres en general; y que por consiguiente no cuidaron de darnos sobre su gobierno los conocimientos que quisiéramos, y que hoy no podemos adquirir por la distancia de los tiempos. Quizá ha sucedido tambien, que aunque aquellos escritores estuviesen muy animados del deseo de la libertad, no se habia estudiado toda la extension del influjo del gobierno y de las causas políticas, tanto como en nuestros tiempos; que con mayor experiencia de todas las especies de gobiernos han adquirido los hombres mayor y mas ilustrada inteligencia en los negocios públicos. L. XXXII.

Por esto sucede, que sin embargo de que

L. XXXII. los historiadores antiguos expongan á nuestra consideracion los hechos con maravillosa claridad y elegancia, no nos dan muchas vezes una idea bastante exacta de las causas políticas que los motivaron. Por lo que leemos en los historiadores griegos apenas podemos formar idea de la fuerza, la riqueza, y las rentas de los diversos paises de la Grecia; de las causas de algunas revoluciones que acaecieron en el gobierno; de sus relaciones particulares, y de sus intereses comunes. Tito Livio, escribiendo la historia del pueblo romano, tuvo ciertamente la mejor ocasion de extenderse en la explicacion de las causas políticas relativas á los principios de su grandeza, y de las ventajas ó defectos de su gobierno: con todo, no merece particular aprecio la instruccion que nos da en este punto. Se puede decir, que si hay algun escritor elegante, y que sepa referir los hechos con gracia, es él uno de ellos: pero su caracter distintivo no es ni la profundidad, ni la penetracion. Escribiendo Salustio la historia de una conspiracion contra el gobierno, parece que debió componer una obra enteramente política: con todo, vemos claramente que puso mayor cuidado en la elegancia de la narracion, y en la pintura de los caracteres, que en manifestar las causas y los principios secretos

que motivaron aquella. ¿Quien no esperaria de él una instruccion completa del estado de los partidos que habia en Roma, y de la particular situacion de los negocios públicos, que proporcionaban á un hombre tan desesperado y perdido como Catilina llegár á hacerse formidable al gobierno? Pero en lugar de esto encontramos solamente declamaciones vagas sobre el lujo y la corrupcion de las costumbres en aquellos tiempos comparados con la sencillez de los primeros. L. XXXII.

No es mi ánimo ciertamente censurar á todos los historiadores antiguos de falta de conocimientos en política. Ningunos pueden ser aun en esta parte mas instructivos que Tucídides, Polibio, y Tácito. Tucídides es grave, inteligente, y juicioso; y siempre cuidadoso de dar una idea exacta de las operaciones que refiere, y de manifestar las ventajas ó perjuicios de cualquier plan que se proponia, y de cualquier medida que se tomaba. Polibio se distingue por sus grandes conocimientos en política, su penetracion en los sistemas de mayor interes, y su profunda y clara instruccion en los negocios militares. Tácito sobresale por el grande conocimiento del corazon humano: es sensible y fino en sumo grado: y da mucha instruccion en las materias políticas, pe-

L. XXXII. ro aun mas todavia sobre la naturaleza humana.

No se entienda que cuando exigimos del historiador miras profundas é instructivas sobre la materia de que trata, queremos que corte á cada paso el hilo de la historia para hacer reflexiones y observaciones. De su obligacion es, á la verdad, darnos una instruccion completa en todos los asuntos que nos recuerda; ponernos delante la constitucion política, el poder, las rentas y la situacion interior del pais que describe; y hacernos sabedores de sus intereses, y conexiones con los paises vecinos. Un historiador sabio procura colocar á los lectores en un sitio eminente; desde el cual puedan divisar todas las causas que han podido producir los acaecimientos que refiere. Pero habiendo puesto en sus manos los materiales mas á propósito para formar su juicio, no debe ser pródigo de sus propias opiniones y razonamientos. Cuando se advierte que algun escritor es demasiadamente inclinado á disertar, filosofar, y hacer observaciones sobre cualquier asunto que está refiriendo, podemos temer con fundamento que abusando del grave cargo de historiador tuerza los hechos, y los acomode á aquel sistema particular que se ha formado. La historia nos instruye mejor por medio de una narracion brillante y jui-

ciosa, que tratando claramente de instruir- L. XXXII.
nos en derechura: y hay tambien ocasiones en que es lícito al historiador entrar en discusiones de algun momento, examinar puntos dudosos que requieren alguna detencion, y hacer observaciones sobre algun acaecimiento singular relativo á causas ó circustancias que han influido mucho en los diversos estados por los que ha pasado el género humano; pues para estas cosas no bastaria la sencilla narrativa. Pero aun en esta parte debe poner mucho cuidado en no fastidiar á los lectores con semejantes discusiones reproduciéndolas muy á menudo.

Cuando el historiador tiene que hacer observaciones relativas á la naturaleza del hombre en general, ó á la particular de ciertos caracteres, hará mas efecto incorporándolas mañosamente en la narracion, que dándolas separadas como reflexiones sueltas. Por ejemplo, hablando Tácito en la vida de Agrícola del tratamiento que le hizo Domiciano, añade esta observacion: *Proprium humani ingenii est odisse quem læsseris.* „Es propio del hombre aborrecer al que ha ofendido." La observacion es justa; y está bien aplicada: pero el modo de hacerla es astracto y filosófico. Un pensamiento de esta clase hace mejor efecto, cuando el mismo historiador, hablando de las sospechas que

L. XXXII. Germánico conoció habian empezado á excitarse contra él en los ánimos de Livia y Tiberio, dice: *Anxius occultis in se patrui aviæque odiis; quorum causæ acriores, quia iniquæ.* „Lleno de desasosiego con la noticia del ódio que le tenian su tio y su abuela; y que era tanto mas encarnizado, cuanto era mas injusta la causa." Aqui encontramos una profunda observacion moral: pero hecha sin aparentar que se hace; é introducida como parte de la narracion para señalar la causa del cuidado en que estaba Germánico. Hallamos otra prueba de la misma clase en la relacion de la conjuracion que se suscitó en la armada contra Rufo, general romano, á causa de la disciplina demasiado severa con que quiso sujetar á sus soldados: *Quippe Ruffus, diu manipularis, dein centurio, mox castris præfectus, antiquam duramque militiam revocabat, vetus operis et laboris, et eo immitior quia toleraverat.* „Pues Rufo, al principio soldado raso, despues centurion, y por fin general del ejército, restituyó la severa disciplina de los primeros tiempos: y curtido en los trabajos y fatigas de la guerra, era por esto mas rígido en mandar su observancia." Ciertamente le hubiera sido facil hacer sobre esto una observacion general: á saber, que los que están mas endurecidos en los trabajos, son por

lo comun los mas severos en exigirlos de los demas. Pero da mucha mas alma al pensamiento el modo con que lo introduce Tácito, como una cosa rara en el caracter de Rufo. Este historiador tiene un talento particular para incorporar de este modo en la serie de la narracion muchos pensamientos nuevos y observaciones útiles. L. XXXII.

Pasemos ya á examinar las calidades, que debe tener la narracion historica. La primera idea que formamos de la historia es considerarla como relacion de hechos pasados: y es inegable que en el modo de referir consiste en gran parte su mérito; y nos convenceremos de la gran diferencia que hay en esto, juzgando por los diversos efectos que producen unos mismos hechos referidos por dos distintos autores.

La primera calidad de la narracion histórica es la claridad, el orden y la conexion debida. Para conseguir esto debe el historiador dominar enteramente la materia que trata; verla toda bajo de un solo punto de vista; y comprender la cadena y dependencia de todas sus partes. De este modo acertará á poner cada cosa en el lugar que le corresponde: nos conducirá con suavidad por la série de negocios que nos recuerda: y podrá darnos siempre la satisfaccion de ver cómo los sucesos se derivan unos de otros. Sin

L. XXXII. esto no puede haber gusto ni instruccion en la lectura de la historia: y para el acierto en esta parte contribuirá mucho la observancia de la unidad en el plan general, y conducta de que habemos hablado en la precedente leccion; como igualmente la destreza en las transiciones, uno de los principales adornos de esta clase de escritos, y de los mas dificiles en la ejecucion. Ninguna cosa prueba mas la habilidad del historiador, que despues de presentarnos bajo un punto de vista todo su plan, hacernos pasar natural y agradablemente de una parte de su historia á la otra; no exponer razones de conexion vagas é impertinentes; y hallar medios y modos de dar alguna union á hechos, entre los cuales hay al parecer una diferencia enorme.

En segundo lugar, debe resplandecer siempre la gravedad en la narracion; puesto que la historia es una de las composiciones mas nobles. El estilo no debe ser vulgar; ni las frases desusadas ó bajas; ni por fin debe haber en él afectacion de agudeza ó ingenio: un estilo burlesco ó picante es incompatible con el caracter de la historia. No digo que un historiador no se deje llevar alguna vez de su propio ingenio; antes al contrario puede hacerlo con propiedad para variar la narracion, que fastidiaria demasiado si fuese del todo uniforme. Pero no debe abusar de esta

libertad: y cuando se presenta alguna anéc- L. XXXII.
dota poco interesante ó satírica, valdria mas referirla en una nota, que no introducirla en el cuerpo de la obra, exponiéndose á ser demasiado familiar.

El historiador podrá ser claro, metódico y grave, y sin embargo empalagoso. En este caso sacariamos poco fruto de su trabajo: le leeriamos sin gusto; ó por mejor decir, dariamos de mano á la lectura. Por tanto debe procurar hacer interesante su narracion; que es lo que distingue á un escritor ingenioso y elocuente.

Dos cosas son principalmente necesarias para conseguirlo: lo primero un justo medio entre una narracion rápida y atropellada de los hechos, y una individualidad prolija; pues lo uno confunde al lector; y lo otro le cansa: y el historiador que desea interesar, debe conocer cuándo ha de ser conciso, y cuándo detenido en los hechos, pasando de corrida sobre los sucesos ligeros y poco importantes, y deteniéndose en los que nos sorprenden, y son de alguna consideracion por su naturaleza, ó fecundos en consecuencias; preparando de antemano nuestra atencion á escucharlos, y presentándolos bajo el punto de vista mas luminoso. Lo segundo que necesita poseer el historiador, es un discernimiento exacto de las circustan-

L. XXXII. cias relativas á los sucesos, que se ha propuesto referir: pues los hechos generales hacen en el ánimo una impresion muy débil; y solamente, valiéndose de circustáncias y particularidades escogidas con propiedad, podrá hacer interesante la narracion. Esta calidad da vida, cuerpo y colorido á la narracion: y nos pone en estado de mirar los sucesos pasados como presentes, y como si los tuviéramos á la vista. Este uso de las circustancias es lo que se llama con propiedad pintura histórica.

Los historiadores antiguos sobresalieron en todas estas calidades de la narracion, especialmente en la última. De aquí proviene el gusto que encontramos en la lectura de Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Tito Livio, Salustio y Tácito. Todos ellos se distinguen, á la verdad, en el arte de la narracion. Herodoto es siempre agradable: y refiere todo con aquella gracia y sencillez de estilo, que nunca deja de interesar al lector. Aunque el estilo de Tucídides sea mas áspero y duro; sin embargo manifiesta en los pasages célebres el mayor nervio, y fuerza para la descripcion: como cuando cuenta la peste de Atenas, el sitio de Platea, el motin de Corcira, y la derrota de los atenienses en Sicilia. La Ciropédia de Jenofonte, y su *Anabasis*, ó la retirada de los diez mil, son

en extremo admirables: las circustancias estan elegidas con gusto; y la narracion es fácil é interesante. Pero su continuacion de la historia de Tucídides es obra muy inferior á la de este. El talento grande de Salustio para la descripcion historica se deja conocer bien en la guerra de Catilina, y aun mas todavía en la de Jugurta; aunque su estilo es censurable por demasiadamente estudiado y afectado. L. XXXII.

Nada hay que oponer á la manera de Tito Livio; á quien no le ha llevado ventajas ningun historiador en el arte de la narracion, como se puede ver con ejemplos. La descripcion, por ejemplo, de la famosa derrota del ejército romano por los samnitas en las Horcas caudinas al principio del libro IX. es uno de los mas hermosos trozos de pintura histórica, que se encuentran en parte alguna. Tenemos primero una descripcion exacta del angosto desfiladero entre dos montañas, al cual atrajo el enemigo á los romanos. Cuando estos se vieron cogidos sin esperanza de poder escaparse, vemos primero su asombro, luego su indignacion, y despues su abatimiento pintados con la mayor viveza por aquellas circustancias y acciones consiguientes á la situacion en que se veian. La inquietud y el desasosiego en que pasan la noche, las consultas de los samnitas, las va-

L. XXXII. rias medidas que se proponen tomar, los mensages entre los dos ejércitos; todas estas cosas realzan la escena. Al fin por la mañana vuelven los cónsules al campamento: y hacen saber á los soldados que no tienen mas arbitrio que rendir las armas, y pasar bajo del yugo; lo cual era la mayor ignominia, que podia padecer un ejército vencido. Parte de lo que sigue lo diré con las palabras mismas del autor: *Redintegravit luctum in castris consulum adventus; ut vix ab iis abstinerent manus, quorum temeritate in eum locum deducti essent. Alii alios intueri, contemplari arma mox tradenda, et inermes futuras dextras; proponere sibimetipsis ante oculos jugum hostile et ludibria victoris, et vultus superbos, et per armatos inermium iter. Inde fœdi agminis miserabilem viam; per sociorum urbes reditum in patriam ac parentes, quò sæpè ipsi triumphantes venissent. Se solos sine vulnere, sine ferro, sine acie victos: sibi non stringere licuisse gladios, non manum cum hoste conserere: sibi nequicquàm arma, nequicquàm vires, nequicquàm animos datos. Hæc frementibus hora fatalis ignominiæ advenit. Jam primum cum singulis vestimentis inermes extra vallum abire jussi. Tunc à consulibus abire lictores jussi, paludamentaque destructa. Tantam hoc inter*

inter ipsos, qui paulò antè eos dedendos, L. XXXII.
lacerandosque censuerant, miserationem fecit; ut suæ quisque conditionis oblitus, ab illa deformatione tantæ majestatis, velut ab nefando spectatulo, averteret oculos. Primi consules, seminudi, sub jugum missi &c.
„Renovó el sentimiento en los reales la llegada de los cónsules; tanto que con dificultad pudieron abstenerse de poner las manos en aquellos, cuya temeridad los habia reducido á tal extremo. Comenzaron á mirarse unos á otros, á contemplar las armas que habian de entregar luego, y sus manos que habian de quedar indefensas. Se representaron con viveza el yugo que iba á imponerles el enemigo, los sarcasmos del vencedor, su semblante orgulloso cuando pasasen sin armas delante de las filas de los armados. De aqui pasaron á considerar la perspectiva lastimosa, que presentaria el ejército deshonrado cuando pasase por las tierras de los aliados; por donde tantas vezes les habian visto volver triunfantes á su patria y al seno de sus familias. Les dolia ver que ellos eran los únicos que habian sido vencidos sin ser heridos, sin armas, sin empeño: que no habian podido venir á las manos con el enemigo, ni desenvaynar el acero; y que les habian sido inútiles las armas, las fuerzas, y el valor. Contemplando con horror estas cosas, llegó

L. XXXII. la hora fatal de su ignominia. Lo primero que se les mandó fué salir de sus atrincheramientos desarmados, y con un solo vestido. Despues despojaron á los cónsules de sus lictores y de sus insignias. Esto causó tal compasion á los mismos, que poco antes habian pensado entregar los cónsules al enemigo, ó hacerlos pedazos; que olvidando cada uno su situacion, solo trató de no presenciar el horrible espectáculo, que les presentaba el envilecimiento en que veian la majestad consular. Los cónsules, medio desnudos, fueron los primeros que doblaron el cuello al yugo." El resto de la historia, demasiado largo para insertarla por entero, está referido con la misma hermosura, y con circustancias no menos pintorescas.

La descripcion que hace César de la consternacion de su campamento por los rumores que corrieron entre las tropas de la ferozidad, la talla y el valor de los germanos, es un ejemplo de pintura histórica ejecutada de una manera sencilla; y que presenta al mismo tiempo una escena natural y animada: *Dum paucos dies ad Vesontionem moratur, ex percunctatione nostrorum vocibusque gallorum ac mercatorum, qui ingenti magnitudine corporum germanos, incredibili virtute atque exercitatione in armis esse prædicabant; sæpenumerò sese cum iis congresos*

ne vultum quidem atque aciem oculorum L. XXXII.
ferre potuisse; tantus subitò terror omnem exercitum ocupavit, ut non mediocritèr omnium mentes animosque perturbaret. Hic primum ortus est à tribunis militum, ac præfectis reliquisque qui ex urbe, amicitiæ causa, Cæsarem secuti, suum periculum miserabantur; quod non magnum in re militari usum habebant: quorum alius aliâ causâ illatâ, quam sibi ad proficiscendum necessarium esse diceret, petebat ut ejus voluntate discedere liceret. Nonnulli pudore ducti, ut timoris suspicionem vitarent, remanebant. Hi nequè vultum fingere, nequè interdum lacrymas tenere poterant. Abditi in tabernaculis aut suum fatum querebantur, aut cum familiaribus suis commune periculum miserabantur. Vulgò totis castris testamenta obsignabantur. De Bello gall. Lib. I.

„Habiéndose detenido unos pocos dias en Besanzon, por las preguntas de los nuestros, y las vozes de los galos y mercaderes que ponderaban la gran talla de los germanos, su valor increible y su destreza en las armas; y que en los muchos encuentros que con ellos tuvieron no habian podido soportar su semblante ni su vista feroz; de improviso se apoderó un terror tan grande de todo el ejército, que turbó no poco la imaginacion, y el ánimo de todos. Este terror tu-

L. XXXII. vo su primer origen de los tribunos militares, y de los prefectos, y demas, que habiendo seguido desde Roma á Cesar por amistad, se contemplaban en mucho riesgo por ser visoños. Unos pretextando causas que les precisaban á volverse, le pedian su permiso para hacerlo. Otros se quedaban por empacho, y para no dar sospechas de su cobardia. Pero estos ni podian disimular, ni contener á vezes sus lágrimas: y retirados en sus tiendas, ó se quejaban de su suerte, ó con sus amigos se lamentaban del peligro comun. Públicamente se hacian testamentos en todos los reales."

Tácito es otro autor sobresaliente en la pintura histórica, aunque algo diferente en su manera de la de Tito Livio. Las descripciones de este son mas completas, mas llanas y naturales: las de aquel consisten en unas pocas pinceladas fuertes. Escoje una ó dos circustancias notables: y nos las presenta luego bajo un punto de vista interesante, y por lo general nuevo y singular. Tal es la siguiente pintura de la situacion de Roma, y del emperador Galba, cuando Oton se adelantaba contra él. *Agebatur hùc illùc Galba, vario turbæ fluctuantis impulsu, completis undiquè basilicis et templis lugubri prospectu. Nequè populi aut plebis ulla vox; sed attoniti vultus, et conversæ ad*

omnia aures. Non tumultus, non quies; sed quale magni metus, et magnæ iræ silentium est. "Acá y acullá era arrastrado Galba á impulso de las oleadas de la jente. Llenos de ella estaban palacios y templos. Ni una voz se oia del alto ó bajo pueblo; pero todos se mostraban atónitos, y estaban con el oido á todas partes. No habia tumulto ni quietud; sino un silencio, cual le causa un gran miedo, y una ira grande." No hay en poeta alguno imagen mas fuerte y expresiva, que la de esta última pincelada de la descripcion: *non tumultus, non quies, sed quale &c.* "No habia tumulto ni quietud; sino un silencio, &c." Este es un pensamiento sublime, que descubre un ingenio elevado. A la verdad Tácito en toda su obra muestra una mano maestra. Profundo en sus reflexiones, es tambien fuerte en las descripciones y patético en los sentimientos. Es filósofo, poeta, historiador. Aunque el período de que escribe pareceria acaso desgraciado para su lucimiento, ha sabido representarlo de modo que nos muestra con mucho interes la naturaleza humana. Las relaciones que nos hace de la muerte de varios personages encumbrados, son tan tiernas como las trajedias mas lastimeras. Pinta con un pincel ardiente: y posee con superioridad el talento de pintar, no á la imaginacion sola, sino L. XXXII.

L. XXXII. al corazon. Dotado de muchas prendas las mas sobresalientes, no es con todo el dechado mejor para escribir la historia: y los que han querido imitarle, pocas vezes han logrado un buen éxito; pues es mas para admirado, que para imitado. Es demasiado agudo en sus reflexiones, demasiado conciso en su estilo, á vezes conceptuoso y afectado, y otras abruto y oscuro: y la historia parece que exige una manera mas natural, franca y popular.

Los antiguos hicieron uso en la historia de un adorno que han abandonado los modernos; hablo de las oraciones, que en ocasiones de importancia ponian en boca de algunos de los principales personages. Con ellas daban variedad á la historia: en ellas sugerian conocimientos morales y políticos: y por los argumentos contrarios de que se valian ponian en claro los sentimientos de las diferentes partes. Tucídides fue el primero, que introdujo este método. Las oraciones de que abunda su historia, y otras muchas que se encuentran en algunos otros historiadores griegos y latinos, son unas de las reliquias mas preciosas que nos han quedado de la elocuencia antigua. Por muy bellas que sean, puede con todo disputarse si son propias en la historia: y yo me inclino á creer, que no cuadran bien en ella; por-

que hacen una mezcla violenta de la ficcion con la verdad. Sabemos que estas oraciones son enteramente obra del autor: y que si este ha introducido algun personage célebre arengando en un parage público, solo ha sido para tener oportunidad de ostentar su elocuencia, ó manifestar sus sentimientos en nombre de aquel personage. Esta es una especie de licencia poética, que no viene bien con la gravedad de la historia; en la cual debe siempre reynar el ayre de la verdad mas rigurosa. Las oraciones podrán ser un adorno de la historia; como pudieran serlo tambien las composiciones poéticas puestas en boca de algunos personages mencionados en la narracion, y conocidos por su talento poético. Pero ni unas ni otras tienen en ella su propio lugar. En vez de hacer oraciones formales, parece mejor y mas natural el método adoptado por los modernos de comunicar el historiador en ocasiones señaladas, y en su propio nombre, los sentimientos y razonamientos de las partes opuestas, ó la sentencia de lo que se presume haberse dicho en alguna junta pública: lo cual puede hacer sin tomarse licencias, ni usar de ficcion. L. XXXII.

El bosquejo de los caracteres, es uno de los mas espléndidos, y al mismo tiempo de los mas difíciles adornos de la composicion

L. XXXII. histórica: porque se consideran generalmente los caracteres como lo mas delicado de la obra: y un historiador que busca el lucimiento, se expone frecuentemente á dejarse llevar de un refinamiento excesivo por el deseo de mostrarse muy profundo y penetrante. Para esto amontona tantos y tan sutiles contrastes de calidades; que en lugar de servir para caracterizar á alguno, solo contribuyen á deslumbrarnos con expresiones relumbrantes. El escritor que quiera caracterizar de una manera instructiva y magistral, ha de ser sencillo en el estilo, y evitar toda agudeza y afectacion: y al mismo tiempo no contentándose con dar unas pinceladas generales, debe descender á aquellas particularidades que denotan un caracter con sus facciones mas fuertes y distintivas. Los historiadores griegos hacen algunas vezes elogios: pero raras bosquejan caracteres cabales y conocidos. Los dos autores antiguos que mas se han esmerado en esta parte de la composicion histórica, son Salustio y Tácito.

Como la historia es para instruccion del género humano, debe reynar siempre en ella la sana moral: y tanto en la descripcion de los caracteres, como en la narracion de los hechos, el autor se ha de mostrar siempre el mismo, y de parte de la virtud. No le toca á él dar lecciones de moral: pero como

hombre de bien, y como buen escritor ha de manifestar siempre respeto á la virtud, é indignacion contra los vicios. Mostrarse neutral é indiferente con respecto á los buenos y malos caracteres, y afectar una política sagaz mas bien que moral, á mas de otros malos efectos disminuiria en gran manera el peso de la composicion histórica; y la haria muy fria y falta de interes. Nos interesan mucho los hechos que vamos recorriendo, cuando la historia despierta nuestra simpatia, y nos hace interesar en la suerte de los actores: y jamas producirá estos efectos un escritor falto de sensibilidad, y de sentimientos virtuosos. L. XXXII.

Como las observaciones hechas hasta aqui han recaido por la mayor parte sobre los historiadores antiguos; es natural que los lectores apetezcan les dé alguna idea de los modernos, que mas han sobresalido en esta clase de escrito.

El pais de Europa, donde el ingenio de la historia ha brillado en los últimos tiempos con mas lustre, es sin duda alguna la Italia. El caracter nacional parece que la es favorable. Los italianos se han distinguido siempre por agudos, penetrantes y reflexivos: se han señalado por su sagazidad y su política: y fueron los primeros que se aplicaron á las artes del gusto, y á la literatura.

L. XXXII. Por esto, poco despues de la restauracion de las letras, se hicieron visibles en el genero histórico Maquiavelo, Guicciardini, Dávila, Bentivoglio, y fray Paulo. Todos ellos comprehendieron la verdadera idea de la historia: y acertaron á escribir con agrado, utilidad é interes. Tomaron por modelo á los antiguos en la manera de hacer las narraciones: y algunos, como Bentivoglio y Guicciardini, introdujeron á imitacion de ellos oraciones en sus historias. Acaso podrá decirse, que excedieron á los antiguos en la profundidad y distincion de sus miras políticas. Los críticos al mismo tiempo han observado en cada uno de ellos algunas imperfecciones. Maquiavelo, en su historia de Florencia, no es tan interesante como debia aguardarse de un hombre de sus talentos y conocimientos: y ya por falta suya, ya por la esterilidad del asunto entró en pormenores muy prolijos de los partidos y manejos de aquella ciudad. Al sensible y profundo Guicciardini se le tacha su nimia detencion en los negocios de la Toscana, que llega á ser á vezes empalagosa; defecto que en ocasiones se imputa tambien á fray Paulo. Bentivoglio, en su excelente Historia de las guerras de Flandes, es acusado de acercarse á una manera florida y pomposa: y Dávila, uno de los autores que mas agradan y di-

vierten con sus relaciones, tiene visiblemente el defecto de uniformar mucho todos los caracteres, y de representarlos como guiados con demasiada regularidad por intereses políticos. Pero aunque se les pueden hacer estas objeciones, merecen en general ser tenidos por los primeros historiadores modernos. Las guerras de Flandes, escritas en latin por Firmiano Estrada, es obra de algun mérito; pero que no iguala al de los historiadores nombrados. Estrada no es bastante imparcial: pues se le vé hecho un panegirista declarado del príncipe de Parma. Es ademas florido, difuso, y servil imitador de la manera y del estilo de Tito Livio. L. XXXII.

Entre los franceses ha habido tantos buenos escritos históricos como de otras especies. Aquella nacion ingeniosa, que tanto honor ha hecho á la literatura moderna, posee en grado eminente el talento de la narracion. Muchos de sus historiadores modernos son animados, vivos, y agradables: y no les falta á algunos profundidad y penetracion. Sin embargo, no tienen historiadores tan grandes como los italianos que acabo de mencionar.

La Inglaterra hasta pocos años hace, no ha sobresalido en producciones históricas. En otros tiempos, á la verdad, hizo la Escocia alguna figura con el celebrado Bucanan; es-

L. XXXII. critor elegante, clásico en la latinidad, y agradable tanto en la narracion como en las descripciones. Pero se ve que atendió mas á la elegancia, que á la exactitud. Acostumbrado á formar enteramente sus nociones políticas por el plan de los gobiernos antiguos, parece que jamas pensó en el sistema feudal: y como este era la base de la constitucion escocesa, sus miras políticas son por precision inexactas é imperfectas. Cuando pasa á los hechos de su tiempo, cambia tanto de manera de escribir, y toma un estilo tan áspero; que sin llegar á descubrirse enteramente la verdad con respecto á aquellos hechos dudosos tan contextados, que son el asunto de aquella porcion de su historia; se conoce que estaba muy preocupado, y dominado del espíritu de partido.

Entre los historiadores antiguos de la Inglaterra, uno de los mejores es el Lord Clarendon. Aunque se declara abiertamente en favor de un partido, refiere los hechos con una ingenuidad inesperada. Manifiesta mucha probidad y virtud: y conserva en toda la obra la dignidad de historiador. Las sentencias son á vezes demasiado largas, y prolija su manera: pero su estilo en general es robusto; y su mérito como historiador mas que mediano. El obispo Burnet es vivo y claro: pero apenas tiene otra calidad histó-

rica. Su estilo es demasiado desaliñado y familiar. Los caracteres estan, á la verdad, calcados con fuerza; pero, en general, son ligeros y satíricos: y las historietas, que mezcla en demasia, relativas á su persona, le hacen pasar mas bien por un escritor de memorias que por historiador. Por largo tiempo los historiadores ingleses apenas fueron sino pesados compiladores; hasta que recientemente, Hume, Robertson, y Gibbon han dado en esta parte á su nacion grande reputacion y dignidad. L. XXXII.

La España, como tan fecunda en todos tiempos en acaecimientos de grande importancia y trascendencia, ha debido estimular el amor nacional á perpetuarlos en la historia: y antes que rayasen en ella las ideas sanas de la filosofia, del gusto y de la crítica inflamó á muchos escritores en el deseo de hacerlos conocer ventajosamente de la posteridad. Pero sin temor de que se nos tache de críticos descontentadizos, podemos decir con igual razon, que apenas ha tenido mas que compiladores. ¿Qué otra cosa son Florian de Ocampo, y su continuador Ambrosio de Morales? Estos y otros muchos con sus pomposos títulos de maestros y cronistas nunca llegaron á ser discípulos en el arte de escribir la historia: y si poseyeron el talento de anticuarios, la flema de anotadores, y una

L. XXXII. bondad nimiamente crédula; les faltó el espíritu de análisis, la delicadeza de discernimiento, y sobre todo la esencialísima é indispensable prenda de dar á la narracion método, orden, y unidad. Esto hace que á pesar de la diccion siempre pura, muchas veces grave y correcta, y algunas elegante, no pueda seguirse sin cansancio su lectura dos solas páginas. Florian de Ocampo es un compilador de fábulas las mas ridículas. La mitad de su obra comprehende cuantas patrañas se han soñado sobre España: podria titularse *España fabulosa*. En la otra parte se contiene la España cartaginesa, y parte de la romana: y como en ella no se dice mas de lo que hicieron en la península los cartagineses y los romanos, es claro que esta parte pertenece á la historia de Cartago y de Roma, y de ningun modo á la de España. Resulta pues que la crónica de Ocampo no tiene de historia de España sino el título. El gran mérito de Ocampo está en haber fijado exactísimamente la geografia de la España antigua comparada con la moderna. Su estilo es claro, ligero, sencillo, pero algo desaliñado.

Por lo que hace á Morales, su continuador, es forzoso confesar que su historia no es otra cosa que una masa indigesta. Si se propuso continuar á Ocampo, ¿por qué al

llegar á la época del cristianismo abandona su intento; y en lugar de la historia de España nos da la de los santos de ella? En efecto desde aquel tiempo nos presenta casi sin interrupcion una biografia sagrada muy pesada, y muy llena de cuentos pueriles y agenos de la majestad de la historia. Su obra no es historia sagrada, ni profana: ni es crónica, ni biografia: ni el mismo autor supo lo que quiso escribir. Diligente en averiguar ciertos hechos poco importantes los mas, crédulo y preocupado muchísimas vezes, falto de crítica y de gusto, redundante en palabras, pobrísimo en ideas, cargado de latinismos, lánguido, flojo, arrastrado en el estilo: tal parecerá Morales á los ojos de todos los que quieran examinarle imparcialmente. L. XXXII.

Si creemos á Mariana, su intento *no fue escribir historia; sino poner en orden y estilo lo que otros habian recogido, como materiales de la grande fábrica que pensaba levantar*. Pero esto fue una disculpa, con capa de modestia, de los defectos que notaban en ella el Mantuano, y otros. Porque ¿á qué fin, dejando aparte el orden, limar y aun lamer tanto el estilo solo para amontonar materiales? ¿Qué arquitecto sabio deja de comenzar por el plan; y pasa á dar el último pulimento, no digo á los mármoles, pero ni aun á las piedras mas toscas hasta

L. XXXII. tenerlas alzadas y asentadas en la obra? Si era solo una coleccion de materiales ¿qué tiempo mas á propósito *para averiguar todos los particulares*; lo que parece no haber hecho por el inexcusable error de *no creerse obligado á ello*? A la verdad, si entonces no lo hizo, nada hubiéramos adelantado en punto de exactitud, con que se hubiese aplicado de intento á componer una historia: porque sin esta previa diligencia mal podria hallar desembarazado el campo para correr libremente la pluma por el carril que se hubiese propuesto.

Asentado pues que Mariana se propuso escribir una historia, debe examinarse su trabajo por las reglas de esta composicion. No me detendré en desvanecer el sofisma de Mably, cuando impelido de su genial acrimonia, y sin conocimiento de causa, osaba apostar en su Manera de escribir la historia que Mariana no pudo escribirla medianamente: „porque un mal religioso, dice, solo entiende de intrigas; y el que practica con regularidad su regla desconoce las verdades políticas que desprecia." ¿Qué incompatibilidad puede haber entre el conocimiento de la verdadera política, que en el sistema mismo de Mably se identifica con la moral y la virtud, y la observancia de las prácticas religiosas? Los defectos de la his-

toria de Mariana no nacerán de haber sido religioso, bueno ó malo; sino de falta de talento para escribirla, ó de atencion á las reglas. L. XXXII.

Paréceme que llegó á divisarlos; y que en lugar de precaverlos aumentó su número con el mismo trabajo que ponia. Hemos ya visto que al parecer solo trató de *poner en orden y estilo lo que otros habian recogido, como materiales de la fábrica que pensaba levantar*: asi el cuidado mismo de los materiales pudo hacerle perder de vista el orden; y embargado en su empeño de luzir toda la gala de la lengua materna con la maestria que llegó á tener en ella, trabajó demasiado en el estilo, sin pararse en el punto fijo que debe guardar el de la historia.

Plan y orden son casi sinónimos: porque de la buena disposicion de aquel resulta este, y la unidad que requiere la historia. Al leer la de Mariana se conoce, que levantó la fábrica sin preceder este plan. Prueba evidente de esto es, que leida y releida muchas vezes con atencion, aun no se consigue saber la historia de España, y aun menos sus usos, costumbres y leyes. No se ve aquella gradacion, que encadenando los sucesos presenta los efectos con sus causas: no se observan aquellos matizes, que sin alterar en el fondo el caracter nacional, deben ha-

L. XXXII. berle dado la mezcla y el trato con sus varios pobladores, las revoluciones en el gobierno, y la diversidad de las dinastias, y de sus máximas políticas: no se halla en fin el hilo, que desde el primer paso vaya guiando por el tortuoso laberinto de un pais, teatro de una guerra sangrienta y casi continua entre las pasiones mas exaltadas, y siempre superior á los pujantes embates de la ambicion insolente, y de la orgullosa y estúpida ignorancia.

En lo que mas trabajó Mariana fue en el estilo: y de tanto conato resultaron algunos defectos y grandes bellezas; pero á vezes intempestivas. Se conoce que tenia hechos á prevencion varios rasgos de moral y de política. Interrumpe á vezes sus retratos con moralidades triviales, y semejanzas pueriles y bajas. En algunos razonamientos se ven manifiestamente mas las ideas del autor, que las que pueden suponer los lectores en los personages que aquel introduce. A pesar de esta inverosimilitud, que hará siempre censurables en la historia casi todas las arengas directas, se encuentran en Mariana algunas, que por su nervio, limpieza, y aun elegancia honran su facundia y elocuencia. El razonamiento de don Pelayo á sus secuazes para que tomasen las armas contra los moros es casi una filípica de Demóstenes.

¡Con qué enérgica sencillez les hace ver que no los vencieron los moros, sino los regalos: que no hay comarcas tan ásperas, que puedan defender á los cobardes y ociosos: y que no vencen los muchos, sino los esforzados! En las descripciones se advierte demasiada uniformidad, sea efecto de la semejanza ó aun identidad de situacion, sea falta de destreza en el historiador. Asi hablando del estado de la España despues de la muerte de don Sancho Mayor, rey de Navarra, de la de don Alfonso XI. en Castilla y otras, usa casi de unas mismas frases por lo comun demasiado generales. No hablaré de su afectacion en el uso de los arcaismos; porque apenas hay ya nadie, que no la reconozca. L. XXXII.

La eleccion del asunto es lo que mas prueba en las historias particulares el pulso y el talento del escritor: porque reducidas á un campo mas estrecho es preciso que el interes supla la falta de la variedad; y que el autor sepa sostenerlo con un estilo animado, rápido y enérgico. Don Diego Hurtado de Mendoza fue el primero de todos nuestros escritores, que en la Guerra de Granada acertó á escoger un asunto propio de su ingenio y de sus conocimientos, é interesante por sus circustancias. Puede decirse que ningun escritor nuestro ha manifestado

L. XXXII. mas profundidad y penetracion que Mendoza: ni ha sabido hermanar tan bien con la narracion las máximas de una sabia política; como se descubre en sus reflexiones sobre los efectos de la flojedad de los rebeldes, á la pág. 192 (edicion de Valencia de 1776); en las causas que da de la muerte de Aben Humeya, á la pág. 212; en sus consideraciones sobre los cortos efectos de las armas españolas contra los moriscos, pág. 231; y generalmente en todo el discurso de su narracion, que aparece haberla hecho despues de muy pensados y reflexionados los acaecimientos. Pocos escritores modernos han economizado tanto como él la mania de luzir su elocuencia en arengas: pues no se hallan en la historia de Mendoza sino el discurso, y no todo, del Zagüer; y en tono de narracion, ó indirectamente, el del marques de Mondejar á los moriscos del Albaicin. Aunque dotado del talento poético y del satírico, supo conservar el tono de la gravedad que compete á la historia, sin sembrar flores de una imaginacion galana, ni derramar aquella sal cáustica, que no pueden contener á vezes los ingenios agudos. Sobre todo, ningun escritor ha manifestado en igual grado su amor imperturbable á la verdad. Pudo justamente lisonjearse de presentar su corazon libre, y lejos de todas las cosas de odio

ó de amor. No carga ni disminuye los defectos: no distingue entre amigos y enemigos, entre deudos y extraños. Fiel siempre á la verdad la expone sin disfraz, y de manera que pueda servir de ejemplo; y sin descender á interpretaciones maliciosas, ni disimular los aciertos y yerros que se cometieron por los nuestros como por los enemigos. El único lunar, y no pequeño, que yo hallo en Mendoza está en el estilo: y los defectos de este proceden ya de afectacion, ya de negligencia é incorreccion. Por afectar mayor concision acumuló en un período cosas que pedian muchos: y para darlas mayor comprension dejó caer las copulativas; y usó con demasiada frecuencia modos de decir verbales, resultando desunido el lenguage. Doctísimo en las antigüedades, y las lenguas arábiga y griega procura siempre luzir su erudicion: y detiene el curso de su historia con digresiones sobre etimologias, y orígenes de pueblos, usos y costumbres; siendo tal su nimiedad en esta parte, que no nombra cosa alguna sin contar su alcurnia y demas circustancias. Por negligencia, ó por el poco tiempo que medio entre la reduccion total de los moriscos á fines de 1570, y la muerte de Mendoza acaecida en 1574 dejó su historia finalizada; pero sin haber hecho, á mi parecer, uso alguno de la lima. L. XXXII.

L. XXXII. De aqui provienen tantos paréntesis, que hacen confusa y desaliñada la locucion; tantas repeticiones no solo de unas mismas palabras, sino de ideas en una misma página; de aqui el hacer sus descripciones en tiempos y ocasiones, que en lugar de dar un desahogo al lector lo embarazan cortándole el hilo de los sucesos. Pudiéramos citar de todo muchos ejemplos: pero bastará decir, que dando al principio de su historia una razon muy prolija del nombre de Granada, y de sus dominadores hasta los tiempos de Felipe II. deja para el libro II. la descripcion del asiento de la ciudad y su comarca. Habiendo hablado en el libro IV. de las tres suertes de personas que hay en Sevilla, vuelve á lo mismo pocas páginas despues; y aqui intespestivamente, y con motivo de tratar de las grandezas de Sevilla, descifra la etimologia de España y sus primeros pobladores, acotando con Nono, poeta griego, Varron, Plinio, y Salustio; y ascendiendo, como el escritor cíclico griego, á los tiempos en que Baco con sus compañeros vino á poblar la España. Estas y otras menudencias, al paso que disminuyen la dignidad de la historia, hacen ver la poca economia del autor aun en las cosas mas triviales y sabidas de todos; y la prodigalidad en otras noticias tan fútiles é impertinentes para su asunto,

aunque no tan conocidas. Creemos con todo, atendida la gravedad de su juicio, que si hubiera revisado, pulido y limado su obra, la habria purgado de estos borrones. L. XXXIX.

Hemos dicho en la pág. 163 del tomo II. que el doctor Bartolomé Leonardo de Argensola no supo escribir en verso ni en prosa. La historia de la conquista de las islas Molucas fue cabalmente la que nos dió sobrado motivo para esta decision. Conocemos que disgustará á los que no disciernen entre los atavios de una historia, y los de una novela. Pero nosotros, como nos proponemos diversos fines en la lectura de obras de diferente composicion y caracter; no podemos menos de asegurar, que Argensola es por lo comun inverosimil en los razonamientos, y muy pintoresco y galano en las descripciones; y que su estilo da á la obra mas ayre de novela que de historia; defecto capital, que no puede encubrirse con cuantas bellezas encuentran en él sus apasionados y apologistas.

En la Expedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos, de don Francisco de Moncada, se ve un escritor que corre al igual de los acaecimientos. Su estilo no tiene aquel tinte profundo que caracteriza al de Mendoza: pero mas unido que el de este seria uno de los mejores para la

L. XXXII. historia, si lo hubiera castigado de las repeticiones, y cacofonias que lo desluzen. Moncada lleva tambien ventaja á Mendoza en la economia: ó no fue tan docto como este, lo que pudo serle una ventaja; ó si lo fue, tuvo la cordura de no hacer alarde de su erudicion, oportuna é inoportunamente. Junto esto con la vivazidad de sus descripciones, gravedad en las sentencias, y su ninguna afectacion, merece se le cuente entre los primeros historiadores nacionales.

Aunque don Carlos Coloma hubiese meditado y traducido á Tácito, si bien no siempre con acierto, no se advierten en sus Guerras de los Paises-bajos aquellos rasgos profundos, que penetran hasta el corazon; y aun en las reflexiones se observa mas aparato, ó menos naturalidad para introducirlas. En la narracion es harto desaliñado por la misma causa que Moncada, y Mendoza: y en medio de la propiedad de la diccion, el estilo no tiene la competente soltura, por haber dado mucha extension á los períodos. Pero refiere con sencillez, y con imparcialidad de juez, hechos en que se halló interesado como testigo y como parte.

Mayor atencion se ha llamado en todos tiempos la historia de la conquista, poblacion y progresos de la América Septentrional, por don Antonio Solis. Este escribió su

historia valiéndose de lo que halló fidedig- L. XXXII.
no en las de Francisco Lopez de Gomara, Antonio de Herrera, y Bernal Diaz del Castillo, y en otras relaciones y papeles particulares que juntó. Hecha la eleccion no debió malgastar el tiempo en refutar lo que en su sentir aseguraron infundadamente aquellos, y en especial Bernal Diaz; contra quien se le advierte alguna ojeriza, acaso porque no siendo mas que un soldado se arrojó á escribir lo que debia estar guardado para los cronistas; ó porque se destempla á vezes en quejas contra Hernan Cortes, cuyas hazañas cuenta Solis mas como panegirista que como historiador. Esta visible parcialidad rebaja no poco su mérito. Tambien lo disminuye su pasion á lo maravilloso. Buscar este donde no le hay, ó ponerlo en claro si le hubo, solo prueba la falta de juicio ó la ansia de ostentar penetracion é ingenio. Por lo que hace al estilo se sabe que el autor vivió en un tiempo en que se habia perdido el gusto á la bella naturalidad; y en que Mondejar encarecia como feliz destreza de Solis terminar en concepto todos sus períodos. Yo reconoceré con Mayans, que el estilo de Solis es siempre brillante: pero no puedo convenir con él en que toda la contextura de esta preciosa obra sea una tela finísima de oro puro: pues los muchos pensamientos falsos,

L. XXXII. triviales, pueriles, y aun poéticos que pudieran citarse, y de que hay una corta muestra en las Observaciones de don Francisco Antonio Angulo, publicadas recientemente en el Num. XXII. de la Miscelánea, hacen ver el oropel y la desigualdad de la trama. Como cada uno habla y escribe con alguna diferencia de los otros, y tiene su dialecto propio, segun reconoce Solis en el Prólogo, hizo bien en desistir de su primer intento de imitar á Tito Livio: pero no lo perdió tanto de vista, que no le siguiera en el empeño de multiplicar razonamientos sin necesidad, ni verosimilitud; y estos, por mas que diga don Nicolas Antonio, los hallo muy inferiores á los que merecieron con justicia la celebridad en los escritores antiguos y modernos. Yo tengo por inverosímiles casi todos los que pone directamente en boca de Cortés, y de los Caciques; sin excluir el celebrado, por mas igual, del senador de Tlascala Magiscatzin, y el mas conceptuoso del jovèn Jicotencal. Mas natural es y menos agudo en los indirectos. Por fin, reconociendo la superioridad de Solis sobre cuantos cultivaron su lengua en aquellos tiempos desgraciados, y aun su mayor correccion, que toca ya en refinamiento; no puede ocultarse que sus períodos, sin excéder los límites de una justa medida, la tienen á vezes visible-

mente simétrica, señaladamente al fin de los capítulos: y es preciso confesar que Solis es inferior á Mendoza, y aun á Moncada en penetracion y profundidad, y en el arte de escribir la historia. L. XXXII.

En la leccion anterior he observado que los Anales, las Memorias, y las Vidas son especies subalternas de la historia: y convendrá, antes de dar fin á este asunto, hacer acerca de ellas algunas observaciones que les son peculiares. Comunmente los Anales significan una coleccion de hechos, dispuesta por orden cronológico; y que sirve de materiales para la historia, sin poder aspirar á este nombre. Asi todo lo que se pide á un analista es que sea fiel, claro y completo.

Las Memorias denotan una composicion, en la cual el autor no pretende informar plenamente al lector de todos los hechos concernientes al período de que escribe, sino referir solamente los que él mismo ha llegado á saber, ó aquellos en que se halla personalmente interesado, ó los que ponen á las claras la conducta de algun personage, ó las circustancias de alguna accion que toma por asunto. Al que las escribe no se pide por tanto la profundidad en las indagaciones, ó la extension en las noticias que se exigen de un historiador. No está sujeto á las mismas leyes de una invariable dignidad y grave-

L. XXXII. dad. Puede hablar francamente de sí mismo: puede descender á anécdotas mas familiares. Lo que principalmente se requiere de él es que sea animado é interesante; y con especialidad que dé noticias curiosas y útiles, y que informe de algunas particularidades dignas de saberse. Esta composicion es muy alhagüeña para los que gustan hablar de sí mismos; y creen que todo aquello en que han tenido alguna parte es de singular importancia. No es de admirar por lo mismo que la viveza del ingenio frances haya por espacio de dos siglos derramado un diluvio de memorias; que por la mayor parte no son mas que agradables fruslerias.

De este caracter general, sin embargo, es preciso exceptuar algunas, particularmente dos: las Memorias del cardenal de Retz, y las del duque de Sully. Las Memorias de Retz, á mas del gusto con que se leen por su agradable y animada narracion, pueden dar mucha instruccion y mucho conocimiento de la naturaleza humana. Aunque su política es á vezes demasiado sagaz; con todo las Memorias de un declarado cabeza de partido, como lo era el cardenal, donde bosqueja tan cabalmente su caracter, y el de varios personages de su tiempo, pueden ser muy útiles á todos los lectores juiciosos. Las Memorias del duque de Sully, en el estado

en que se dieron á luz, son muy estimables; L. XXXII.
y merecen mencionarse con particular alabanza. No hay Memorias, que mas se acerquen á la utilidad y la dignidad de una historia cabal y legítima. Tienen tambien la especial ventaja de caracterizar hermosísimamente dos de los mas ilustres personages de su tiempo; el mismo Sully, uno de los mas hábiles y mas incorruptos ministros, y Henrique IV. uno de los mayores y mas amables príncipes de los tiempos modernos. Pocos libros conozco en que respire mas la virtud y el juicio, que en las Memorias de Sully; pocos, por lo mismo, mas propios para formar el entendimiento y el corazon de los que se destinan á los negocios públicos, y á figurar en el teatro político del mundo.

La biografía, ó los escritos de vidas, es composicion muy util; menos grave y formal que la historia, pero no menos instructiva acaso para el mayor número de los lectores: como que presenta la oportunidad de ver enteramente al descubierto los caracteres y temperamentos de los hombres grandes con sus virtudes y sus defectos; y hace conocer á estos mas extensa é íntimamente, que lo que permite el campo de la historia. Porque un biógrafo, como se extiende á darnos á conocer la vida privada del héroe, puede descender con propiedad á circustan-

L. XXXII. cias menudas é incidentes familiares: y para conocer su verdadero caracter sacamos mucha luz de las ocurrencias familiares, domésticas, y al parecer triviales de la vida privada; en la cual todos suelen obrar sin disfraz, y á impulsos de su genio. En esta especie de composicion tiene no poco mérito Plutarco: y á él se le debe gran parte del conocimiento que tenemos de varios de los mayores hombres de la antigüedad. El asunto es, á la verdad, superior á la manera; la cual se niega á toda belleza y elegancia particular. Se le ha tachado algunas vezes de falta de juicio y de exactitud: pero cualesquiera que sean sus defectos en esta parte, sus Vidas de los varones ilustres serán miradas siempre como un tesoro de instruccion apreciable. Es notable ademas por haber sido uno de los escritores mas humanos de toda la antigüedad; el que se deslumbra menos que muchos de ellos con las proezas inspiradas por el valor y la ambicion; y el que se complace en manifestarnos los hombres grandes en el mas delicado y delicioso punto de vista de su retiro y vida privada.

No debo dar fin á este asunto sin noticiar la grandísima mejora, que de algun tiempo á esta parte ha comenzado á haber en las composiciones históricas; á saber, una

atencion mas particular que antes á las leyes, costumbres, comercio, religion, literatura, y demas artículos que contribuyen á dar idea del espíritu y genio de las naciones. Ahora se cree ya oficio propio de un historiador habil mostrar las maneras, igualmente que los hechos y los acaecimientos: y seguramente el que desentraña el estado y la vida de los hombres, y pone en claro los progresos que va haciendo el entendimiento humano, es mas interesante y util, que el que solo nos da una razon individual de sitios y de batallas. L. XXXII.

LECCION XXXIII.

Escritos filosóficos-Diálogos-Cartas.

Historia ficticia.

En las dos lecciones antecedentes he hablado largamente de la historia por su dignidad, y á causa de que por la regularidad de su forma cae directamente bajo las leyes de la crítica. No dan tanto lugar á ella las demas composiciones en prosa.

Los escritos filosóficos no piden una larga discusion. Como el objeto conocido del filósofo es instruir; y como los que estudian, lo hacen para saber, y no por diver-

L. XXXIII. tirse; el estilo, la forma, y el vestido de estos escritos no son de mucha importancia: aunque no deben dejarse enteramente en olvido. Probablemente no logrará instruir á los lectores el que al mismo tiempo no procure empeñar su atencion, é interesarlos en el asunto por la manera de presentarlo. Las mismas verdades y raziocinios dichos de una manera árida y fria, ó con la competente elegancia y belleza, harán en nuestro entendimiento impresiones muy diferentes.

Es claro que todo escritor filosófico debe procurar la mayor claridad posible: y reflexionando en lo dicho antes sobre la claridad, tanto por lo que toca á las palabras como á la estructura de las sentencias, nos convenceremos facilmente de que su estudio pide una atencion grande á las reglas del estilo, y del arte de escribir. Ademas de la claridad se requiere en un filósofo mucha exactitud y precision. No debe emplear palabras de significado incierto, ni expresiones vagas, é indeterminadas: y para no variar de modo alguno la idea ha de evitar toda palabra en la apariencia sinónima.

Asi lo que debemos pedir á un escritor filosófico es, que sea claro y preciso: y como esto no impide, que pueda ser al mismo tiempo un escritor árido; debe procurar hermosear algo la composicion, para que sea agra-

dable y graciosa. Uno de los adornos mas útiles y agradables de que puede valerse un filósofo son las ilustraciones tomadas de los hechos, y de los caracteres de los hombres. Todo asunto moral y político las admite naturalmente: y siempre que pueda hacerse uso de ellas, producen por lo comun buenos efectos; pues diversifican la composicion; alivian el ánimo de la fatiga del raziocinio; y al mismo tiempo convencen mas que los razonamientos: porque sacan la filosofia del campo de la astraccion; y dan peso á sus especulaciones mostrando la conexion de estas con la vida real, y con las acciones de los hombres. L. XXXIII.

Los escritos filosóficos, á mas de un estilo limpio, pulcro, y elegante, admiten metáforas, comparaciones, y las demas figuras calmadas de la elocucion; que lisonjean á la fantasia, al paso que dan á las sentencias mayor claridad y fuerza. Debe ponerse, sin embargo, mucho esmero en que todos los adornos sean modestos; y no rayen jamas en floridos ó en hinchados: porque esto último parece tan mal en un filósofo; que mas bien se le perdonaria errarlo por una desnuda sencillez, que por unos adornos excesivos. Algunos antiguos, tales como Platon y Ciceron, nos han dejado tratados filosóficos escritos con bellísima elegancia. La afectacion

L. XXXIII. de estilo es una de las censuras, que de mucho tiempo á esta parte se han hecho con justicia á Séneca. Es muy apasionado de cierta brillantez relumbrante, de antítesis, y de agudezas. Al mismo tiempo es inegable que á vezes se explica con mucha viveza y energia; aunque su estilo, en general, está lejos de merecer que se imite. Eningles el célebre Tratado sobre el entendimiento humamano de Mr. Locke puede señalarse como dechado de la claridad y distincion del estilo filosófico con pocas ó ningunas apariencias de adorno: los escritos del Lord Shaftsbury, por el contrario, presentan la filosofia vestida de todos los adornos que le cuadran, y acaso con algun exceso.

Los escritos filosóficos se acercan á las obras de gusto cuando se escriben en diálogo; y llevan el tono de la conversacion. Bajo esta forma nos han dado los antiguos algunas de sus obras filosóficas: y varios de los modernos se han esforzado á imitarlos. El diálogo puede escribirse de dos maneras: ó como conversacion seguida, donde solo aparece el interlocutor, como lo hizo Platon; ó como relacion de una conversacion, donde el autor mismo se pone á dar cuenta de lo que pasó en la conversacion; lo que generalmente hizo Ciceron. Pero aunque la diferencia en estos métodos ocasione alguna

en la forma, la naturaleza de la composicion es sin embargo idéntica en el fondo; y está sujeta á las mismas leyes. L. XXXIII.

Un diálogo en cualquiera de estas dos formas sobre un asunto filosófico, moral, ó critico, si está bien manejado, ocupa un lugar distinguido entre las obras de gusto: y es mucho mas dificil en su ejecucion de lo que comunmente se imagina. No basta solo introducir diferentes personas, que hablen unas despues de otras: es necesario que en su natural y animada conversacion muestren su caracter, y las maneras que les sean peculiares; como lo harian si hablaran en realidad, poniendo en boca de cada una aquellos pensamientos y expresiones, que peculiarmente las distinguen entre sí. Un diálogo manejado de esta suerte, divierte y agrada al lector: pues poniéndolo entre los personages le presenta una vista hermosa y cabal del asunto de la conversacion, para que pueda mirarla bajo todos sus aspectos; y al mismo tiempo hace que se complazca con la pulidez de la conversacion, y con el descubrimiento progresivo de unos caracteres bien sostenidos. Asi un ingenio capaz de desempeñar esta composicion puede conseguir los dos fines de instruir y de agradar.

Pero la mayor parte de los escritores modernos de diálogos no tienen idea de está

L. XXXIII. composicion: y si se les quitan las fórmulas exteriores de conversacion, y de responder el uno á lo que el otro dice; es lo mismo que si hablasen en persona propia por el discurso de toda la obra. Presentan á Filoteo, por ejemplo: y este, ó el personage A, y el personage B despues de sus mútuos cumplimientos, y de admirar la hermosura de la mañana ó de la tarde, y la del pais que tienen á la vista, pasan á conferenciar sobre alguna materia de importancia: y el conocimiento que adquirimos en adelante, es que uno representa al autor, sugeto muy instruido sin duda, y de sanos principios; y que el otro es un hombre vulgar, á quien se presenta en la escena, para que poniendo algunas objeciones triviales haga mas completo el triunfo de aquel; y quede este mucho mas humillado, y por lo general convencido de su yerro. Con esta manera de escribir tan fria, é insípida, se hace mas visible la incapazidad del autor: pues teniendo solo la forma, y no el espíritu de la conversacion, el diálogo no sirve sino para interrumpir intempestivamente el asunto; cuando con mas paciencia leeríamos los raziocinios del autor en apoyo de sus principios, y refutacion de las objeciones contrarias, que la impertinente aparicion de dos personages, que en la realidad son uno solo.

Entre los antiguos sobresale Platon por la belleza de sus diálogos. La escena y las circustancias de muchos de ellos, estan pintadas con frescura. Los caracteres de los sofistas, con quienes disputó Sócrates, estan bien dibujados. El supo presentarnos una variedad de personages, y hacernos tomar parte en una conversacion verdadera, sostenida á vezes con mucho calor y espíritu á la manera socrática. En riqueza y belleza de composicion no hay escritor filosófico antiguo ni moderno, que le sea comparable. Solo puede reprehendérsele la excesiva lozania de su imaginacion, que llega algunas vezes á oscurecer su juicio: pues le arrastra frecuentemente á explicarse en alegorias, ficciones, é ideas, hijas del entusiasmo; y le eleva á las regiones aéreas de una filosofia misteriosa. A tiempos es mas poeta que filósofo. Pero aunque no nos edifique siempre con el asunto, nos divierte con la manera: y nos deja una idea profunda de la sublimidad de su ingenio. L. XXXIII.

Los diálogos de Ciceron, ó las conversaciones que refiere en varios de sus escritos filosóficos y criticos, no son tan animadas ni tan características como las de Platon. Sin embargo, algunos diálogos, y en especial el *del Orador*, son agradables: y estan bien sostenidos. Ellos nos presentan una conver-

L. XXXIII. sacion entre algunas de las principales personas de Roma antigua, seguida con franqueza, urbanidad, y decoro. El autor del elegante diálogo „de las causas de la corrupcion de la elocuencia," que anda entre las obras de Quintiliano, y á vezes entre las de Tácito; ha imitado felizmente, y acaso ha sobrepujado á Ciceron en esta manera de escribir. Luciano es un dialoguista de muchísimo mérito: aunque los asuntos de sus diálogos pocas vezes le dan título para que se le coloque entre los escritores filosóficos. El dió el modelo perfecto de un diálogo ligero y festivo. Todos sus escritos se distinguen por un caracter de ligereza junto con el de agudeza y penetracion. Su objeto principal fue poner á la vista las extravagancias de la religion pagana, y la pedantería de los filósofos de su tiempo: y no pudo haber tomado para este fin un método mas feliz, que aquel de que se valió en sus diálogos; especialmente en los de los dioses y los de los muertos, sazonados con una sátira chistosa. En esta idea de diálogos de los muertos le han seguido varios modernos. Fontenelle, en particular, ha dado por este estilo diálogos ingeniosos y agradables: pero en punto de caracteres, cualesquiera que sean los personages, todos en su pluma son franceses. A la verdad apenas hay cosa mas

dificil, que dar la debida propiedad y distin- L. XXXIII.
cion á los caracteres en el curso de un diálogo moral: pues la calma de la conversacion no suministra para presentarlos en su verdadero punto de vista aquellos auxilios, que acarrean la accion de la escena y las situaciones interesantes del drama. Aun por esto son tan pocos los autores, que han sobresalido en la parte característica de los diálogos sobre asuntos serios. Uno de los que mas se distinguen en la lengua inglesa es el doctor Henrique Moore, escritor del siglo pasado, en sus diálogos teológicos sobre los fundamentos de la religion natural. Aunque su estilo es algo anticuado, y los interlocutores tienen la gravedad académica de aquellos tiempos; sin embargo la variedad en los caracteres y la viveza de la conversacion, superiores á las que se encuentran comunmente en esta clase de escritos, animan no poco el diálogo. Los del obispo Berkéley, sobre la existencia de la materia, no descubren los caracteres de los interlocutores: pero son un ejemplo del modo de hacer claro y perceptible un asunto astracto por una conversacion bien seguida.

Paso á hacer algunas observaciones sobre el escrito epistolar; el cual ocupa un lugar medio entre las composiciones serias y las entretenidas. El escrito epistolar parece

L. XXXIII. á primera vista de una extension indefinida: porque no hay asunto alguno, sobre el cual no se puedan comunicar al público los pensamientos en forma de carta. El Lord Shaftsbury, por ejemplo, Mr. Harris, y otros varios escritores ingleses han dado esta forma á sus tratados filosóficos. Pero no basta esto para colocar semejantes tratados en la clase de composicion epistolar. Aunque algunos lleven al frente el título de *Carta á un amigo*, vemos que á pocos renglones se pierde de vista á este: y el autor habla en realidad con el público. De esta naturaleza son las cartas de Séneca. No es de creer, que ellas fuesen una correspondencia verdadera: pues no son otra cosa que disertaciones varias sobre asuntos morales; las que el autor por su misma conveniencia puso en forma de cartas. Aun en una verdadera carta sobre algun asunto, dando los consuelos de la moral ó de la religion á una persona, como lo hizo el caballero Guillermo Temple escribiendo á la condesa de Essex sobre la muerte de su hija, puede el autor en semejantes ocasiones escribir enteramente como teólogo, ó como filósofo; y tomar irreprensiblemente su estilo y manera: pues que entonces contemplamos al autor, no como si escribiera una carta; sino como si compusiera un discurso acomodado particularmente á las circustan-

cias de la persona á quien lo dirige. Esto hace que tampoco puedan pedirse las calidades todas de una carta á La perfecta casada, de fr. Luis de Leon, dirigida por él á doña Maria de Varela y Osorio, para instruir no solo á ella, sino á todas las casadas en las obligaciones de su estado. L. XXXIII.

El escrito epistolar es composicion de distinta especie; y sujeta sola ó principalmente al conocimiento de la crítica, cuando es de una clase fácil y familiar; cuando es una conversacion por escrito entre dos amigos distantes uno de otro. Esta conversacion, bien manejada, puede ser muy agradable á las personas de gusto: y será mas apreciable, cuanto mas importante sea el asunto de las cartas. Aunque este no sea de mucha consideracion; puede sin embargo ser agradable por el espíritu y el tono de la correspondencia. Si las cartas estan escritas de una manera animada, y con soltura y gracia nativas, pueden ser entretenidas; especialmente si en ellas encontramos algo que nos interese en los caracteres de los que las han escrito. De aqui proviene la curiosidad, que ha manifestado siempre el público por las cartas de personages ilustres: porque en ellas esperamos descubrir alguna parte de su verdadero caracter. Seria sin duda una puerilidad esperar, que en las cartas nos franquee el autor

L. XXXIII. todo su corazon. En todo comercio se ocultan y disfrazan siempre los hombres mas ó menos. Pero con todo como las cartas de un amigo á otro son lo que mas se acerca á la conversacion; es de esperar que veamos mas descubierto su caracter en ellas, que en otras composiciones destinadas para el público. Nos complacemos en contemplar al escritor en una situacion desahogada; y que le permite dar rienda suelta á las efusiones de su corazon.

Por esta causa mucha parte del mérito y del agrado del estilo epistolar dependerá siempre del conocimiento mas ó menos íntimo, que nos dé del escritor. En él, mas que en parte alguna, buscamos al hombre, no al autor. El requisito primero y fundamental es, que sea natural y sencillo: porque la dureza y la afectacion de manera son tan violentas en una carta, como en una conversacion. Ni una ni otra impiden la viveza y el ingenio. Pero estas dotes son graciosas en las cartas, igualmente que en la conversacion, cuando no son estudiadas; cuando se usan á tiempo, y no se prodigan. Aquel que en una conversacion ó en una carta solo trata de brillar y deslumbrar, no agradará mucho tiempo. El estilo de las cartas no debe ser muy azepillado: basta que sea limpio y correcto: toda nimiedad acerca de las pala-

bras demuestra el estudio: y en las cartas deben evitarse con esmero los períodos armónicos, y una coordinacion visiblemente numerosa. Las mejores cartas son comunmente las que el autor ha escrito con mas facilidad. Siempre corre espontáneamente lo que sale del corazon, ó dicta la imaginacion: pero si no hay asunto capaz de inflamarlos, se descubrirá la violencia. De aquí es que las cartas de cumplimiento, de enhorabuena, de pésame, que han costado mucho trabajo al autor para componerlas, y que por lo mismo suele este mirarlas como sus obras maestras; jamas dejan de ser las mas insípidas y desagradables á los lectores. L. XXXIII.

Debe al mismo tiempo tenerse presente que la facilidad y sencillez, recomendadas en la correspondencia epistolar, no quieren decir un total descuido. Escribiendo al amigo mas íntimo se requiere, y asienta muy bien, alguna atencion tanto al asunto, como al estilo; por ser asi debido á nosotros mismos, y al amigo con quien nos correspondemos. La manera de escribir desaliñada y descuidada demuestra siempre poca atencion, y mucha falta de respeto. La libertad ademas de escribir cartas con desaliño suele hacer caer en algunas imprudencias. Asi el primer requisito, tanto en la conversacion, como en la correspondencia, es atender á to-

L. XXXIII. do lo que pide el decoro de nuestro caracter, y el de los demas. Puede permitirse, con todo, y disimularse en la conversacion una expresion imprudente: pero cuando tomamos la pluma en la mano; debemos tener presente, que *littera scripta manet*, „lo escrito permanece."

Las cartas de Plinio son una de las colecciones mas celebradas, que nos han dejado los antiguos en el género epistolar. Es cierto que son elegantes y cultas; y que dan una idea muy agradable y amable del autor: pero, segun la frase vulgar, huelen demasiado á aceyte. Son demasiado elegantes y finas: y no es fácil dejar de pensar; que el autor tenia puestos los ojos en el público, cuando aparentaba que escribia solo á sus amigos. A la verdad lo mas dificil á un autor, que publica sus cartas, es desprenderse enteramente de la opinion que formará de ellas el público: y no logrando esto, carecerá en gran parte del agrado que tendria un hombre de sus talentos, si sin este freno se pusiese á escribir á su íntimo amigo.

Las cartas de Ciceron, aunque no tan pomposas como las de Plinio, son bajo muchos respectos de un precio muy superior; y la coleccion mas apreciable de cartas, que tenga lengua alguna. Son cartas sobre asuntos verdaderos, escritas á los primeros hom-

bres de su tiempo, compuestas con pureza y elegancia; pero sin la menor afectacion: y, lo que aumenta mucho su precio, escritas sin intencion de publicarlas. Se sabe que Ciceron jamas guardó copias de sus cartas: y que al cuidado de su liberto Tiron debemos enteramente la amplia coleccion, que despues de su muerte hicieron de las que nos quedan; y que llegan á cerca de mil. Así aparece de la carta v. del libro 16 á Atico, escrita un año ó dos antes de su muerte; en la cual, y en respuesta á algunas preguntas que Atico le hizo acerca de sus cartas, le dice que no guardaba copias; y que Tiron tenia solamente cerca de setenta de ellas. Contienen los materiales mas auténticos de la historia de aquella edad: y son los últimos monumentos que nos quedan de Roma libre; por haberse escrito la mayor parte de ellas en la importante crisis, cuando la república estaba ya para arruinarse; situacion la mas interesante acaso que presentan las historias. Ciceron abre con entera libertad su corazon á sus amigos íntimos, y especialmente á Atico. En el discurso de su correspondencia con otros nos hace conocer varios de los principales personages de Roma: y es de notar, que los mas de los corresponsales de Ciceron son, como él, escritores elegantes y pulcros: lo cual sirve para realzar la

L. XXXIII.

L. XXXIII. idea que tenemos del gusto, y de las maneras de aquel tiempo.

La mejor coleccion de cartas en ingles es la de Mr. Pope, del dean Swift, y de sus amigos, publicada en parte entre las obras de Pope, y en parte en las del dean Swift. En esta coleccion, en general entretenida y agradable, se descubre mucho espíritu é ingenio. Sin embargo no está enteramente libre del demasiado estudio y refinamiento, que he imputado á las cartas de Plinio. Entre las cartas de esta coleccion se encuentran muchas escritas con facilidad y con sencillèz bella. Las del dr. Arburnoth, en particular, merecen todas este elogio. Las del dean Swift carecen tambien de afectacion: y presentan su caracter con todos sus defectos; aunque por el honor debido á su memoria seria de desear, que sus editores no hubiesen publicado hasta las hezes de su correspondencia epistolar en las muchas ediciones, que sucesivamente han hecho de sus cartas. Algunas de las del lord Bolingbroke, y del obispo Atterbury son magistrales. Las mas censurables por su manera artificial son las del mismo Pope. En ellas hay visiblemente mas estudio; y menos naturalidad y sentimiento, que en las de algunos de sus corresponsales. Se habia formado por la manera de Voiture; y tenia una pasion grande á

manifestar su genio. Sus cartas á damas estan escritas con mucha afectacion. Aun escribiendo á sus amigos ¡qué violenta introduccion es la siguiente de una á Mr. Addisson! „Me alegro mas de que hayais vuelto; que lo que me alegraria la vuelta del Sol en este melancólico tiempo de lluvias: pero su hado, como el vuestro, es ser desagradable á los buhos, y á los inmundos animales, que no pueden soportar su brillo." ¡Qué cumplimiento tan formal es el que hace al obispo Atterbury! „Aunque ha pasado ya el ruido, que tenia alborotado al público; me atrevo á decir, que estais aun trabajando en su bien: como el Sol en el invierno, cuando parece que se aleja de nuestro orizonte, está preparando el calor y las bendiciones para una mejor estacion." Esta sentencia pudiera tolerarse en una arenga: pero no asienta bien en el estilo de una correspondencia amistosa. L. XXXIII.

La jovialidad y la vivazidad de los franceses se han descubierto ventajosamente en las cartas, de que tienen algunas colecciones divertidas. Los mas célebres escritores de ellas en el siglo XVII. fueron Balzac y Voiture. La reputacion de Balzac declinó, á la verdad, muy pronto, á causa de sus períodos hinchados, y estilo pomposo. Pero Voiture continuó por largo tiempo siendo el au-

L. XXXIII. tor favorito. En su manera demasiado relumbrante muestra mucha agudeza y gracia para chanzearse inocentemente. Pero el ahinco que pone en luzir su genio, quita á sus cartas casi todo el agrado que pudiera causar. Las de madama Sevigné pasan ahora por el modelo mas acabado de la correspondencia epistolar. Es lástima que rueden en gran parte sobre fruslerías; como son los incidentes del dia y las noticias de la corte: y que esten llenas de cumplimientos extravagantes, y de expresiones de ternura á su hija. Con todo estan escritas con tal viveza; su narracion es tan fácil y variada; tienen tantas pinceladas tan animadas, y un colorido tan fresco; y estan tan exentas de toda afectacion, que son acreedoras de justicia á los mayores elogios. Las cartas de la inglesa Maria Wortly Montague no desmerecen nombrarse despues de las de madama Sevigné: porque tienen mucha parte de la facilidad y vivazidad francesa; y conservan acaso mas caracter epistolar, que cuantas se han publicado en idioma ingles.

Ningun pais de la Europa posee una coleccion de cartas tan antigua y apreciable como la España en el *Centon epistolario* del bachiller Hernan Gomez de Ciudad Real, médico de don Juan el II. Ademas del mérito de hallarse en ellas la historia secreta

de aquel interesante reynado; tienen el de estar escritas con aquella donosa naturalidad, que los franceses llaman *naiveté*; y que ayuda tanto á descubrir el fondo de los caracteres. Su lenguage anticuado, sin ser embarazosa ni desaliñada la locucion, les añade cierta sazon que las hace mas agradables. Las cartas de Gonzalo de Ayora escritas en 1503 al rey Católico y á su secretario Miguel Perez de Almazan, ademas de ser interesantes para la historia militar, tienen propiedad en el lenguage, franqueza en el decir, y jugo en los conceptos. La edicion de estas cartas en 1794 fue sin duda dictada por las circustancias de hallarse entonces la España en guerra con Francia; pues se limitó casi del todo á las que hablan de la guerra, que en el Rosellon hicieron los franceses al rey Católico. Por esto acaso se omitió en la coleccion la insercion de otras; que si no son tan interesantes á la historia por tratar de asuntos domesticos y personales, serian mas útiles á la literatura por la mayor fluidez y nobleza en el estilo. Esto se advierte palpablemente en la carta XIII. de 22 de Setiembre de 1512, (que está inserta en la coleccion, sin embargo de tratar en ella de asuntos domesticos y personales, y de la guerra de Navarra, y no de la del Rosellon) y aun mas en la de 17 de Julio

L. XXXIII. de 1513 al mismo secretario Almazan, copiada en las noticias para la vida y escritos de Ayora, que preceden á la misma coleccion. Cuando se encuentran cartas de las prendas que tienen las de Ayora, convendria publicarlas todas; por lo que conducen á la historia de nuestra literatura, y á la mejora de este género de escrito, mirado generalmente con negligencia y por de poca importancia. Asi lo han hecho los franceses con las de madama Sevigné: y los ingleses se proponen hacer lo mismo con las recientemente descubiertas de Lady Montagú. No son de tanto precio las cartas de Hernando del Pulgar por la mayor pompa de erudicion, y el ayre magistral que toma en ellas. Con corta diferencia puede decirse lo mismo de las dos de mosen Diego Valera á don Juan el II. Las cartas del bachiller Pedro de Rua al obispo Guevara son demasiado retóricas para ser buenas en calidad de tales. La grande alma de santa Teresa de Jesus, su indulgente austeridad, y su amabilidad y jovialidad religiosas se muestran ventajosamente en sus cartas, obra de su corazon y entendimiento varonil. Quevedo, desigual en sus obras serias y bajo en las jocosas, apasionado de los equivoquillos y retruécanos, y de un estilo empedrado de cláusulas contrastadas, tiene casi todos estos de-

fectos en sus cartas á diferentes sujetos. So- L. XXXIII.
lis ignoraba que en las cartas tienen menos lugar que en otra composicion los conceptos: y se dolia, cuando se le desparecian algunos en las suyas á don Alonso Carnero. Con todo, guarda en ellas en general una sencillez y naturalidad; que no eran de esperar de su siglo ni de su pluma.

Resta tratar de otra especie de composicion en prosa; la cual comprehende una numerosísima, y en general poco importante clase de escritos, conocidos con el nombre de romances y novelas. Estas pueden parecer á primera vista demasiado fútiles para dar de ellas una noticia particular. Pero yo no pienso de este modo. Fletcher de Salton, en uno de sus Tratados, cita como dicho de un sabio, que mas quisiera haber compuesto todas las cantigas de una nacion, que haber hecho sus leyes. Este dicho se funda en la reflexion, y el juicio; y se aplica de suyo al asunto que tenemos presente: porque un escrito cualquiera, por despreciable que sea en la apariencia, si logra una estimacion general, y especialmente si preocupa desde luego la imaginacion de los jóvenes de ambos sexos, merece una atencion particular: pues su influjo será probablemente grande, tanto en lo moral, como en el gusto de una nacion.

En efecto se puede hacer uso de las his-

L. XXXIII. torias ficticias para varios fines, y todos muy útiles. Ellas son unos de los mejores canales para comunicar la instruccion, para pintar la vida y las maneras de los hombres, para mostrar los yerros á que nos arrastran nuestras pasiones, y para hacer amable la virtud y odioso el vicio. Todo esto se consigue mejor con historias bien imaginadas, que por medio de una instruccion sencilla y desnuda. Por esto vemos que los hombres mas sabios de todas las edades, se han valido mas ó menos de las fábulas y ficciones, como de vehiculos de los conocimientos; y que las han hecho siempre la basa de la poesia épica y dramática. Por tanto no es para despreciarse la naturaleza de estos escritos, sino su ejecucion defectuosa. Bacon se vale del gusto que tenemos por la historia ficticia, como de una prueba de la grandeza y dignidad del entendimiento humano. Observa muy ingeniosamente, que los objetos de este mundo, y los rasgos comunes de los negocios diarios no llenan el ánimo; ni le dan entera satisfaccion. Buscamos alguna cosa que ensanche mas el corazon: apetecemos hechos mas heroycos y brillantes, acaecimientos mas variados y maravillosos, un orden de cosas mas espléndido, una distribucion mas regular y justa de recompensas y castigos que la que estamos viendo: y no hallando estas cosas

en las historias verdaderas, recurrimos á las ficticias. Creamos mundos conforme á nuestra fantasia para lisonjear nuestros vastos deseos: *accommodando*, dice aquel gran filósofo, *rerum simulacra ad animi desideria, non summittendo animum rebus, quod ratio facit et historia*: „acomodando las apariencias de las cosas á los deseos del corazon; y no sometiendo el ánimo á las cosas, como lo hacen la filosofia y la historia." Puesto pues que el asunto no carece de dignidad ni utilidad, pasemos á hacer algunas pocas observaciones sobre el origen y los progresos de la historia ficticia, y sobre las diferentes formas que ha tomado en diversos paises. L. XXXIII.

En todos hallamos que su origen es muy antiguo. El ingenio de las naciones orientales, en particular, desde los primeros tiempos, fue muy inclinado á la invencion y al amor de la ficcion. Su teologia, su filosofia y su política estaban disfrazadas en fábulas y parábolas. Los indios, los persas y los árabes fueron todos famosos por sus cuentos. Los entretenimientos de las noches árabes son obra de una invencion romancesca, pero de una imaginacion rica y divertida; que exponen singular y curiosamente las maneras y los caracteres; y los hermosean con una moralidad muy humana. Los antiguos griegos tenian sus cuentos jonios y milesios, que ya

L. XXXIII. han perecido; pero segun la idea que nos ha quedado de ellos, aunque hijos de una imaginacion lozana, estaban llenos de oscenidades. Aun nos quedan algunas historias ficticias, compuestas en la decadencia del imperio romano por Apuleyo, Aquiles Tacio, y Heliodoro obispo de Trica en el siglo IV: pero ninguna de ellas es de tanta importancia, que merézca una crítica particular.

En los siglos bajos tomó esta especie de composicion una forma nueva y muy singular; en la cual figuró por mucho tiempo en el mundo. El espíritu marcial de las naciones gobernadas por el sistema feudal, el restablecimiento de los duelos, como de un método laudable para decidir las causas de justicia y honor, el señalamiento de campeones en defensa de las mugeres que no podian sostener sus derechos con la espada, junto con la institucion de los torneos militares, en que competian unos reynos con otros; dieron origen en aquellos tiempos á aquel sistema maravilloso de caballeria, una de las mas singulares invenciones que presenta la historia del género humano. En esto se fundaron aquellos romances de caballeria andantesca; que presentaron una caballeria ideal en una elevacion aun mas extravagante, que la que tuvo en realidad. Ellos nos ponian á la vista un mundo nuevo y muy maravilloso, ape-

nas semejante en nada al que habitamos. No solo encontramos caballeros errantes, que salian á enderezar todas maneras de tuertos; sino que en cada página hallamos mágicos, dragones y gigantes, hombres invulnerables, caballos alados, armaduras y castillos encantados; aventuras absolutamente increibles, pero acomodadas á la grosera ignorancia de aquellas edades, y á las leyendas é ideas supersticiosas tocante á la magia y nigromancia que entonces dominaban. Tuvieron el mérito de estar escritos con una moral muy elevada y heroyca. Los caballeros eran dechados no solo de valor, sino de religion, generosidad, cortesia y fidelidad: y las heroinas se distinguian no menos por su modestia y delicadeza, que por la mayor dignidad de maneras. L. XXXIII.

Estas fueron las primeras composiciones, que recibieron el nombre de romances. El erudito obispo de Abranches, Huet, refiere este nombre á los trobadores provenzales; especie de historiadores y bardos de la Provenza, que nos conservaron algunos restos de literatura y poesia. El lenguage que prevaleció en este pais fue una mezcla de latin y de galo, llamado lenguage romano ó romance: y escritas en él estas historias las dió el nombre de romance, que aplicamos ahora á todas las composiciones ficticias.

L. XXXIII. El mas antiguo de aquellos romances es el conocido con el nombre de Turpin, arzobispo de Rheims, escrito en el siglo XI. El asunto es las proezas de Carlo-magno, y de sus pares ó paladines arrojando á los sarrazenos de Francia y parte de España: proezas, que tomó por asunto Ariosto en su celebrado poema de Orlando furioso; el cual es verdaderamente un romance caballeresco, tan extravagante como todos los demas, pero en parte heroyco y en parte cómico, y hermoseado con las mas delicadas gracias de la poesia. El romance de Turpin fue seguido de Amadis de Gaula, y muchos mas del mismo cuño. Las cruzadas dieron nueva materia; y animaron de nuevo el espíritu para semejantes escritos. Los cristianos combatiendo con los sarrazenos fueron el asunto que tuvieron comunmente todos: y desde el siglo XI. hasta el XVI. siguió encantando este asunto á toda la Europa. En España, donde fue mas antiguo y general el gusto á esta clase de escritos, contribuyó mucho á extinguirlo el ingenioso Cervantes al principio del siglo XVII.: y la abolicion de los torneos, la prohibicion de los duelos, y la mudanza general de las maneras en Europa, comenzaron á dar nuevo giro á las composiciones ficticias.

Entonces aparecieron la Astrea de Urfé,

el Gran Ciro, y la Clelia y Cleopatra de madama Scudéri, la Arcadia de Felipe Sidney, y otras composiciones graves y magestuosas por el mismo estilo. Estas pueden considerarse como el segundo estado de los romances. Conservaron aun el heroismo, la galanteria, y el tono moral y virtuoso de la caballeria romancesca: pero se desterraron de ellos los dragones, los nigrománticos, y castillos encantados; y comenzaron á tomar alguna semejanza con la naturaleza humana. Sin embargo conservaron aun mucho de lo maravilloso; para que puedan agradar en un tiempo, en que se aspira al refinamiento. Los caracteres eran conocidamente violentos, el estilo hinchado, las aventuras increibles; y las obras mismas por su demasiado volumen se hacian muy empalagosas. L. XXXIII.

De aqui esta composicion tomó luego una tercera forma; y de romance heroyco y magnifico vino á parar en novela familiar. Estas novelas asi en Francia como en Inglaterra, en tiempo de Luis XIV. y Cárlos II. fueron en general de poca importancia, sin tendencia moral ó instruccion util. Desde aquel tiempo, sin embargo, se trató de mejorarlas; y se fue haciendo alguna reforma en su espíritu. Tomose por objeto principal imitar la vida y los caracteres. Se cuidó de hacer la pintura de la conducta de algunos

L. XXXIII. personages, puestos en situaciones particulares é interesantes, tales como las que se ofrecen en la vida; por medio de las cuales se manifestase y presentase con utilidad lo laudable ó defectuoso de sus caracteres. Por este plan han dado los franceses algunas obras de bastante mérito. El Gil Blas compuesto, imitado, ó si se quiere traducido por le Sage, es obra de mucho buen sentido; y manifiesta que su autor conocia bien el mundo. Las obras de Marivaux, especialmente su Mariane, descubren pensamientos refinados, y mucha penetracion de la naturaleza humana: y pintan con bastante delicadeza algunas de las sombras y facciones mas sutiles, que sirven para distinguir los caracteres.

Es preciso confesar que en esta clase de escritos los ingleses son muy inferiores á los franceses. Ni refieren tan agradablemente; ni dibujan los caracteres con tanta delicadeza: con todo no faltan entre ellos obras, que descubren la energia del ingenio ingles. En ninguna lengua hay ficcion tan bien sostenida, como la de las Aventuras de Robinson Cru-soe; el que no debe confundirse con el nuevo Robinson, que tenemos en castellano. Al paso que aparenta una verdad y una sencillez, que se apoderan de la imaginacion de todos los lectores; suministra una instruccion utilísima, haciendo ver que el hombre que

pone en ejercicio sus talentos, puede ven- L. XXXIII.
cer las dificultades al parecer insuperables de su situacion. Las novelas de Fielding estan escritas con gracejo; el que, aunque no muy delicado y acendrado, es original y propio suyo. Los caracteres estan dibujados con alma y naturalidad, y señalados con los toques de un pincel atrevido: todas sus historias tienen por fin la humanidad y la bondad del corazon: y en *Tomas Jones*, su obra principal, son muy dignas de elogios la artificiosa conducta de la fábula, y la subordinacion de todos los incidentes al desenredo de la trama. El mas moral de todos los escritores de novelas es Richardson; el que á sus excelentes intenciones juntaba una capazidad y un ingenio grandes. Aunque la extension de su Pamela, y sobre todo de su Grandisson y su Clara, parezca demasiada para obras de entretenimiento; se halla en su lectura que los pormenores son todos, ó precisos ú oportunos para poner mas en claro y diseñar con mas fuerza los caracteres. La multiplicidad de estos, siempre bien sostenidos, y siempre distintos entre sí, aunque á vezes solo con matizes que les dan mayor realze, el interes y los afectos que inspiran, y que van siempre en aumento, la verdad que aparece en la narracion, y el tono mismo epistolar que da á estas historias

L. XXXIII. el calor de una conversacion animada entre actores ó espectadores interesados en la escena; son todas prendas, que prueban la inagotable fecundidad del autor, sus profundos conocimientos en la filosofia de las costumbres y del corazon humano, y su destreza en escudriñarlo, y poner en claro sus senos mas retirados y escondidos. A mas de estas ventajosas dotes, que por sí solas bastan para recomendar las novelas de Richardson sobre todas las morales, se puede asegurar que Grandisson es el modelo ideal de la hombria de bien, de la generosidad, de la amistad, y demas virtudes sociales; y que Clara en su mayor humillacion presenta con todo su lustre el triunfo de la virtud sobre las tramas de los mayores malvados. Los de mucho ingenio, los que gusten de ver muy empeñado al autor en el enredo y desenredo de la máquina, los que esten dotados de una atencion bien intensa, y que sin el auxilio de la variedad puedan conservarla despierta; los que se penetren profundamente de los rasgos sentimentales, y por una viva simpatia se ponen en el lugar de los actores, se complacerán siempre con nuevo deleyte en la lectura de Clara. Los que deseen mayor variedad, riqueza, y aun magnificencia en la escena, preferirán tal vez la de Grandisson: y la imperturbable integridad de este, la

ternura de la cándida Emilia, la gravedad pundonorosa de Henriqueta, y la sensibilidad de la severa Clementina interesarán siempre á todos los lectores. L. XXXIII.

Las obras triviales que salen diariamente al público con el título de vidas, aventuras, é historias por autores anónimos, si á vezes inocentes, son por lo comun muy insípidas: y aunque pueden divertir é instruir las novelas, en que sin extravagancias ni liviandades se pinten caracteres conformes á los que se hallan en la sociedad; mas sirven para fomentar la disipacion y el ocio, que para hacer bien alguno.

La mayor parte de las composiciones que la literatura española ofrece en este género, puede justamente tacharse de semejante defecto. Son infinitas las que inundaron nuestra nacion en los siglos XVI. y XVII.; pero pocas, poquísimas, las que han logrado el aprecio de los inteligentes; y que probablemente llegarán á la posteridad. Clasificadas por el objeto que se proponen las novelas, unas son de imaginacion, otras de sentimiento, otras puramente de costumbres: y en algunas se encuentran tambien desempeñados á un tiempo todos estos fines. Pero los españoles las encaminaron mas á sorprender el espíritu con la variedad de los sucesos y lo inesperado de los lances, que á tocar el co-

L. XXXIII. razon con la pintura de los afectos, ó á corregir la conducta con la de las costumbres.

Las invenciones caballerescas, que por tanto tiempo fueron el pasto de la ociosidad, deben por su antigüedad ocupar el primer lugar en esta clase; de que la fantasia española dió una cosecha aun mas abundante que otras naciones. Estas novelas fenecieron ya: otro gusto, otra razon, otras costumbres acabaron de sepultar en el olvido unos libros; á los que la aparicion del Quijote habia dado un golpe mortal: y apenas en la libreria de algun curioso erudito reposa en paz tal cual escrito de aquellos. Antes de su extincion total se presentó otro género de invencion enteramente opuesto; que fué la novela pastoril, á que dió principio el portugues Jorge de Montemayor con su Diana.

Esta novedad fue afortunada: pues la ficcion de Montemayor, reimpresa muchas vezes, continuada, imitada, y seguida por muchos escritores, tuvo una celebridad muy superior á su verdadero mérito. Su estilo en general dulce y apacible, algunos pocos versos buenos entre muchos malos, el episodio del moro Abindarraez expuesto con bastante interes y sensibilidad, no pueden á los ojos del gusto compensar la falta de unidad en la accion, la escasez de caracteres bien dibujados, la mezcla de las costumbres urba-

nas y campestres sin darlas su verdadero contraste, los incidentes y máquinas caballerescas opuestas á la simplicidad pastoril, y la insulsez y pobreza de los diálogos. Uno de sus continuadores, Gil Polo, dió á luz otra *Diana* mas sencilla en su invencion, menos natural en su estilo, mas abundante de buenos versos: y si el autor no hubiera conservado los encantos de la sabia Felicia, y hecho cantar á un rio en octavas pobrísimas y duras las alabanzas de poetas casi todos tan infelizes como ellas; podria tal vez aspirar á la primacia de este género entre los escritores de su tiempo: pero en el estado en que él la dejó está muy distante de merecer, que se la guarde como si fuera del mismo Apolo; juicio que aventuró Cervantes en el escrutinio de la librería de don Quijote, llevado del mal gusto del equivoquillo y del retruécano. Este fecundo é infatigable ingenio compuso la Galatea; que no llegó á la celebridad de las dos pastorales anteriores. Complicada con la excesiva riqueza de los episodios, afeada con el pedantismo insufrible de sus personages, y desluzida con una infinidad de versos malos, no pudo entonces, ni podrá jamas hacer valer la amena belleza que en partes tiene su estilo, y la fuerza de imaginacion que creó muchos de sus incidentes. Lope de Vega, Valbuena, L. XXXIII.

L. XXXIII. Galvez Montalvo, Suarez de Figueroa, y otros poetas escribieron tambien novelas de esta clase; todas hechas mas bien para depósitos de versos compuestos á diferentes asuntos, que con el fin de escribir una invencion pastoril; y todas alegorias de galanterias urbanas, distantes por lo mismo de la sencillez de los campos, y de la cultura de las ciudades.

A este género se añadió otro enteramente contrario; que fue la narracion de aventuras cómicas, sucedidas á hombres ridículos ó truhanes. Los chistes, las sales, la sátira amarga de las costumbres, las alusiones malignas, los lances festivos é inesperados constituyen las prendas esenciales de estas invenciones originariamente nuestras; y que limpias de la bajeza y groseria, que en partes las afean, y encaminadas á un fin moral mas determinado y seguro, pudieran hacer mucho honor á sus inventores. El *Lazarillo de Tormes*, *Guzman de Alfarache*, el *gran Tacaño*, y tal cual otra se leen todavia: y son las únicas que puedan mentarse, entre las muchas que entonces se escribieron.

Cervantes fue el único escritor, que supo hacer un libro clásico, de una invencion la mas ingeniosa que ha concebido el espíritu humano, de una lectura agradable, de una utilidad literaria, y de una consecuencia ver-

daderamente moral. Dos siglos que han pa- L. XXXIII.
sado desde la publicacion del don Quijote no han hecho otra cosa que aumentar su celebridad: y las naciones mas cultas de la Europa se complacen á porfia en admirarlo. Si hubiera conocido mejor su talento, y el valor de su inmortal produccion; habria excusado los dos ó tres episodios importunos y prolijos que insertó en ella, y unos cuantos lunares escapados á su negligencia; y que pudieron corregirse con solo un rasgo de pluma.

A su ejemplo quiso en este siglo el jesuita Isla arrojar de los púlpitos á los predicadores ridículos, indignos de ocuparlos. La historia de fr. Gerundio manifiesta en partes ingenio, y gracejo en el escritor: pero desnuda de gusto, escasa de gracias, fastidiosa en sus digresiones, y atestada de una erudicion importuna y defectuosa, está muy distante de poder sostener la comparacion con la obra bellísima que trató de imitar.

Los cuentos, ó novelas cortas, forman en este ramo de literatura una division separada; no tanto por la diferencia del asunto y del objeto que se proponen, cuanto por la diversidad de proporciones á que tienen que ajustarse. Cervantes es quien entre nosotros obtiene la primacia en ellas: y sin duda esta preferencia es de justicia, atendien-

L. XXXIII. dose á la pureza y facilidad de la diccion, á la pintura de ciertos caracteres y ciertas costumbres, y á la estrecha observancia de las conveniencias. Mas son generalmente tan poco interesantes los lances, y hay sobre todo tan poco calor en la parte de los afectos; que las novelas ejemplares del autor del Quijote, á pesar de sus buenas prendas, se caen de las manos de los hombres de gusto.

La imaginacion española, que se dedicó con tanto ahinco á esta clase de composicion en los dos siglos anteriores, ha descansado enteramente en este; dejando el cuidado de entretener la ociosidad á los traductores, que nos han inundado y todavia nos inundan con el diluvio de novelas extrangeras. La mayor parte de ellas han sido malamente traducidas: y á excepcion de tres ó cuatro, que serán eternas por su belleza y sus fines, las demas no merecian ni aun el trabajo ligero y superficial empleado en volverlas á nuestra lengua.

LECCION XXXIV.

Naturaleza de la poesia, su origen y progresos.

Versificacion.

He dado fin á mis observaciones sobre las diferentes especies de escritos en prosa. Lo que falta es tratar de las composiciones poéticas. Antes de examinar ninguna especie en particular, servirá esta leccion como de introduccion á la poesia en general. En ella trataré de su naturaleza: daré razon de su nacimiento y origen: y haré algunas observaciones sobre la versificacion, ó los números poéticos.

Será la primera investigacion, ¿qué es poesia? ¿y en qué se diferencia de la prosa? La respuesta á esta cuestion no es tan facil como pudiera imaginarse al principio: porque los críticos se han dividido, y han disputado mucho tocante á la definicion propia de la poesia. Algunos han hecho consistir su esencia en la ficcion: y sostienen esta idea con la autoridad de Platon, y de Aristóteles. Pero esta es ciertamente una definicion incompleta: porque aunque la ficcion puede tener gran parte en muchas composiciones; sin embargo, hay muchos puntos

L. XXXIV. que sin ser fingidos pueden ser propios de la poesia: como cuando el poeta describe objetos reales, ó expresa los verdaderos sentimientos de su corazon. Otros han hecho consistir la esencia de la poesia en la imitacion: pero esto es una cosa muy general; porque otras varias artes imitan igualmente que la poesia; y en la prosa mas humilde se puede hacer una imitacion de las maneras, y de los caracteres de los hombres, tan bien como en el tono poético mas elevado.

La poesia segun la definicion mas exacta y cabal que á mi parecer puede darse, es el lenguage de la pasion ó de la imaginacion animada, formado por lo comun en números regulares. El orador, el historiador, el filósofo hablan por la mayor parte y primariamente al entendimiento: su fin directo es informar, persuadir, ó instruir: pero el fin primario de la poesia es agradar ó mover; y por esto habla á la imaginacion, ó á las pasiones. Puede, y debe, á la verdad, tener la mira de instruir y corregir: pero hace esto indirectamente, y agradando ó moviendo. Se supone el ánimo del poeta avivado por algun objeto interesante; que inflama su imaginacion, ó conmueve su corazon; y que de consiguiente comunica á su estilo una elevacion peculiar acomodada á sus ideas, y muy diferente de aquel tono de expresion natu-

ral al hombre en su estado del alma ordinario. He añadido en la definicion, que este lenguage de las pasiones, ó de la imaginacion se forma, *por lo comun*, en números regulares; á causa de que aunque la versificacion, en general, es el distintivo exterior de la poesia; algunos versos tienen sin embargo una forma tan vaga y familiar, que apenas se distinguen de la prosa, tales como los versos de las comedias de Terencio: y hay tambien una especie de prosa tan mesurada en su cadencia, y de un tono tan elevado, que se acerca muchísimo á los números poéticos; tal como la del Telemaco de Fenelon, y de la traduccion inglesa de Osian. La verdad es que el verso y la prosa se tocan y confunden en algunas ocasiones, como la luz y las sombras; y que apenas es posible determinar los verdaderos límites, donde acaba la poesia, y comienza la prosa: ni es necesario ser muy precisos en esta parte, siempre que se entienda bien la naturaleza de cada una. Estas son unas nimiedades de la crítica, que no merecen discusion particular. La verdad y exactitud de la definicion que he dado de la poesia aparecerán mas claramente por la razon, que voy á dar ahora de su origen: y la cual dará mucha luz á lo que he de decir despues tocante á sus diferentes especies. L. XXXIV.

L. XXXIV. Los griegos, siempre amigos de atribuir á su nacion el origen de todas las ciencias y artes, han adjudicado el origen de la poesia á Orfeo, Lino, y Museo. Estos fueron acaso los primeros bardos, que se distinguieron en la Grecia: pero hubo poesia mucho antes de que hubiese noticia de tales nombres, y entre gentes donde jamas fueron conocidos. Es grande error imaginar, que la poesia y la música son artes que pertenezcan solo á las naciones civilizadas: pues tienen su fundamento en la naturaleza del hombre; y pertenecen á todas las naciones, y á todas las edades: aunque semejantes á las demas artes, que tienen el mismo fundamento, han sido mas cultivadas, y por un conjunto de circustancias favorables llevadas á mayor perfeccion en unos paises que en otros. Para indagar el origen de la poesia es preciso que recurramos á los desiertos, y los bosques; que volvamos la atencion á la edad de los cazadores y los pescadores, á la mas remota antigüedad, y á las formas mas sencillas de las maneras entre los hombres.

Se ha dicho muchas vezes, y es el voto unánime de toda la antigüedad, que la poesia es mas antigua que la prosa. Pero no siempre se ha dado la verdadera inteligencia á esta, al parecer, extraña paradoja. Ja-

mas hubo ciertamente un tiempo, en que los hombres en sociedad conversasen entre sí en números poéticos. Es facil imaginar que las primeras familias se comunicarian en prosa la mas humilde y escasa las necesidades y menesteres de la vida. Pero desde el principio de las sociedades habria ocasiones en que se juntarian para fiestas, sacrificios, y juntas populares: y en tales ocasiones es bien sabido, que la música, el canto, y la danza son su principal divertimiento. En la América es donde principalmente hemos tenido oportunidad de conocer al hombre en su estado salvaje: y por las relaciones particulares y conformes de los viajeros sabemos, que entre todas las naciones de aquel vasto continente, especialmente en las del norte, la música y el canto encienden en gran manera su entusiasmo; y reynan en todas sus reuniones: y que los que mas se señalan en estas ocasiones son los jefes, que celebran sus ritos religiosos con cánticos. En estos se lamentan de sus calamidades públicas y privadas, de la muerte de los amigos, ó la pérdida de los guerreros: manifiestan su regocijo por sus victorias, celebran las hazañas de su nacion, y de sus héroes; y se alientan mutuamente á ejecutar proezas en la guerra, ó á sufrir la muerte y los tormentos con imperturbable constancia. L. XXXIV.

L. XXXIV. Asi los primeros rudimentos de las composiciones poéticas se encuentran en aquellas toscas efusiones, que el entusiasmo de la fantasia, ó de las pasiones sugeria á los hombres rudos excitados por acaecimientos interesantes, ó por su reunion en las concurrencias públicas. Dos particularidades distinguirian desde luego este lenguage del canto, de aquel en que conversaban en su trato ordinario; á saber, una desusada coordinacion de las palabras, y el uso de las figuras grandiosas del habla. Ellos invertirian las palabras; ó de aquel orden en que se colocan comunmente las harian pasar al que era mas acomodado á la imaginacion del que hablaba, ó que convenia mas á la cadencia de la pasion que le movia. Bajo el poderoso influjo de una conmocion fuerte los objetos no nos parecen lo que son en realidad, sino lo que los hace parecer la pasion. Engrandecemos y exajeramos: queremos que todos se interesen en lo que nos conmueve: comparamos las cosas menores con las mas grandes: hablamos á los ausentes, como si estuvieran presentes; y aun nos dirijimos á las cosas inanimadas. De aqui, en conformidad con los movimientos del ánimo, nacen aquellos jiros de expresion, que distinguimos ahora con los doctos nombres de hipérbole, prosopopeya, simil &c.; pero que no son

otra cosa, que el lenguage nativo de la poesia entre las naciones mas bárbaras. L. XXXIV

El hombre es poeta y músico por naturaleza. El mismo impulso que promovio el entusiasmo de su estilo poético, dió á los sonidos cierta melodia ó modulacion acomodada á las conmociones de alegria ó dolor, de admiracion, amor, ó ira. El sonido tiene un poder, que parte por naturaleza, parte por hábito ó asociacion de ideas hace tales impresiones en el ánimo; que deleyta á las naciones mas bravas. La música, y la poesia han tenido por tanto el mismo origen: las mismas ocasiones las hicieron nacer: se unieron en el canto: y todo el tiempo que continuaron unidas contribuyeron sin duda á realzar y exaltar su poder mutuo. Los primeros poetas cantaron sus propios versos: y de aqui proviene lo que llamamos versificacion, ó la coordinacion de las palabras en un orden mas artificioso que en la prosa, como adaptadas á cierto tono ó melodia. La libertad en la trasposicion ó inversion que tomaria naturalmente el estilo poético, como ya lo he observado, haria mas facil la formacion de las palabras en cierta especie de números que coincidian con la música del canto. Es natural creer, que estos números serian al principio muy duros y toscos. Pero el placer se fue sintiendo y estudiando por

L. XXXIV. grados: y la versificacion llegó á reducirse á arte.

De lo dicho aparece que las primeras composiciones, recordadas por escrito, ó transmitidas por la tradicion, debieron ser las poéticas. Solas estas pudieron excitar la atencion de los hombres en su estado de rudeza y groseria. A la verdad ellos no conocieron otras. El frio raziocinio, y los discursos llanos no podian atraer á las tribus salvajes ocupadas solamente en la caza, y en la guerra. Solo el poderoso influjo de la pasion á la música, y el canto podia animar al orador á derramar sus sentimientos, ó excitar á los concurrentes á escucharle: y de este solo vehículo podian valerse los jefes y legisladores, cuando trataban de animar á sus tribus. Hay tambien otra razon mas, para que tales composiciones fuesen las únicas que pudiesen ser transmitidas á la posteridad: á saber, que antes de la invencion de la escritura los cantos eran los únicos que podian retenerse en la memoria. El oido ayuda á esta con el socorro de los números: los padres los repetian, y cantaban á sus hijos: y por esta tradicion oral de las cantigas nacionales, se comunicaron á la posteridad todos los conocimientos históricos, y toda la instruccion de las primeras edades.

Las primeras noticias que nos suminis-

tran las historias de todas las naciones dan testimonio de estos hechos. En los primeros tiempos de la Grecia los sacerdotes, los filósofos, y los políticos daban todas sus instrucciones en poesia. Apolo, Orfeo, y Anfion, sus bardos mas antiguos, son representados como los primeros que domesticaron el género humano; y le dieron cultura y leyes. Minos y Tales cantaron á la lira las leyes, que habian compuesto; como refiere Estrabon al lib. x.: y hasta la edad que precedió inmediatamente á la de Herodoto, la historia no tuvo otra forma que la de los cuentos poéticos. L. XXXIV.

De la misma manera entre las demas naciones los primeros ejemplos que se presentan, son los poetas y los cánticos. Entre las naciones escitas ó godas, muchos de sus reyes y capitanes fueron poetas, ó como ellos llamaban *escaldros*: y sus historiadores mas antiguos, tales como Sajon gramático, reconocen que tomaron de las canciones rúnicas sus principales noticias. Entre las tribus célticas, en las Gaulas, en la Gran Bretaña, y en la Irlanda sabemos la grande estima en que fueron tenidos sus bardos; y cuanto influjo tuvieron sobre el pueblo. Ellos fueron poetas y músicos á un tiempo: como lo fueron todos los primeros poetas de todos los paises. Acompañaban siempre á la per-

L. XXXIV. sona del jefe ó soberano: recordaban sus proezas: y eran los embajadores entre las tribus que estaban reñidas, reverenciándose como sagradas sus personas.

De esto se infiere, que asi como con razon buscamos poemas y canciones entre las antigüedades de todos los paises; asi es de esperar que estas tengan una semejanza notable en los primeros períodos de cualquiera nacion. Las ocasiones ó los motivos de componerlas eran casi las mismas en todas partes.

Comunes son á todas las naciones las alabanzas de los dioses y de los héroes, la celebridad de sus ascendientes, la relacion de las hazañas marciales, los cantos de victoria, y las querellas por los infortunios y la muerte de sus compatriotas: y el mismo calor y entusiasmo, la misma composicion tosca, irregular, pero animada, el mismo estilo conciso y relumbrante, y unas figuras igualmente extraordinarias que atrevidas, son los rasgos que generalmente distinguen y caracterizan á las poesias mas antiguas y originales. Aquella manera enfática é hiperbólica que estamos acostumbrados á llamar oriental, porque algunas de las primeras composiciones poéticas nos vinieron del oriente, no es tal en la realidad; sino característica de una edad, y no de un pais: y pertenece

en algun modo á todas las naciones en aquel período, que dió el primer origen á la música y al canto. Jamas se parecen tanto los hombres unos á otros como en los principios de la sociedad. Las revoluciones que esta experimenta sucesivamente dan origen á las principales distinciones del caracter nacional: y dirijen por canales muy distantes unos de otros el ingenio y las maneras del hombre; que descienden originalmente de una sola fuente. L. XXXIV.

La diversidad del clima y de la manera de vivir ocasionará, como quiera, alguna diferencia en el caracter de la primera poesia de las naciones; principalmente segun que son de un espíritu mas feroz ó mas humano; y segun que adelantan mas ó menos lentamente en las artes de la civilizacion. De esta manera vemos, que todos los fragmentos de la antigua poesia goda son señaladamente ferozes; y no respiran sino sangre y carniceria: mientras que desde los tiempos mas remotos las canciones peruvianas y chinas giraban sobre asuntos mas blandos. La poesia celta de los tiempos de Osian, aunque principalmente del género marcial, alcanzó sin embargo una mezcla grande de ternura y delicadeza, fruto del largo cultivo de la poesia entre los celtas por los bardos establecidos entre ellos de tiempo in-

L. XXXIV. memorial. Asi nos dice Lucano.

Vos quoque, qui fortes animos, belloque peremptos
Laudibus in longum vates diffunditis ævum,
Plurima securi fudistis carmina bardi.
LIB. I.

Tambien vosotros, que durable vida
Dais á los héroes muertos en batalla
Loando, ó bardos, su denuedo y brio;
Tranquilos entonasteis mil canciones.

Entre los griegos parece que sus poesias recibieron pronto un tono filosófico, segun estamos informados de los asuntos de Orfeo, Lino, y Museo; quienes trataron de la creacion y del caos, de la generacion del mundo, y del origen de las cosas: y sabemos que los griegos se inclinaron mas pronto á la filosofia; y dieron en ella pasos mas largos, que la mayor parte de las demas naciones en todas las artes.

Los árabes y los persas han sido siempre los mayores poetas del oriente: y entre ellos, como entre otras naciones, la poesia fue el primer vehículo de toda su erudicion, é instruccion; como se ve en los viajes de Chardin, capitulo de la poesia de los persas. Los árabes antiguos, segun nos dice Sale en

el Discurso preliminar de la traduccion del Alcorán, se preciaban mucho de sus composiciones métricas; las cuales eran de dos suertes, la una comparada por ellos á las perlas sueltas, y la otra á las perlas ensartadas. En la primera no tienen conexion alguna las sentencias ó los versos: y su belleza está en la expresion y la agudeza del sentimiento. Las doctrinas morales de los persas estaban concebidas generalmente en apotegmas proverbiales sueltos, puestos en verso. En esta parte se parecen muchísimo á los proverbios de Salomon; componiéndose gran parte de este libro de poesias inconexas, como las perlas sueltas de los árabes. La misma suerte de composicion aparece tambien en el libro de Job. Los griegos parece que fueron los primeros, que introdujeron una estructura mas regular en sus escritos poéticos; y dieron mayor y mas íntima conexion á sus partes. L. XXXIV.

En la infancia de la poesia todas sus diferentes especies estaban confundidas y mezcladas en la misma composicion; segun que la inclinacion, el entusiasmo, ó la casualidad dirijian la vena del poeta. Con los progresos de la sociedad y de las artes comenzaron á tomar aquella regularidad de formas diferentes, y á distinguirse por aquellos nombres diversos con que ahora las conocemos. Pero en el primer estado grosero de las efu-

L. XXXIV. siones poéticas podemos discernir facilmente las semillas, y los principios de todas las especies de poesia regular. Himnos y odas de todas clases serian naturalmente las primeras composiciones; segun que los sentimientos religiosos, el júbilo, el resentimiento, el amor ó algun otro sentimiento ardiente movian á los bardos á derramar en cánticos sus conceptos. La poesia lastimera ó elegiaca naceria naturalmente de las querellas por la muerte de sus amigos. La narracion de las hazañas de sus héroes y ascendientes dió origen á la poesia épica: y como no contentos con recitar sencillamente estas hazañas se verian infaliblemente inducidos á representarlas en algunas de sus concurrencias públicas, introduciendo diferentes bardos que hablaban en el caracter de sus héroes, y se respondian unos á otros; hallamos en esto los primeros bosquejos de la trajedia ó poesia dramática.

Ninguna de estas especies se distinguió como quiera en los primeros tiempos de la sociedad: ni tuvo la separacion propia, que hacemos ahora entre ellas. A la verdad no solo estaban mezcladas entonces las diferentes especies de poesias; sino que todo lo que ahora llamamos letras, ó composicion de cualquiera especie, hacia entonces una sola masa. Al principio fueron una misma cosa

la historia, la elocuencia y la poesia. Cual- L. XXXIV.
quiera que necesitaba mover ó persuadir, instruir o deleytar á sus compatriotas y vecinos, fuese cual fuese el asunto, acompañaba sus sentimientos y narraciones con la melodia del canto. Esto fue lo que sucedió en aquel período de la sociedad; en que se reunian en una sola persona el caracter, y las ocupaciones de labrador y de arquitecto, de guerrero y de político. Cuando con los progresos de la sociedad se hizo la separacion entre las diferentes artes y profesiones de la vida civil; se fue haciendo tambien por grados la separacion de las diferentes ocupaciones literarias.

Andando los tiempos se inventó el arte de la escritura: y comenzaron á ponerse en custodia las apuntaciones de los hechos pasados. Hombres ocupados en asuntos de policia y artes útiles, no contentos con que se les moviera, quisieron ya que se les instruyese. Comenzaron á raziocinar y reflexionar sobre los negocios de la sociedad: y tomaron interes por lo que era real, y no fabuloso en los hechos pasados. El historiador por tanto abandonó los arreos de la poesia: escribió en prosa; y emprendió dar una fiel y juiciosa relacion de los acaecimientos anteriores. El filósofo se dirigió principalmente al entendimiento. El orador trató de persuadir

L. XXXIV. con raziocinios: y retuvo mas ó menos el estilo antiguo apasionado y relumbrante; segun que era mas ó menos conducente á sus designios. La poesia vino á hacerse de este modo un arte separado, dirigido principalmente á agradar; y ceñido por lo general á aquellos asuntos, que se referian de cerca á la imaginacion y á las pasiones. Aun su mas antigua compañera, la música, se separó en gran parte de ella.

Estas separaciones dieron á todas las artes literarias una forma mas regular: y contribuyeron á que se cultivasen con exactitud y esmero. La poesia, sin embargo, era acaso en su antigua condicion original mas vigorosa, que en su estado moderno. Entonces rebosaba en todo su ardor el corazon del hombre: y ponia en ejercicio toda su imaginacion y todas sus potencias. Entonces hablaba ella el lenguage de la pasion, y no otro; porque debia á las pasiones su nacimiento. Impelido é inspirado por objetos que le parecian grandes, por acaecimientos que interesaban á su patria ó á sus amigos, el antiguo bardo se levantaba y cantaba. A la verdad cantaba en tono desordenado y tosco: pero sus canciones eran las efusiones espontáneas de su corazon, los ardientes conceptos de admiracion ó reconocimiento, de dolor ó amistad. No es de admirar por tanto

que en los toscos y desaliñados conceptos de las primeras poesias de todas las naciones encontremos á vezes alguna cosa, que cautive y transporte el ánimo. En los siglos siguientes cuando la poesia llegó á ser un arte regular, y se cultivó para ganar reputacion é interes; los autores comenzaron á afectar lo que no sentian. Componiendo á sangre fria en sus gabinetes se esforzaron á imitar las pasiones, mas bien que á expresarlas: y trataron de violentar á su imaginacion fingiendo arrebatos que no experimentaban, ó de suplir la falta de calor nativo con aquellos atavios artificiales, que podian dar á la composicion un exterior espléndido. L. XXXIV.

La separacion entre la música, y la poesia produjo consecuencias nada favorables en algunos respectos á esta, y nocivos en muchos á aquella; como aparece de la disertacion del doctor Brown, sobre el *origen, la union, y la separacion de la poesia y de la música*. En cuanto permanecieron unidas, la música dió vida y alma á la poesia; y la poesia dió fuerza y expresion á los sonidos musicales. La música de aquellos primeros períodos fue sin duda en extremo sencilla: y es preciso que consistiese principalmente en aquellas notas patéticas, que la voz podia acomodar á las palabras del canto. Parece que entre algunas naciones los instrumentos

L. XXXIV. músicos, que se inventaron primero fueron las flautas y las zampoñas, y la lira con muy pocas cuerdas: pero entonces no pensaban en mas que en acompañar con estos instrumentos la voz, y realzar la melodia del canto. Oíase siempre la voz del poeta: y de muchas circustancias se descubre, que entre los antiguos griegos, igualmente que entre otras naciones, el bardo cantaba sus versos; y tocaba al mismo tiempo su harpa ó su lira. En este estado fue cuando el arte de la música obró aquellos prodigios, que leemos en las historias antiguas. Y ello es cierto, que solo de la música sencilla, y de la música acompañada del verso ó del canto debemos esperar una fuerte expresion y un poderoso influjo sobre el corazon del hombre. Cuando la música instrumental comenzó á estudiarse como arte separado, y despojada del canto del poeta; cuando se redujo á una combinacion artificial é intrincada de la armonia, perdió todo su antiguo poder de inflamar á los oyentes con fuertes conmociones; y vino á parar en arte de entretenimiento entre las naciones civilizadas y lujosas.

Aun conserva, sin embargo, la poesia en todos los paises algunas reliquias de su primera y original conexion con la música. Para ser expresada en canto se la formó en nú-

meros, ó en una coordinacion artificial de palabras y sílabas, muy diferentes en diferentes paises; pero de tal calidad que á los habitantes de cada uno les pareció la mas agradable y melodiosa en el sonido. De aqui nace aquella gran calidad característica de la poesia, que llamamos verso; asunto de que vamos á tratar ahora. L. XXXIV.

Este es un asunto curioso por su naturaleza: pero conociendo que si hubiese de tratarlo con extension daria motivo á discusiones, que la mayor parte de los lectores tendrian por menudas; me limitaré á hacer algunas pocas observaciones sobre la versificacion castellana.

Las naciones cuyo lenguage y pronunciacion eran musicales, cimentaron su versificacion principalmente en las cantidades; es decir, en la longitud, ó en la brevedad de las sílabas. Otras, que no hacian percibir tan distintamente en la pronunciacion la cantidad de las sílabas, fundaron la melodia de sus versos en el número de sílabas que contenian, en la disposicion propia de los acentos y de las pausas, y frecuentemente en aquella repeticion de sonidos correspondientes que llamamos rima. Sucedió lo primero entre los griegos y romanos: lo último es lo que sucede entre nosotros, y entre las mas de las naciones modernas. Entre los griegos

L. XXXIV. y romanos, cada sílaba, ó al menos la mayor parte de ellas, tenia conocidamente una cantidad fija y determinada: y su manera de pronunciar la hacia tan sensible al oido, que una sílaba larga era computada precisamente por igual en tiempo á dos breves. Sobre este principio les era permitido variar el número de sílabas contenidas en su verso exámetro. Estas podian llegar á 17; y siendo el verso regular no podian bajar de 13: pero el tiempo musical sin embargo era precisamente el mismo en cada verso exámetro, y siempre igual al de 12 sílabas largas. Para fijar el tiempo regular de cada verso, y la combinacion y sucesion propia de sílabas largas y breves que deben componerlo, se inventaron lo que los gramáticos llaman pies métricos; á saber, los dáctilos, espondéos, yambos, &c. Por estas medidas se probaba la exactitud de la composicion en cada verso; y si estaba construido de manera que llenase su melodia propia. Se requeria, por ejemplo, en el verso exámetro que se dispusiese la cantidad de sus sílabas, de suerte que pudiera medirse por seis pies métricos: los cuales podian ser ó dáctilos ó espondéos por ser uno mismo el tiempo musical de estos dos; con esta restriccion solamente, que el 5.° pie debia regularmente ser un dáctilo, y el ultimo un espondéo. Algunos escri-

tores imaginan, que los pies en el verso lati- L. XXXIV.
no servian, como las barras en la música, para formar intervalos ó distinciones musicales, sensibles al oido en la pronunciacion del verso. En tal caso los pies debian haber tenido un orden peculiar en cada especie de verso: y las prosodias vulgares muestran, que hay versos latinos capazes de medirse indiferentemente por una serie de pies de muy diferentes especies. Por ejemplo, el verso llamado asclepiadeo, en el cual está escrita la primera oda de Horacio, puede medirse por un espondéo, dos yambos, y un pirríquio; ó por un espondéo, un dáctilo seguido de una cesura, y dos dáctilos. El pentámetro comun, y algunas otras formas de versos admiten semejantes variedades: y sin embargo la melodia del verso resulta siempre la misma, aunque sea medido por diferentes pies. Esto prueba que los pies métricos no se hacian sentir en la pronunciacion; sino que servian solamente para regular su construccion, ó de medida para ver si la sucesion de las sílabas largas y brevès era la que pedia la melodia del verso: y como para este intento podian aplicarse algunas vezes pies de diferentes especies; de aqui provino que algunas formas de verso fuesen capazes de ser medidas de diferentes maneras. Para medir el verso exámetro no se halla-

L. XXXIV. ron pies tan propios como los dáctilos y espondéos; y por tanto se midió uniformemente por estos. Pero no hay oido, que al leer un verso exámetro llegue á percibir la terminacion de cada pie: y creo que por haber comprehendido mal esta materia ha sido tanta la confusion de algunos escritores al tratar de la prosodia así del verso latino, como del castellano.

La introduccion de estos pies en el verso castellano no ha probado bien hasta ahora; como se demuestra por los muchísimos versos desagradables del Bucoliastai de Villegas. Tambien nos inclinamos á creer que seria inoportuna: porque el genio de nuestra lengua no corresponde en esta parte al de la griega y latina. No digo que en la pronunciacion no miremos á la cantidad de las sílabas, ó á las largas y breves. Tenemos muchas palabras, especialmente polisílabas; en donde es invariable la cantidad: pero tenemos tambien otras muchas, que no la tienen fija. Esto es lo que sucede en gran parte de las palabras bisílabas, y en casi todas las monosílabas. En general es tan corta la diferencia que hacemos en la pronunciacion de las sílabas; y la libertad que nos tomamos de hacerlas breves ó largas, segun mas nos acomode, es tanta; que la cantidad sola es muy poca cosa en la versificacion caste-

llana. La única diferencia perceptible pro- L. XXXIV.
viene entre nosotros de pronunciar algunas de ellas con aquella presion mas fuerte de voz, que llamamos acento. Este acento, sin hacer siempre mas larga la sílaba, la da un sonido mas fuerte: y la melodia del verso entre nosotros depende infinitamente mas de cierto orden y sucesion de sílabas acentuadas, que de ser estas largas ó breves. Poco perderá la música de un verso de Jáuregui, Rioja, ó Garcilaso; porque al recitarlo alteremos la cantidad de las sílabas en la parte en que esta es sensible: pero si no acentuamos las sílabas segun él lo prescribe, destruiremos enteramente su melodia. Tampoco pronunciamos el verso latino segun las cantidades antiguas, haciendo el tiempo musical de una sílaba larga igual al de dos breves: sino que conforme á una sucesion de sílabas acentuadas, y no acentuadas lo mezclamos en razon diferente de la de nuestro verso; y mas distante, sin duda, del tono con que las pronunciaban los antiguos romanos, que del que damos á la pronunciacion de nuestros versos. Ningun romano entenderia acaso nuestra pronunciacion: pues aunque no sea totalmente diversa de la antigua, como quiere Luzan; debe estar á una distancia proporcionada al lapso del tiempo desde que cayó en olvido la lengua latina, y es ya muerta.

L. XXXIV. El verso heróico castellano es de una estructura, por decirlo asi, yámbica: es decir, compuesta de una sucesion alternativa de sílabas, no breves y largas, sino acentuadas y no acentuadas. Como quiera, con respecto al lugar de los acentos tenemos alguna libertad por amor de la variedad. Las mas vezes, aunque no siempre, comienza el verso con una sílaba no acentuada: y algunas en el curso de él van seguidas dos sílabas no acentuadas. Pero en general en cada verso hay cuatro ó cinco sílabas acentuadas: y cuantos mas acentos lleve suele ser mas corriente y numeroso. El número de sílabas es once: á no ser que el verso concluya en final agudo; el cual tiene valor de dos; ó que por una concurrencia de vocales se haga alguna sinéresis, ó enmudezcan algunas sílabas líquidas en la pronunciacion; de suerte que si atendemos solo á su efecto en el oido, nunca bajan ni pasan de once. La sílaba última no deberá ser acentuada, si el verso es para recitarse: y convendrá que lo sea la penúltima; porque la precipitacion á que arrastra el esdrújulo no se adapta bien á nuestra gravedad y mesura.

Otra circustancia esencial en la estructura del verso, es la pausa de cesura. Casi todas las naciones dan al verso una pausa de esta especie, dictada por la melodia. Se en-

cuentra, como puede demostrarse, en el exámetro latino. Es muy perceptible en el verso frances heróico ó alejandrino. Este es un verso de doce sílabas: y en cada verso, justamente despues de la sexta sílaba cae regular é indispensablemente la pausa de cesura; que lo divide en dos hemistíquios iguales. Por ejemplo, en los primeros versos de la epístola de Boileau al rey: L. XXXIV.

„Jeune et vaillant heros, | dont la haute sagesse
N'est proint le fruit tardif | d'une lente vieillesse,
Qui seul sans Ministre | à l'exemple des dieux
Soutiens tout par toi méme, | et vois tout par tes yeux."

A este paso caminan todos sus versos, respondiéndose siempre una á otra la mitad de cada uno, y repitiéndose sin cesar al oido la misma cadencia sin intermision ni variacion; lo cual es ciertamente un defecto, que hace poco á propósito su versificacion para la libertad y dignidad de la poesia heróica; por mas que diga Marmontel en su Poetica francesa. La misma ingrata monotonia advertimos en nuestros antiguos rimadores en las dos primeras épocas de las tres, que establece Luzan en la poesia española. Adviértese palpablemente en la primera; que segun él comprehende el espacio de tiempo desde que empezó la lengua hasta el reinado de Enrique III, cuyos versos constaban de diez y seis sílabas, y mas comunmente de catorce, rimados ó pareados de cuatro en

L. XXXIV. cuatro; como los siguientes del monge Berceo en los milagros de N. Señora:

„Yo maestre Gonzalvo | de Berceo nomnado
Yendo en romeria | caecí en un prado;
Verde é bien sencido | de flores bien poblado;
Logar cobdiciadero | para home cansado:
Daban olor sobieco | las flores bien olientes;
Refrescaban en home | las caras é las mientes;
Manaban cada canto | fuentes claras corrientes,
En verano bien frias | en invierno calientes."

Siéntese tambien no poco en los de la segunda, que desde Enrique III alcanza hasta los principios del reynado de Cárlos V., en que se introdujeron los versos de arte mayor ó dodecasílabos: como aparece de Juan de Mena en una octava del planeta Marte, hablando de una correria de don Juan el II. por la vega de Granada:

Con dos cuarentenas | y mas de millares
Le vimos de gentes | armadas á punto,
Sin otro mas pueblo | inerme alli junto
Entrar por la vega | talando olivares,
Tomando castillos, | ganando lugares;
Y hacer con el miedo | de tanta mesnada
Con toda su tierra | temblar á Granada,
Temblar las arenas | fondos de los mares.

Con todo, se ve aqui ya una gran mejora en la rima, debida no solo á la mayor soltura que habia adquirido la lengua en tiempos de este rey literato; sino al arte de variarla y combinarla, abandonando aquella

monotonia que resultaba de seguirla por tres ó cuatro versos sin interrupcion. Pero siempre habia la igualdad de pausa: y esta igualdad compasaba demasiado la cadencia; al paso que impedia al poeta darla mas rapidez ó lentitud, como á vezes conviniera: y la adopcion del verso endecasílabo por Boscan, época tercera de nuestra poesia, y su mejora por Garcilaso, Herrera, y otros buenos versificadores dieron á la versificacion castellana una variedad y armonia antes desconocidas. L. XXXIV.

Seria ridiculo resucitar aqui la cuestion filológica sobre el origen del endecasílabo entre nosotros; y si esta novedad fue cosa sabida de Juan de Mena, y aun del marques de Santillana, y del autor del conde Lucanor. Basta que no lo veamos comunmente; hasta que, como confiesa Cristobal Castillejo, lo introdujeron Boscan, Mendoza, Garcilaso, y Luis de Haro.

Una ventaja de la versificacion actual es la facilidad de variar y colocar la pausa en cuatro sílabas diferentes. La pausa puede caer despues de la cuarta, de la quinta, de la sexta, ó de la séptima sílaba: y variada de esta manera se cámbia mucho la melodia del verso; y se diversifican su ayre y cadencia. Por este medio se ha dado á la versificacion castellana la misma variedad y rique-

L. XXXIV. za singular, que poseen la italiana y la inglesa.

Cuando la pausa viene luego, es decir, despues de la cuarta sílaba, se da mucha viveza á la melodia: y se anima en gran manera el verso. Pero esto no es tan comun entre nuestros poetas como entre los ingleses: y raras vezes se hallan en aquellos dos versos seguidos, que tengan esta pausa. Aun he observado que en tal caso la cuarta sílaba suele ser acentuada ó larga: y como esta equivale casi en duracion á dos breves, podemos decir que por la llena rotundidad de nuestra lengua la pausa nunca viene antes de la quinta sílaba.

Cuando la pausa cae despues de esta, sin tener el verso aquella viveza y fogosidad que en la pausa primera, resulta mas blando, delicado, y corriente. Hablando de la duracion de la tinta, ó de la nombradia, que aseguran las letras por medio de la escritura ó de la tinta, dice Pablo de Céspedes:

Tiene la eternidad ilustre asiento
En este humor por siglos infinitos,
No en el oro, ó el bronce, ni ornamento
Pario, ni los colores exquisitos:
La vaga fama | con robusto aliento
En él esparce | los sonoros gritos;
Con que celebra | las famosas lides
Desde la India | á la ciudad de Alcides.

Cuando la pausa sigue á la sexta sílaba,

se da gravedad al tono: y el verso camina con mayor lentitud; y con pasos mas mesurados, que en cualquiera de los dos casos anteriores. Quejándose Tirsi de su ingrata Dafne, le dice: L. XXXIV.

Pues si versos se precian, ya te dieron
Otro tiempo loor | mis dulces versos.
Mis ovejas que van | presas del lobo
¿No te dieron un tiempo de sus partos?
No te dieron mis huertos fruta y flores?
¿Por qué me ha de vencer | pastor alguno;
Y si no vil, que yo | menos famoso?
¡En qué me excede Glauco, Dafne ingrata!
¡Ah, Dafne desleal! | ¡perjura Dafne!
¿Por qué quiero esperar, | que venga á pasos
Perezosa la muerte?

Figueroa.

Pero cuando la pausa cae despues de lá séptima sílaba, último lugar que puede ocupar en el verso, se hace aun mas sensible la gravedad y magestad de la cadencia; las que se hallan en él con frecuencia por inclinarnos la lengua misma á explicarnos de este modo.

De esto resultan una diversificacion en la melodia, y aquella lentitud en el tono tan cómoda para cerrar bien el verso: y por lo tanto estos versos no deben ir seguidos, sino para acabar una estancia, octava, ó terceto; como el siguiente de Rioja en su epistola

L. XXXIV. moral, pintando la miserable condicion del avariento:

Pobre de aquel que corre | y se dilata
Por cuantos son los climas | y los mares,
Perseguidor del oro | y de la plata.

Tambien cae algunas vezes la pausa tras de la octava sílaba. Pero esto sucede raras vezes: y entonces el pie anterior suele ser esdrújulo; el cual ocasiona una semipausa en la sexta en que carga el acento; y produce casi igual efecto, que si cayera en ella la pausa. En la tercera sílaba pocas vezes hay pausa, que no sea dictada por el sentido. Por esto sigue el sonido adelante: y apenas hace efecto alguno en la melodia del verso y su cadencia.

Como cuando la pausa cae despues de la cuarta, y de la sexta sílaba, suele esta ser larga; podemos decir que las pausas naturales y mas sonoras en el verso castellano son las que caen en la quinta y en la séptima sílaba: y que cuando estas se siguen con poca ó ninguna mezcla de las pausas en la cuarta y en la sexta, tiene aquel mayor consonancia.

He tomado generalmente los ejemplos de versos rimados: porque en ellos sigue la versificacion leyes mas estrechas. Como el verso suelto es por su naturaleza mas libre, y se lee con menos cadencia ó tono; no se

hacen sentir tanto en él ni las pausas ni su efecto. Sin embargo el buen versificador debe seguir en él los mismos principios con respecto al lugar de la pausa. Algunos han sostenido, que el verso heroico con realze de su variedad y su fuerza admite pausas musicales no solo en aquellas cuatro sílabas, sino en cualesquiera en que las pida el sentido. A ser esto cierto deberia decirse, que la melodia del verso no pide pausa alguna; y que estas las forma el sentido, y no la música. Pero esto es contrario no solo á la naturaleza de la versificacion, sino á la experiencia de todo buen oido. En el verso heróico italiano, como los del Tasso en su Jerusalen libertada, y los de Ariosto en su Orlando, las pausas son de la misma naturaleza que las de nuestra versificacion: y caen despues de las mismas cuatro sílabas. Lo mismo sucede en la versificacion inglesa: con la diferencia de que el verso horóico ingles es de diez sílabas; y que de consiguiente cuando la pausa cae despues de la quinta, como divide entonces el verso en dos porciones iguales, resulta partido con demasiada simetria y con una cadencia muy parecida á la monotona del verso alejandrino frances: lo que nunca puede suceder en nuestro verso heróico, por ser de once sílabas. No es este el lugar de impugnar á

L. XXXIV. Marmontel; el que en su Poética francesa volum. 1. pág. 269. defiende la uniformidad de la pausa de cesura en el verso frances, por razon de que la alternativa de rimas masculinas y femeninas da bastante variedad á la poesia francesa: y asegura que las mudanzas que en el movimiento ocasionan las cuatro pausas diferentes del verso italiano y del ingles, producen una diversidad demasiado grande. Bastará reflexionar sobre la favorable preocupacion, que el hábito produce en los oidos; para discernir que Marmontel, como apasionado á la versificacion nacional, no podia ser juez en esta parte. Tambien es cierto, que aunque la diversidad de las pausas contribuye mucho á diversificar oportunamente la melodia del verso; son mas felizes ciertamente aquellos en que la pausa dictada por la melodia coincide con la que pide el sentido, ó que á lo menos no lo violenta ó interrumpe. Al tratar de la pronunciacion ó recitacion observé, que en habiendo oposicion entre la música y el sentido, se deben leer los versos segun lo dicta el sentido, sin hacer alto en la pausa de cesura: porque aunque esto haga perder al verso parte de su gracia, no destruye enteramente el sonido.

El verso suelto tiene muchas ventajas: y es en realidad una especie de versificacion

noble, grandiosa, y desembarazada. El de- L. XXXIV.
fecto principal de la rima es la precision en que pone de cerrar el sentido al fin de cada copla ó estanzia; sí bien algunos de nuestros buenos poetas, apoyándose acaso en el ejemplo de fr. Luis de Leon, lo dejan á vezes suspenso hasta la siguiente, en lo que á mi parecer no deben ser imitados. El verso suelto no tiene esta sujecion: y permite que los versos monten unos á otros con tanta libertad como en el exámetro latino, ó acaso aun mayor. Aun por esto cuadra muy bien en los asuntos, que por su dignidad y vehemencia piden números mas libres y robustos que los que permite la rima. La violenta y metódica regularidad de esta destruye mucha parte del sublime y patético; y mas si la rima es en octavas ó cualquiera otra combinacion, que por su mecanismo pida ajustar los sentimientos y pensamientos á cierto número de versos, y á cierto orden de consonantes. En ella no es facil conseguir la elevacion de que es susceptible la epopeya, ni aun la tragedia: y su mal efecto se palpa en la Araucana de Ercilla, en el Bernardo de Valbuena, y en todas las composiciones que tenemos en estos generos, á pesar de una versificacion por la mayor parte corriente y numerosa. La rima asienta menos mal en composiciones de un tono templado; en don-

L. XXXIV. de los sentimientos no son muy vehementes, ni el estilo exige grande sublimidad: tales como las églogas, elegias, epístolas, sátiras, &c. A estas les da aquel grado de elevacion, que les es propio: y sin otro auxilio distingue suficientemente su estilo del de la prosa. No se crea por esto, que el verso suelto haria duras, é ingratas estas composiciones; y que para sostener en ellas el estilo poético se hubiese de ver obligado el poeta á afectar un lenguage pomposo, y no correspondiente al asunto. El que sepa versificar bien, no necesitará de este debil auxilio para dar el competente interes á esta clase de composiciones. La égloga de Tirsi por Francisco de Figueroa, la del pastor del Tormes por Melendez, la epístola dedicatoria del mismo al señor Jovellanos, la epístola descriptiva del Paular inserta en el tomo x. del Viaje de España por don Antonio Ponz, la de don Nicasio Alvarez Cienfuegos á un amigo en la pérdida de su hermano, la sátira que se halla en uno de los discursos del censor dirigida á Arnesto, y otras pocas composiciones escritas en este mecanismo, son prueba concluyente de que la belleza de la versificacion no depende de la rima.

Aunque convengo en que la rima tiene su propio lugar en la region media, y no en

la mas alta de la poesia; no apruebo las in- L. XXXIV.
vectivas que algunos han hecho contra ella, como si fuese un bárbaro sonsonete solo bueno para los niños, y efecto de la corrupcion del gusto en la edad media. La rima puede ser, á la verdad, bárbara en el verso griego ó latino: porque estas lenguas por la sonoridad de sus palabras, por su libertad para la trasposicion é inversion, por sus cantidades invariables pueden sin su ayuda dar melodia al verso. Pero de aqui no se infiere, que la rima es precisamente una barbaridad en la lengua castellana; la cual está destituida de aquellas ventajas. Cada lengua tiene su índole, sus gracias, y su música peculiar: y lo que sienta bien en una, seria ridículo en otra. La rima era una barbaridad en el latin: y la tentativa desgraciada de Villegas de construir versos castellanos en exámetros y pentámetros prueba, que nuestra lengua no se ha amoldado aun bastante para admitir estas formas; tal vez porque no habiéndose sostenido con empeño la idea de aquel, no tenemos aun una prosodia. Tampoco es cierto que la rima sea una invencion monacal. Por el contrario, se encuentra bajo formas diferentes en la versificacion de casi todas las naciones del norte de la Europa. Se dice que se ha hallado entre los árabes, los persas, los indios, y los americanos. Esto

L. XXXIV. hace ver, que la correspondencia de sonidos semejantes es agradable á los oidos de la mayor parte de los hombres: y si alguno despues de leer el canto de Nemoroso en la égloga 1. de Garcilaso, el acaecimiento amoroso de don Juan de Jáuregui, y varios sonetos de Lope de Vega y de Góngora, no admitiese que nuestra rima, con todas sus variedades en las pausas, da elegancia y número al verso; deberá decirse que su oido es muy diferente del de los demas.

La forma actual del verso heróico castellano es diferente, como ya se ha visto, de la que tenia en el siglo XII. y aun en tiempos de don Juan el II. Introducido por Boscan y Garcilaso el endecasílabo italiano, y formados todos los poetas de su tiempo en la poesia de esta nacion adoptaron del Tasso y otros la octava para las composiciones épicas; y aun la extendieron á las églogas, y otras especies: asi como en la lírica y en las églogas se valieron de las estanzias regulares, ó compuestas de igual número de versos, y aun de igual correspondencia en la rima. En las elegias, sátiras, y otras composiciones de un caracter medio, emplearon los tercetos, versificacion la mas servil de todas; si se exceptuan la sextina, pueril composicion, y capaz de amortiguar el genio mas elevado, y el soneto solo apreciable por la

dificultad vencida, ridiculizado sin intencion por Boileau cuando aseguró que Apolo lo inventó para tormento de los poetas, y aun zaherido abiertamente por don Diego de Mendoza y otros; que sin embargo los hicieron en demasia. Imitar bien y con juicio es obra ardua. Satisfechos, y aun orgullosos los inovadores de nuestra versificacion no atinaron á discernir lo bueno de lo malo. Españolizando el metro italiano no conocieron que la sextina, el soneto, y otras composiciones, cuyo principal merito estriba en el mecanismo, no eran para imitadas: porque si pueden componerse dos octavas ó terzetos felizes; apenas se dará un centenar de ellos, que no esté salpicado de otros medianos, y muchos mas miserables. Sancionando con su ejemplo tan depravadas composiciones arrastraron á todos los poetas de su tiempo á imitarlos tan ciegamente, como ellos habian imitado á los italianos: y la fuerza del ejemplo fue tan grande; que aun hoy dia los ingenios mas felizes pagan el feudo á su autoridad, y á la rutina. Pero vendrá tiempo en que toda poesia, que no se haya de cantar, ó se escriba como si hubiera de cantarse, se componga en verso suelto ó en silva. L. XXXIV.

No se puede negar, que la introduccion del endecasílabo acarreó ventajas á nuestra

L. XXXIV. versificacion. ¡Qué diferencia tan notable no se advierte entre la modulacion de los dodecasílabos de Juan de Mena, y entre la de los endecasílabos de Boscan! La que hay entre los de este, y los de Garcilaso no es acaso menor. Garcilaso es á vezes prosáico, pero nunca es duro como Boscan; porque cuidó de no dar finales agudas á los versos: muchas vezes es flúido, y algunas muy numeroso. Garcilaso tenia el talento de versificar. Lo acabado de la cancion de Nemoroso en la primera égloga, algunos trozos de la tercera, no pocas estanzias de sus canciones, y varios cuartetos y tercetos de sus sonetos, hacen ver que si hubiera limado sus poesias, habria dejado poco que desear al oido mas fino de un español. Lope de Vega parece que habia nacido para hablar en verso: pues entre los infinitos que compuso en el discurso de su vida, apenas se halla uno que no sea corriente: y se encuentran muchísimos sumamente felizes. Pero aunque Garcilaso, Jaúregui, Rioja, Arguijo, Lope de Vega, Quevedo, y otros hayan mejorado mucho la versificacion; generalmente hablando no se ha de aprender en ellos, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo: porque no castigaron sus poesias; y porque cultivando las musas por distraccion de sus estudios ú ocupaciones, y á vezes á hurtadi-

llas, y como con desdoro de su autoridad, L. XXXIV.
nunca miraron sus composiciones con aquel cariño y aquella severidad, que solos podian darles la posible perfeccion. Pocos poetas hemos tenido, que publicasen sus composiciones. Herrera publicó las de Garciloso; Pacheco las de Herrera, Rioja y otros. Don Gabriel Leonardo de Albion publicó las de su padre Lupercio, y las de su tio Bartolomé. Quevedo publicó las del bachiller Francisco de la Torre, y las de fr. Luis de Leon: y el mismo Quevedo, que escribió tantas poesias, no publicó en su vida sino las traducciones de Epitecto y de Focílides. A esto se ha de atribuir el desaliño y la incorreccion, que desfiguran las mejores composiciones de nuestros buenos poetas: pues los editores se creyeron obligados á publicarlas, como las hallaron: y como este desaliño, é incorreccion se observa comunmente en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo en que Melendez conoció que debia dar el laudable ejemplo de publicar sin rubor obras que hacen honor á sus autores; la versificacion podrá aprenderse mejor en este, y en los que á ejemplo suyo limen, pulan, corrijan, y perfeccionen sus poesias. De la versificacion de Melendez dijo con propiedad Quintana:

Bellos como la luz, tersos y puros,
Bien como el fondo del etéreo cielo,

L. XXXIV. Gratos aun mas que el vuelo
Del zéfiro sonante en el estio,
Cuando las hojas mueve,
Y templa el rayo en delicioso frio;
Tus armoniosos versos á raudales
Del manantial fecundo se arrebatan:
Do fieles se retratan
Las flores y los árboles del suelo,
Las sierras enriscadas,
Las bóvedas espléndidas del cielo.

He aqui dicho en dos sonoras estanzias cuanto decirse puede del estilo limpio de aquel autor, del cuidado con que limó sus poesias, y de las innumerables bellezas de armonia imitativa que resaltan en ellas.

Donde campea con mas gala nuestra versificacion es en los géneros cortos. Hemos adoptado el verso de ocho sílabas para la prodigiosa variedad de romances, ya heroycos, ya amorosos, ya jocosos, ya burlescos: y en estos hemos empleado una media rima que nos es peculiar, el asonante; el que sin atar tanto al poeta, y sin dar un ayre de gravedad y formalidad nimia á la composicion le da alguna canoridad; á saber, aquella sonoridad sencilla que acompaña naturalmente á la expresion ingenua y nativa del sentimiento. Este mismo verso octosilábico y asonantado es el que generalmente se emplea, y asienta mejor en la comedia: pues el diálogo no debe ser en re-

dendillas, liras, sonetos, ni dézimas; que L. XXXIV.
son de un mecanismo trabajoso, y muy ageno del estilo de la conversacion. Para el género anacreóntico hemos adoptado el verso de siete sílabas; que es casi idéntico con el de Anacreonte. En el mismo género anacreóntico hemos empleado tambien el verso de seis sílabas, ya para las endechas, que son unas cancioncitas elegiacas, ya para las letrillas: en estas últimas es tan antiguo, como lo muestra la del marques de Santillana á la baquera de la Finojosa. La versificacion de estas se ha mejorado conocidamente; cuando á ejemplo de los italianos modernos, ya sea en consonantes, ya en asonantes, concluimos los cuartetos con una final aguda. Parece que asi se hacen mas cantables. Al mismo tiempo debe observarse, que en estos géneros cortos hace muy mal efecto el dejar suspenso el sentido al fin de los cuartetos: y ya que en ellos no se cierre del todo; debe hacerse á lo menos una semipausa de sentido, y no cerrarse este hasta el fin del cuarteto siguiente. Esto nace de que el compas, que hemos tomado, se acortaria ó alargaria con violencia del oido si pasase de este punto, ó no llegase á él. Tenemos tambien versos de cinco, de cuatro, y de tres sílabas; como los tenemos, aunque raros, de diez, y de nueve. Pero no es este el lugar de entrar

L. XXXIV. en tales pormenores, ampliamente discutidos, con la diferencia en la acentuacion, por Luzan al cap. 22. del libro III. de su poética. Tampoco nos detendremos en resucitar la ya muerta nomenclatura del Rengifo, con las formas que la originaron. Diremos de paso, que si un verso *encadenado* puede caer muy bien al fin de una estanzia, como en algunas letrillas, arias, y cancioncitas de Metastasio, y en no pocas de nuestros buenos poetas; una composicion por esta cuerda es afectada, violenta, y hace cojear la cadencia: pues que esta se aguarda al fin, y no al primero ó segundo pie del verso. Lo mismo debemos decir de las composiciones en esdrújulos: pues que duros é intempestivos en las serias, solo pueden recibirse bien, y en corto número, en las jocosas, irónicas ó ridículas. Muy bien versificaba Arguijo: pero que efecto tan malo hace el esdrújulo á su epístola moral, que comienza: aqui donde el rigor del hado mísero. No omitiremos dar por regla general que la felizidad de la versificacion consiste en la congruencia con el asunto: y que toda la que estribe en la dificultad del mecanismo, lleva consigo la apariencia de afectacion, y la del estudio del poeta, mas atento al modo de decir las cosas que al fondo mismo de ellas.

Mas para que tratando de la versifica- L. XXXIV.
cion no se eche de menos lo que en el estado actual puede mejorarla, y llevarla á su perfeccion; nos detendremos en las observaciones, que nos ha sugerido la atenta lectura de nuestros buenos poetas: en lo cual creemos vayan conformes con nosotros todos los de un gusto y de un oido delicado.

Nos parece bastante fundada la idea de Luzan de que los versos deben concluir en sustantivo mas que en adjetivo: porque en este sigue el movimiento; y en aquel reposa el sentido. La observacion que hace del gran número de versos que en el libro 1. de la Eneyda, y el canto 1. de la Jerusalen del Tasso concluyen en sustantivo, y del corto de los que cierran en adjetivo, favorece mucho su teoria: pues que Virgilio y el Tasso debieron la singular armonia de sus versos no solo á la finura de su oido, sino tambien á su esmero. Pero toda teoria reducida á sistema es errónea: y si el sentimiento, para correr con la desigual impetuosidad de la pasion, pide á vezes que los versos vayan montados; será acaso indiferente, ó aun necesario, que terminen á vezes en adjetivo; el cual los haga correr, sin detenerse, hasta el punto en que hace pausa el sentimiento. Mas evidente es la regla de que no deben ir seguidos dos ó mas versos asonantados, ó

L. XXXIV. que tengan consonantes poco diferentes. El mal efecto se hace sensible desde luego á todo buen oido: y es extraño que se hayan descuidado no pocas vezes en este punto aun Herrera, Rioja, Jáuregui, y casi todos nuestros buenos versificadores. Si desagradan dos versos seguidos asonantados, es insufrible una serie de ellos: y es mas insufrible en la entrada de una composicion larga, ó aun corta; porque al principio debe evitarse, todo lo que pueda causar el menor disgusto, y dar mala idea del escritor.

La misma razon dicta, que en un verso no vayan seguidos dos ó mas vocablos asonantados, y mucho menos consonantados: porque su inmediacion los hace monotonos; y destruye la melodia. Hablando de la armonia del lenguage se ha dicho acerca de ella lo bastante, aplicable de suyo al asunto de que tratamos; asunto, que por su peculiar condicion exige mayor sonoridad; y que de consiguiente se resiste á los *hiatos*, que resultan de las diéresis, y á la atropellada ó sorda pronunciacion que producen las sinéresis, y á vezes tambien las sinalefas.

Si conviene que todo verso sea numeroso; deben serlo particularmente todos los de aquellas composiciones poéticas, cuyo interes seria corto ó se debilitaria mucho sin este auxilio; ó cuya peculiar naturaleza re-

quiera la mas subida y delicada armonia imitativa. De esta segunda clase es la poesia lírica, que parece destinada á cantarse, y la pastoral en la que el colorido y demas prendas exteriores deben ser tan agradables, frescas, y deliciosas, como las cosas mismas de que trata. De la primera es el poema épico; el que por su complicacion y extension se haria lánguido á la larga, si no estuviese sostenido de la versificacion mas fluida y feliz: y lo son tambien aquellas poesias cortas, en que se describe un pensamiento ó un sentimiento delicado; y cuyo mérito depende sola ó principalmente de la felizidad de su expresion. L. XXXIV.

Por lo que hace á estas últimas no deberá olvidar el poeta, ,,que, como dice el excelente crítico ingles Jonhson, las composiciones meramente lindas tienen la suerte de todas las cosas lindas: son flores fragantes y bellas, pero de corta duracion; ó botones que solo se aprecian en cuanto prometen frutos."

Tampoco deberá perder de vista el mismo, si quiere se le distinga del mero versificador, que si al poeta se le pide, que revista sus imágenes y sentimientos con el ropage que les corresponde; no se le disimula que descuide el fondo de las cosas mismas; las que en su boca deben tener toda aquella

L. XXXIV. grandeza que promete su ingenio y su comprension sobrehumana: pues necesita de uno y otro, tanto como de la grandiosidad de expresion; para que, segun observa Horacio, sea acreedor al esclarecido renombre de poeta.

El empeño en merecer y grangearse con justicia este dictado, se observa muy generalmente desde que Melendez comenzó á publicar versos. Desde entonces procuran los mas consagrar la poesia á su primitivo y verdadero destino: y en lugar de emplearla en asuntos frívolos, y de tratar aun los mas serios con desigualdad ó bajeza; compiten como á porfia en la eleccion de asuntos, todos interesantes por su utilidad ó agrado, y en escribir acerca de ellos con propiedad, dignidad y decoro. Manejados por el poeta los asuntos con esta delicadeza y esmero, será siempre la poesia el lenguage mas persuasivo para los jóvenes, propensos á ejercitar su sensibilidad y fantasia: y no podrá dejar de ser un entretenimiento agradable, á quien no desconozca los encantos de aquellas dos potencias.

LECCION XXXV.

Poesia pastoral.

En la leccion antecedente dí razon del origen y los progresos de la poesia: é hice algunas observaciones sobre la naturaleza de la versificacion castellana. Paso ahora á tratar de las principales especies de las composiciones poéticas, y de las reglas críticas que deben dirigirlas. Siguiendo el orden mas sencillo y natural comenzaré por las poesias de una forma mas ténue: y pasaré despues á la épica y á la dramática por su mayor dignidad. Por lo mismo trataré en esta leccion de la poesia pastoral.

Aunque empiezo por el examen de la poesia pastoral; no es porque la considere como una de las mas antiguas composiciones poéticas. Por el contrario soy de sentir, que no se cultivó como especie distinta; ni los objetos campestres parecieron asuntos dignos del arte de escribir, hasta que la sociedad fue refinando sus gustos. Los mas de los autores han llegado, á la verdad, á persuadirse de que por cuanto los hombres vivieron al principio en el campo, su primera poesia fue pastoral; y se empleó en celebrar las escenas y los objetos campestres. Yo no dudo de que ella tomaria muchas de sus imá-

L. XXXV. genes y alusiones de aquellos objetos naturales; con los cuales estaban mas familiarizados los hombres: pero tampoco puedo dudar, de que las escenas tranquilas y apazibles de la felizidad campestre no fueron de modo alguno las que inspiraron aquel giro de composicion, que ahora llamamos poesia. Esta en los primeros períodos de todas las naciones se debió á la simpatia, al entusiasmo, á la admiracion, y al asombro que excitaron los objetos y acaecimientos grandes. Las acciones de sus dioses y héroes, sus mismas proezas en la guerra, las prosperidades ó los infortunios de sus compatriotas y amigos, dieron los primeros asuntos á los poetas de todos los paises. Lo que habia de pastoral en sus composiciones era solo por incidente. Aquellos no pensaron en escoger por asunto la tranquilidad y los placeres de la vida del campo, en cuanto los tuvieron diariamente delante de los ojos. La poesia pastoral no tomó su forma actual, hasta que los hombres comenzaron á reunirse en ciudades populosas; hicieron distinciones de clases, y estados; y se llegó á conocer el bullicio de las cortes y concurrencias numerosas. Entonces fue cuando volvieron los ojos con placer á la vida mas sencilla é inocente que habian, ó imaginaban haber llevado sus antepasados: y figurándose que en

aquellas escenas campestres y ocupaciones pastorales habia un grado de felizidad, superior á la que ellos disfrutaban en su estado, concibieron la idea de celebrarla en poesia. En la corte del rey Tolomeo fue donde Teócrito escribió las primeras pastorales, que conocemos: y Virgilio le imitó en la de Augusto. L. XXXV.

Pero cualquiera que haya sido el origen de la poesia pastoral; es indubitable, que esta es una composicion poética muy natural, y agradable en su forma. Ella recuerda á nuestra imaginacion aquellas escenas, y aquellas vistas risueñas de la naturaleza, que son las delicias de nuestra infancia y juventud; y á las cuales vuelve los ojos con gusto la mayor parte de los hombres en edad mas avanzada. Ella ofrece á nuestra imaginacion una vida, que lleva consigo la idea de paz, de holganza, de inocencia; y que por tanto arrebata nuestro corazon tras de cosas, que representadas prometen desterrar de nuestros pensamientos los cuidados del mundo, y trasportarnos á las calmadas regiones eliseas. Al mismo tiempo no hay asunto mas hermoso y á propósito para la poesia. La naturaleza presenta á manos llenas en el campo objetos para las descripciones mas delicadas: pues parece que corren de suyo á ponerse en núme-

L. XXXV. ros poéticos los arroyos y las montañas, los prados y los oteros, los rebaños y los árboles, y los pastores exentos de cuidados. De aqui es, que esta poesia ha atraido en todos tiempos muchos lectores, y despertado muchos talentos. Sin embargo de tantas ventajas, apenas hay otra, que sea mas dificil de llevarse á perfeccion; y en la cual hayan sobresalido menos escritores.

La vida pastoral puede ser considerada bajo tres diferentes aspectos: tal como es ahora, cuando el estado de pastor se halla reducido á un estado bajo, servil y laborioso; cuando sus ocupaciones han llegado á hacerse desagradables, y groseras y ruines sus ideas: ó como podemos suponer que fue alguna vez, cuando era una vida de comodidad y abundancia; porque las riquezas de los hombres consistian principalmente en ganados; y el pastor aunque nada refinado en sus maneras era respetable en su estado: últimamente tal como jamas fue, y jamas puede serlo en realidad; cuando con la comodidad, inocencia, y sencillez de las primeras edades, queremos juntar el gusto civilizado, y las maneras cultivadas de los tiempos modernos. De estos tres estados el primero es demasiado grosero y bajo para ser asunto de la poesia pastoral; y el último demasiado refinado y nada natural. Cual-

quiera de estos extremos es una roca; en que se estrellará el poeta, que se acerque demasiado á ella. Nos disgustará verle empeñado en describirnos las ocupaciones serviles, y ruines ideas de los aldeanos del dia; como se censura á Teócrito por haberlo hecho asi algunas vezes: y si semejante á los escritores franceses é italianos hace discurrir á los pastores, como si fueran cortesanos y estudiantes; entonces la composicion conservará solo el nombre, mas no el espíritu de la poesia pastoral. Es preciso por tanto, que el poeta guarde un medio entre estos extremos Se ha de formar la idea de la vida del campo; tal como puede haber sido en algunos períodos de la sociedad, en que era una vida de comodidad, igualdad é inocencia; donde los pastores eran joviales y placenteros sin ser eruditos ó refinados, y llanos y sin artificio sin ser groseros ni miserables. La poesia pastoral encanta; cuando nos presenta la tranquilidad y felizidad de la vida del campo. Por tanto el poeta ha de cuidar de mantener esta ilusion alhagüeña. Es preciso, que nos haga ver todo lo que hay agradable en aquel estado; y que nos oculte lo desagradable. Siguiendo Virgilio el verdadero espíritu de un poeta pastoral ha reunido en los siguientes hermosos versos de la 1. égloga un conjunto de imágenes tan agrada- L. XXXV.

L. XXXV. bles; como cuantas pueden hallarse en parte alguna:

Fortunate senex; hîc inter flumina nota
Et fontes sacros frigus captabis opacum.
Hinc tibi quæ semper vicino ab limite sepes
Hyblæis apibus florem depasta salicti
Sæpè levi somnum suadebit inire susurro.
Hinc altâ sub rupe canet frondator ad auras;
Nec tamen interea raucæ, tua cura, palumbes,
Nec gemere aereâ cessabit turtur ab ulmo.

¡*Anciano venturoso*! aqui tendido
Del fresco gozarás *entre* la fuente,
Y riberas del rio *conocido.*
Las abejas aqui continuamente
De este cercado hartas de mil flores
Te adormirán sonando blandamente.
Debajo el alta peña sus amores
El leñador aqui cantando al viento
Esparcirá, y la tórtola dolores:
La tórtola en el olmo haciendo asiento
Repetirá su queja: y tus queridas
Palomas sonarán con ronco acento.

LEON.

Pinte completamente el poeta la sencillez y la inocencia de la vida del campo: pero encubra su groseria y miseria. Puede atribuirle, á la verdad, inquietudes y desgracias; porque seria violentar la naturaleza suponer exenta de ella ninguna condicion de la vida humana: pero que sean de tal

naturaleza; que no presenten á la fantasia co- L. XXXV.
sas, que puedan disgustarnos de la vida pastoral. Puede afligirse el pastor del rigor de su zagala, ó de la pérdida de su manso favorito. Para hacer recomendable este estado basta que no tenga otros males que llorar. En una palabra, el poeta debe presentarnos la vida pastoral algo hermoseada, ó vista á lo menos por el lado mas bello. Pero embelleciendo la naturaleza debe cuidar de no desfigurarla enteramente: ni menos ha de pretender acompañar con la sencillez y felizidad campestre aquellas mejoras, que lejos de serla naturales la son extrañas. Si no nos presenta exactamente la vida real; debe como quiera presentarnos alguna cosa, que se la parezca. Esta es, en mi opinion, la idea general de la poesia pastoral. Mas para examinarla mas particularmente consideremos primero la escena; segundo los caracteres; y últimamente los asuntos, y las acciones que debe ponernos á la vista esta especie de composicion.

En cuanto á la escena es claro, que se debe colocar siempre en el campo: y mucha parte del mérito del poeta está en describirla bellamente. En esta parte Virgilio no igualó á Teócrito; cuyas descripciones son mas ricas y mas pintorescas, que las de aquel. ¿Qué escena campestre puede pintarse, por

L. XXXV. ejemplo, con mas vivos colores, que los de esta descripcion?

———ἐν τε βαθειαις
Ἁδειας χινοιο χαμευνισιν ἐκλιθημες
Ἐν τε νεοτματοισι γεγαθοτες ὀ ιναρεοισι.
Πολλαι δ' ἀμμιν ὑπερθε κατα κρατος δονεοντο
Αἰγειροι πτελεαι τε. το δ' ἐγγυθεν ἱερον ἱδωρ
Νυμφαν ἐξ ἀντροιο κατειβομενον κελαρυσδεν.
Τοι δε ποτι σκιεραις ὀροδαμνισιν ἀιθαλιωνες
Τεττιγες λαλαγευντες ἐχον πονον. ἁ δ' ὀλολυγων
Τηλοθεν ἐν πυκινησι βατων τρυζεσκεν ἀκανθαις.
Ἀειδον κορυδοι και ἀκανθιδες, ἐσενε τρυγων.
Πὠτοντο ξυθαι περι πιδακας ἀμφι μελισσαι.
Ηαντ' ὠσδεν θερεος μαλα πιονος, ὠσδε δ' ὀπωρης.
Ὀχναι μεν παρ ποσσι, παρα πλουρησι δε μαλα
Δαφιλεως ἀμμιν ἐκυλινδετο· τοι δ' ἐκεχυντο
Ὀρπακες βραβυλοισι καταβριθοντες ἐρασδε.

„Acostámonos alegres en mullidos lechos de suaves juncos, y de pámpanos tiernos. Sobre nuestras cabezas se movian blandamente las ramas de los olmos y álamos: y un sacro arroyuelo saliendo de la cueva de las ninfas hacia un suave murmurio. Las ardientes cigarras cantaban entre las frondosas ramas: y la calandria resonaba á lo lejos entre los espesos espinos. Las alondras y gilgueros hacian oir su canto; y la tórtola gemia. Las doradas abejas revolaban en torno de los arroyuelos. Todo anunciaba un estio abundante, y un otoño fecundo. A los pies veiamos abundancia de peras; y á los lados teniamos montones de manzanas: las ramas

estaban encorvadas con el peso de las ciruelas." L. XXXV.

En cada pastoral se nos debe presentar una escena ó perspectiva rural, dibujada con toda especificacion. No basta que el poeta nos dé aquellos grupos insignificantes de violetas y de rosas, y de pajarillos, arroyos y zéfiros, que se ven amontonados en nuestros bucólicos ordinarios; y que han ido copiando unos de otros sin la menor variacion. Un buen poeta nos debe dar un pais tal, que pueda copiarlo el pintor. Para esto es preciso que particularize los objetos. El arroyo, la rosa, el arbol debe colocarse de modo, que haga figura en la imaginacion; y que nos dé una idea agradable del lugar en que estamos. Un solo objeto introducido felizmente distinguirá y caracterizará algunas vezes toda una escena: tal como el antiguo sepulcro rústico (excelente objeto para hermosear un pais); el cual nos ha presentado Virgilio tomándolo de Teócrito:

Hinc adeo media est nobis via: jamque sepulchrum
Incipit apparere Bianoris; hîc ubi densas
Agricolæ stringunt frondes.....

EGLOGA IX.

Ya á la mitad llegamos del camino:
Y ya el sepulcro de Bianor comienza
A divisarse, dó el ramage espeso
Podan los labradores.....

L. XXXV. El poeta debe procurar sobre todo la variedad, no solo en las descripciones, que de intento haga de la escena; sino en las frecuentes alusiones á objetos naturales, que ocurren precisamente en esta poesia. Es forzoso, que diversifique la faz de la naturaleza presentándonos nuevas imágenes: porque será insípido, si no sale de aquellas descripciones trilladas; que aunque originales en los primeros poetas, que las copiaron de la naturaleza, son ya triviales en fuerza de ser imitadas incesantemente. Tambien es de su cargo acomodar la escena al asunto de la pastoral: y segun que este es alegre ó melancólico, debe mostrar la naturaleza bajo un aspecto, que venga bien con las conmociones ó sentimientos descritos. De esta manera, Virgilio en la égloga segunda, que contiene las quejas de un amante desesperado, da con propiedad un aspecto sombrio á la escena:

Tantùm inter densas, umbrosa cacumina, fagos
Assiduè veniebat: ibi hæc incondita solus
Montibus & silvis studio jactabat inani.

Solo siempre que el sol amanecia,
Entrando de unas hayas la espesura,
Con los montes á solas razonaba:
Y en rudo verso en vano asi cantaba.

LEON.

Por lo que hace á los caracteres, ó á las personas, que se pueden introducir en las

pastorales, debe tenerse presente; que no basta sean personas, que habiten en el campo. En tales obras no buscamos aventuras ó conversaciones de cortesanos, ó habitantes de las ciudades: queremos divertirnos con pastores, ó gentes ocupadas enteramente en negocios rústicos; cuya inocencia y falta de cuidados pueda formar en nuestra imaginacion un contraste agradable con las maneras y los caracteres de aquellos, que estan entrometidos en el bullicio del mundo. L. XXXV.

Antes indiqué una de las principales dificultades, que hay en este punto; y que consiste en guardar un medio exacto entre la nimia rusticidad por una parte, y el nimio refinamiento por otra. El pastor debe seguramente ser llano y sin afectacion en su manera de pensar sobre todos asuntos. Una sencillez ingénua y amable debe ser el fondo de su caracter. Pero al mismo tiempo es necesario, que no sea insípido y pesado. Puede tener buen sentido, y estar dotado de bastante reflexion: puede tener alma y viveza: puede tener sentimientos muy tiernos y delicados; puesto que sobre poco mas ó menos son dote de todos los hombres en todos los estados y condiciones de la vida; y puesto que habia, sin duda, mucho ingenio en el mundo, antes que hubiese erudicion y artes que lo puliesen. Pero es preciso, que

L. XXXV. no sutilize: es preciso, que no prodigue reflexiones generales y raziocinios astractos; y aun menos agudezas y conceptos de una galanteria afectada, que son seguramente impropios de su situacion y caracter. Algunos de estos conceptos son los borrones principales de las pastorales italianas; las cuales son por otra parte bellísimas. Cuando Aminta está desenredando el cabello de su pastora de un árbol, al que la habia atado con él un sátiro; le hace decir el Tasso en la escena I. del III. acto:

Giá di nodi si bei non era degno
Cosi rúbido tronco ¿or chè vantaggio
Hanno i servi d' amor, se lor commune
E' colle piante il precioso laccio?
Pianta crudel! potesti quel bel crine
Offender; tu, ch' à te feo tanto onore?

.....¿Cuando tan bellos nudos
Un tan áspero tronco ha merecido?
¿Pues qué ventaja llevan los amantes
Que sirven al amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
¡Planta cruel! ¿pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?

JAUREGUI.

Sentimientos tan alambicados como estos no pueden sonar bien en los bosques; por suponerse, que los aldeanos cuando hablan no pierden el sentido comun, ni los sentimientos naturales. Cuando describen ó refie-

ren, lo hacen sencillamente, aludiendo con naturalidad á sus circustancias rurales; como en estos hermosos versos de la égloga VIII. de Virgilio: L. XXXV.

Sepibus in nostris parvam te roscida mala,
Dux ego vester eram, vidi cum matre legentem:
Alter ab undecimo tunc jam me cœperat annus;
Jam fragiles poteram à terra contingere ramos.
Ut vidi, ut perii, ut me malus abstulit error!

Pequeña, y con tu madre, y yo por guia,
Te ví entre mis frutales hacer daño.
Las bajas ramas ya alcanzar podia;
Y encima de los once andaba un año.
Como te ví te dí, ay! el alma mia:
Y me perdió mi amor y dulce engaño.

En otro pasage pinta á una pastora tirando una manzana á su amante:

Malo me Galatea petit, lasciva puella:
Tum fugit ad salices; & se cupit ante videri.

Traviesa Galatea me ha tirado,
Perdida por ser vista, una manzana:
Y luego entre los sauzes se ha lanzado.

LEON.

Esto es *naïf*, como dicen los franceses, y muy conforme á las maneras pastorales.

Suponiendo que el poeta se haya formado ideas correctas acerca de los caracteres y personas pastorales, deberemos luego investigar en qué los ha de emplear; y cuales son los asuntos buenos para églogas: porque no

L. XXXV. basta que nos dé pastores, que hablen entre sí. Toda buena poesia, de cualquiera clase que sea, debe tener algun asunto capaz de interesarnos. En esto estriba, á mi parecer, la principal dificultad de la poesia pastoral. La vida del campo escasea demasiado de incidentes; ó asi parece al menos á la mayor parte de los que la describen. Los pastores, y cuantos estan ocupados solamente en negocios rústicos, apenas pueden experimentar unos accidentes y reveses; que hagan interesante su situacion, ó exciten la curiosidad ó la sorpresa. El tenor de su vida es demasiado uniforme. Concíbese desde luego, que su ambicion es sin urbanidad; y que en su amor no hay doblezes ni enredos. De aqui es, que de todas las poesias la mas debil en el asunto, y la menos diversificada en su giro es, por lo comun, la pastoral. Desde las primeras líneas podemos adivinar generalmente todo lo que se ha de seguir. Ya es un pastor, que sentado á la orilla de un arroyo se lamenta á solas de la ausencia ó de la crueldad de su zagala; y dice que las flores se marchitan, y los árboles lloran porque se ha ido: ya tenemos dos pastores, que compiten sobre quien canta mejor, repitiendo versos alternados de poca ó ninguna sustancia é interes; hasta que un tercero hace de juez, recompensa á uno con un cayado cla-

veteado, y á otro con un vaso de encina. L. XXXV.
La constante repeticion de estos lugares comunes, que desde los tiempos de Teócrito, y de Virgilio se encuentran en todos los escritores bucólicos: es en gran parte la causa de la insipidez, que domina en las composiciones pastorales.

Dudo mucho, sin embargo, si esta insipidez es falta de los poetas; ó si debe atribuirse á la manera rigurosa, y servil con que han imitado á los antiguos, mas bien que al asunto. Porque ¿qué razon hay para no dar mas campo á la poesia pastoral? La naturaleza y las pasiones humanas son en general las mismas en todas las condiciones de la vida: y pueden ser asunto de la poesia pastoral; siempre que obren en objetos, que estan dentro de la esfera rural. A la verdad quisiera uno que no se vieran en esta composicion pasiones violentas y terribles: y que solamente se presentasen las que son compatibles con la inocencia, la sencillez, y la virtud. Pero bajo de estos límites tiene aun mucho campo el ingenio de un cuidadoso observador de la naturaleza. Las varias aventuras, que dan ocasion á los habitantes del campo á manifestar su disposicion y temperamento, las escenas de la felizidad ó inquietud domestica, la adesion de los amigos y de los hermanos, los zelos y las com-

L. XXXV. petencias de los amantes, las prosperidades ó desventuras inopinadas de las familias, pueden dar lugar á muchos incidentes agradables y tiernos: y si á las descripciones se mezclase mas narracion; seria esta poesia mucho mas interesante de lo que generalmente es ahora al mayor número de los lectores. Asi veo que lo ha hecho Gesner, poniendo en ejecucion las ideas que me habian ocurrido para la perfeccion de la poesia pastoral; antes que se conociesen en Inglaterra sus idílios por falta de traduccion.

Los dos patriarcas de la poesia pastoral son Teócrito y Virgilio. Teocrito era siciliano: y como puso la escena en su pais; Sicilia llegó á ser despues una tierra consagrada á la poesia pastoral. Sus idílios, como él los intituló, no son todos de igual mérito, ni todos pastorales: sin embargo en aquellos, que lo son en realidad hay muchas y grandes bellezas, que le distinguen. Tales son la sencillez de los sentimientos, la gran suavidad y armonia de sus números, y la riqueza de las escenas y descripciones. Virgilio no hizo mas que imitar á Teócrito, copiando de los idilios de este grandes bellezas, y limitándose en muchos lugares á traducirlo. Es preciso confesar, sin embargo, que le imitó con mucho primor; y que en algunos respectos ha sobrepujado á su mode-

lo: pues no puede negarse, que Teócrito L. XXXV.
desciende á vezes á ideas groseras y bajas; y que sus pastores no pocas son torpes é inmodestos: al paso que en Virgilio sin rusticquez incómoda se halla el verdadero caracter de la sencillez pastoral. La misma distincion se encuentra entre Teócrito y Virgilio, que entre otros muchos escritores griegos y romanos. Los griegos abrieron el camino: siguieron mas de cerca á la naturaleza: y mostraron mas ingenio y originalidad. Los romanos descubrieron mas gusto: y tuvieron mas correccion y mas arte.

Nos han quedado unos pocos fragmentos de otros dos poetas griegos en el estilo pastoral, Mosco, y Bion; los cuales tienen muchísimo mérito: y si carecen de la sencillez de Teócrito; le aventajan en ternura y delicadeza.

Los modernos se han contentado generalmente con copiar ó imitar las descripciones, y los sentimientos de los poetas antiguos. Sannázaro, á la verdad, famoso poeta latino del tiempo de Leon X. emprendió una grande inovacion: y compuso églogas piscatorias cambiando la escena de los bosques á la mar, y de la vida de los pastores á la de los pescadores. Pero esta desgraciada inovacion no ha tenido imitadores: porque la vida de estos es claramente mucho

L. XXXV. mas dura y trabajosa, que la de aquellos; y no presenta á la fantasia imágenes tan agradables. Ganados, árboles, y flores son objetos mucho mas bellos, y que generalmente gustan mas que los pezes, y demas producciones marinas. El mas feliz de todos los modernos ha sido el suizo Gesner; que en sus idílios ha introducido muchas ideas nuevas. Sorprenden á vezes sus escenas rurales: y en sus descripciones animadas nos presenta la vida pastoral hermoseada todo lo posible, sin rayar en el extremo de un refinamiento inoportuno. Lo que hace el principal mérito de este poeta es, que habla al corazon: y que ha enriquecido sus idílios con incidentes, que inspiran sentimientos muy tiernos. Pinta bellamente escenas de felizidad doméstica: y desenvuelve el amor entre marido y muger, entre padres é hijos, entre hermanos y hermanas con el mismo interes y agrado; que el que lleva consigo la pintura del cariñoso afecto de dos enamorados. No entendiendo el lenguage en que escribió Gesner, no puedo juzgar de la poesia de estilo: pero me parece, que en el asunto y la disposicion de sus pastorales ha excedido á todos los modernos.

Las églogas de Pope y de Philips hacen poco honor á la poesia inglesa. Pope las compuso en su juventud: pero si esta cir-

custancia puede excusar otros defectos, no L. XXXV.
basta para cohonestar la pobreza del asunto. No puede negarse, que estan escritas en números notablemente blandos y corrientes. Pero tambien es cierto, que este es casi todo su mérito: porque apenas hay en ellas un pensamiento, que pueda llamarse suyo: apenas hay una descripcion ó imagen de la naturaleza, que tenga visos de ser original ó de estar copiada de la misma naturaleza; sino de las que se encuentran comunmente en Virgilio y en otros poetas, que escribieron de asuntos campestres. Filips quiso ser mas sencillo y natural que Pope: pero carecia de ingenio para sostener su empresa, y aun para escribir con agrado. Asi se ve que no sabe salir de los asuntos comunes y trillados: y á fuerza de querer ser sencillo viene á parar en bajo é insípido. Cuando se publicaron las pastorales de estos dos hubo grandes altercados sobre su mérito y preferencia. En algunos números del *Guardian*, ó el *Ayo*, se habló con mucha parcialidad en favor de Filips, dándole grandes encomios. Resentido de esto Pope hizo insertar bajo nombre supuesto, en el número 40. de este periódico, un papel en que aparentando ensalzar á Filips le satirizó severísimamente con alabanzas irónicas; y encubriéndose con artificio, se dió la palma á sí mismo. Por este

L. XXXV. tiempo publicó Gay la *Semana del Pastor* en seis pastorales; sátira ingeniosa en que logró ridiculizar aquella sencillez rústica y grosera, que tanto ensalzaron Filips y sus partidarios. La Balata pastoral de Shenstone, en cuatro partes, puede contarse á mi parecer entre las mas elegantes poesias inglesas de esta clase.

Las primeras poesias pastorales que tuvieron celebridad en España fueron las églogas de Garcilaso. Este escritor, siguiendo á los antiguos, dió á las composiciones campestres un aliño y una elegancia no conocidos hasta él: junto esto con el decoro que supo dar á la mayor parte de sus obras, y con haber atinado con no pocos rasgos de sentimiento que corren de boca en boca; no es extraño lograse la admiracion de su siglo, ni que este le apellidase príncipe de sus poetas.

No podian disputarle este título ni el seco y desaliñado Boscan, ni el duro y desabrido Mendoza, ni Acuña, ó Cetina floridos y fáciles en su estilo, pero superficiales y sin nervio. Dichoso él si hubiera consultado mas á la naturaleza en la composicion y disposicion de sus églogas; y si presumiendo debidamente de sus fuerzas se hubiese entregado á la delicadeza de su ingenio y á la ternura de su corazon, sin ligarse á la imita-

cion de los antiguos. Entonces no serian á los ojos de un lector instruido una especie de mosayco; en que se casan á vezes sin el mayor gusto pasages de autores latinos de diferente índole, y de sentimientos no siempre análogos á sus asuntos. L. XXXV.

Los que confunden las preocupaciones literarias con el amor de la patria se escandalizarán de oir, que las églogas de Gárcilaso, sin embargo de su mérito, estan muy distantes de la perfeccion. No puede negarse, que en ellas son muy dignas de aprecio la novedad y delicadeza de ciertas expresiones, la gentileza y gracia de muchos versos, y la amenidad de las imágenes, aunque no siempre tocadas con un colorido feliz. Pero el trascurso de dos siglos y medio ha hecho conocer, que ninguna de estas composiciones tiene unidad; que estan llenas de afectos poco determinados, de frases y giros nada poéticos, de versos desmayados, y flojos, y de ripios miserables. ¿A qué fin introdujo en la égloga I. dos pastores, que cantan largamente uno y otro de cosas distintas sin comunicarlas entre sí? ¿Qué tienen que ver en la II. las alabanzas importunas y fastidiosamente versificadas de don Fernando de Toledo con la historia de los amores del pastor Albano? En fin, las ninfas del Tajo bordando, y los dos pastores de la III. ¿tienen mas conexion

L. XXXV. entre sí, que la de escuchar aquellas el canto de estos, y sumirse despues en el rio? Toda composicion, cuyas partes no estan íntimamente enlazadas, es por lo mismo defectuosa y poco interesante.

Seria largo y fuera de sazon manifestar aquí los vicios de estilo en las églogas de Garcilaso. Bastará, para que no se nos tache de ligereza, poner los ejemplos siguientes, sacados de la égloga 1; insufribles á quien tenga el oido un poco delicado, y el gusto algo correcto:

¿Tu dulce habla en cuya oreja suena?
¿Tus claros ojos á quien los volviste?.....
¡Ay cuán diferente era,
Y cuán de otra manera!....
La tierra, que de buena
Gana nos producia....
Juntándolos con un cordon los ató.

Seria facil amontonar ejemplos de versos de esta clase, tan pobres, tan desaliñados, tan duros. Pero Garcilaso merece indulgencia, por haber sido el primero que hizo sonar en castellano unos versos tan bellos como los siguientes:

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba:
Por tí la verde yerba, el fresco viento,

El triste lirio, y colorada rosa, L. XXXV.
Y dulce primavera deseaba.

EGLOGA I.

¿Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altísimos atierra;
Y de tanto destrozo aun no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia comparada
A la de Filis con Alcino ayrada.

EGLOGA III.

El que acierta á escribir tan bien, es muy vergonzoso que se duerma y cayga tan miserablemente; como se manifiesta arriba.

Despues de Garcilaso un poeta conocido con el nombre de Francisco de la Torre escribió ocho églogas, que intituló *Bucólica del Tajo*. Este autor, cuyas poesias son todas pastorales, escribia con sencillez y novedad, y á vezes con bastante fuego. Pero su diccion y sus versos suelen ser descuidados. Precisamente sus églogas estan desnudas de las prendas, que hacen apreciables sus composiciones líricas: y son cansadas por el poco ó ningun interes en la invencion y en el colorido.

El obispo Valbuena publicó su *Siglo de oro*, libro raro, desconocido ya de la muchedumbre de los literatos; y del que suele hablarse todavia con bastante aprecio. Val-

L. XXXV. buena tomó de Teócrito, Virgilio, y Sannázaro sus modelos, las escenas, las situaciones, y aun algunas imágenes: pero la mayor parte del colorido y de los pensamientos es suya. Hubiera valido mas que se contentara con haber hecho una traduccion literal de aquellos: pues de esta empresa le habrian sacado felizmente su facilidad y soltura; y poseeriamos acaso en nuestra lengua á Virgilio, en toda su suavidad y gracejo. Pero imitando Valbuena á su modo, hizo á los pastores de su *Siglo de oro*, demasiado semejantes á los de este nuestro de hierro; y por lo mismo muy diferentes de los que debia presentarnos en la escena, para que pudiesen hacernos interesantes y gustosas sus ocupaciones y vida.

Entre el sinnúmero de composiciones bucólicas de que abunda nuestro parnaso hay pocas, poquísimas que tengan el caracter que les corresponde. Ni Lope de Vega, ni Esquilache, ni otros muchos que cultivaron este género sin conocerlo, hicieron mas que copiarse unos á otros: y conceptuosos y afectados unos, rústicos y groseros otros, fastidiosos todos, no atinaron con aquella sencillez que debe caracterizar á esta amable poesia. Esto pudo provenir tambien de haberse hecho serviles imitadores: pues aunque se ha dicho con el Brocense, que el que

no imitare á los antiguos no será imitado de nadie; creo pueda decirse con mas razon, que en nada será original el que no apartare los ojos de la copia. ¿Y cómo podian ser originales los que llegaron á persuadirse de *que las escenas pastoriles no podian ser mas de diez; porque los antiguos sabios* (segun dijo Mira de Amescoa) *no pasaron de este número*? Con tan equivocadas ideas ¿qué podian hacer sino repetir de mil modos, y vestir con atavios bastante uniformes unos mismos objetos? Y de aqui ¿qué se habia de seguir mas que la pobreza, la monotonia, la insipidez, y el empalagamiento, que se advierte en casi todos los bucólicos modernos, y señaladamente en los nuestros? L. XXXV.

Débense sin embargo distinguir la égloga venatoria de Fernando de Herrera, donde hay afectos muy vivos y descripciones muy ricas; la de Francisco de Figueroa intitulada *Tirsi*, que al mérito de su sencillez añade el de estar escrita en hermosos versos sueltos; la *cancion* bellísima de *Nérea* en la *Diana* de Gil Polo; y varias composiciones pastorales de los romanceros.

Melendez, que en nuestros tiempos ha cultivado tan felizmente casi todos los géneros cortos de la poesia, ha presentado un modelo de la pastoral en su égloga de *Batilo*. Las musas españolas no han producido

L. XXXV. una cosa tan fresca, tan amena, ni tan agradable. Es verdad que, á causa de la abundancia del sentimiento que la inspiró, se encuentran en ella repetidas algunas imágenes y pensamientos; y que tal vez no hay en estos la gradacion mas rigorosa y conveniente. Pero ¡qué colorido tan poético, y tan natural! ¡qué versos tan fáciles! Parece que los hizo sin esfuerzo, sin estudio; como la primavera que pintan produce espontaneamente las flores.

¡Venturoso cuidado!
¡Mil vezes descansada
Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaria
Si toda una ciudad me fuera dada!....
¡O ceguedad maldita
Poner vida y ventura
Sobre un pino delgado!
Mejor es de este prado
Hollar con firme planta la verdura
Tras los corderos mios,
Que ver, Arcadio, el mar ni sus navios.

Esta es la verdadera expresion pastoral: este es el verdadero cuadro de la inocencia y del sosiego campestre; que los poetas deben presentar á los hombres civilizados para alhagar siquiera su imaginacion con una felizidad ideal; de la que sus pasiones y preocupaciones los han alejado muchísimo.

No he hecho aun mencion de la forma L. XXXV.
en que la poesia pastoral ha aparecido en estos últimos tiempos; á saber, puesta en drama, donde el enredo, los caracteres, y las pasiones se juntan á la sencillez é inocencia de las maneras rurales. Esta es la principal mejora, que los modernos han hecho en ella: y se descubre ventajosamente en dos obras italianas muy celebradas, el *Pastor fido* del Guarini, y el *Aminta* del Tasso. Ambas tienen grandes bellezas: y son acreedoras á la reputacion, que se han grangeado. Paréceme empero debe darse la preferencia á la última: porque el enredo es menos embrollado, la disposicion mejor, y los sentimientos mas naturales: y aunque no está enteramente exenta del refinamiento italiano, de que dí antes un ejemplo (el peor que se encuentra, á la verdad, en todo el poema); es en general una obra de mucho mérito. El espíritu de la poesia es delicado y agradable: y la lengua italiana contribuye no poco á darle una nueva blandura; que se acomoda peculiarmente á la pastoral.

No será inoportuno advertir en este lugar, que se ha exagerado mucho el cargo hecho al Tasso por sus agudezas y conceptos. Addison, por ejemplo, en el núm. 38. del Ayo, censurando el Aminta pone este ejemplo: „que Silvia entra adornada con

L. XXXV. una guirnalda de flores; y despues de mirarse en una fuente, apostrofa á las flores que tiene en la cabeza; y les dice que no las lleva para adornarse con ellas, sino para que se avergüenzen." „El que pueda sufrir esto, añade, crea ciertamente que no tiene gusto para la poesia pastoral." Pero la Silvia del Tasso no hace, á la verdad, una figura tan ridícula: y es de sospechar que Addison no habia leido el Aminta. Dafne, compañera de Silvia, está en conversacion con Tirsis, confidente de Aminta, el amante de Silvia: y para hacerle ver que Silvia no era tan simple, ni tan insensible á sus encantos como aparentaba, le da esta prueba; „que ella la sorprendió un dia aliñándose junto á una fuente, y acercando ahora una flor, ahora otra á su garganta; y que despues de comparar el color de las flores con el suyo, se sonrió como diciendo: *os traygo no por adorno mio, sino para que veais cuanto os excedo*; y que al reparar que la habian visto admirándose á sí misma, arrojó las flores; y se sonrojó de vergüenza." Esta descripcion de la vanidad de una aldeana presumida es muy natural, y diferente de lo que quiere dar á entender el autor del Ayo.

Esta censura del Tasso no fue originalmente de Addison. El padre Bohours en su *Manera de pensar bien en las obras de*

ingenio parece ser el primero, que dió una idea tan equivocada del apóstrofe de Silvia; y fundó en ella su crítica. Fontenelle le siguió en su discurso sobre la poesia pastoral. Addison, ó quien quiera que fue el autor del papel del Ayo, la copió de ambos. Warton en el discurso preliminar á su traduccion de las églogas de Virgilio repite la misma observacion. De aqui ha provenido sin duda citar el apóstrofe de Silvia á las flores, como un ejemplo convincente del mal gusto del poeta italiano: mientras que el Tasso no pone tal apóstrofe en boca de Silvia; sino que solamente nos dice lo que supone su compañera, que aquella estaba pensando ó diciéndose á sí misma, cuando á solas comtemplaba su belleza. Despues de acusar á tan eminentes críticos de haber caido en el extraño descuido de copiarse unos á otros, sin detenerse á leer el autor que censuraron; conviene insertar el pasage, que ha dado ocasion á esta advertencia. Dafne habla de esta manera á Tirsis: L. XXXV.

Ora, per dirti il ver, non mi risolvo
Se Silvia é semplicetta; come pare
Alle parole, agli atti. Ier vidi un segno,
Che me ne mette in dubbio. Io la trovai
Lá presso la cittade in quei gran pratti,
Ove fra stagno giace un' isoletta,
Sovra essa un lago limpido e tranquillo,

L. XXXV. *Tutta pendente in atto che parea*
Vagheggiar se medesma; e' nsieme insieme
Chieder consiglio all' acque in qual maniera
Dispor dovesse in sú la fronte i crini,
E sovra i crini il velo, e sovra 'l velo
I fior, che tenea in grembo; e spesso spesso
Or prendeva un ligustro, or una rosa;
E l' accostava al bel candido collo,
Alle guancie vermiglie; e de' colori
Fea parangone: e poi, sicome lieta
Della vittoria, lampeggiava un riso,
Che parea che dicesse: *io pur vi vinco;*
Nè porto voi per ornamento mio;
Ma porto voi sol per vergogna vestra,
Perchè si veggia quanto mi cedette.
Ma mentre ella s' ornava, e vagheggiava,
Rivolse gli occhi à caso; è si fú accorta
Ch' io di lei m' era accorta: é vergognando
Rizzossi tostó; e i fior lascio cadere.
In tanto io piu ridea del suo rossore,
Ella piu s' arrossia del riso mio.

AMINTA, ACTO II. SC. 2.

Pues yo te sé decir, que no resuelvo
Si es ya tan boba Silvia, y tan sencilla
Como en sus hechos y palabras muestra:
Ví ayer cierta señal; y esta me puso
En mucha duda: yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta,
Con un estanque transparente y limpio:
Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte que mostraba deleytarse
De mirar á sí misma; y le pedia
Consejo al agua como dispondria
Por cima de la frente su cabello,

Sobre el cabello el velo, y sobre el velo L. XXXV.
Diversas flores que tenia en la falda:
De allí sacaba la azucena y rosa;
Y las llegaba á su purpureo rostro,
Y á su cándido cuello, cotejando
Los colores; y luego muy ufana
De la vitoria, un tanto se reia
Como diciendo: yo en efecto os venzo.
No os traygo aqui por ornamento mio;
Mas solo os traygo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar que os llevo gran ventaja.
Mas mientras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso; y viendo
Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo, y derramó las flores.
Cuanto mas yo de verla me reia,
Mas ella de mi risa se encendia.

JAUREGUI.

Estos dos dramas estan, como todos saben, traducidos en verso castellano; *el Pastor fido* por el doctor Cristoval Suarez de Figueroa, y el *Aminta* por don Juan de Jáuregui. Pero aunque Cervantes en boca de don Quijote (parte II. cap. 62.) llamase *famosos* á estos dos traductores; y añadiese, que „felizmente ponen en duda cual es la traduccion, ó cual el original"; y aunque el eco de la tradicion haya repetido aun en nuestros dias este juicio; basta echar una ojeada sobre estas dos traducciones para conocer, que la de Jáuregui compite en bellezas con el original; y que se queda tan atras

L. XXXV. la de Figueroa, que solo un gusto depravado en materia de poesia pudo haberla dado celebridad en sus principios. Figueroa tenia sin duda el talento de versificar; como lo muestran algunos sonetos de la constante Amarilis, y mas particularmente las endechas: pero despues de carecer sin duda del talento de componer un poema, que dista muy poco del de traducirlo bien, y habiendo adoptado una versificacion inoportuna, y aun chavacana, hizo una traduccion que sin la celebridad que le dió Cervantes, estaria hoy tan olvidada como desconocida. El verso suelto de que usó Jáuregui en la suya, y la feliz destreza con que lo manejaba, dieron á su obra todo el ayre y franqueza de original.

Melendez compuso la comedia pastoral las bodas de Camacho: y me inclino á creer, que no acertó en la eleccion del asunto; pues que apenas era posible dar novedad, interes, y gracia á un episodio tocado con tanta frescura por el incomparable autor del Quijote. Pero los coros son tan canoros, tan fáciles, tan blandos; que bastaban ellos solos para calificar á su autor de príncipe de nuestros poetas en la poesia lírica ligera.

No debo pasar en silencio un drama pastoral ingles; el cual puede entrar en parangon con cualquiera de su especie; á saber:

El pastor gentil del escocés Alano Ramsay. Mucho perjudica á este bello poema estar escrito en el antiguo dialecto rústico escoces; el cual dentro de breve tiempo será probablemente un lenguage del todo anticuado é ininteligible. Tiene tambien contra sí el estar cimentado enteramente en las maneras campesinas de la Escocia; que solo puede entender y apreciar el que sea de aquel pais. Pero en medio de estas circustancias, que impiden se extienda y celebre en los paises extrangeros; tiene descripciones tan naturales, y sentimientos tan tiernos, que harian honor á cualquier poeta. Los caracteres estan bien delineados: los incidentes son interesantes: la escena y las maneras son animadas y exactas: y por el conjunto de estas calidades es una prueba convincente del influjo, que en cualquier escrito tienen la naturaleza y la sencillez para mover el corazon, y de la variedad de caracteres y asuntos agradables con que puede animar la poesia pastoral el que sepa manejarla. L. XXXV.

LECCION XXXVI.

Poesia lírica.

Paso á tratar de la poesia lírica, ó de la oda, composicion poética de grande dignidad; y en la que en todos tiempos han sobresalido muchos escritores. Su caracter peculiar le viene de su destino á ser cantada, ó acompañada con la música. El nombre envuelve esta idea. Oda en griego es lo mismo que canto ó himno: y poesia lírica quiere decir, que los versos se acompañan con la lira ú otro instrumento músico. Esta distincion no fue al principio peculiar de ninguna especie de poesia: porque como observé en la leccion XXXIV. la música y la poesia fueron coetáneas; y en su origen anduvieron siempre juntas. Pero ya separadas, y desde que los poetas comenzaron á hacer composiciones en verso para recitarlas ó leerlas, y no para cantarlas; aquellas poesias destinadas á cantarse ó ponerse en música se llamaron, para distinguirse, *odas*.

En la oda retiene por tanto la poesia su primera forma: aquella forma en que los poetas antiguos expresaban los conceptos hijos de su entusiasmo; alababan á sus dioses y sus héroes; y se lamentaban de sus infortunios. De esta circustancia, de la suposi-

cion de que la oda retiene su union original con la música, hemos de deducir la idea propia, y las calidades peculiares de esta poesia. No la distinguen los asuntos en que se emplea: porque estos pueden ser varios en extremo; y no conozco uno que le sea peculiar. Solo observo, que otros poemas se emplean á vezes en la narracion de acciones: mientras que la oda tiene casi siempre por objeto los sentimientos. Mas lo que principalmente la señala y caracteriza es su espíritu y manera. La música y el canto aumentan naturalmente el calor de la poesia: y contribuyen á enagenar tanto al cantor como al oyente. Esto justifica su tono mas atrevido y apasionado, que el de una simple recitacion. De aqui proviene el entusiasmo que la pertenece, y las libertades que se permiten á la misma, y no á las otras especies de poesia. De aqui aquel desprecio de la regularidad, aquellas digresiones, y aquel desorden, que al parecer admite; y á que se han entregado á vezes con exceso los mas de los poetas líricos. L. XXXVI.

Los efectos de la música sobre el ánimo son principalmente dos; sacarlo de su estado ordinario, y conmoverlo con fuerza y entusiasmo; ó ablandarlo y derretirlo en sentimientos delicados y placenteros. De aqui es, que la oda puede tomar el primer carac-

L. XXXVI. ter sublime y noble, ó descender al último plácido y festivo: y como entre estos hay tambien una region media, puede la oda inspirar á vezes conmociones blandas y templadas.

Por esta razon las odas pueden ser comprehendidas bajo cuatro denominaciones. Primera, odas sagradas, himnos dirigidos á Dios, ó sobre asuntos religiosos. De esta naturaleza son los salmos de David; que nos muestran esta especie de poesia lírica en el punto de su perfeccion. Segunda, odas heróicas, empleadas en la alabanza de los héroes, y en la celebracion de las hazañas marciales, y de las acciones grandes. De esta especie son todas las de Píndaro, y algunas pocas de las de Horacio. Estas dos especies deben tener por caracter dominante sublimidad y elevacion. Tercera, odas filosóficas y morales; donde los sentimientos son principalmente inspirados por la virtud, la amistad, y la humanidad. De esta clase son muchas de Horacio y otros: y aqui es donde la oda ocupa aquella region media, que antes dije. Cuarta, odas festivas y amorosas, destinadas meramente al placer y entretenimiento. De esta naturaleza son todas las de Anacreonte, y algunas de Horacio, y muchos cantos y composiciones de los modernos. El caracter dominante de estas debe ser

la elegancia, la blandura, y la jovialidad. L. XXXVI.

Una de las principales dificultades para componer bien la oda nace de aquel entusiasmo, que se cree debe caracterizarla. Aguardamos que la oda, aunque sea moral, y mas si es sublime, esté vivificada y animada singularmente. Lleno de esta idea el poeta cuando se pone á escribir una oda, si tiene algun calor é ingenio se entrega á él sin rienda alguna: y si no lo tiene, se apura por adquirirlo; y se cree obligado á aparentar, que es todo fuego y todo llamas. En cualquiera de los dos casos está en mucho riesgo de ser extravagante. La licencia de escribir sin orden, método, ni conexion ha inficionado á la oda mas que á otras especies de poesia. De aqui es, que en las de Horacio hallamos tan pocas, que se puedan leer con gusto. En un momento perdemos de vista al poeta. Se encarama por las nubes: es tan abruto en sus transiciones, tan excéntrico é irregular en sus movimientos, y de consiguiente tan oscuro; que en vano seria querer seguirle, y tomar parte en sus arrebatos. No pido que la oda sea tan regular en la estructura de sus partes, como un poema épico ó didáctico. Pero en toda composicion debe haber siempre un asunto. Este debe tener partes, que lo hagan un todo por la union entre estas mismas partes.

L. XXXVI. Las transiciones de un pensamiento á otro deben ser suaves y delicadas, como impelidas por una fantasia viva: pero han de conservar siempre la conexion de las ideas; y hacer ver, que el autor piensa, y no delira. Por mas autoridades que se quieran alegar para cohonestar la incoherencia y el desorden de la poesia lírica; lo cierto es, que toda composicion irregular, y oscura para el mayor número de los lectores, es mala, y aun malísima.

„ La mayor parte de los que hablan del entusiasmo de la oda, dice la Motte, hablan de él como si tuviesen la misma turbacion, que tratan de definir. No hablan sino de furor divino, de transportes del alma, de movimientos, de rayos de luz; que encadenados en frases pomposas, no producen sin embargo idea alguna distinta. Si se les cree, el entusiasmo consiste en que los espíritus de primer orden no puedan comprenderlos. El bello desorden de la oda es un efecto del arte: pero es preciso cuidar de no dar mucha extension á esta voz: porque en tal caso podrian excusarse todos los extravios imaginables; y el poeta no tendria que hacer mas, que expresar con fuerza cuantos pensamientos le fuesen ocurriendo, creyéndose dispensado de examinar su relacion, y de formar un plan, cuyas partes se hermoseasen

mutuamente. Aunque la obra no tuviese ni principio, ni medio, ni fin; el autor creeria sin embargo, que era tanto mas sublime cuanto fuese menos racional. Pero ¿qué efecto produciria en el espíritu del lector una composicion semejante? Un atolondramiento, obra de la magnificencia y armonia de las palabras; y unas ideas confusas, que se combatirian unas á otras, en lugar de combinarse para que se fijase el espíritu en alguna de ellas." *Discurso sobre la oda.* L. XXXVI.

La extravagante libertad, que en punto de versificacion se toman varios escritores líricos modernos aumenta el desorden de esta poesia. Ellos prolongan tanto los períodos, emplean tantas y tan diferentes medidas con tal variedad de versos largos y cortos, y con la correspondencia de la rima á tanta distancia; que se pierde enteramente toda la melodia: cuando la composicion lírica debe atender á la melodia y belleza del sonido, mas que todas las demas poesias: y justamente se debe tener por mejor la versificacion de aquellas odas, que hacen mas sensible á un oido ordinario la armonia de la medida.

Píndaro, el patriarca de la poesia lírica, ha dado ocasion á que sus imitadores hayan incurrido en algunos de los defectos mencionados. Su ingenio era sublime: sus expresio-

L. XXXVI. nes son bellas y felizes, y pintorescas sus descripciones. Pero pareciéndole poca cosa cantar las alabanzas de los que habian ganado el premio en los juegos públicos, está siempre haciendo digresiones: y llena sus odas de fábulas de los dioses y de los héroes; que tienen poca conexion con su asunto, y aun entre sí. Los antiguos lo admiraron mucho. Pero como varias de las historias de familias particulares y de ciudades, á que hace alusion, nos son ahora desconocidas; es tan oscuro para nosotros parte por los asuntos, y parte por la manera rápida y abrúta de tratarlos; que sin embargo de toda la belleza de su expresion, no se lée con mucho gusto. Muchos de sus imitadores modernos han imaginado, con todo, que el camino mejor para seguir su espíritu era imitar su desorden y oscuridad. En varios coros de las tragedias de Sófocles y Eurípides tenemos la misma clase de poesia, que en Píndaro, con mayor claridad y precision, y con no menor sublimidad.

De todos los escritores líricos, antiguos y modernos, ninguno hay, que en punto de correccion, armonia y felizidad de expresion pueda competir con Horacio. Este descendió desde los raptos pindáricos á la mas moderada elevacion: y con mucho juicio juntó á la gravedad de los pensamientos las ma-

yores bellezas poéticas. Pocas vezes sale de L. XXXVI.
aquella region media; á la que, segun dije antes, se extiende tambien la oda: y las odas en que aspiró á ser sublime no son acaso las mejores, que tiene. Es verdad, que no hay oda alguna de Horacio, que no tenga grandes bellezas: pero aunque parezca singular en mi opinion, no puedo menos de decir, que descubro alguna afectacion y esfuerzos violentos á ser grandioso en aquellas odas suyas mas admiradas por la sublimidad; tal como la oda IV. del lib. IV. „Qualem ministrum fulminis alitem." El ingenio de este amable poeta se ve mejor, á mi juicio; y aparece con mas ventajas en asuntos de una clase mas templada. El caracter peculiar en que sobresale es la gracia y elegancia: y en este estilo de composicion ningun poeta ha llegado á la perfeccion que Horacio. Ningun poeta sostiene con mas dignidad un sentimiento moral; toca mas felizmente un pensamiento festivo; ó sabe juguetearse mas agradablemente, cuando trata de juguetearse. Su lenguage es tan afortunado; que con un solo epíteto ó palabra comunica á vezes á la fantasia una descripcion entera. De aqui es, que ha sido y será siempre el autor favorito de todos los hombres de gusto.

Entre los poetas latinos de los últimos siglos ha habido muchos imitadores de Ho-

L. XXXVI. racio. Uno de los mas distinguidos es Casimiro, poeta polaco del siglo XVII. que escribió cuatro libros de odas. Es verdad, que es muy inferior al poeta romano en graciosa facilidad de expresion: y que muchas vezes queriendo ser sublime, es semejante á otros poetas líricos, duro y violento. Pero en varias ocasiones descubre mucho ingenio, originalidad, y fuego poético. El ingles Bucanan es en algunas composiciones muy elegante y clásico.

Entre los franceses fueron, y con razon, muy celebradas las odas de Juan Bautista Rousseau: pues que son bellísimas tanto por los sentimientos como por la expresion, y animadas sin ser rapsódicas; y no ceden en nada á las demas composiciones poéticas de la lengua francesa.

En ingles hay varias composiciones líricas de bastante mérito. Bien conocida es la oda de Dryden sobre el dia de santa Cecilia. Gray se dintingue en algunas odas, tanto por la ternura como por la sublimidad: y en las Misceláneas de Dodsley se encuentran varias poesias líricas muy bellas. Por lo que hace á los imitadores de Píndaro, á excepcion de muy pocos trozos, guardan tan poca conexion en los pensamientos é imágenes; que raras vezes son inteligibles. Cowley, siempre duro, lo es doblemente

en sus composiciones pindáricas. Mucho mas L. XXXVI.
feliz es en las anacreónticas, blandas y elegantes, y las mas agradables y perfectas en su especie de todas las poesias de este autor.

El Parnaso español, poblado de tantos poetas, apenas reconoce uno que no se haya ejercitado en la lírica. Pero si dejamos á un lado la rica coleccion de villancicos, romances, y letrillas; conocemos pocos, que tengan un caracter particular. Por esto, y siguiendo el plan de nuestras lecciones, bastará que hablemos ligeramente de aquellos, que se han señalado.

Fernando de Herrera, que dió á la lengua un dialecto poético, y se formó un estilo mas para estudiado, que para imitado, fue el primero, que enobleció nuestra poesia lírica, dándola un tono lleno y robusto, y en ocasiones sentido y patético. Esto último se echa de ver en su cancion elegíaca á la muerte del rey don Sebastian; y lo primero en el himno á la batalla de Lepanto, y en su cancion á don Juan de Austria. En el himno hay conceptos sublimes tomados del cántico de Moyses en el paso del mar rojo, de Isaias, y otros escritores sagrados: y la expresion es valiente y animada. En la cancion de don Juan de Austria hay todo el maravilloso conducente para sostener la dignidad del asunto.

L. XXXVI. En la cancion „á las ruinas de Itálica" se advierte el talento pintoresco de Francisco de Rioja, la amenidad de su diccion, la rapidéz de su estilo, y la gran fuerza de sus sentimientos morales.

Fr. Luis de Leon nos copió en sus *Serenas* la apacibilidad de su alma candorosa. Todo es dulce y calmado en su estilo. Con todo, cuando toma algo alto el vuelo, tiene fuerzas para sostenerse; como en la oda á Felipe Ruiz: y la Profecia del Tajo manifiesta, que no le faltaban vivazidad y fuego; y que imitaba con ingenio y maestria.

Las anacreónticas de Villegas, en general bastante felizes, no dejan de tener sus resabios de conceptuosas. No son una traduccion excelente; como aseguró el colector del Parnaso español: pues cotejando á Villegas con el original y la traduccion latina hecha por Enrique Estéfano y Elias Andres se ve, que tuvo mas presente á estos que á Anacreonte; y que no los entendió siempre. ¿Y cómo competiria Villegas con el mismo original? ¿Tenia por ventura una alma tan tierna, una filosofia superior á las leyes de un decoro desconocido en tiempo de Anacreonte; le favorecian las costumbres, la teologia pagana, y la rotundidad y melodia de la lengua en que cantó este? Para elogio de Villegas es bastante poder asegu-

rar, que su Anacreonte se leerá y saboreará con preferencia á todas las traducciones anteriores y posteriores, que hoy tenemos. L. XXXVI.

Parecerá á muchos, que considerado Melendez en calidad de poeta lírico, debe contemplársele como el digno émulo de Villegas, y de Anacreonte mismo. Pero en mi concepto las odas, que mas le distinguen son la XXIII. del tomo I. *A Dalmiro*, ó Cadalso, y la IV. del III. recitada en la Real Academia de San Fernando el año de 1781. En esta última hay no pocas bellezas de armonia, las mas oportunas comparaciones, imágenes espléndidas, elevacion bien sostenida, y un fuego que va en aumento; y arde siempre con pureza: y si el poeta hallará siempre rumbos nuevos para celebrar la gloria de las artes; puede preciarse Melendez de haber tomado uno, que será en todos tiempos agradable al artista, al filósofo y al literato.

Las poesias de don Nicasio Alvarez Cienfuegos son notables por la energia de un estilo propio suyo, lleno de ideas, y rico en el fondo. El Cayado es un romance ó idílio de mucha gravedad y jugo: y la oda El otoño tiene todas las galas de la poesia descriptiva, los raptos peculiares de la ditirámbica, y en fin la tinta melancólica con que se presenta naturalmente á una imagi-

L. XXXVI. nacion reflexiva aquella temporada del año.

Entre las poesias de don Manuel Josef Quintana pertenecen únicamente á la oda por el mecanismo, ó regularidad de las estancias, la escrita con ocasion de la paz entre España y Francia, la intitulada En la publicacion de las poesias de Melendez, y la dirigida al sueño. La primera es notable por los sentimientos. La segunda caracteriza hermosamente la versificacion del restaurador de nuestro parnaso: y en la tercera percibirá cualquiera aquella facilidad, blandura, y morbidez, que se ven en los primeros versos de la elegia de Herrera al mismo asunto. Son líricas por el tono y el colorido las composiciones al mar, sobre el estudio de la poesia, Guzman el Bueno, y la invencion de la imprenta: y estas obtendrán siempre la preferencia por el fondo de ideas elevadas, imágenes brillantes, y rasgos enérgicos y tiernos.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN EL TOMO TERCERO.

LECCION XXV. *Elocuencia del Foro. Análisis de la oracion de Ciceron por Cluencio*.....Pág. 3

LECCION XXVI. *Elocuencia del púlpito.* 36

LECCION XXVII. *Conducta de un discurso en todas sus partes-Introduccion-Division-Narracion y Explicacion*..... 78

LECCION XXVIII. *Conducta de un discurso. Parte argumentativa. Parte patética. Peroracion*..... 106

LECCION XXIX. *Pronunciacion ó recitacion*..... 138

LECCION XXX. *De los medios de adelantar en la elocuencia*..... 168

LECCION XXXI. *Mérito comparativo de los antiguos y modernos. Historia*.. 195

LECCION XXXII. *Obras de Historia.* 225

LECCION XXXIII. *Escritos filosóficos-Diálogos-Cartas. - Historia ficticia*..... 269

LECCION XXXIV. *Naturaleza de la poesia, su origen y progresos.- Versificacion*..... 305
LECCION XXXV. *Poesía pastoral*..... 351
LECCION XXXVI. *Poesia lírica*..... 384

CORRECCIONES.

Pág.	*Lín.*	*Dice*	*Léase*
54	27	animados	inanimados.
66	27	alguno	algunos
71	14	este siglo	el siglo último
86	7	*in quod*	*id quod*
92	7	los valimos	nos valimos
93	23	el contexto	el texto
121	21	durarero	duradero
136	13	surte	surten
192	24	su luzes	sus luzes
232	15	la armada	*borrese*, por superflua
239	1	*inter*	*borrese*, por repetida
250	19	antiguos	mas antiguos
255	últ.	caracrer	caracter
272	8	Eningles	En inglés
303	13	este siglo	el siglo XVIII

FIN DEL TOMO TERCERO.

PE
1402
B618
1804
t.3

Blair, Hugh
Lecciones sobre la retorica y las bellas letras 2. ed.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY